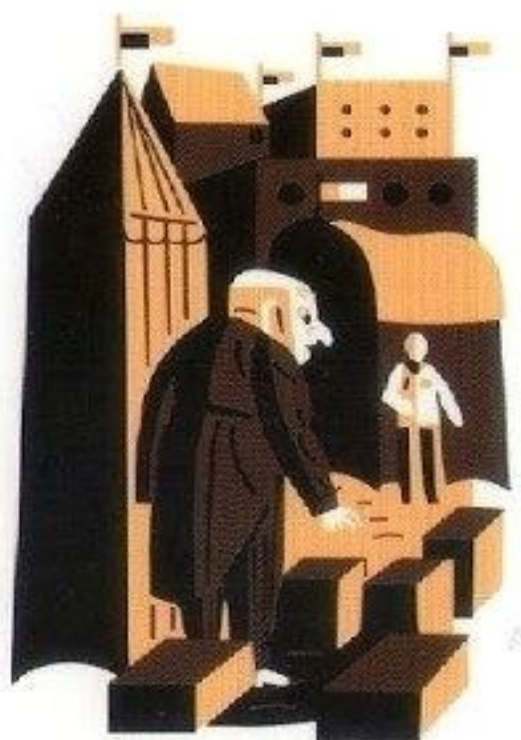


EL SÉPTIMO CÍRCULO

CUESTIÓN DE PRUEBAS

POR
NICHOLAS BLAKE



Lectulandia

Una fiesta escolar, un día de sol, el canto de los pájaros y el olor del heno son las pacíficas circunstancias que rodean el estrangulamiento de un niño.

Cuestión de pruebas es la primera y ya consagratoria novela policial de Nicholas Blake, autor de *La bestia debe morir*. En ella hace su aparición Nigel Strangeways, graduado en Oxford, que declara haberse dedicado a la investigación de crímenes, porque es la única carrera que da ocasión al ejército de los buenos modales y de la curiosidad científica.

Lectulandia

Nicholas Blake

Cuestión de pruebas

El séptimo círculo - 28

ePub r1.0

Titivillus 04.12.17

Título original: *A question of proof*

Nicholas Blake, 1946

Traducción: José Luzuriaga

Ilustraciones: José Bonomi

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Capítulo primero

PRESENTACIÓN DE PERSONAJES

La escena es un dormitorio en la escuela primaria de Sudeley Hall; no es del tipo aireado, de paredes verdes, ostentosamente higiénico, que tanto conforta a los padres de mentalidad moderna y científica, sino más bien es de ese otro que, por sus corrientes de aire y extremada estrechez, no parece otra cosa que el pasillo de un tren, y que la tradición suele atribuir a los maestros, profesores, y a la categoría inferior del servicio doméstico.

Son las siete y media de la mañana del 20 de junio de 193... Fuera, salpicado por las ocasionales explosiones del profesor de turno, se oye un confuso ruido: es el pandemonio producido por ochenta muchachos que se sacuden la pesada modorra mañanera y se preparan para realizar la tarea de sus cotidianos deberes. Proporcionan el fondo musical un coro de mirlos, tordos y gorriones, el motor de la máquina de cortar césped, que da el último retoque al campo grande para la festividad del día, y el primer personaje de nuestro drama, Michael Evans, que ante un espejo canta a su imagen fragmentos del *Lamento* de *Patrick Sarsfield*.

Michael tiene la parte inferior de la cara —una barbilla algo rehuída y una boca agradable— escondida bajo el jabón; como de costumbre, observa, con una aprobación un tanto sorprendida, el corte altanero de su frente y nariz, el curioso azul oscuro de sus ojos y su pelo negro desordenado, considerándose, en conjunto, un hombre interesante.

«Realmente, podrías haber sido bastante más feo —apostrofó al hombre del espejo—. No eres un Ramón Novarro, que digamos; pero, por suerte, tampoco eres una rata humana como el pobre Sims, o un Adonis estropeado como Gadsby. Vamos, de buen tono, sin ser llamativo; de lo mejor, sin ser de la crema... *Lejos de tu país yaces frío y yerto...* ¡Maldita navaja!... ¡Y por qué, oh Patrick Sarsfield, por qué te fuiste!...».

Limpiándose los restos de jabón continuó su soliloquio: «Siendo el Día de los Deportes tendremos que ponernos la corbata de los exalumnos. No hay que descuidar nunca el impresionar a los padres con la esencia pura del exalumno o del *alma mater*. ¡Puf! ¡Qué barbaridad de color! ¿A qué demente se le habrá ocurrido esta mezcla de violeta, verde y naranja? Menos mal que está bastante desteñida... Y pensar que

esta absurda tira de seda es un pasaporte de respetabilidad y el sésamo ábrete del corazón de la clase media británica... ¿Por qué los muchachos serán tan simpáticos, tan alegres, tan honestos y poco afectados, y los padres, en cambio, ¡Dios nos libre!, tan antipáticos, aburridos, brutales y torpes? ¿Será la perniciosa influencia de los maestros?... Realmente, no soy tan hermoso... *Pero no, no soy el príncipe Hamlet, ni nunca lo quise ser.* Esto me recuerda que debo pedir prestadas un par de espadas para la escena del duelo con los de quinto... Y, sin embargo, le gusto a Hero. ¡Qué preciosa y dulce es!... *Bella, bella como un arco tenso...* ¿Qué diablos saldrá de todo esto? Se va mañana y no la volveré a ver hasta el próximo trimestre. Tres meses, ¡tres malditos meses!».

De este soliloquio podrá deducir el lector perspicaz que Michael Evans es sensible al color; que es, como suele decirse, algo «bolche»; que tiene la clásica falta de respeto del profesor por los padres en general; que es un buen maestro; que posee una buena dosis de esa cualidad de doble filo llamada sentido del humor; que es un profesor de literatura bastante al día en novedades, y que está enamorado.

Desgraciadamente para Michael, al que gustan casi tanto las ideas explosivas como los hechos decorosos, está enamorado de la esposa del director; y aunque ésta retribuye su amor con toda la alegría y abandono de su chispeante naturaleza, Michael no puede dejar de sentir un cierto fastidio al verse protagonista de una situación tan trillada por la literatura y el teatro contemporáneo. Sin embargo, ya hace dos meses que son amantes; lo son desde el memorable y maravilloso momento en que se encontraron abrazados, ¡quién lo creyera!, en una clase vacía.

La situación se estaba volviendo bastante irritante para ambos. Hero se sentía cada vez más molesta por la inevitable intimidad con su marido, con el que, al parecer, debió casarse en uno de sus periódicos accesos de distracción. Michael, sorprendido al principio de no experimentar la tradicional «culpabilidad», sino una naturalidad perfecta en las proezas de su amor, comenzaba a sentirse cada vez más incómodo por las estratagemas necesarias para su libertad de acción. Y, aunque también lo admirase, no dejaba de alarmarle la imprudencia con que Hero parecía olvidar la probabilidad de que se les descubriera y de sus inevitables consecuencias. Para Michael, éstas serían fatales; no poseyendo otros medios de vida perdería su puesto y no podría encontrar otro. Pues aun cuando Percival Vale consintiera en divorciarse, quedaría en pie el problema de los padres, que, por más experiencia personal que tuvieran de tales tribunales, verían con sumo desagrado la educación de sus hijos en las manos del causante de un divorcio.

Como después encontraremos de nuevo a Michael y Hero en circunstancias más comprometedoras de lo que ellos sospechaban, podríamos abandonarles de momento y dirigir nuestra mirada a los otros actores del reparto, para señalar, de paso, que no se rompió el espejo de Michael, que su busto de Dante no sudó sangre y que no cayó granizo del immaculado cielo; en suma, que ninguno de los clásicos portentos señalaron los desastrosos hechos que se cernían sobre su cabeza.

Sweeny, el *factótum*, hombre quejicoso y frustrado, toca la grave campana del desayuno, inconsciente de las circunstancias en que lo hará mañana. Arriba, el alboroto se interrumpe de golpe, y unos cuantos rezagados se cobijan con ceñudo silencio en sus vestimentas externas, mientras el resto se reúne para descender, pues el Reverendo Percival Vale es un gran entusiasta de las más evidentes manifestaciones de disciplina. Un tranco largo resuena por los desnudos pisos y una voz conjura a algún haragán; «¡Anímate, por Dios, Smithers, que no vamos a desayunar nunca!». Es la voz del profesor de juegos, Edward Griffin, que, como la mayor parte de los de su profesión, es un hombre simpático por dondequiera que se le mire; podríamos subir, entonces, y hacérselo presentar. Veterano del equipo de *rugby* de Oxford, alto, fornido, de treinta años, de andar marinero y el aire de genial eficiencia del explorador, ha transformado su humor, no siempre uniforme, en un estado de explosividad perpetua, debido a las maquinaciones de los *forwards* de ciertos clubes galeses que encontró en su juventud. Su mejor amigo, Michael, le ha contagiado, además; cierta fruición por la psicología morbosa que ejercita con demasiada frecuencia ante la profunda desaprobación de sus colegas.

Dejemos a la tropa gozar por un momento de su desayuno y penetremos en «lo privado», donde el Reverendo Percival Vale, «desatendido» por su esposa —que ha alegado la necesidad de «echarse un rato» en vista de la próxima incursión de los padres—, se sienta ante el suyo. Tiene cincuenta años, labios finos, cara rubicunda, expresión precisa, una aguda apreciación de su posición como centro inmutable de este estable microcosmos, y el desprecio más franco por todos los fracasos que encierra. Los chicos, que a sus espaldas le llaman «Pedante Percy», suelen llamarle «Percy» en su presencia, pues se percataron de que es sensible a una suave adulación y de que goza de lo lindo con la forma más respetuosa de su apodo. En realidad, es un excelente erudito en clásicos, un director eficaz dentro de las normas más convencionales, y dentro de las mismas normas, una persona bastante buena, aunque algo incomprensiva. En el fondo, da lástima que tengan que ocurrirle a él y a su pequeño universo cosas tan desagradables. Pero ni la más leve sombra de los próximos acontecimientos empaña su clara frente ni su cuchara levantada. Abstraído, medita a cuál de los padres podrá extraer una suscripción para la nueva cancha de pelota; si Anstruther tendrá probabilidades de ganarse la beca para Winchester, y las palabras que empleará para reprender a Sims por la indisciplina de su curso de francés.

Volvamos, pues, al vestíbulo y atendamos a una o dos conversaciones que acaso tengan relación con los hechos venideros. A la cabecera de la mesa de profesores se sienta Tiverton, el vicedirector. De boca amarga, pero de ojos amistosos y sensitivos, se ha convertido, no se sabe cómo, en el cínico de la sala de maestros, tal vez por su ingenuo amor por las frases agudas, de las que es realmente un entusiasta. A su derecha e izquierda se sientan Sims y Gadsby, que ya han figurado en el soliloquio de Michael. Sims, uno de esos personajes estrambóticos que gravitan en la educación

como el fango se posa en el fondo de los ríos, pero que se ponen en movimiento con mucha más dificultad, tiene bigote ralo y dientes protuberantes; veranea en el continente, según él, para refrescar sus idiomas, pero según Griffin, por razones más dudosas Gadsby, el pelmazo local, fue alguna vez buen mozo; pero ahora, sea por la bebida o por su inercia mental, está convirtiéndose rápidamente en una ruina. Fue oficial de infantería en la guerra pasada y no encuentra inconveniente en volver a luchar de boquilla sus batallas, pues, como dice Tiverton, ya que le ha hecho un servicio al Estado no descansará hasta que se lo agradezcan. Más allá de estos dos se sientan Evans y Griffin, mientras que, al otro lado, Cyril Wrench, con aire de desafío, lee su *Daily Herald*. Recién llegado de uno de los colegios menores de Oxford, es un esteta por elección, pero un incurable *petit bourgeois* por naturaleza.

—¡Qué asunto feroz este crimen de Staveley! —exclama Gadsby haciendo crujir su diario en forma ostensible—. Veo que casi han acabado el juicio del tipo; siempre me pareció... —Michael dio una patadita a Griffin por debajo de la mesa—. Como yo digo, Tiverton, es difícil darse cuenta cabal de lo que un tipo es capaz de hacer cuando hay faldas de por medio.

Griffin y Evans, como cazadores confirmados de lugares comunes, suspiraron extasiados ante este nuevo ejemplar para su colección, mientras que Gadsby proseguía en su implacable inconsciencia:

—Ahí tienes a ese Jones: empleado de banco, casado, con una vida ejemplar; de pronto cae por esta camarera; trota a la esquina por un paquete de arsénico, y se carga a su mujer. Lo que me asombra es el coraje que pueden llegar a tener esos tipos calladnos. Recuerdo que en mi pelotón...

Griffin se apresura a cortar el chorro:

—Bueno, cuando te encontremos nadando en un charco de sangre registraremos a Sims en busca del instrumento contundente; no me gusta la sórdida mirada que te está dirigiendo nuestro Sims.

Gadsby dejó escapar un bufido de risa, que ocasionó este comentario en la mesa de los prefectos: «Ya está Gaddie haciendo de las suyas», mientras que Sims, algo halagado por la sugestión, sonreía solapadamente.

—Vamos, vamos, Griffin, no diga esas cosas. ¿Por qué habría de matar a Gadsby si, después de todo, ni siquiera tiene esposa?

—No esté tan seguro —dejó caer Tiverton dando un respingo por la estruendosa carcajada con que recibió Gadsby su observación.

—No me venga a mí con *cherchez la femme* —dijo Evans—. Si anduviese tras un asesino buscaría un egocéntrico; algo así como Wrench.

El anticipado culpable disparó una mirada rencorosa por encima de su diario. Evans se volvió a Tiverton.

—No veo una posible víctima entre nosotros; sólo en las novelas ocurre que los profesores se asalten con paraguas y vivan en un continuo mar de disgustos.

—De acuerdo, Evans —dijo Gadsby—. Aquí todos somos bastante camaradas,

¿no es cierto, querido?

—Una grande y feliz familia, como dijo Percy —señaló Tiverton de muy mal humor.

—Bueno, muchachos —exclamó Griffin—, si aquí ocurriera un crimen, lo cometería yo en esa verruga humana de Wemyss. Por el solo hecho de ser sobrino de Percy ya se cree con derecho a mangonear en toda la dichosa casa. Entre todos los seres viscosos y gordinflones es el ejemplar más perfecto que he conocido. Y tiene la suficiente astucia para escapar a todo conflicto serio; pero no hay alboroto en el que no se halle mezclado...

—Como uno de los Napoleones del crimen internacional de Buchan —señaló Evans.

—Napoleones del crimen... —replicó obscenamente Griffin—. Uno de estos días le voy a retorcer el pescuezo. Pero ¿no sabes lo que hizo?...

Podemos tranquilamente dejar a Griffin con su catálogo de los crímenes del alumno Wemyss y sintonizar otra estación: la mesa de los celadores.

—¿Cuál es la primera carrera de la tarde?

—Las 440 yardas, atontado. Está puesto en el tablero; pero me olvidaba que no sabías leer.

—¡Qué chistoso, Stevens! Oí decir a Griffin que intentas batir el récord.

—No, hombre; no tengo esperanzas; de todos modos se le enredará el cronómetro a Simmie, como ocurrió el año pasado.

—Hablando de Simmie, ¿te enteraste de lo que le hizo ayer Wemyss en la clase de francés?

—¡Rancio! ¡Cuéntanos algo más nuevo!

—En serio, que ya va siendo hora de que sujetemos un poco a ese bicho de Wemyss. Ya se está propasando el falderillo del Pedante Percy. Anoche le prometió un penique a Patterson si le pateaba la cabeza a Smithers en la Fiesta del Heno.

—¿Y no lo vas a denunciar a Percy?

—No seas criatura; ya sabes cómo me contestará: «Ejem, ejem, encuentro objetable todo innecesario cuenteo. Elijo mis prefectos para gobernar, ejem, ejem, no para traer y llevar, ejem, ejem, cuentos».

Esta última acotación es una reproducción diabólicamente exacta de una de las más didácticas expresiones del Reverendo Vale.

El jefe de prefectos, un muchacho de trece años, simpático y serio, expone su opinión:

—No, no ganaríamos nada con acudir a Percy, pero podríamos hacer un juicio.

—¡Pido ser fiscal!

—¡Pido ser verdugo!

—¡Callarse! No es un chiste; ya da asco la forma en que se porta con Simmie. Desde que llegó...

—¡Mamá Stevens protegiendo a su pobrecita Simmie!

—¡Anda y fríete! Simmie me da pena, es tonto de nacimiento, pero Wemyss ya está abusando demasiado.

—A propósito, Stevens, ¿qué te parece pedirle a tu hermano que le suelte su banda encima? Wemyss no será de la Mancha Negra, ¿verdad?

—No sé, no creo. Pero son muy reservados sobre sus miembros. Sin embargo, no es mala idea; le hablaré en el recreo.

—«¡Sociedad secreta ataca al sobrino del director!».

—No es muy propio que digamos de un caballero inglés o de un prefecto de Sudeley Hall, que tenga que alquilar mercenarios, casi me atrevería a decir matones... etc., etc.

Dejemos las deliberaciones de los celadores para ir a otra mesa. Un muchacho pequeño y mantecoso, de unos once años, con una expresión maligna y las usuales huellas del exceso de dinero, devora su *porridge* mientras atormenta a su vecino. Es el aborrecible Wemyss, o más correctamente, el Honorable Algernon Wyvern-Wemyss. Su vecino es un robusto muchachón de mirada resentida; sus padres, campesinos, lo enviaron a esta escuela como ofrenda a su anhelo de elevación social. En casi todas las escuelas hay uno o dos muchachos de este tipo, nacidos para ser atormentados, y a cuyos padres, diría nuestro Michael, debería perseguirse por ello en los Tribunales del Crimen.

—¿Qué tal, Smithers? ¿Cómo anda el ganado?

—¡Vamos, gracioso!

—¿Engordándolo y matándolo? —Ésta fue una frase que en un momento de expansión empleó incautamente Smithers meses atrás, y que desde entonces no había dejado de ser usada en contra de él—. Ya vas estando bastante gordo; podríamos irte matando, ¿no?

Bramidos de aplauso.

—Te crees muy chistoso, ¿verdad?

—¿Tu padre usa polainas?

—Mejor será que te calles.

—Si se parece a ti, apuesto que las vacas le cocean cuando las ordeña.

El sobreexcitado Smithers explota y castiga la cabeza de su atormentador. El honorable Wyvern-Wemyss lanza un chillido teatral. De todas partes llueven gritos de «engordándolos y matándolos», «chúmbale», «buey de primera», mientras Tiverton, con aire cansino, se aproxima a poner fin a este cuadro de pecado original.

Una conversación más para acabar nuestro prólogo. Stephens II, el dictador de la sociedad de la Mancha Negra (cargo derivado de la historia contemporánea que enseña Evans), se inclina y susurra a su lugarteniente Ponsonby, un chico alegre y regordete:

—Esta tarde, al acabar la comida, en la choza de Mould; cónclave privado; santo y seña; «en el cofre del muerto»; contraseña: «botella de ron».

—¡Pero bárbaro! —Sisea su lugarteniente—. Si a esa hora tenemos que estar en

la sala de estudio...

—Será fácil escurrirnos; no pasan lista. Es asunto de vida o muerte.

Ha pasado un par de horas. Michael tiene un rato libre; llena su pipa y desciende por el largo pasillo entre las aulas, que conduce a los campos. Con raros efectos, extrañamente antifonales, se elevan de ambos lados los sonidos de la educación: un recitativo estridente y resuelto del profesor, salpicado de pasajes agudos, solos o al unísono. Del aula de Sims parte algo híbrido entre un torrente de floreos de soprano y un aquelarre de brujas. Michael, encogiéndose de hombros, prosigue su camino. A su izquierda escucha ahora el tono petulante de Tiverton. A su derecha, una voz aguda y espasmódica, Wrench, enseña a los pequeños; y no lo hace mal, reflexiona Michael, tiene un cierto don; debería ser más simpático con él. ¡Qué matiz de pesadilla tienen estas voces descarnadas! Tal vez la mía sea igualmente repelente, aunque me precio de hablar a los chicos con mi voz natural. No, no puede ser tan mala como ese palabreo arrastrado y prepotente de Percy. No, no hay duda, no me gusta ese hombre. ¿Cómo diablos se habrá casado con él mi amada Hero?

Emergiendo a la brillante luz del día encendió su pipa y caminó lentamente por el sendero de asfalto entre el campo grande y el campo de heno. Mould, el cuidador, marcaba con cal la pista de carreras. Los grandes castillos semicirculares de heno le recordaron la fiesta de la víspera. ¡Cómo se desahogaron los chicos! Mañana los desmantelarían para llevárselos. Paseó hasta el final del sendero, donde un seto rodeaba los campos, y volvió sobre sus pasos. Pasando por detrás de la escuela y de la casa del director llegó al alto muro de ladrillo que guardaba el jardín privado. En su extremo más apartado, donde una plantación de arbustos llegaba hasta la parte externa del muro, se hallaba el buzón de Hero. Otra vez pensó qué propio de ella y de su extraña mezcla de atolondramiento y temeridad resultaba este romántico medio de comunicación. Molesto por la palabra «furtivo», que le daba vueltas en la cabeza, miró a su alrededor con el corazón latiéndole apresuradamente. Sacó un ladrillo suelto, se metió en el bolsillo el papel que encontró en su hueco y volvió a colocar el ladrillo en su lugar. De regreso se sentó en un banco del campo grande a leer la nota:

«Querido, mañana a la hora de almorzar estaré en el castillo de heno de quinto. Te parece imprudente, ¿no es cierto? Pero ven, por favor, que debo verte, *debo verte*. Hero».

Contento de sentirse feliz, permaneció sentado allí hasta que la campana llamó a recreo; entonces volvió a la sala de profesores.

¿Leerían en su cara su secreto? ¿Notarían que caminaba entre nubes? ¿No le miraba Tiverton de un modo extraño? Aparentemente, sin mucho éxito, trató de dar a sus facciones su expresión habitual.

—¿Se dedica ahora a la sal de frutas, o qué le pasa? —le dijo Tiverton.

—No, simplemente tuve mi hora de descanso.

Griffin se le acercó.

—¿Te quedarás con los chicos después del almuerzo? Quisiera echar una ojeada a la pista, no vaya a ser que Mould haya hecho algún disparate. A propósito, Sims quiere saber si te harás cargo este año del cronómetro.

—¡Cómo no! Si él no lo quiere hacer. ¿Está seguro, Sims?

—Sí, preferiría que se encargara usted de él; el año pasado «metí la pata», es decir, me excité tanto con la carrera, que olvidé apretar el botón.

—Bueno, hombre, pero a lo mejor me pasa a mí lo mismo.

—No se te ocurra hacerlo, ¡por Dios!, en las 440 yardas —dijo Griffin—. Aposté que Stevens batiría el récord. ¿No hay nadie que quiera ofrecirme tres a uno? ¡Ninguno! Pero ¿es que no tiene nadie instinto deportivo? Vamos, ¡aunque sea dos a uno!

—Hecho —dijo Wrench.

Y con esta nota inmoral cerramos tranquilamente este capítulo.

Capítulo II

LIRISMO Y ELEGÍA

«De mañana, de mañana,
en el alegre campo de heno».

Ésta era la tonadilla que rondaba por la cabeza de Michael cuando salía del edificio, después de asegurarse de que todos se sentaban para comer y de haberse excusado por no asistir él mismo. Las ventanas de la cocina no miraban hacia el campo de heno. Claro que siempre podía haber algún sirviente por las aulas de la parte trasera. «De todos modos, si nos ven, nos ven. Que nos vean». La sola probabilidad de que los vieran le daba a Michael un cálido sentimiento interior, como el coñac. Era un fatalista natural; de esa clase de gentes que, sintiéndose algo faltos de iniciativa personal, reciben con agrado la imposición de determinadas acciones debida a las circunstancias. Echó una mirada a las filas de ventanas vacías y entró rápidamente por la abertura de la muralla del castillo de heno.

Hero ya estaba allí vestida de verde, con un paquete de sándwiches a su lado. Era fresca y erguida, como el trigo verde. Michael la atrajo hacia sí y la besó, y sintió el perfume del heno fresco. Una pequeña corriente de aire penetraba en su santuario y agitaba contra su mejilla el cabello dorado de ella.

—¡Estás loca, querida! Dentro de poco vas a pretender que nos veamos debajo del escritorio de Percy.

—¿Te importaría?

—Te adoro, preciosa.

—Más vale que dejes de besarme. Quiero comer. También hay sándwiches para ti.

—Pero, querida, «de miel se han alimentado mis labios».

—Eres un encanto, querido. No conozco a nadie capaz de decir cosas así, y que suenen bien.

—Cambiando de tema: ¿cómo has explicado a las autoridades esta merienda campestre?

—Le dije a Percy que quería comer al sol. Ya se ha ido acostumbrando a mis extraordinarias costumbres.

—¿Sabes una cosa? No me gusta que hablemos así de él... Como si fuera tu tía, o

un perro, o cualquier cosa.

—Sí, no debe estar bien del todo. Claro que yo nunca le amé; pero desde que te quiero a ti, siento por él una especie de cariño. No suena muy bien, pero es cierto.

—Mujer al fin, siempre tratando de sacar provecho de ambos mundos.

Habló como en broma, pero se percató interiormente de que algún oculto motivo de antagonismo o celos era el que habían provocado sus palabras. También lo debió de sentir ella.

—Eso que has dicho es muy cruel, querido.

Él le tomó una mano con rápido gesto impulsivo.

—Ya sé. Lo siento, querida. Pero ¿por qué te casaste con él?

—Miedo, nada más que miedo. ¡Tú no sabes, Michael, qué ansias sentimos a veces las mujeres de confort, de seguridad, de sentir firme la tierra bajo nuestros pies!

—Y ahora volviste a perder pie.

—Pero ahora es diferente. Ahora te tengo a mi lado, lo que me hace sentirme boyante y mucho más fuerte. Ya no creo que podría sentirme cobarde, a no ser que dejases de quererme.

—Eres mucho más valiente que yo. Hero.

—No sé. Realmente, ¿quién lo sabe hasta que no se presente una emergencia? A veces quisiera que surgiera una enorme que deshiciera este enredo en que nos hemos metido.

Acarició Michael el suave vello de su brazo, y tanteando el terreno dijo:

—¿Qué te parece el divorcio? ¿Querría Percy...?

—Ya hemos hablado de eso. No estoy segura, pero me parece que se pondría terriblemente obstinado. Además, no quiero arruinar tu carrera.

—¡Mi carrera!... —le interrumpió amargamente Michael—. ¡Auxiliar en una escuela preparatoria! ¡Dios nos ayude! ¿No comprendes que aunque fuera Primer Ministro, Poeta Laureado, Almirante de la Escuadra y editor del Times, preferiría arruinar mi carrera antes de vivir sin ti? Lo que sucede es que no tengo dinero: no te puedo ofrecer ese «confort y seguridad» que buscas.

En los ojos de Hero aparecieron unas lágrimas.

—¡Oh queridísima, no he querido decir eso! Ya sabes qué quería decirte. Todo este asunto me tiene mal. Pero, Hero, a ti te gustaría que fuéramos algo más que amantes, que nos casáramos, ¿no?

—Claro que sí.

—Pues vamos a decírselo. Vamos, querida. Después de todo, no soy idiota del todo. Estoy seguro de que podría encontrar algún trabajo. Incluso podría rebajarme a escribir novelas.

—Eres un encanto; pero esperemos que no haya que llegar a tanto. Mañana me voy por dos semanas. Se lo prometí a mamá. Cuando esté sola lo pensaré. Cuando te tengo tan cerca no puedo pensar. Y en agosto te escribo y te digo...

—Te adoro. Hero. Te lo dejo a ti todo. No perdamos más tiempo hablando. Pronto

terminarán de comer.

Así que se volvieron el uno hacia el otro y se besaron largamente. Después, Hero volvió a la casa. Poco después se dirigía Michael hacia el bosquecillo abrazando su dolor y su felicidad.

Son las dos y cuarto de la tarde. El Reverendo y la señora Vale, delante de la puerta del parque, reciben a los padres, que acaban de llegar. Michael Evans, Esq. B. A., acaba de vigilar cómo se cambian de ropa los muchachos; ha enviado a éste al ama de llaves para que le den un pantalón limpio, ha encontrado la media que había perdido este otro, advertido a que no salga sin sombrero y a B. que no lleve ese enorme huevo de pato en el bolsillo. También ha respondido, con voz tenante y en la negativa, no menos de catorce preguntas independientes de: «¿Tenemos que llevar *sweaters*, señor?». Todo esto ha ocurrido en medio de un alboroto como el de un nido de cornejas multiplicado por diez, pues hoy se ha aflojado la disciplina y se han abandonado las reglas de silencio. En realidad, Michael no ha notado este escándalo en mayor medida que aquélla en que advertiría el ruido del tránsito callejero el habitante de cualquier ciudad. El maestro de escuela preparatoria aprende pronto a retirarse dentro de una especie de concha a prueba de ruidos: si no logra aprenderlo, o se dedica a la bebida o se vuelve loco.

Vestidos con sus blancos pantalones cortos y sus chaquetas y medias de azul brillante se dirigen los muchachos a los campos de juego. Los que esperan a sus padres se van separando, algo embarazados, hacia la puerta del parque. Cuando distinguen a su padre o a su madre apresuran, sin querer, uno o dos pasos, después los controlan con un aplomo consciente. Solamente corren los más pequeños. Michael observa que se le acerca Griffin con un cuaderno y un enorme revólver. Lleva un traje cruzado de franela gris y tiene un aspecto de asesino.

—¿A quién vas a matar?

—¿Quieres creerlo? Ese cretino de Mould acaba de poner un juego de vallas de más para la carrera.

—¡Claro que lo creo! ¡Cuidado! Se nos viene encima Gadsby. Vámonos.

Pero Gadsby, en alas de una borrasca de vapores de *whisky*, pudo alcanzarlos y distraerlos con las estupideces de su conversación, hasta que la llegada de Percy, preocupado con la cinta de llegada, los rescató.

Michael se alejó vivamente para acercarse a Tiverton, que tenía un aspecto fresco y elegante.

—Ya veo que pudo escaparse.

—Realmente, ese hombre me hace desesperar de la profesión —exclamó Michael.

—Los maestros preparatorios —anunció sentenciosamente Tiverton— pertenecen a dos categorías: los Viejos Despreciables y los Jóvenes Molestos. Gadsby y yo pertenecemos a la primera clase; usted y Wrench a la segunda.

—Y con esto termina nuestro programa —replicó insolentemente Michael.

—¡Pero, mire! —continuó—. ¡Simmie se ha lavado y peinado!, ¿no? —Apuntaba hacia donde Sims, vestido con un traje pardo, sospechosamente planchado y de antigua confección, conversaba con uno de los padres.

—Sí: desde que tengo memoria todos los años se ha puesto ese traje para el Día de Juegos. Es su contribución a la alegría general.

Michael se empinó sobre la multitud de cabezas e intentó ver a Hero. Allí estaba ella, rodeada de animadas mujeres y de hombres que se inclinaban deferentes. Por Michael pasó una oleada de cólera irracional. Odiaba verla desenvolverse en un mundo tan diferente del suyo propio; tan retirada de él, tan viva y tan competente en lo social. Su ira se expandió a todos los presentes en general. El espectáculo de aquel rebaño pintarrajeado, emplumado, satisfecho consigo mismo, que charlaba y charlaba inútilmente, le hacía sentirse enfermo. Para mantener aquella espuma pomposa tenían que sudar y padecer hambre millones de personas en pocilgas subterráneas. «La bella flor de la civilización». Pero ni su mismo aspecto podía justificarles. Las mujeres eran esqueletos empolvados y espasmódicos; los hombres, como ovejas perdidas.

—La burguesía británica empieza a sentirse perseguida, ¿no le parece?

—Si va a empezar a hablar de política, más vale que se reúna con Wrench —bufó Tiverton.

—Gracias, prefiero no hacerlo. Y a propósito: ¿dónde está?

—No sé. Hace tiempo que no lo veo. Estará incubando su ejemplar ilustrado de *Mademoiselle de Maupin*.

—¡Vamos, Tiverton! Tiene usted una imaginación de lo más malsano. ¡Oh! Sweene va a tocar ya la campana. Tengo que irme a la meta: voy a tomarle el tiempo a esta carrera.

Se corrían las 440 yardas dando dos vueltas a una pista circular; la salida y la meta quedaban del lado opuesto de donde se encontraba el grupo principal de espectadores. Los muchachos empezaron a alentar a sus favoritos. «¡Dale, Stevens!».
«¡Duro, Anstruther!».
«¡Wilkinson! ¡Wilkinson!».
Un muchacho, de grandes orejas y con anteojos, empezó a imitar, no muy *sotto voce*, a un comentarista de radio, ante un grupo admirativo de amigos. «Estamos en el campo de deportes de Sudeley Hall. Va a comenzar la carrera de las 440 yardas. Ya se quitan las chaquetas. Ya se ponen en la línea. ¿Dónde está Stevens? No puedo ver a Stevens. ¡Ah, sí, ahí está! El favorito tiene la pista de afuera. *Mr. Griffin* está a cargo de la pistola: *Mr. Edward Griffin*, el afamado pistolero. ¿Quiere decir algunas palabras ante el micrófono, *Mr. Griffin*? No, tal vez sea mejor que no lo haga. ¡Ahora! ¡Ya toman sus posiciones! Dentro de breves instantes podrán oír el disparo de la pistola. ¡Eh! ¿Qué pasa? No veo bien. (¡Sal de la luz, Biles; no seas idiota!). Stevens se sienta. Se está atando las zapatillas. Ya están otra vez listos. ¡En sus puestos! ¡Listos! ¡Eh! A *Griffin* se le ha encasquillado la pistola. Ya está lista. ¡En sus puestos! ¡Listos! ¡Ya! Lo que acaban de oír era el disparo dando la salida. Ya dan vuelta al primer codo. *Anstruther* va a la

cabeza. ¡Bravo, Anstruther!». En este punto se interrumpió bruscamente aquella voz tan violentamente refinada para ser reemplazada por los agudos gritos naturales de su propietario: «¡Vamos, Stevens! ¡Steeevens!».

Fue una carrera magnífica. Michael, en los terribles días que siguieron, debía recordarla vívidamente y con gratitud, como los soldados de primera línea durante la guerra recordaban alguna escena: un partido de críquet en el campo del pueblo, un té en una granja, los grandes caballos de tiro destacándose contra el horizonte, que, de alguna manera, llegaban a ser para ellos el vínculo vital con Inglaterra y la cordura. El verde pardusco de la hierba corta; la gracia de galgos de los corredores; la sensación del cronómetro, caliente en sus manos; la forma tenaz en que Anstruther se mantuvo a la cabeza hasta el último codo, y cómo Stevens, pálido como el papel, adelantándose en un esfuerzo superlativo, pudo pasarlo tres yardas antes de la cinta. Estas imágenes se le aparecían una y otra vez a Michael, como a un ahogado en la última crisis de respiración.

Michael detuvo automáticamente el cronómetro y sonreía sin saberlo, con un escozor de lágrimas en los ojos. Se dio cuenta de que una mano le oprimía el brazo. Miró y vio a Sims, que temblaba de excitación, con los ojos, generalmente tan apagados, brillantes detrás de los lentes. «¡Dios —decía —, qué carrera! ¿Ha batido el récord?». Solamente en aquel momento se le ocurrió a Michael mirar el cronómetro que tenía en la mano. ¡Sí! Lo había batido por un quinto de segundo. Escribieron la marca en el pizarrón, y debajo: «récord de la escuela»; de todo el campo partieron gritos y aplausos. El héroe volvió a perder el aliento por las docenas de manos que le golpeaban la espalda.

Los deportes siguieron su curso normal. Los padres empezaron a abrirse camino y a pasear en grupos murmuradores. El distinguido residente de la localidad se levantó, incómodo, detrás de las filas de copas de plata, para trazar rebuscados paralelos entre las carreras y la ciudadanía, el patriotismo, el Cristianismo y otras abstracciones. Más vivas y palmadas en la espalda. A las cuatro y media todo se había terminado. Los padres se retiraron, unos a tomar el té con el director, otros a atiborrar a sus hijos en el pueblo vecino. El resto de los muchachos y los profesores se dirigieron a tomar su más frugal ágape, sin saber que uno de ellos hacía algún tiempo que yacía muerto, con la cara espantosamente amoratada y la lengua apretada entre los dientes, a menos de cincuenta metros.

Se ha concluido el té. Sims, Evans, Gadsby y Wrench están sentados en la sala de maestros, en diversas actitudes de agotamiento. Griffin ha ido a vigilar cómo se guardan los diversos aparatos atléticos.

—Bueno —dice expansivamente Gadsby—, se acabó. Es extraordinario lo bien que sabe una buena taza de té después de pasar una tarde al sol. ¡Diablos! No volveremos a ver otra carrera como las 440 yardas en unos cuantos años, ¿no, Evans?

—No: ciertamente ha sido una magnífica carrera.

Wrench encendió un cigarrillo.

—¡Cómo lo alcanzó Stevens en el último codo! Un esfuerzo extraordinario.

—Pero, hombre, lo alcanzó en la recta —protestó Gadsby.

—Sí, ya sé. Pero en el codo ya se le acercaba rápidamente. ¿No fue así?

—No lo vi al comenzar la carrera, Wrench — dijo Sims—. ¿Por dónde andaba?

—Correteando por ahí. Haciendo méritos con los padres y cosas por el estilo.

Entró Tiverton. Había estado de guardia. En el momento que abría la puerta se oyó en el pasillo un grito penetrante: «¡Wemyss! ¡Wemyss!». Y luego retazos de una conversación.

—¿Dónde estará este cretino de Wemyss? Quiero pedirle dinero. Siempre le sobra.

—Me parece...

Se cerró la puerta. Entró Tiverton y se dejó caer en una silla, diciendo:

—Se pasa lista a las siete, ¿no?

—¿Le toca guardia, Tiverton? No le envidio el trabajo. La mitad de esos diablos que han salido a tomar el té con sus padres van a andar vomitando como gatos por ahí —comentó Gadsby.

—Y Tiverton puede ir siguiéndolos con un cubo y una pala —añadió groseramente Wrench.

—¿Bah? ¡Puaf!

Pero a las siete se pudo sospechar que no habían acabado en forma alguna las emociones del día. Cuando Tiverton pasó lista en el cuarto común, no respondió uno de los llamados.

—¿Walters?

—¡Presente!

—¿Ward?

—¡Presente!

—¿Wyvern-Wemyss? ¡Wyvern-Wemyss! ¿Sabe alguien dónde está Wemyss?

Se hicieron diversas sugerencias en voz baja: «Sí, estará en una cochiguera». «Seguramente estará vomitando en el canasto de los papeles de Percy». «O emborrachándose en “El Gallo y las Plumas”». Como no se sugirió nada más constructivo o audible, Tiverton preguntó:

—¿Salió con algún pariente?

Silencio.

—¡Vamos! —Exclamó, irritado, Tiverton—. ¡A alguien le habrá dicho si salía o no!

Del fondo de la sala un muchachuelo se levantó, y todas las cabezas se volvieron hacia él como manejadas con cordeles.

—¿Me permite, señor? Me-me, me dijo que no-no, no sal-saldría hoy.

—¿Cuándo te lo dijo?

—Ayer, señor.

Surgió una Babel de voces.

—¿Cree usted que se habrá escapado, señor?

—¡Por fin nos libramos de él!

—¿Me permite, señor? ¿No le habrán raptado, señor?

—¡SILENCIO! Cada uno a su sitio. Prefectos, vigilen para que haya orden.

Pasó Tiverton al lado privado de la escuela y encontró al director en su despacho.

—Wemyss no está presente al pasar lista.

El Reverendo Vale se volvió bruscamente a su mesa.

—¿Ausente? ¿Mi sobrino? ¡Pero si eso es imposible!

Tiverton amplió, cansado, sus informes.

—No respondió a su nombre. Parece que ningún muchacho sabe nada de él.

¿Tenía permiso para salir?

—¿Permiso? No, no recuerdo... Más vale que me cerciore.

Abrió un cajón y repasó una lista de nombres.

—No, no salía con nadie. Esto es de lo más raro, a no ser que viniera Urquhart...

Pero me lo hubiera hecho saber. ¿Se ha asegurado usted que no está en el edificio?

Vale estaba evidentemente preocupado.

—No, me pareció mejor informarle a usted antes de ordenar ninguna búsqueda — respondió Tiverton en el tono más oficial.

—Ejem, sí. Bien hecho. ¿Qué? ¿Qué sugeriría usted?

—Tal vez lo mejor será preguntar primero a la enfermera. Puede haberse sentido enfermo y haber ido a la enfermería.

Se envió a buscar a la enfermera, una mujer grandota e imperturbable.

—¿El joven Wyvern-Wemyss? No, no le he visto.

El director, que ya había recuperado algo de su compostura, ordenó a Tiverton que mantuviera a los muchachos en el cuarto común y a la enfermera que organizara a los sirvientes para hacer una búsqueda completa por todos los edificios. Él mismo se dirigió al cuarto de profesores, donde éstos estaban cenando.

—Mi sobrino, Wyvern-Wemyss, no aparece. ¿Podría alguien indicarme...?

Pero nadie podía.

—La enfermera está organizando una búsqueda por los edificios. Tal vez estaría bien buscar por los terrenos, no sea que haya tenido algún accidente. ¿Podría usted encargarse, Gadsby...?

—Seguramente. Supongo que llamará usted a la policía —añadió Gadsby con su habitual falta de tacto.

—¿A la policía?

Vale enarcó las cejas.

—Bueno, lo que quise decir es que podía haberse escapado.

—¿Y por qué razones, si me hace el favor, puede haber tomado una decisión tan extraordinaria? ¿Es que sugiere usted que puede tener motivos?... ¡Vamos, Mr. Gadsby!

Gadsby se humilló como correspondía y comenzó la búsqueda. El mismo Gadsby

se encargó del Campo Grande; Sims, del campo más lejano. A Evans le correspondió el jardín; a Griffin y a Wrench el bosquecillo. Los segadores acababan de llegar para trabajar las últimas horas en el campo de heno; así, pues, los profesores no consideraron necesario buscar por allí ni dar lugar a un posible escándalo entre los trabajadores.

Michael anduvo sin rumbo unos diez minutos, pensando en Hero, maldiciendo aquella farsa de la búsqueda y mirando sin ningún interés entre los arbustos. Cuando volvieron a reunirse, lo hicieron sin tener noticias del desaparecido Wemyss. La enfermera tampoco había tenido éxito; y el director, decidiendo que ya se podía considerar la hipótesis impertinente de Gadsby, telefoneó al policía del pueblo. Se le dio una descripción del muchacho y éste prometió investigar en el pueblo y comunicarse con el superintendente de Staverton, para que hiciera vigilar las estaciones y rutas de ómnibus cercanas. Otras averiguaciones que hizo Tiverton en el cuarto común trajeron a luz el hecho de que nadie parecía haber visto a Wemyss en toda la tarde. De este modo comenzó a hacerse factible la idea de que el niño se había tomado la incomprensible libertad de escapar a la tutela del Reverendo Vale.

Apenas se habían instalado de nuevo los profesores en su sala, escucharon afuera ruido de botas y vieron una figura pasar, en torpe carrera, por delante de la ^ventana camino de la puerta privada del director. Pocos minutos después llegó un mensaje solicitando la presencia de Tiverton en el despacho. Y casi antes de que Gadsby tuviera tiempo de disparar una tanda de preguntas retóricas, regresó Tiverton, asombrado y pálido.

—¡Percy quiere que todos vayan a su despacho! ¡Han encontrado a Wemyss en el campo de heno! ¡Ha sido estrangulado! ¡Lo encontraron cuando dismantelaban los castillos de heno! ¡Estaba en uno de ellos!

Capítulo III

LA POLICÍA EN ESCENA

La primera sensación de Michael fue la misma que había sentido a veces en su juventud, cuando, durante las oraciones matinales de la escuela, les decían que «todos los alumnos deberán reunirse en el aula grande inmediatamente después que terminen los servicios religiosos»: el saber que se iba a armar un jaleo gordo y poder decir al mismo tiempo: «Gracias a Dios, no he sido yo». Ahora, como entonces, sentía como si se le hubiese caído el corazón al estómago y se hubiera quedado allí aleteando incómodamente. Llegó a sentir una curiosa sorpresa al no tener nada que ver con aquel desdichado que yacía en los campos de heno, una sensación de alivio de no haber sido él quien cometiera el crimen, como si hasta ese momento no se hubiera decidido ese punto. Después empezó a funcionarle el cerebro furiosa e irracionalmente, como cuando se acelera un motor desembragado. «Bueno, por lo menos esto impedirá que se vaya Hero. Mal viento es el que no trae buenas nuevas. Pero ¿por qué habrá alguien...? ¿Y quién? ¿QUIÉN? El campo de heno. ¿Por qué en el campo de heno? ¿Y por qué no? De mañana, de mañana en el feliz campo de heno. Sólo que ahora es por la tarde. Tiverton tenía mal aspecto. Le temblaba la boca como a un niño que va a llorar. ¿En qué parte del campo habrá sido? ¡Qué fastidio! Y ahora, supongo, tendremos a la policía por todas partes; nos estropeará el trabajo. Claro, dijo que era en uno de los castillos de heno. ¡Qué hermosa que estaba Hero! Su cuerpo es la luz de mi carne. Eso es verso libre. Y no muy bueno. En uno de los castillos. ¿En cuál? Vamos, dígalo. Espero que no en el de quinto año. Espero que no. Pero ¿qué demonios importa en cuál? Cinco castillos. Cuatro probabilidades contra una. Por favor, que no sea en el de quinto. No donde estuvimos Hero y yo. Vamos, cállate. Estate tranquilo. El alegre campo de...».

Se encontró repentinamente en el despacho del director. Éste estaba allí, con un extraño tinte azulado sobre sus coloradas mejillas, quitándose y poniéndose espasmódicamente los anteojos. Echó una mirada sobre sus colegas. Todos permanecían inquietos y silenciosos, como cuando se va a despedir a alguien a la estación. Faltaba Tiverton. Michael murmuró sus condolencias a Vale, quien replicó: «Gracias, Evans, gracias. Me... Esta espantosa noticia me ha desmantelado. Nunca había ocurrido una cosa así en esta escuela». Griffin no se sintió lo suficientemente

apesadumbrado por la ocasión para reprimir un guiño divertido a Michael. Vale seguía hablando, con un extraño contraste entre su habitual pedantería de frase y su tono destrozado, casi plañidero. «¡Pobre muchachito! Escapa a mi comprensión cómo alguien puede haber querido..., ejem, eliminarlo. ¡Qué escándalo! ¡Qué publicidad! He pedido a Tiverton que haga saber a los alumnos que mi sobrino ha sufrido un accidente, un accidente fatal. Todavía puede ser posible impedir que los padres sepan el... los... hechos. He telefoneado al doctor Maddox; vendrá pronto; y, naturalmente, a la policía. Le quedaría muy obligado, Griffin, si recibiera usted al doctor cuando éste llegue para llevarlo a... Yo no me siento capaz de hacerlo. Si cualquiera de ustedes tiene alguna sugerencia que hacerme sobre otras disposiciones que deba tomar...».

Comprendió Michael que Vale les pedía que le relevasen de la responsabilidad y dijo:

—Tal vez sería conveniente que yo... que Sims y yo fuéramos a vigilar para que los trabajadores no toquen el... la escena del crimen. Creo que la policía querrá que todo quede como se ha encontrado en cuanto sea posible.

—Ciertamente, Evans, ciertamente. Excelente sugerencia.

—Disculpe, director, pero ¿no deberíamos..., pues..., ponernos en contacto con los parientes del desdichado muchacho?

Vale, ya aliviado de la necesidad de ponerse en acción, estaba de humor para resentirse por cualquier otra transgresión sobre su autoridad.

—Mi querido Sims, debiera ser innecesario que le diga que yo ya habría tomado disposiciones tan evidentes si la situación lo requiriese. Pero ocurre que yo soy el pariente vivo más próximo que tenía el joven. Si ya no tiene más proposiciones constructivas que hacerme, le ruego que acompañe a Evans y le preste toda la ayuda de que sea capaz.

Se sonrojó Sims, y Michael se sintió incómodo. Vale, sintiéndose mejor por la devastación que había causado, indicó que ya había terminado la audiencia, con lo que salieron Sims y Evans. Michael, que temía que ocurriera lo peor, se tuvo que forzar para mirar hacia el campo de heno. Alrededor de uno de los castillos estaba reunido un grupo de hombres con horquillas. El de quinto año. Tenía que ser. Ya se había demolido la mitad de la estructura y los últimos rayos del sol brillaban tristemente sobre el rojo y el amarillo del carro nuevo que estaba a su lado. Los trabajadores retrocedieron un paso al acercárseles Evans y Sims, Donde se había suprimido parte del muro, contraído descuidadamente, con briznas de paja todavía adheridas a su ropa, yacía el cuerpo de Algernon Wyvern-Wemyss. No presentaba un espectáculo muy agradable. La forma en que había muerto le había quitado hasta este último consuelo. Michael tuvo que darse vuelta, sintiéndose enfermo. Sims miraba fascinado el cadáver. El capataz de los segadores, llevándose la mano al sombrero, se acercó a Evans.

—Mal asunto éste, señor. Parece que lo han asesinado. Aquí, Bill, levanta una

gavilla con la horqueta. «Caray, dice, uno de los muchachos se ha dejado aquí la chaqueta». Levantamos un par de gavillas más, y ahí estaba, señor. «Caramba, dice Bill, es un cadáver». Buen susto nos dio, señor, créame. Sí, buen susto.

—Ya lo creo —dijo inadecuadamente Michael. — A propósito: ¿lo han movido ustedes?

—No, señor. Bill dijo: «Mejor será que nos llevemos al pobre caballerito y le pongamos más cómodo, o algo así». «Bill, dije yo, ¡eres un pedazo de animal! Déjalo quieto. La policía no quiere que se ande con cadáveres asesinados». Así que le mandé avisar al Reverendo Vale que uno de sus muchachos estaba en el campo. Y eso es todo lo que pasó.

—Bien hecho. Creo que lo mejor sería que mandase a sus hombres de vuelta al pueblo. Por el momento no se les necesitará, y la policía querrá ver el campo tal como está. ¿Sí usted y Bill pueden esperar hasta que vengan...?

El capataz dio las órdenes oportunas y se dispersó el pequeño grupo. Wrench, casi corriendo, salió de la escuela. Michael pudo sorprender una expresión extraña en su cara cuando se aproximaba. Rumiándolo después, el mejor análisis que pudo sacar de ella fue una especie de mezcla de alivio y de miedo. Inmediatamente no tuvo tiempo para analizarlo, pues Wrench, después de una rápida mirada al contenido del castillo, retrocedió unos pasos y comenzó a tener arcadas. Sintió que Sims le apartaba a un lado.

—Diga, Evans, ¿sabe usted algo de estas cosas? Quiero decir que parece que está muerto desde hace unas horas, ¿no?

Ésa era la impresión que tenía Michael, aunque no sabría decir por qué. ¡Wemyss parecía tan muerto! El comentario de Sims debió llegar a oídos de Wrench, pues se dio vuelta y exclamó con voz alta y aguda:

—Bueno, ¿y qué importa? ¿Dónde quiere ir a parar?

—Pues verá: recuerdo que Griffin anduvo por estas partes del campo esta tarde hasta que comenzamos la búsqueda, y hubiera visto algo sí..., si..., si se hubiera cometido entonces el crimen. Y antes de eso eran los deportes. De manera que solamente queda desde la hora de comer hasta las dos y media..., es decir, si estuvo para comer.

Terminó Sims su complicado razonamiento con un aire humildemente triunfante.

—¿Y? —preguntó Wrench.

—Quiero significar que se nos preguntará a todos dónde estábamos entonces. Coartadas, ¿saben ustedes? —añadió ligeramente.

Permanecieron callados unos instantes, cada uno concentrado en sus propios pensamientos. Luego habló Wrench en tono rencoroso.

—¿Es usted de la policía secreta, o qué le pasa? Todo este miedo por las coartadas simplemente por el hecho de haber tenido la inspiración verbal: supongo que será por eso: de pensar que hace unas horas que está muerto. Sin duda tendrá usted una buena coartada, ¿no?

—En realidad, ahora que pienso en ello, no creo que sea muy buena —replicó lentamente Sims.

—¡Caramba, no importa! —exclamó Michael con una alegría forzada—. El verdadero criminal siempre tiene una coartada perfecta. Únicamente nosotros, los inocentes, somos los que nunca podemos concertar una.

«De todas maneras —pensó para sí— no sería divertido que Sims tuviera razón». Sus objeciones a que el cadáver hubiera sido encontrado en el lugar de su cita con Hero, que hasta ahora no habían sido más que estéticas, adquirirían un carácter muy diferente. La llegada de Griffin con el doctor Maddox interrumpió estas incómodas especulaciones. El médico de la escuela era un hombrecito redondo y saltarín, que exudaba urbanidad y antisepsia. En otra ocasión, Michael hubiera encontrado divertida la forma en que sus pies, calzados de charol, danzaron delicadamente por encima del rastrojo cubierto de rocío.

—Buenas tardes, caballeros —dijo el doctor conteniéndose con dificultad (así se le ocurrió a Michael) al acercarse en una pirueta al cadáver—. Muy triste. ¡Pobre muchachito! ¡Vaya, vaya!

Se arrodilló al lado del cuerpo, colocó delante de sí su negra valijita y comenzó a trabajar. Los otros miraban para otro lado. En el cerebro de Michael surgió sin querer un chiste grotesco, que giraba sobre la palabra «examen», Griffin atornillaba su talón en el suelo como si estuviera preparándose para un tiro libre de *rugby*. Wrench echó una o dos miradas rápidas por encima del hombro y se dio vuelta con un estremecimiento visible. «¡Oh!, se miraron unos a otros y luego apartaron sus miradas», murmuró Michael sorprendido.

—¿Decía algo? —preguntó Wrench.

—No, nada.

El doctor Maddox se irguió, con una mirada lastimera para sus rodillas húmedas.

—¡Caramba, caramba! —exclamó—. ¡Qué extraordinario y que... trágico! No hay duda. O asesinato u homicidio. Parece que primero lo estranguló el asesino con las manos. ¿Ven esas magulladuras? Luego le ató un cordel fino al cuello. Pueden ver esa línea roja, ha penetrado muy profundamente.

Nadie se preocupó de verificar esto. Michael se preguntaba cuánto tiempo podría reprimir la pregunta que por lo menos estaba en la punta de tres lenguas. Al cabo de un incómodo silencio fue Sims el que se decidió a hacerla.

—¿Cuánto tiempo hará que está muerto, doctor?

Durante medio minuto, mientras el doctor se recreaba con una corriente de tecnicismos, estuvieron con el alma en un hilo.

—Para simplificar —concluyó—, el *rigor mortis* se ha establecido plenamente. Lo que significa que ha muerto hace más de cuatro horas; seis, probablemente, Claro que si el cuerpo ha estado cubierto de heno todo el tiempo, eso tendería a alargar el proceso y a ampliar el plazo, Comprenderán que solamente podemos fijar el tiempo muy aproximadamente. Yo fijaría como límites extremos entre cuatro y siete horas.

Wrench movió abruptamente la mano derecha hacia la muñeca izquierda, se detuvo y luego, pensándolo mejor, descubrió la esfera de su reloj de pulsera.

—Son las ocho menos cinco.

Por lo menos tres cabezas se ocuparon en rápidos cálculos aritméticos; pero antes de que se pudieran comparar los resultados se oyó un murmullo de voces y apareció por una puerta lateral una procesión, dirigida por el director y un gigantesco hombre pálido, el superintendente de Staverton. Detrás de ellos aparecieron un sargento, el policía de Sudeley, y otros dos hombres, uno de ellos con una máquina fotográfica.

—Éste es el superintendente Armstrong —anunció el director—. Superintendente, me imagino que conocerá al doctor Maddox. Estos caballeros son miembros de mi cuerpo de profesores; los señores Sims, Evans, Griffin y Wrench.

—Mucho gusto en conocerles —dijo secamente el oficial. Murmullos corteses partieron del grupo de profesores del Reverendo Vale.

Continuó el director:

—Si desea alguna ayuda, estoy seguro que estos caballeros...

—Muchas gracias —le interrumpió Armstrong, con grosera despreocupación por las reglas de la conversación académica—, esté seguro que pediré toda la ayuda que pueda necesitar. Desearía que ustedes, caballeros, pasen al interior por el momento. Durante la velada les pediré que hagan sus declaraciones. ¿Quién encontró el cadáver?

El capataz se adelantó.

—Espere usted. Y ahora me gustaría conversar con usted, doctor Maddox. Buenas tardes, caballeros.

Y con esta clara despedida volvieron los caballeros a la escuela; Griffin y Evans iban unos pasos más atrás. Aquél murmuró:

—A Percy le dará una apoplejía si se le sigue tratando tan duramente. ¿Qué te parece nuestro *Mr.* Armstrong?

—No me gusta.

—Personalmente, me parece que es un...

—Creo que tienes razón.

La cena fue muy silenciosa. Los alumnos se mantenían quietos, con los oídos atentos para captar cualquier migaja de informes que pudiera caer de la mesa de los profesores. Pero no cayeron, pues éstos tenían órdenes de guardar, por el momento, los hechos para sí; y no porque hubiera muchas probabilidades de ocultarlos, como hizo notar Griffin, con una cuadrilla de policías yendo de un lado para el otro tras las negras ventanas. Michael se alegró por la ausencia de las conversaciones de siempre, porque estaba concentrando todas sus facultades sobre una difícil decisión que iba a tomar. En cuanto se terminó la cena pasó a la parte privada buscando a Hero, Afortunadamente la encontró sola, sentada ante una cena que no había probado. Lo miró a él con un gesto en la comisura de los labios, medio provocativo, medio patético.

—¿No es esto una gran imprudencia, mi querido Michael?

—Escucha, Hero. No estuve contigo a la hora del almuerzo. Estuviste sola en aquel castillo.

—Pero ¿por qué?...

—No te das cuenta, querida; nos van a preguntar a todos dónde estuvimos; y Maddox dice que probablemente se cometió el crimen entre la una y las cuatro.

—Pero podemos proporcionarnos mutuamente coartadas.

—Sí, y hacer saltar la tapa de todo.

La sonrisa de Hero dulcificó sus burlonas palabras.

—¡Ah!, ya veo; Michael está siendo un caballero.

Oyeron pasos que se acercaban por el pasillo. Michael habló con urgencia.

—¿Prometido?

—Muy bien —murmuró ella, añadiendo para sí algunas reservas mentales—. Ya le buscaré algo —dijo cuando la puerta se abría para dar paso a su marido. Él los miró con una mirada cansada y perdida en sus ojos.

—¡Oh Evans! El superintendente va a entrevistar a todo el cuerpo de profesores, individualmente, después de que los muchachos se hayan ido a la cama. ¿Quiere usted estar listo?

Michael murmuró algo y salió. Se sentía vagamente irritado. Los pequeños engaños de Hero todavía le molestaban.

—¿Qué quería Evans? —Preguntó Vale.

—Algunas cosas para la obra que va a representar con sus alumnos.

—¡Hum! No sé si me gusta tanto disfraz en la escuela. Y éste no es el momento más oportuno para pensar en representaciones. Es terrible, Hero. He dedicado toda mi vida a la escuela. Quince años; y ahora me ocurre esto. Un niño por el que yo estaba más especialmente en la posición de *in loco parentis*.

—Pero nadie podrá decir que es culpa tuya...

—Claro que no —replicó irritado—; no es eso. Pero sabes perfectamente bien que cualquier sospecha de escándalo es suficiente para arruinar un lugar como éste. Y para ese entonces, ¿dónde estaremos?

—Bueno, me parece que no hemos de morirnos de hambre. Ahora nos viene algún dinero, ¿no?

Hero se veía impulsada en su exasperación a una crudeza de palabra que la asombró a ella misma.

—Querida mía, ése ha sido un comentario de lo más brutal e impertinente. Como si yo... Realmente, Hero, hoy no estás en ti. Hubiera esperado más simpatía de mi mujer en una ocasión como ésta.

Hero suspiró hastiada. La vieja solicitud de lástima. Y lo peor era que siempre tenía éxito, al mirarle aquella parte de su naturaleza femenina que estaba más allá de su control. «No —se dijo firmemente—, yo amo a Michael. No me voy a dejar coaccionar emocionalmente y repartir mi amor con otro. El amor no es una caridad

indiscriminada». Miró más desapasionadamente a su marido. Éste estaba pálido como el papel y respiraba pesadamente.

—Lo siento —dijo—. Creo que estoy un poco excitada.

—Sí, sí, es un momento difícil para todos.

Trató ella de, hacerle salir de su preocupación con una broma.

—Especialmente para los que estamos bajo sospecha.

—¿Bajo sospecha? ¿Estás loca, Hero? ¡Dios mío! Te refieres al dinero. Pero, realmente, ¿no supondrás que...?

—Bueno, supongo que la policía empezará a buscar motivos.

Hero seguía hablando en broma; pero cuando levantó la vista y vio, desalentada, la cara tensa de miedo de su marido, pensó que podría darle un colapso. Casi parecería que realmente fuera culpable.

Dos narices, pequeñas y extraordinariamente maleables, se aplastan contra el vidrio de la ventana del tercer año, que da sobre el campo de heno. Sus propietarios —los intrépidos dirigentes de la Mancha Negra—, con su usual habilidad para oler a distancia o para meterse en líos, han descubierto la presencia de los detectives y se han escapado de la plegaria nocturna para vigilar sus actividades. Están ocupadísimos tratando de conseguir lo que los diarios llaman «una información exclusiva».

—Mira, Stevens, ése debe ser el policía-jefe, el de la gorra chata.

—¡Inspector, idiota; no policía-jefe! —observó aplastante el dictador.

—¿No es un fenómeno? Es más gordo que Griffin.

Te apuesto a que no es más fuerte. ¿Te acuerdas cuándo Griffin nos levantó a Pompo y a mí por encima de su cabeza, uno en cada mano?

—Mala suerte para Wemyss; aunque era un gusano. ¿Cuál habrá sido el accidente?

—¿Accidente? Pero, atontado, no creerás que ha sido un accidente de verdad, ¿no? No vendría todo un rebaño de policías si fuera un accidente.

—¡Corcho! ¿Quieres decir...?

—Asesinato. ¡Hum! Lo suprimieron. Eso es lo que quiero decir. Y además —añadió misteriosamente el dictador—, tengo una idea de quién...

—¡Eh! ¡Viva! ¡Dímelo! ¿Vamos a perseguirle?? ¿Quién es?

—¡No eches tu aliento por todo el cristal, animal, no me dejas ver! —Ponsonby limpió el vaho con la manga—. No te lo voy a decir —siguió Stevens—. ¡Saldrías diciéndolo por toda la escuela!

—¡Oh Stevens! No, no lo haré... ¡Eh! ¿Qué hace ese tipo de la máquina?

—Retratando los restos. Siempre lo hacemos en los asesinatos. ¡Caray! ¿No ves que eso prueba que ha sido un asesinato?

Ponsonby se quedó admirado del alto vuelo de la lógica de su jefe; después volvió a refregar la nariz contra el vidrio.

—Mira, ya se lo llevan. Lo van a poner en el carro del heno. No veo sangre. ¿Y

tú? ¿No está terrible? Me parece que me voy.

El dictador estaba hecho de un material más fuerte.

—Vete si quieres. Yo quiero verlo todo. ¡De prisa! ¡Vuelve! Están sacando el heno; buscando claves, me parece. —Ponsonby volvió a la ventana—. Ya se llevan el carro. ¿Dónde lo llevarán? Al cementerio, supongo.

—¿Nos darán medio día libre por el funeral?

—Puede ser. ¡Eh! Mira, el inspector ha encontrado algo. Lo coge con el pañuelo. Por las huellas digitales, ¿sabes?

—¡Recorcho! ¿Nos tomarán las nuestras?

—¡Cállate! No puedo ver bien... Se está poniendo muy oscuro. ¿Será una bala?

—No, es un lápiz. Un lápiz de plata.

Capítulo IV

DE VIVA VOZ

Por fin ha declinado el sol su eminencia meridiana, y sin inquietarse por maldades, miedos o pasiones, mira dentro de la sala de maestros, donde éstos conversan desanimadamente, intentando, sin éxito, rellenar con generalidades este súbito abismo que se ha abierto en sus vidas. Ya ha explorado la policía el campo de heno y encontrado lo que había que encontrar; ahora, el carretón lleva de nuevo su carga normal. Una fila de frailecitos vuela a lo largo del límite exterior del campo de deportes, mostrando alternadamente el blanco y negro de sus cuerpos como un rizo de luz o las ondas de un lago iluminado por la luna. Tiverton, que los observa desde la ventana, juguetea con las imágenes mentales de la muerte y de la vida, del crimen y la inocencia, de lo negro y lo blanco. En realidad, todos los miembros de la escuela, exceptuando algunos alumnos, tan jóvenes que el crimen pasa por encima de sus conciencias, sienten sus ojos atraídos, magnéticamente, hacia las ventanas y lo que está detrás de ellas.

Pronto entra el superintendente en el aula común. Los alumnos lo miran con ese silencio calculador, engañosamente cortés, con que suelen recibir los muchachos en masa a un extraño. Armstrong parece casi inquieto, si tal Everest humano pudiera inquietarse. Pero, animado por el aspecto receptivo de su auditorio, da una vuelta a su índice por dentro del cuello de su uniforme, adopta la expresión más parecida a la de un tío que puede encontrar y se lanza al agua:

—Ya saben todos ustedes que ha ocurrido un accidente desdichado. Yo estoy aquí para investigarlo y espero que cualquiera de ustedes, caballeritos, que pueda ayudarme, lo hará así.

Ha comenzado bien. El crítico juvenil más capcioso no tendría aún en qué agarrarse: y la idea de poder ayudar a la policía ha encontrado verdadero éxito. El superintendente tiene la sensación de estar pasando esta prueba con todos los honores y continúa más expansivamente:

—Todo lo que quiero saber por ahora es esto: ¿hay alguno entre ustedes que haya visto a su compañerito a la hora de comer o que lo haya visto más tarde?

Un estremecimiento invisible pasa por toda la asamblea: se inicia en los críticos veteranos del quinto año, en el fondo de la clase, y se comunica, como un mar de

fondo, hasta los alumnos más jóvenes, a los pies del superintendente. Sí, acaba de «meter la pata». Una sola palabra lo ha transformado de héroe en potencia en un personaje cómico. Durante algunas semanas la palabra «compañerito» será un chiste «de cajón» y un arma ofensiva y le llevará muchas semanas el lograr sobreponerse al efecto que ha causado. Se da cuenta que ha «perdido al auditorio», y abandonando el intento de seguir imitando a un tío radiotelefónico, repite la pregunta en un tono áspero oficial. Wyvern-Wemyss no apareció a la hora de comer: muchos alumnos tenían licencia para comer afuera con sus padres, y los que se sentaban generalmente al lado de Wemyss habían supuesto que él también la tendría. Nadie le había visto después no sabía dónde había ido. Tampoco había salido nadie de la escuela hasta un momento antes de que comenzaran los deportes. Armstrong podía tener un ojo de halcón, pero no era de esperar que distinguiera, entre ochenta alumnos, cómo se levantaba una mano a su segunda pregunta y desaparecía inmediatamente, o cómo dos pares de expresiones se ponían tensas y obstinadas a la tercera. Salió, a lo largo de la clase y por la puerta, bastante apresuradamente para él, pero no lo suficiente para perderse la iniciación de un breve número de variedades hechas por un jovencito, de orejas y anteojos prominentes, en el que la desdichada palabreja formaba la *pièce de resistance*.

El superintendente se ha encerrado con un director claramente consciente de que se le está interrogando en su propio despacho, y que, sin duda, se siente como debió sentirse Cronos cuando se le apareció de repente Zeus para hacerle pasar un mal rato.

—Bueno, señor —dijo el superintendente—, vamos a ver si, hasta ahora, estoy bien al corriente de los hechos. La última vez que se vio al muchacho, por lo que sabemos, fue durante la última hora de clase de ayer. No se notó su ausencia hasta las siete de la tarde, cuando se organizó su busca. De la declaración de Morley, el capataz, se evidencia que el cadáver estaba bien escondido.

—Lo pudieron haber colocado allí durante la tarde, en cualquier momento después del crimen —añadió el director.

—Pero ¡claro, hombre! No se me había ocurrido —dijo, mentiroso, el superintendente, añadiendo con un tono, pesadamente humorístico, que hizo retorcerse ligeramente en su asiento al Rev. Vale—. Dentro de poco le tendremos a usted en la policía, señor. —Luego continuó:— Todos sus maestros llevan con usted algún tiempo, ¿no?

—Sí, excepción hecha de *Mr. Wrench*; éste ingresó el trimestre pasado.

—¿Y qué clase de persona es ese *Mr. Wrench*?

—Bueno, ejem, siempre lo he encontrado satisfactorio en su capacidad didáctica. No es un erudito, naturalmente, no es un erudito; pero es concienzudo y sabe mantener la disciplina.

—No me refería tanto a su capacidad didáctica como a su carácter en general.

Resultaba curioso que nadie fuera capaz de conversar con Percival Vale sin verse influenciado por su comedida forma de hablar.

—¡Oh!, ¿su carácter general? Su colegio nos proporcionó bastante buenos informes. No puedo decir que haya estado muy en contacto con él fuera de los deberes escolásticos. Me parece algo reservado, y tiene una tendencia bastante desdichada hacia el esteticismo. No creo que sus ideas políticas sean del todo sanas. Pero, naturalmente, no es del todo un... no del todo... eeh... es decir...

El director se interrumpió con un aspecto algo confuso.

—¿No del todo un caballero? —Sugirió Armstrong—. Bueno, eso se podría decir de muchos de nosotros. Pero para resumir. La búsqueda no tuvo éxito y usted se puso en contacto con nosotros.

—A propósito: ¿le puedo preguntar por qué no telefoneó a la policía tan pronto como supieron que faltaba el muchacho? No nos avisaron hasta las siete y media.

—No sabía por entonces que habían asesinado a mi sobrino —replicó ásperamente el director.

Ahora le tocó al superintendente retorcerse en el asiento.

—Se imaginaron, por lo visto, que sólo se había escapado, o algo por el estilo, supongo —contraatacó.

—Su segunda hipótesis es más correcta que la primera —replicó *Mr. Vale*—. Supuse que le habría acaecido un accidente. Mis alumnos no tienen la costumbre de... de escaparse.

—No, claro que no. ¿Y no supo la tragedia hasta las siete y veinticinco, en que se la contó Morley?

—No.

—¿Entonces envió usted a buscar a *Mr. Tiverton*, le dijo que informara a los demás profesores y usted telefoneó al doctor Maddox y a la policía?

—Así es.

Afuera, en la antesala, empezó a sonar el teléfono. El director empezó a levantarse de la silla, pero Armstrong le contuvo levantando una mano enorme:

—No se moleste, señor. El sargento Pearson contestará.

El director se dejó caer de nuevo en su asiento, mientras decía con una sonrisa bastante lastimera:

—Parece que usted ha ocupado la escuela con sus fuerzas.

Entró el sargento a comunicar a su superior que el doctor Maddox estaba en el teléfono. Después de una breve conversación volvió Armstrong.

—Bueno, señor —continuó animadamente—, ¿le puedo hacer algunas preguntas más? Mero formalismo.

—Ciertamente.

—Quisiera conocer un resumen de sus propios movimientos entre la una y las cuatro.

—¡Oh, bien! Veamos. Estuve en la escuela hasta la una menos cuarto. Después estuve en el vestíbulo firmando permisos de salida hasta la hora de comer, poco más o menos hasta la una y media.

—¿Estuvieron todos los profesores?

—Sí. Digo, no, me había olvidado. Evans pidió que se le excusara.

Armstrong hizo algunos jeroglíficos misteriosos en su cuaderno de notas.

—¿Dio alguna razón?

—No, no considero necesario que mis profesores me...

—Muy bien, señor —le interrumpió—. ¿Y luego?

—Estuve conversando aquí con mi esposa como un cuarto de hora. Después me fui a mi cuarto de vestir y me cambié de ropa. Por entonces ya era hora de ir a recibir a los padres. Hoy era nuestro Día de Deportes.

—¿A qué hora empezaron a llegar?

—Supongo que hacia las dos y cuarto. Realmente no veo para qué...

—¿Estuvo en su cuarto desde la una y cuarenta y cinco hasta las dos y cuarto... cambiándose de ropa?

—Bueno, supongo que me recosté para descansar parte de ese tiempo. Supongo no esperará que recuerde cada uno de mis actos de menor importancia.

—Perdone que le pregunte, señor, pero ¿hay alguien que pueda confirmar eso? ¿Entró algún sirviente? ¿Su esposa?

El director adoptó aquella mirada suya que había vuelto a la sumisión a más de un padre rebelde y que podía reducir a los muchachos a un estado de afasia completa. La fijó por instantes en la adamantina faz del superintendente, y exclamó:

—¡Eso es un insulto! No he cometido este crimen y estuve en mi cuarto desde las dos menos cuarto hasta las dos y cuarto. Si no puede creer mi palabra sobre eso, no veo cómo puede creerla sobre lo demás.

—No, señor, en los casos de asesinato no podemos permitirnos creer en la palabra de la gente. Tengo un deber que cumplir. Si no puedo lograr informes de una persona, tengo que conseguirlos de otra.

En la voz del superintendente había un tono inflexible, y Percival Vale supo reconocerlo. Dijo bruscamente y con bastante mal humor:

—Mi esposa estaba en su dormitorio parte de ese tiempo. Está contiguo a mi cuarto de vestir; a través de la puerta cambiamos algunas palabras. No puedo ofrecerle pruebas mejores.

—¿Hacia qué hora sería eso?

—Mi esposa subió poco después de las dos. Bajamos juntos.

En ese punto aflojó Armstrong su presión moral y extrajo el resto de los hechos sin presión de ninguna naturaleza. Éstos eran: los padres del muchacho habían muerto y él era el pariente vivo más próximo; compartía la tutoría con James Urquhart, procurador de Staverton; nadie había pedido sacar al muchacho aquella tarde; y no sabía de nadie que quisiera eliminar a su sobrino. El superintendente escuchó también, benignamente, una teoría según la cual algún vagabundo habría cometido el crimen, pues el muchacho solía llevar en los bolsillos una cantidad considerable de dinero, para su edad; y consintió en que probablemente sería eso lo ocurrido.

Solamente después que se hubo marchado el superintendente para «cambiar una palabra con *Mrs. Vale*», empezó el director a percatarse, con una mezcla perfectamente equilibrada de indignación y aprensión, de que su inquisitor le había tenido en la palma de la mano, como Gulliver al Rey de Lilibut, y que había habido una siniestra ausencia de preguntas sobre si «el pariente vivo más próximo» podría beneficiarse por la muerte del Honorable Algernon Wyvern-Wemyss.

El superintendente Armstrong que interrogó a Hero Vale fue una persona muy diferente del inquisidor oficial de Percival Vale. Sus ojos expresaron una cortés admiración por su belleza y su voz un no menos cortés reconocimiento de las desagradables circunstancias en que ella se veía.

—Todo esto habrá sido un disgusto muy serio para usted, señora. Pero ¿podría contestarme algunas preguntas, de pura fórmula, no más?

—Sí, por supuesto.

—Después de comer... ¿no se fijaría usted si su sobrino estuvo a comer?

—No, no hubiese podido. Yo tampoco estuve.

El superintendente descruzó suavemente las piernas mientras decía con su voz más dulce:

—¡Oh!, no lo sabía. Para asegurarnos: ¿comía usted fuera? ¿Con algunos amigos?

—No, estuve sola. Salí con algunos *sándwiches*... al campo de heno. Mi marido le dirá que algunas veces soy bastante excéntrica.

—Muy natural, estoy seguro: quiero decir que es preferible comer al aire libre en un hermoso día soleado. Supongo que no vio a su sobrino... o a nadie, mientras estuvo en el campo de heno.

—No, tampoco hubiese podido. Vea usted: estaba dentro de uno de los castillos... En el... Me temo que estuve en el que le encontraron.

—¡No me diga! Eso debe ser todavía más doloroso para usted. Pero, realmente, somos muy afortunados con ello.

—¿Ustedes?

—Sí, claro. Con eso se restringe el tiempo durante el que pudo cometerse el asesinato. A no ser, naturalmente, que colocaran después allí el cadáver.

Los ojos del superintendente brillaban entusiasmados, como si fuera un bondadoso tío regalando un juguete nuevo a su sobrino. Hero pudo percatarse que él se estaba esforzando para tranquilizarla —«tranquilizarme o hacer que me traicione», pensó—, y que él sabía que ella lo sabía. Continuó hablando un poco bruscamente:

—¿Y después de eso?

—Entré en la escuela cuando los alumnos estaban acabando de comer. Estuve un momento con mi esposo. Después estuve vigilando las instalaciones y las sillas y todo lo demás para los deportes, hasta que subí a vestirme.

—¿Que sería hacía...?

—Subí justamente cuando el reloj del vestíbulo acababa de dar las dos.

—¿Subió con usted *Mr. Vale*?

—¡Oh, no! Él ya estaba en su cuarto de vestir cuando yo entré en mi dormitorio.

—Comprendo. Muchas gracias, *Mrs. Vale*. Espero no tener que molestarla de nuevo.

El superintendente se sentía ligeramente desazonado cuando se sentó en el cuarto de mañana preparándose para interrogar a los profesores. Sin embargo, la presencia del sargento Pearson, en el fondo de la sala, con un gran cuaderno en mano y cierta sólida pieza de metal que tenía él en el bolsillo, le fortificaron algo. Tiverton fue la primera víctima. Había estado en la sala de maestros todo el tiempo entre la comida y las dos y media, exceptuando visitas ocasionales al aula común para impedir que los muchachos, que esperaban allí hasta que se les mandara a cambiar, hicieran algo que no debieran.

—¿Qué otros profesores estaban con usted?

—Vamos a ver. *Mr. Sims* estuvo la mayor parte del tiempo. Salió hacia las dos; para cambiarse, creo; después de eso no volví a verlo hasta poco antes de que comenzara la primera carrera.

—¿Usted no subió a cambiarse?

—No, me había puesto mis ropas de fiestas antes del almuerzo.

—¿Y los otros profesores?

—Bueno, vamos, yo no soy el guardián de mi hermano, ¿no? Entraron y salieron casi todos ellos. Gadsby, creo, se fue al pueblo poco después de la comida. Wrench apareció poco después de las dos y volvió a salir. Evans entró para hacer cambiar a los alumnos: eso debió ser poco antes de las dos y cuarto. ¿Quién más? ¡Ah, sí! Griffin se fumó aquí un cigarrillo antes de salir a inspeccionar las disposiciones para los deportes. No puedo responder por el director —añadió travieso.

—¿Asistieron todos los profesores a los deportes, *Mr. Tiverton*?

—Sí, todos estaban. No vi a Wrench hasta el final de la primera carrera. Estaba hablando con los padres.

—¿Y no nos puede sugerir quién puede haber cometido este crimen?

—No. No... Salvo que no puedo concebir qué motivo puede haber tenido cualquiera de nosotros para hacerle a usted investigar con tanta exactitud nuestros actos.

—Pura formalidad. Muchas gracias; eso es todo por el momento —dijo el superintendente con indiferencia—. ¿Tendría la bondad de decir a *Mr. Gadsby* que pase?

Entró Gadsby y desconcertó al superintendente con un caluroso apretón de manos.

—¡Bueno! Ahora me toca a mí. Pegue no más.

—¿Me podría decir dónde estuvo usted entre el almuerzo y los juegos, *Mr. Gadsby*? Tenemos que investigar todo eso.

—Muy bien, hombre. Hay que cumplir con el deber, ¿no? Pues, en verdad, me fui al pueblo a tomarme un vasito. Me tengo que preparar para estas juergas sociales. No

soy muy de sociedad.

—Muy bien, señor. ¿Y fue muy largo el vasito?

A Gadsby le dio un paroxismo de risa.

—¡Eso sí que es bueno! Muy bien dicho. Se lo tengo que contar a los otros. ¿Fue muy largo el visito? Bueno, para decirle la verdad, no fue muy largo, pero tampoco el único. Dos o tres. Hay buena cerveza en «El Gallo y las Plumas», y la asenté con un par de *whiskies*. El viejo Tomkins es el tabernero, ya sabe; seguro que atestiguaría por mí.

—Estoy seguro que no hará falta, señor —replicó, juguetón, el superintendente, observación que también le cayó muy bien al divertido *Mr. Gadsby*.

—¿Cuánto tiempo estuvo allí? —preguntó.

—Salí a eso de las dos y cuarto. En automóvil se llega en seguida.

—¡Ah!, comprendo, iba en automóvil... Ya veo. Entonces ya no queda más que una pregunta. ¿Se le ocurre alguna idea de por qué han asesinado al muchacho? ¿Ha oído a alguien que amenazara...? Pudiera haber comenzado todo como una broma de muchachos, por ejemplo.

Gadsby se inclinó hacia adelante con lo que Tiverton llamaba su expresión de «colegiala confidencial».

—No me importa decirle, aunque parezca duro para el mocoso hablar de él así ahora, que casi toda la escuela le odiaba como a veneno. No diría que alguno no le haya retorcido el pescuezo demasiado violentamente. Es curioso: ayer mismo, durante el desayuno... se interrumpió bruscamente.

—¿Qué sucedió durante el desayuno? —le apuntó el superintendente.

—¡Oh! Hablábamos de crímenes, eso es todo —replicó Gadsby desganadamente.

Luego, como si sintiera que se esperaba algo más de él:

—Es curioso anotar las coincidencias que ocurren de cuando en cuando, ¿no, superintendente? Recuerdo que en 1917...

Armstrong no estaba de humor para esa clase de reminiscencias. Interrumpió al gárrulo Gadsby antes que éste pudiera comenzar y, habilidosamente, logró extraerle la sustancia de la conversación que ya hemos registrado. El sargento escribía furiosamente.

Después le tocó a Sims. Entró titubeando en el cuarto, con una incierta sonrisa que aparecía vergonzosa, por detrás de su ralo bigote.

—Buenas tardes. Creo que me llamaba.

—Sí, sí, señor. Tengo que hacerle algunas preguntas. ¿Me hace el favor de decirme sus movimientos después de la hora de la comida de hoy?

—¡Caramba! Me temo que tenga malísima memoria para esas cosas. Pero veremos. ¿Qué hice? ¡Ah! Entré en el cuarto de profesores un momento. Recuerdo que estaba Tiverton. Después me fui arriba a vestirme. Luego volví a bajar. Me temo que no le sirva de mucho.

—¿Tiene idea de qué hora era cuando bajó, señor?

—Dieron las dos cuando subía la escalera. Y se tarda como un cuarto de hora en cambiarse. Así que supongo...

—Está bien. Bajó hacia las dos y cuarto. Después entró en el cuarto de profesores, ¿verdad?

—Sí. —Sims echó una rápida mirada al superintendente—. No, me equivoco. ¿Quién lo dijo? Salí a fumar un cigarrillo.

—¿Hacia dónde fue usted?

—¡Oh!, por atrás. Por el campo de heno. Subí y bajé por el sendero. Griffin debe haberme visto, ¿sabe usted? Estaba afuera, en el campo grande.

Armstrong no dejó de notar cierto tonillo aprensivo en esta última declaración, pero no exteriorizó su observación.

—Muy bien. ¿Y no vio nada extraordinario?

—No; claro que no. Se lo hubiese dicho ya. Por ese lado de la casa no había nadie más que Griffin. Evans entró justamente cuando yo llegaba a la puerta.

—Muchas gracias, señor. Entonces, si no tiene nada más que sugerirnos, ¿sería tan amable de mandarnos a *Mr. Evans*?

»Si no miente... no, si éste y *Mr. Griffin* no están en colaboración, y sí la declaración de *Mrs. Vale* es correcta, esto fijaría el crimen entre la una y media y las dos y cuarto, a no ser, claro está, que se lo cometiera en otra parte. Demasiados “sí” y demasiados “a no ser”, pensó el superintendente Armstrong, mientras manoseaba cierto sobre que tenía en el bolsillo.

—¡Ah!, buenos días. *Mr.*, Evans, ¿verdad? ¿No tiene usted teorías sobre este crimen?

Michael sintió cierto antagonismo; un cierto vago desprecio en la palabra «usted». (¿Le habría estado alguien molestando al superintendente con teorías?), y un aspecto general de peligrosa quietud en el enorme cuerpo del superintendente, recostado pesadamente en la silla.

—¿Yo? ¡Oh, no!

—¿No ha oído a nadie amenazando asesinar al muchacho?

—Absolutamente. ¿Acaso suelen proclamar los asesinos sus intenciones en público?

El superintendente arrugó el entrecejo y dijo:

—¿Recuerda una conversación durante el desayuno de ayer?

—¡Pero cómo! ¿No sospechará usted de Griffin? Eso es ridículo. Pero si cualquiera puede hablar de retorcerle el pescuezo a un muchacho. Yo mismo lo hago un par de veces a la semana.

—Muy bien, señor, lo dejaremos pasar. —Michael tenía la incómoda sensación de que no lo estaba dejando pasar de ninguna manera.

¿Sería nada más que un ordinario policía tonto? No, en aquellos ojillos brillaba una inteligencia formidable. Entonces ¿por qué lanzarse sobre esa ridícula pista de Griffin? «Tal vez está tratando de tomarte distraído. Ten cuidado».

—Bien: ahora algunas preguntas de pura fórmula. Me dijeron que no estuvo usted a comer.

—No, salí... al bosque, del otro lado de los campos de juego.

—¿Vio usted a *Mrs. Vale*?

«Bueno, comenzó la danza. ¿Qué le habrá dicho ella? Arriesguémonos».

—No.

—¡Oh!, creí que podría haberla visto. Ella estaba comiendo en el campo de heno.

«Gracias a Dios, parece que no es nada».

—¿Comió usted algo, señor?

—Sí, llevaba algunos *sándwiches*.

«Eso es bastante seguro, parece».

—Comprendo... Por lo visto ayer estuvieron ocupados en la cocina.

La voz del superintendente era un poquito despreocupada. Michael presintió la trampa.

—Guardo algo de pan y mantequilla en mí cuarto.

«Bueno, es verdad. ¡Maldito sea! No debiera haberlo dicho. Debí esperar a que me lo preguntara. Eso es salir de una trampa para caer en otra... Sin embargo, Armstrong no comentó nada».

—Entiendo que no, vio a nadie en el bosque, o en el campo de heno...

—No. Griffin salió poco después de sonar la *campana*. Él y Mould, el que cuida los campos, estuvieron en el campo grande todo el tiempo después de eso, creo.

«Todo iba bien. Nada había que temer de este gordo oficial vestido de azul».

—Debo entender, entonces, que usted no fue para nada al campo de heno, ¿verdad? ¿Estuvo en el bosque desde la una y media hasta las dos y cuarto?

—Sí.

El superintendente se inclinó e hizo crujir la silla. Buscó algo en el bolsillo y sacó de éste un sobre, del que extrajo algo que hizo rodar sobre la mesa, delante de sí.

—Entonces, ¿cómo explica usted que este lápiz suyo se encontrara en el castillo en que estaba el cadáver? Ésas son sus iniciales, ¿no?

«¡Maldito y mil veces maldito! Ahora sí que la hice buena. Se me debe haber caído cuando estaba besando a Hero. No lo eché de menos esta tarde». Intentó adoptar un aspecto de inocencia ofendida.

—Bueno, no sé. A no ser que se me cayera durante la batalla del heno de ayer. Estuve peleando un buen rato con los alumnos.

—¡Ah! Lo eché de menos ayer, ¿verdad?

Michael se dio vagamente cuenta de otra trampa. «Permanece siempre tan cerca de la verdad como puedas cuando mientas», le pareció recordar como máxima convincente.

—No, no tenía ni idea de haberlo perdido basta que lo ha hecho usted aparecer tan melodramáticamente. —Michael se asombró de sentir surgir dentro de sí una ola de virtuosa indignación, aparentemente genuina. Añadió, con algún calor—. Y

permítame decirle que si éstos son sus medios ordinarios para interrogar, no me extraña que los diarios se preocupen tanto del tercer grado.

—Tal vez seamos los dos algo melodramáticos, señor —dijo el superintendente, mientras se retiraba en buen orden, como podía, de su falsa posición.

Para decir la verdad, se sentía considerablemente perplejo, como hubiera notado Michael de no haber estado demasiado ocupado pensando si habría notado el superintendente el amplio y culpable intervalo entre la pregunta sobre el lápiz y su respuesta. Pero Armstrong empezaba a mostrar síntomas de disculpa más que de sospecha. Michael se encontró dando un animado resumen de la batalla del heno, y cuando terminó, dejó al superintendente sintiendo la duda de si las maquiavélicas maniobras de éste no serían más que un producto de su propia imaginación culpable.

Le sucedió Griffin, preparado, evidentemente, a perder la paciencia a la menor provocación. Ésta se le proporcionó oportunamente cuando le preguntó el superintendente sobre su observación imprudente durante el desayuno.

—Bueno. ¡No faltaba más que eso! Si es eso lo que usted cree, más vale que arreste a todos los maestros de Inglaterra por sospechosos.

El superintendente manejó con gran delicadeza a este artículo tan extraordinariamente combustible.

—Vamos, señor —dijo—, tiene que comprender que la policía debe investigar todos los detalles, por triviales que éstos parezcan. ¿Recuerda el caso de Jones-Evans?

—¿Jones-Evans? ¿El delantero de Llanttyprid? ¡Claro que lo recuerdo! Siempre dije que ese Fulano iba a acabar mal. Me mordió el... la oreja una vez en un *scrum*. Sí, ya veo lo que quiere decir.

—¿Debo comprender entonces que usted no hizo esa observación en serio?

—¡Ah!, no sé. Podría muy bien haberle retorcido el pescuezo a ese diablo. Pero ocurre que no lo hice, sí eso es lo que quiere saber.

—Exactamente. Usted estuvo en el campo después de comer, ¿no? ¿Vio algo raro?

—No, excepto a Mould, el cuidador: desciende de una larga línea de idiotas de pueblo, creo. Encontré que había puesto un juego más de vallas esta vez.

—¿Y qué hizo usted?

—Bueno, le hablé un rato sobre ello. Después volvimos a guardarlas en el cobertizo.

—¿Hacia qué hora sería eso?

—Diez o quince minutos antes de comenzar los deportes, diría yo. ¿Por qué?

—Pues bien; es posible que no colocaran el cadáver en el castillo hasta un tiempo después del crimen. Naturalmente, estoy buscando dónde se le podría haber escondido durante este intervalo, si esta teoría fuera correcta.

—No, en el cobertizo no había cadáveres. Tampoco podía estar escondido, porque Mould dijo algo de que le habían movido los sacos y los volvió a poner en su sitio;

así que hubiésemos visto si había algo escondido tras ellos.

Armstrong se movió ligeramente en la silla.

—Bueno, entonces, no tengo más que decir, señor. No vería usted a *Mrs. Vale* después de la comida, ¿verdad?

—Creo que salió por la puerta del jardín una o dos veces para ver la distribución de las sillas.

—¿Había alguien más por ahí?

—No, no creo. ¡Ah, sí! Sims estuvo unos instantes paseando por el sendero. Salió cuando estábamos guardando las vallas. ¡Ah!, me olvidaba. Poco antes de eso pasó Evans; venía en dirección de los bosques. Eso es todo.

—Entonces no le molestaré más. ¿Me hace el favor de enviarme a Wrench?

Armstrong sonrió radiante a Wrench cuando éste se sentó. Sí notó el tic nervioso del párpado izquierdo del maestro o la manera en que sus manos agarraron los brazos del sillón, no dijo nada que lo denotara.

—Bueno, señor; supongo que ustedes los más jóvenes saben cosas de los muchachos que los más viejos ignoran. Tal vez podría sugerirme por qué podría alguien querer matar al muchacho...

—¡Oh!, no tengo la menor idea. Claro que no era muy popular entre los alumnos, aunque algunos le hicieran la corte por su dinero; ni entre los maestros tampoco, realmente.

—¿Cómo es eso?

—Hacía rabiar a todo el mundo siempre que viese la probabilidad de escapar sin castigo, y en una forma antipática y cruel, además.

—Ya comprendo. Aunque no creo, por lo que he visto de sus colegas, que pudiera tomarse mucha cuerda.

—¡Dios mío! Se podía liar a Gadsby alrededor de un dedo, y en cuanto a Sims... — Wrench se interrumpió algo confuso.

—Comprendo que vacile, señor. Muy natural, dadas las circunstancias. Pero, claro, ni aun los policías somos tan estúpidos para suponer que se cometa un crimen por un motivo así. Lo que estoy intentando es darme una idea de la psicología de la víctima. A veces nos da una idea del asesino, ¿sabe usted?

—Bueno, si eso es todo... —dijo Wrench, todavía incómodo—. Supongo que no habrá mal en decirle que Wemyss hada todo lo que podía para amargarle la vida a Sims.

De esto extrajo Armstrong alguna evidencia circunstancial; luego, sintiendo que Wrench ya estaba «maduro», como él decía, se lanzó al ataque.

—Todo lo que quiero saber, señor, es el resumen de sus movimientos entre la hora de comer y las dos y media.

Wrench se acomodó visiblemente en la silla y empezó a manosear su corbata rosada. Armstrong notó una ligera ronquera en su acento cuando comenzó a hablar.

—Ejem. Estuve en la escuela... De un lado para otro, ¿sabe usted?

—Trate de ser más explícito, señor.

—Bien; después de comer me fui a mi cuarto y me recosté un momento; me sentía algo mal. Después mejoré un poco y pensé que me pondría a leer. Recuerdo que me había dejado el libro en el cuarto de profesores y bajé a buscarlo. Tiverton estaba y...

—¿Puedo preguntarle qué libro era?

Wrench levantó rápidamente la vista y se sonrojó un poco.

—Realmente, no veo qué... Era un libro francés, sí quiere saber. *Mademoiselle de Maupin*.

Su acento era de desafío.

—¡Ah!, vamos. Un libro escolar. Cuando yo iba al colegio no nos enseñaban francés. ¿Y luego?

—Luego leí un poco, me cambié de ropa y volví a bajar.

—Llegó tarde para la primera carrera, ¿no?

—¿Tarde? No. ¿Quién le ha dicho eso?

—¡Oh, lo siento, señor! Un error. Creí entender que no estuvo usted con el resto de los profesores al comenzar los deportes.

—No, y no estaba. Estaba conversando con uno de los padres.

—¿Quién era, señor?

—Pues es raro. No lo sé —dijo lentamente Wrench—. Alto, de ojos azules, vestido de marrón. Se me acercó y me preguntó cómo andaba «Tom». No tenía ni la menor idea de quién se trataba, pero le dije que «Tom» iba muy bien. Suelen ocurrir estas cosas. Se le acercan a usted los padres y esperan que usted sepa la vida y milagros de sus hijos.

—Muy molesto debe ser, señor. Bueno, eso era todo lo que tenía que preguntarle. Muchas gracias. Buenos días, señor.

Capítulo V

ANVERSO Y REVERSO

Es la tarde del día siguiente, Tiverton, Evans y Griffin se han congregado en el cuarto del primero; Wrench está de guardia; Gadsby y Sims están en el pueblo y se les espera pronto de regreso. El superintendente, que ha andado todo el día de un lado para otro, se ha retirado finalmente, y con su marcha parece haber desaparecido algo la opresión de la atmósfera. También vinieron y se fueron otras personas, dejando la atmósfera acre y venenosa, como después de un ataque con gases; periodistas de los diarios locales y de Londres, rastreando un escándalo para sus ennoblecidos propietarios, como chacales olfateando un cadáver para leones un tanto caducos. Periodistas con cuadernos de notas; periodistas con formularios telegráficos; periodistas con máquinas fotográficas, que se sienten un tanto desconcertados al no encontrar «consternados parientes» cuyos rostros convulsos pudieran servir al día siguiente como postre del desayuno al gran público; periodistas corteses, insinuantes, truculentos, de buenas intenciones, innobles, agudos, obtusos; todo el enjambre se ha reunido y desaparecido. El aire de la noche parece suspirar de alivio, y aun el campo de heno, manchado por un asesinato, debe sentirse más limpio con la marcha de las aves de rapiña que lo han sobrevolado. Millones de ojos se han fijado, ávidos, sobre las noticias que Tiverton declama en estos momentos ante Evans y Griffin en la forma en que las presenta el diario de la tarde local.

ESPANTOSA DESGRACIA EN UNA ESCUELA PRIVADA
ARISTOCRÁTICA VÍCTIMA
SENSACIONAL DESCUBRIMIENTO DE UNOS SEGADORES A LAS 19,15
UNA CUERDA RODEABA EL CUELLO DEL ESCOLAR

«Los segadores, que trabajaban ayer por la tarde en un campo adjunto a la Escuela Preparatoria de Sudeley Hall, se vieron horriblemente sorprendidos al encontrar el cadáver de uno de los alumnos debajo de una de las pilas. Se transmitió inmediatamente la fatal noticia al director, el Rev. P. R. Vale, M. A., quien identificó el cuerpo como el de su sobrino, el honorable Algernon Wyvern-Wemyss, alumno de la escuela. Parece que el cadáver había sido brutalmente estrangulado, siendo la causa de la muerte un delgado cordel atado alrededor del cuello. El superintendente

Armstrong y el sargento Pearson, de la policía de Staverton, aparecieron rápidamente en escena, y nuestro corresponsal ha sabido que han descubierto rastros que pueden llevar a un rápido arresto. El director, que también es presidente de la Sociedad Arqueológica de Staverton y Distrito, declaró en una entrevista que sospechaba que el crimen era obra de algún vagabundo y atribuyó la ola de violencia que barre hace algún tiempo al país a la nefasta política del desaparecido gobierno laborista. En respuesta a una pregunta, el Rev. Vale negó enérgicamente que una broma pesada pudiera ser la causa de esta terrible calamidad. El desaparecido, que era extraordinariamente popular entre sus compañeros, era hijo de...».

—¡Bla! ¡Bla! ¡Bla! —Interrumpió groseramente Griffin—. Cállese un momento.

—¡Ah!, aquí hay algo más apropiado a su gusto —siguió Tiverton—. *Mr. Edward Griffin*, antiguo integrante del equipo de *rugby* de Oxford, que es profesor de Sudeley Hall, al preguntársele su teoría sobre el crimen, nos informó que no tenía nada que declarar.

—Lo que informé a ese periodista fue que si no se marchaba pronto le iba a romper las narices.

—Lo que fue bastante poco político por tu parte, Edward —dijo Evans—. Ahora te tiene entre ojos. Ya ves, ya ha conseguido hacerte parecer ligeramente sospechoso.

Griffin arrebató el periódico y leyó toda la columna.

—¡Caramba! Me parece que tienes razón. Bueno, entre este tipo y los policías voy a empezar a sentirme acosado dentro de poco.

—La tomó con usted el superintendente, ¿verdad?

—¡Y de qué manera! Ese tipo tiene más conchas que un galápago; un Fulano lleno de sospechas. Algún estúpido debe haberle contado lo que dije por la mañana durante el desayuno.

—Yo no fui —dijo Tiverton.

—Ni yo —dijo Evans—. Pero, en realidad, me parece que es de mí de quien sospecha el jefe por ahora. Los «rastros que pueden llevar a un rápido arresto» son mi lápiz de plata. Lo encontró en el castillo de heno.

Griffin pareció preocupado.

—Oye: ¿sabes que eso no tiene buena cara? Supongo no serás tú quien perpetró el crimen; pero, si hay que mentir, avísame con tiempo.

Habló como en broma, pero Michael pudo sentir una corriente subterránea de ansiedad en su voz.

—Muchas gracias, Edward, muy bondadoso por tu parte, pero no creo que haga falta. Aunque parezca raro, no soy el asesino.

—Ese lápiz le va a resultar realmente molesto —dijo Tiverton—. ¿Cómo pudo explicarlo?

—Bueno, le dije que lo había dejado caer cuando estuve jugando con los muchachos durante la batalla del heno.

Pareció que Tiverton iba a hacerle otra pregunta, pero se contuvo, diciendo en

cambio:

—En las novelas de detectives lo habría puesto ahí el criminal para hacer recaer sobre usted las sospechas.

—Tal vez sea así —dijo Griffin riéndose—; siendo el maestro menos popular de St. Botolph debes estar cargado de enemigos.

Michael se acercó a la mesa, agarró una pila de libros y los fue dejando caer deliberadamente sobre la cabeza de Griffin.

—Ésos son mis libros, gracias —exclamó Tiverton—. Pero hablemos seriamente: ¿está seguro que perdió el lápiz durante la batalla? Creía que se lo había visto usar ayer por la mañana. Quiero decir que si usted lo tenía ayer, o si alguien lo encontró después de la batalla y no se lo devolvió... entonces, ¿ven?, será que alguien lo ha puesto allí, y *alguien que pertenece a la escuela*.

El tono de la asamblea se volvió bastante grave. Michael se sentía avergonzado de tener que engañar a personas de su aprecio. Pero ¿las engañaba en realidad? No podía, por más que hacía, recordar cuándo había empleado por última vez el lápiz. Después de todo, tal vez no se le hubiera caído cuando estuvo con Hero. Pero ¿quién demonios podría querer...?

—Comprendo lo que quiere decir —dijo lentamente—. Sí, es una idea desagradable, ¿no le parece? Sí le resulto tan molesto a esa persona como para que me quiera ver ahorcado, es de suponer que estará dispuesto a darme pasaporte si la ley no logra hacerlo.

Tiverton, que había estado manipulando con una cafetera, con gestos de solterona, consiguió llenar tres tazas.

—Sin embargo, me siento inclinado a pensar —dijo— que se le podrá suspender la pena. ¿Saben qué es lo más raro de todo este asunto?

—No.

—Continúe, Holmes, soy todo oídos.

—Pues bien; ¿dónde se metió Wemyss ayer, después de las clases? Por lo que sabemos, podría muy bien haberse evaporado de la superficie de la tierra. Y luego, ¿quién o qué puede haberle inducido a desaparecer en forma tan curiosa, aparentemente sin que nadie supiera nada y sin dejar ningún rastro? Me parece que si pudiéramos responder a esa segunda pregunta, estaría resuelto el misterio.

No pudieron saber hasta mucho después cuánta razón tenía Tiverton.

—Me asombra usted, Holmes —dijo Griffin—, pero lo que no veo es dónde está la condonación de la pena de Evans.

—A no ser que Wemyss se estuviera escapando o que quisiera faltar a clase, lo que no creo muy probable, aparte de que parece que nadie le ha visto en el pueblo ni por los caminos, alguna influencia externa debe haberle inducido a abandonar el local.

—¡Frase excelente! —dijo admirado Griffin.

—Sugiero que debe haber sido alguna nota que recibió de alguien a quien

conocía, pues, si no, no hubiera ido; pero no de ninguno de los maestros, porque no solemos dar citas por escrito a los alumnos. Wemyss lo hubiera encontrado sospechoso.

—Sinceramente confío en que ningún maestro es capaz de hacerlo —dijo estiradamente Griffin. Se volvió hacia Evans—. Pero ¡caramba, Michael! Tiene razón, ¿no te parece? —Griffin tenía la facultad de entusiasmarse espontáneamente, y la expresión del rostro de Tiverton reflejó el calor de su aprobación.

Dijo Evans:

—¿Así que tenemos que buscar a alguien de fuera de la escuela que le conociera?

—O a algún otro alumno. No se olvide de esa posibilidad —dijo Tiverton.

La llegada de Gadsby y Sims interrumpió toda exploración subsiguiente del problema. Gadsby parecía extraordinariamente «iluminado», y aun el mismo Sims parecía sentirse muy satisfecho para su carácter habitual. Gadsby se sentó y se sirvió, sin que se le invitara, una taza de café y un cigarrillo. Luego emitió un carraspeo premonitorio y se lanzó.

—Acabo de llevar al viejo Simmie a tomar un trago. Parecía no tener muy buena cara —la policía le había andado molestando o algo así—, de manera que le receté un especial de mamá, ¿no es cierto, Simmie?

—Así es.

—Sin embargo, creía que no llegaríamos de vuelta. Simmie vio un pajarraco raro en un cerco y nos tuvimos que detener mientras lo rastreaba. Sims, no comprendo qué es lo que ve usted en esos malditos pájaros. Y hablando de pájaros, ¿dónde está Wrench? Seguramente estará tras la bella Rosa.

—¿De qué demonios está hablando, Gadsby? —dijo Tiverton, con una voz metálica, Pero Gadsby estaba demasiado feliz para dejarse apagar por eso. Continuó:

—¿Quiere decir que no la ha visto como le hace caritas durante la comida? Ahí hay gato encerrado, recuerden. Es todo un caso.

Griffin y Evans se estremecieron con ostentación. Sims se irguió en su silla; estaba encendido y temblaba, Tartamudeó:

—Realmente, Gadsby, ésa es una ob-observa-ción de lo más inne-innecesario. Eso es rep-pug-nante, hab-b-blar así de los p-p-pájaros; sólo porque esa g-gente, es-s-sa hinchada g-gente de s-s-so-ciedad, q-q-quiere c-c-comportarse como a-a-ani-males; n-no le veo la g-gracia —terminó dignamente confuso.

Todos se sentían bastante violentos, a excepción de Gadsby, que abrió exageradamente los ojos para exclamar:

—¡Caramba, caramba! ¡Quién lo pensara! ¿Así que Sims está bebido? ¡Eh, Simmie!, ¿cuántos te tomaste mientras no te veía?

El silencio que se produjo fue tan agudo que llegó a penetrar la espesa piel de Gadsby, que sugirió, algo enfadado, que sería mejor que cambiaran de tema. Y eso es lo que intentó hacer, con una habilidad elefantina.

—Bueno, como parece que estamos en la sala, les contaré un chistecito limpio. A

propósito, eso me recuerda una cosa que dijo esta mañana el superintendente; un tipo muy listo, ¿no? Persona decente.

Los presentes se regalaron los oídos con el ingenio del superintendente y la charla se desarrolló en su dirección. Tiverton dudaba de su capacidad mental. Griffin de la legitimidad de su nacimiento. Gadsby le consideraba muy listo y un caballero. Sims hizo notar, con cierta truculencia, que no se iba a dejar maltratar por ningún estúpido de ese tamaño, por más vestido de uniforme que estuviese. Michael, al que se recurrió como al mejor caracterizador del grupo, admitió que se había sentido tan asustado por el superintendente que su impresión era un tanto confusa, pero que creía que ya fuera talento o estupidez lo que poseía, lo tenía en una escala colosal, y que ambas cosas eran igualmente peligrosas.

En ese momento entró en la habitación Wrench, el supuesto tenorio. En la atmósfera se dejó sentir una cierta tensión, un movimiento general de miradas apartadas, de jugar con cucharillas, de volver a encender pipas.

—¿Quiere café, Wrench? —Dijo Tiverton—. ¿Metiendo a los chicos en la cama?

—Gracias, sí; están bastante intranquilos esta noche.

Sims explotó:

—Ahí tiene, Gadsby —y sonrió como disculpándose cuando cuatro pares de ojos le dispararon miradas significativas.

Wrench miró a su alrededor extrañado.

—¿De qué están hablando? ¿Se trata de una apuesta?

El silencio se hizo más tormentoso. Tiverton lo rompió, como un trueno.

—Gadsby creía aparentemente que a quien estaba metiendo en la cama era a Rosa.

—¡Eh, caramba, amigo! —tartamudeó Gadsby.

Wrench se puso blanco. Se le estrecharon los ojos y se le distendieron las aletas de la nariz: toda humanidad parecía haber abandonado su rostro. Sosteniendo todavía su taza de café, se levantó, mirando duramente a Gadsby:

—¡Cerdo asqueroso! —Dijo en una voz tensa y quebrada—. ¡Tú, pobre cretino! ¡Sal de ahí inmediatamente!

Se elevó su voz hasta llegar a un grito y se quebró. Arrojó la taza de café contra la cara de Gadsby.

Éste se tambaleó, guiñando los ojos. Por su mejilla corrían café y sangre. Un gruñido brotó de su garganta, se lanzó contra Wrench y le arrojó a varios metros contra un rincón, donde quedó gimiendo, con un montón de palos de golf de Tiverton que le cayeron encima al chocar contra la pared. Evans estaba de pie, lleno de furia ciega e indeterminada. Tiverton tenía una extraña expresión asombrada en el rostro. Solamente Griffin guardó su compostura. Se elevó como un acantilado ante Gadsby, le agarró de los hombros, le dio media vuelta y le puso en el corredor diciendo tranquilo: «Ya ha hecho bastante mal por hoy: ya no necesitamos su presencia». Se dio vuelta después e hizo que el ya sereno Sims le ayudara a llevar a Wrench a su

cuarto. Tiverton y Evans quedaron solos en la habitación devastada. Tiverton seguía con aquella extraña expresión lejana, como si estuviera tratando de resolver un rompecabezas.

—Bueno, ¿y qué diablos —dijo lentamente—, qué diablos me habrá hecho decir eso?

—Parece que todos andamos un tanto excitados hoy —le respondió un tanto inadecuadamente Michael—. Bueno, me parece que me retiro. Buenas noches.

Y marchó a la cama, donde quedó despierto durante horas. Se dio cuenta, entonces, al repasar los detalles del día y las nuevas actitudes de sus colegas, de cómo únicamente después de muerta la víctima, aparecía el crimen en toda su suciedad. Porque había ocurrido un cambio: bajo la superficie había aparecido una especie de reserva. Le golpeó, con fuerte impacto, la idea de que tanto él como sus colegas creían que el asesino estaba entre ellos, y que los acontecimientos recientes no eran más que una revuelta de las sospechas ocultas. Verdaderamente, se sintió muy satisfecho al asegurarse la venida de Nigel Strangeways.

Mientras los profesores de Sudeley Hall empezaban a mostrar estos síntomas premonitorios del colapso de su moral, el superintendente Armstrong y el sargento Pearson mantenían un consejo de guerra privado, ante unos *whiskies* con soda, en casa de aquél. Primero informó el sargento Pearson. Era un oficial joven, inteligente y de expresión sincera. Su rubio cabello rizado y un aire general de niño inocente de ojos azules le habían ganado mucho favor, especialmente entre las mujeres, y un éxito extraordinario como interrogador. Su cara reflejaba tan exactamente su mentalidad, completamente directa y sincera, que los criminales solían abrirle sus corazones, como a un hermano, o, si no, asustados en grado sumo por esa ingenuidad tan extremada y sospechando que ocultaba una astucia diabólica, se enredaban en complicados nudos de duplicidad.

El informe fue largo, pero aparentemente poco productivo. Pearson y el policía de Sudeley habían verificado primeramente la coartada de Gadsby en «El Gallo y las Plumas». Éste había llegado y salido a las horas que declarara. Entró por solo cinco o seis minutos en el cuarto privado, yendo después a disfrutar de la atmósfera más cordial del bar público. Después Pearson había estado visitando a todos los padres que vivían en la vecindad y que habían asistido a los deportes. Ninguno de ellos había visto al desdichado Wemyss. Solamente uno de ellos recordaba haber hablado con *Mr. Wrench* durante la fiesta, pero había sido después de las 440 yardas y no tenía ojos azules ni un hijo llamado «Tom». Ninguno se había fijado en que *Wrench* hablara con un señor de ojos azules y vestido de marrón en ningún momento antes de comenzar los deportes, aunque varios padres cumplían el requisito del color de ojos y ropa.

Mientras tanto, algunos de los hombres del sargento habían estado explorando los alrededores; pero sí el muchacho había salido de los terrenos de la escuela lo había

hecho vestido de invisibilidad. Una investigación extensa se había establecido entre los miembros de esa clase conocida por «sin domicilio fijo»; todavía estaban llegando sus resultados y aún no se había encontrado ningún apoyo para la teoría del director de la escuela. Los trabajadores que habían encontrado el cadáver habían pasado por una investigación intensa, de resultado completamente nulo.

Pearson recitó todos esos datos con una voz reglamentaria, sentado rígidamente en la silla y mirando, soñador, un cuadro de ángeles, anatómicamente deformados, que pendía sobre la cabeza del superintendente. Ahora aflojó su tensión y transfirió la atención de los ángeles al *whisky*, esperando que hablara Armstrong.

—Bueno, George —dijo el superintendente—, ha sido un trabajo excelente. Realmente, no esperaba que esos datos nos llevaran a nada, pero el eliminarlos restringe el campo que nos queda por investigar.

Después pasó a resumir sus propias actividades. Primero había examinado el compartimiento de equipajes y el asiento delantero del automóvil de Gadsby; no había ninguna señal de que hubiesen sido ocupados por un cadáver, aunque esto no eliminaba de ninguna manera a Gadsby de entre los posibles asesinos. Después había interrogado a todo el personal de servicio de Sudeley Hall. Estaban ya prácticamente libres de sospechas, pues habían estado uno encima de otro —si no tropezando todo el tiempo—, en la cocina o en el jardín, durante el atareadísimo período de tiempo comprendido entre la comida y el principio de los deportes. En este punto Armstrong hizo una pausa, llena de significado. Pearson, que conocía la debilidad de su superior por los efectos dramáticos, le preguntó:

—¿Prácticamente decía, señor?

—Sí. Me encontré con dos hechos muy curiosos. El cuidador de los campos, Mould, tiene algún tornillo flojo, pero está seguro que algunos de sus sacos, de los llenos, habían sido movidos desde que él fue por la mañana al cobertizo. Dice que cuando entraron *Mr. Griffin* y él, los encontró apoyados contra la pared, colocados de manera que podían haber servido de escondite; le pedí que los volviera a poner como él recordaba haberlos encontrado después de la comida.

El sargento Pearson dejó escapar un silbido, calculado astutamente para expresar al mismo tiempo asombro y admiración. Continuó el superintendente:

—Otra es Rosa. Una de las doncellas. Estuvo en la cocina, ayudando a fregar, hasta poco más de las dos. Después dice que no se sintió bien y que subió a su cuarto a descansar. No tenemos corroboración de sus movimientos hasta que se volvió a reunir con otros sirvientes en la ventana de un dormitorio para ver los deportes, poco después de las dos y media. Esa Rosa es una buena pieza, y además, está asustada. No insistí. La estoy dejando madurar.

Armstrong se recostó en su asiento, tomó un poderoso trago de su vaso, respiró ruidosamente y sonrió al sargento.

—También he conseguido algunos datos interesantes de los sirvientes. Parece que *Mr.*, Evans es todo un caballero, aunque algo orgulloso. *Mr.* Wrench es todo lo

contrario a ambas cosas. *Mr. Sims* no molesta; *Mr. Tiverton* molesta mucho; «entremetido» fue la palabra, si no recuerdo mal. *Mr. Griffin* y *Mr. Gadsby* son «unos caballeros muy simpáticos y considerados», aunque el último guarda botellas de *whisky* debajo de la cama. El Reverendo *Mr. Vale* parece ser un santo terror, con una lengua «como no hay otra»; nadie se quedaría en la casa un minuto más si no fuera por *Mrs. Vale*, que es «toda una dama y muy buena», aunque hay quien dice que es un poco «ligera de cascos», pero que quién no lo sería con ese viejo diablo por marido.

El superintendente volvió a llenar su vaso y el del sargento antes de seguir relatando el resto de sus actividades. Después de esta entrevista con el servicio doméstico había hecho una buena investigación en el bosque. Resultado: negativo. Había buscado huellas dactilares en todas las superficies posibles del cobertizo de *Mould*. Resultado, peor. Había comprobado por diversos alumnos que *Tiverton* había estado entrando y saliendo del cuarto de profesores después de la comida. Encontró un ejemplar de *Mademoiselle de Maupin* en el cuarto de *Wrench*, cuyas ilustraciones le habían forzado a cambiar de opinión sobre los textos escolares. Finalmente, había abandonado la escuela e ido a visitar a *Mr. Urquhart* en *Staverton*.

—Me dijo, después de las objeciones que siempre presentan los abogados, que *Mr. Vale*, como pariente más próximo del muerto, heredaría una buena suma de dinero; no podría decir exactamente cuánto, etc., etc. Él mismo estaba a cargo de los asuntos financieros del muchacho desde la muerte de sus padres, y *Mr. Vale* a cargo de los pedagógicos. *Mr. Urquhart* es el único ejecutor del testamento y solamente le corresponde un pequeño legado.

Volvió a planear *Armstrong* como si estuviera en medio de un vuelo y el sargento hizo otra vez la indicación oportuna.

—¿No está del todo satisfecho de su historia, señor?

—Acuérdate, muchacho; ese tipo está como asustado. Y según parece, también lo está la mitad de la gente que figura en este caso. Pero ahora llega la parte más curiosa. Le pregunté qué había hecho el miércoles. Se resistió un poco (todos los abogados lo hacen) y luego me contó una historia muy curiosa. Dice que recibió una nota anónima, escrita a máquina, en el correo de la mañana, pidiéndole que estuviera en el bosque de *Edgworth*, que está, como sabes, a menos de una milla de *Sudeley Hall*, a las dos menos cuarto, donde el que le enviaba la nota le contaría algo que le convenía saber, «Secreto absoluto», «queme esta carta»; todo lo de siempre.

—¿Y lo hizo?

—¿Hizo qué? ¡Ah!, sí, dice que la quemó.

—Quise decir, si fue, señor.

—¡Ajá, *George*! Vas adelantando. Té preguntas si un respetable procurador podría hacer caso de una comunicación tan sospechosa como ésa.

Pearson no se había preguntado nada de eso, pero asintió portentosamente con la cabeza.

—Y supongo que no aparecería nadie —añadió.

—Supones bien, muchacho, si podemos creer a Urquhart. Pero sí todo el asunto fue una broma y nada más, él no hubiese quemado probablemente la nota. Por otro lado, sí realmente se encontró con alguien, estaría ansioso de mostrarla para poder probar una coartada. De todas maneras, le he dejado que madure también. Volveremos a verle mañana, aunque él no lo sepa. Naturalmente, le he dejado vigilado y he enviado a Wills y a Johnson para investigar si no le ha visto alguien, a él o a su auto, cerca de Edgworth. Aunque es un sitio medio desierto.

—¿Quiere decir que cree que es posible que él...?

—Puede haberlo hecho, sí. Pero lo dudo. No gana mucho con la muerte del muchacho. No; tengo otras ideas sobre *Mr.* Urquhart. Creo que vive demasiado bien para ser un procurador —añadió el superintendente fuera de propósito—. Auto grande, casa suntuosa y todo lo demás. Bueno, bueno, veremos qué pasa. Y ahora, George, ¿cuál es tu teoría sobre el crimen?

Éste era otro gambito favorito en el superintendente, y Pearson hizo los movimientos convencionales de respuesta. Se rascó la cabeza, miró fija y desconsoladamente a su vaso de *whisky* y murmuró algo de cómo todavía los árboles le impedían ver el bosque. Armstrong hizo una aspiración tan profunda que amenazaron saltarle los botones de la guerrera y expelió el aire, perturbando visiblemente su bigote; con este gesto preparó sus cañones para la acción.

—Pues bien —dijo—, echemos una miradita a los árboles. Suponiendo, de momento, que Wemyss fue asesinado donde encontramos el cadáver, en algún momento entre la una y las cuatro. ¿Podemos precisar más la hora?

—Pues, señor, nadie más que un loco le hubiese asesinado durante los deportes. El campo de heno está a la vista desde la mayor parte del campo de juego, y ese castillo en particular está a menos de diez metros de donde había algunos espectadores.

—Ocho metros cuarenta y cinco, exactamente —dijo Armstrong con una elaborada negligencia —; sí, en eso tienes razón. Podemos tomar las dos y media como uno de los límites. Probablemente las dos y veinte, pues para entonces ya estaba llegando gente. Ahora *Mrs.* Vale declara que estuvo en el castillo hasta la una y veinticinco aproximadamente y no creo que lo admitiera si no fuese cierto. ¿Qué te parece ella, George?

George sonrió, vergonzoso, y dijo:

—Está muy bien, ¿verdad?

—¡Ajá! Ya volviste a caer por unas faldas. Nunca serás detective, muchacho —bromeó solemnemente el superintendente—. Ahora, si me preguntas, yo diría que tiene algo adentro. Y es serena, también. Me pregunto si no será lo bastante serena para comerse el almuerzo al lado de un cadáver.

—¡Caramba, señor! ¿Usted no creerá lo que dice?

El sargento estaba verdaderamente alarmado.

—Diría que es bastante fuerte para estrangular a una viborilla como aquélla. Y está el dinero por medio, no lo olvides.

—Bueno, si piensa en ese motivo, ¿qué me dice del viejo Azufre? —dijo Pearson olvidando el respeto.

—¡Hum! Le llevó media hora cambiarse de ropa, dice. Tuvo tiempo de sobra para escurrirse antes de que subiera su mujer, Pero dice *Mr.* Urquhart que la escuela es bastante próspera y no me imagino a nuestro viejo Azufre arriesgándose tanto, a no ser que anduviera con el agua al cuello, y aun así.

—Claro que eso también se aplicaría a *Mrs.* Azuf... Vale, ¿no? —replicó el caballeresco Pearson.

—Tal vez, desde ese punto de vista, aunque no sabemos si no tendrá sus deudas privadas. Usa vestidos caros. Pero te olvidas lo que dijeron los sirvientes.

El sargento lo miró sin comprender.

—«Ligera de cascos», dijeron. No pude conseguir que dijeran más. Pero ése es otro motivo posible. Suponte que estuviera con otro hombre y que Wemyss les sorprendiera. Es posible que ella y el otro quisiesen pararle la lengua.

—¡P-pero es una dama, señor! —Fue todo lo que pudo decir Pearson.

Armstrong sonrió de buen humor.

Y todo lo malo que pueden hacer las damas se reduce a dejar los automóviles era paradas prohibidas. Bueno, continuemos con nuestros árboles. Tomemos solamente las personas que tuvieron oportunidad para cometer el crimen. Tiverton, fuera de cuestión. ¿Gadsby? Pudo haberse cargado al pequeño antes, durante o después de un vaso y meter el cadáver en su auto. Pero ¿cuándo lo metió en el campo de heno? Tuvo que haber sido después de los deportes. Tengo que enterarme de lo que hicieron todos entre las cuatro y media y las siete; debiera haberlo hecho ya. Luego tenemos a Sims, que estuvo en los campos después de las dos y cuarto; pero también estaban Griffin y Mould; no, demasiado peligroso. ¿Griffin? Mould es su coartada, y muy buena, por cierto. ¿Evans? En el bosque todo el tiempo, dice, hasta las dos y cuarto. Lindo lugar, y tranquilo para cometer un asesinato, aunque no encontré rastros de lucha. Pero ¿cuándo pudo colocar el cadáver?

—*Mr.* Griffin estuvo fumando por ahí, después de la comida, así que nadie andaría por afuera hasta después de las dos menos veinte —sugirió Pearson.

—Muy bien, muchacho, me había olvidado de eso. Aunque sería peligroso cargar un cadáver desde el bosque hasta el campo. No hay muchas ventanas que miren para allá, pero no podía estar seguro de que no saliera nadie. Pero tenemos ese lápiz... ¿Sabes? Sería mucho más fácil si Evans hubiese estado en ese castillo con *Mrs.* Vale.

El sargento volvió a parecer dolorido. Armstrong le sonrió.

—Bueno, si no quieres aceptar eso, ¿qué pasa con Wrench? Otro de los del gremio de los asustados. Coartada, pobre. Dice que estuvo en su cuarto casi todo el tiempo. Pareció un tanto desconcertado cuando le pregunté qué leía. Pudo haberlo hecho entre la hora de comer y las dos menos veinte, cuando salió Griffin; aunque él

tampoco podía estar seguro de que no saldría nadie. Luego tenemos a Mould. Es un poco tonto, aunque a veces ese tipo suele resultar homicida, sobre todo cuando un Wemyss le hace la vida imposible; pero estuvo comiendo en la cocina hasta que salió con Griffin. Por último, Rosa. Mala coartada desde las dos a las dos y media, pero se presentan con ella las mismas objeciones que con Sims. Queda ese tipo misterioso de los ojos azules y el traje marrón. Nadie le vio hasta que comenzaron los deportes... y dudo que nadie le viera entonces.

—¿Quiere decir que se lo ha inventado Wrench?

—Estoy seguro que sí, y me gustaría mucho saber por qué. Es el esfuerzo más débil que he conocido para buscarse una coartada. Bueno. En cuanto a oportunidad, *Mrs. Vale* o *Evans* —o los dos juntos— ganan fácil. No me mires con esa cara, muchacho, que tenemos que mantener nuestras susceptibilidades fuera del asunto. Luego vienen *Mr. Vale*, *Gadsby* y *Wrench*, en montón, y *Wrench* puede ser la sorpresa del grupo. *Tiverton*, *Griffin*, *Sims*, *Mould* y *Rosa* no son de la partida.

—¿Y en cuanto a motivo, señor?

Había una mezcla de respeto y aprensión en la voz del sargento.

—Por ahora tenemos tres probabilidades. Dinero, venganza y silencio. *Vale* o *Mrs. Vale* podrían haberse visto impulsados por el primero; *Sims* y *Mould* por el segundo; *Mrs. Vale* y el desconocido por el tercero —le dijo sucintamente el superintendente.

Pearson se agitó inquieto.

—Realmente este asunto va tomando mal cariz para *Mrs. Vale*.

—La venganza es lo que me parece menos probable. La gente madura no asesina a un muchacho porque les hace rabiar. ¿El dinero? Bueno, como decía, el *Rev. Vale* parece tener suficiente; su mujer está más expuesta a sospechas por ese lado. Pero apostaría por el tercer motivo. Si el muchacho sabía que estaba pasando algo, era justamente el indicado para irlo contando. *Mrs. Vale* es una posibilidad evidente, aunque no me olvido de *Rosa*. En cuanto al cómplice, puede ser... —*Armstrong* hizo una pausa significativa.

—¿*Evans*?

—Tú lo has dicho. Joven, bien parecido; justamente el antípoda de nuestro fósil del director, Y su lápiz estaba en el castillo. Y él y *Mrs. Vale* comieron afuera; coincidencia curiosa, A esos dos pájaros no les pienso quitar el ojo de encima.

El sargento vació su vaso y se quedó mirando el fondo, probablemente buscando inspiración. Finalmente dijo:

—No acabo de entender, señor, por qué no ha considerado usted la posibilidad de que lo haya hecho uno de los alumnos.

—No te preocupes por eso. No se me olvida. Claro, que si hubiese sido así, se trataría de una broma que fue demasiado lejos. Los muchachos no se asesinan unos a otros...

—Hubo aquel caso en América... —interrumpió *Pearson*.

—Me importan un cuerno los casos de América. Los chicos ingleses no son así, tan morbosos. Ciertamente es que las películas americanas de ganasteis han ejercido su influencia, pero todos los crímenes de violencia que han provocado han sido entre jóvenes, no entre niños, y ciertamente no entre la clase de muchachos como de la que se trata en este caso. El sargento parecía no estar convencido, lo que irritó al superintendente. Luego continuó:

—De todas maneras, no hay pruebas que indiquen que haya habido ningún alumno en los campos a esa hora. Los que no estaban en el Cuarto de Día estaban comiendo con sus padres.

—¿No podía haber salido alguno del Cuarto de Día? ¿Acaso estuvo allí *Mr. Tiverton* todo el tiempo? —volvió a interrumpir el sargento.

—No; se me olvidó decírtelo. Estuve conversando con algunos de los muchachos mayores; creo que los llaman prefectos. Cualquiera que quisiera salir tendría que haberles pedido permiso, y nadie lo hizo. Suponiendo que alguien pudiera escapar sin que le vieran; suponiendo que se la tuvieran jurada al joven Wemyss: hubieran tratado de sofocarlo, o bien de darle garrote con la cuerda; pero la evidencia médica sugiere, contrariamente, que primero se le estranguló con las manos y que luego se le ató la cuerda para asegurarse de su muerte. Nadie haría eso como una broma. Es un asesinato deliberado. Y tampoco creo que ningún muchacho pudiera hacer esas marcas en el cuello.

El sargento consideró que el razonamiento, aunque plausible, lo había construido Armstrong con bastante poca solidez, para defenderse contra una posibilidad que no había explorado con el cuidado habitual en él. La lealtad de Pearson reprimió su inclinación a considerar si no sería el caso de que su superior estuviera manejando los hechos para acomodarlos a su teoría, aunque, sin duda alguna, las hipótesis contra *Mrs. Vale*, y Evans tal vez, parecía mucho más contundente que cualquier otra. Después de un largo silencio dijo con todo tacto:

—Bueno, señor. Supongo que el jefe no llamará al Yard por ahora. Después del trabajo que hizo usted en el asesinato de Crawleigh el año pasado, no creo que suponga que necesitamos ayuda.

—No, por ahora me lo deja a mí —replicó el superintendente, no sin cierto orgullo—, pero viene un Fulano, de nombre Strangeways: es sobrino del *Assistant Commissioner*. Agente de investigaciones privadas, se hace llamar: un aficionado; pero ha hecho algunos trabajos excelentes. Evans le telegrafió esta mañana. Es amigo suyo, aparentemente, de manera que supongo que hará todo lo posible por trabar nuestro trabajo. De todas maneras vivirá en la escuela, y es posible que logre enterarse de lo que yo quiero saber por sobre todas las cosas.

—Que es, señor...

—Cómo logró el asesino hacer que Wemyss se colocara donde él quería para poder asesinarlo.

Capítulo VI

APARECEN DOS PASTELES

Otra vez toca la campana Sweeny, el factótum. Como de costumbre, está mascullando algo, pero, sea lo que fuere, lo que dice se pierde en el perentorio llamado de la lengua metálica que avisa a toda la escuela la iniciación de un nuevo día. Todavía yace sobre la escuela la sombra de la muerte, pero ya su tinte no es tan uniforme; como una especie de medio luto, en algunos lugares tiene la oscuridad del primer momento, en otros recibe los rayos de un sol normal que vuelve. En los dormitorios, donde corren los muchachos de un lado para otro, pensando en las lecciones que no han preparado, en un partido de críquet, en las vacaciones venideras, la sombra es mucho más clara. Aquí, la elástica mente de la juventud ha arrojado el peso que la tragedia pudiera haberle impuesto y rebota, irresistible, sobre su curso natural, aunque aún aquí pueden quedar una o dos manchas negras que el sol no ha disipado todavía. En sus dormitorios, estrechos y monásticos, se visten los maestros. Aunque la mañana sonrío feliz afuera de sus ventanas, la noche todavía reina adentro. ¿Es de estos dormitorios de dónde emana la oscuridad para infectar el resto del edificio? El núcleo y centro del mal, ¿estará aquí escondido como un monstruo atávico? ¿Se habrá vuelto a dormir el monstruo, y satisfecho con un desastre ha retornado a otro de sus períodos de descanso? ¿O sigue esperando el Adversario, emboscado en una sonrisa, en un viejo conocido, en una cara ordinaria?

Así rumiaba Michael, tratando deliberadamente de multiplicar sus aprensiones a su más alta potencia, patinando sobre el hielo delgado que ya sentía crujir bajo sus pies. El lápiz. ¿Cuánto sabía realmente el superintendente? ¿Sería posible que no les hubiera visto nadie, a Hero y a él, dentro del castillo? ¿Qué inocente y qué seguro había parecido todo! En su mundo solamente había habido dos personas, pero ahora era el mundo el que les rodeaba, como a esos niños que empiezan a dejar de serlo y tienen a la vista el final de su inocencia. El precio del pecado es la muerte. Esa frase, definitiva y cruel, vagaba en su pensamiento. Sacudió impaciente la cabeza. Era de esperar que uno se hubiese librado ya de esa superstición pasada de moda. Pero no; parecía que había revivido. Recordó las palabras que le dijera Nigel una vez medio riendo: «No se nos ha hecho para ser felices. Puedes imaginar alguna vez que al fin has conseguido serlo; pero, justamente en ese momento, es cuando Ellos vuelven a

ti». Bueno, por lo menos dejaría a Hero fuera del asunto. Todavía persistía el hecho de su amor, y si había que ofrecer algún sacrificio para aplacar a los celosos dioses, que lo tomaran a él. Que lo tomaran a él y le rompieran el cuello en la punta de una soga. ¡Dios!, pensé, estoy hablando como si hubiese sido yo; hablando en melodrama, como si fuera algún asesino egoísta escribiendo su última confesión. No soy culpable. No ahorcan a inocentes. ¿O sí? De todas maneras, Nigel sabría encontrar la verdad...

El Reverendo y *Mrs.* Vale están desayunando. Bueno, lo había pedido, piensa Hero. ¿No pedía que ocurriera alguna emergencia aplastante que deshiciera el enredo en que estamos? Pues aquí está. Por fin ha ocurrido; aunque por ahora sólo ha conseguido complicar más las cosas. No puedo dejar a Percy, justamente ahora, cuando siente que se le derrumba su mundo. No, no se trata ni del honor ni del deber. Se puede luchar contra abstractos pomposos, pero no contra esa imperativa mujer que llevo adentro. ¡Oh Michael, tus manos, tu tacto exquisito! ¿Qué habrá dicho Michael a ese policía?

—Sí, Percy. ¿*Mr.* Strangeways? —dijo.

Hero poseía esa facultad de toda esposa capaz de guardar el oído para el marido y el pensamiento para ella misma.

—Ese *Mr.* Strangeways es, así entiendo, muy capaz y bien relacionado. Evans sugirió que le telegrafiará, como sabes, para que pudiésemos contar con alguien que... ejem... vigile el caso en interés de la escuela. Acabo de saber que llegará a Staverton en el tren de las doce y cuarenta. Evans está libre a esa hora y pensaba ir a buscar a su amigo a la estación. Tal vez quieras ir con él y traer a *Mr.* Strangeways en el automóvil.

—Buena idea. Podemos comer todos allá. Tengo que comprar algunas cosas.

Hasta el mismo Percival Vale hubiera podido notar, en otro momento, que su voz era excesivamente descuidada. Pero tenía otras cosas en qué pensar.

—No siento que venga, querida —le confió—; no me gusta el curso que va tomando la investigación.

—¿Por qué, Percy? ¿Te ha molestado el superintendente con lo del testamento?

—No. En realidad ni siquiera ha hablado de eso. Realmente, no lo entiendo. Pero no puedo consentir que los maestros de mi escuela estén bajo sospecha.

Las manos de Hero se crisparon súbitamente debajo de la mesa. Habló bruscamente:

—¿Qué quieres decir?

—Es perfectamente ridículo por parte del superintendente. Encontró el lápiz de Evans en el castillo en que asesinaron al pobre Algernon. Se le caería ahí, naturalmente, durante la batalla del heno. Pero Tiverton me ha dicho, confidencialmente, que la policía parece darle bastante importancia al hecho. Erróneamente, claro. ¡Un miembro de mi escuela complicado con un acontecimiento así! Es absurdo.

El director estaba muy excitado por la idea. Pero el corazón de su esposa estuvo a punto de detenerse. «¡Dios, ya llegó! ¡Qué locos fuimos al tentar así a la Providencia! No se puede saber cuánto valor se tiene hasta que se presenta una emergencia, dije. Bueno, aquí está. Vamos, ¡sé valiente! ¡Piensa! ¿Qué vas a hacer ahora? Gracias a Dios que podré hablar con Michael antes de que vuelva ese asqueroso policía. Michael sabrá qué hacer. Eso es. ¡Cárgaselo todo a él! ¡Ponte otra vez histérica de miedo como una colegiala!».

Pero no le fue dado a Hero examinar la nueva situación con Michael sino cuando la discusión hubo dejado de *ser* útil. A las diez llegó Armstrong a la escuela y solicitó hablar un momento con *Mr. Evans*. Michael fue al Cuarto de Mañana. El superintendente le recibió con bastante amabilidad, pero ya había dejado de ser una incógnita; Michael sintió detrás de él toda la fuerza de la autoridad y una cierta amenaza indefinible. Armstrong empezó a hablar con seriedad.

—Bien, *Mr. Evans*; he venido a hacerle un par de preguntas que me temo no le han de gustar. Pero estoy seguro que comprenderá que en un caso de naturaleza tan grave como el presente, los intereses de la justicia deben anteponerse a las consideraciones privadas.

Michael se tranquilizó algo. No sonaba esto como una exhortación a un sospechoso.

—Ciertamente —dijo.

—Cuando usted estaba en el bosque, *Mr. Evans*, nos ha dicho que miró hacia el campo de heno algunas veces.

—Sí, creo que lo hice, una o dos veces.

—¿Vio usted allí a *Mrs. Vale*?

«Esto se está poniendo difícil. En caso de dudas di la verdad».

—No... estaba dentro del castillo, ¿no? Desde el bosque no se puede ver por encima.

—Comprendo. ¿Estaría usted dispuesto a declarar bajo juramento que, por lo que usted sabe, nadie salió al campo de heno mientras estuvo usted en el bosque?

—Sí, pero no me parece que eso sirva de mucho. Como le dije, no tuve el campo a la vista más que unos minutos como máximo.

Armstrong se frotó la barbilla y contrajo las cejas. Dijo, con aparente vacilación:

—¡Qué lástima! Si usted hubiera mirado para allá la mayor parte del tiempo... Bueno, como fuere, eso sirve para confirmar una teoría que no quería yo desarrollar... —dijo, mientras hacía una pausa indecisa.

—¿Adónde demonios quiere usted ir a parar? — exclamó Michael.

—Mire usted, señor. He llegado a una conclusión probable y voy a correr el riesgo de contarle lo que pienso; no lo sentiría, como dije, si alguien me probara que no es cierto. Ni siquiera a un policía le gusta acusar a una... Comprenderá usted, señor, que lo que le voy a decir es una confidencia de lo más estricta.

—Sí, continúe.

—Bueno, entonces la explicación más probable del crimen por ahora es que lo cometió *Mrs. Vale* durante la comida, con o sin la complicidad de su esposo.

El superintendente pronunció estas últimas frases como si estuviese tratando de convencerse de la verdad que pudieran encerrar. Sus ojos miraron a Michael con una expresión de disculpa, pero lo miraron muy atentamente. Michael se puso en pie de un salto, presa de un torbellino de emociones: sorpresa, indignación, miedo y cierto alivio despreciable por demás.

—¡Deténgase! ¿Está usted loco? —Dijo, casi gritando—. ¡No se lo permitiré! Eso es de una crueldad absoluta. Es una locura poder pensar...

Armstrong hizo un gesto con los brazos y lo interrumpió.

—Por favor, siéntese, señor, y escuche. Me temo que se lo he dicho demasiado bruscamente. Pero es justo que escuche usted los hechos que me han obligado a adoptar esa posición.

Mencionó el testamento en favor de Vale y aseguró que no podía encontrar otro motivo por el crimen. Sugirió que para el director o su mujer, sería mucho más fácil pedirle al muchacho que fuera al castillo, o donde fuera que se le asesinó, sin despertar su curiosidad. Se le podía haber propuesto una merienda al aire libre, por ejemplo, inmediatamente que terminaran las clases.

—Además —añadió—, conocemos los movimientos de todos los demás en la escuela y los hemos encontrado satisfactorios, salvo, para ser francos, los de usted. Y en su caso no hay evidentemente ningún motivo, para no mencionar más que una dificultad.

Si el cerebro de Michael hubiera podido funcionar con la actividad de siempre, no hubiera dejado de notar los enormes agujeros que tenía el caso que le presentaba Armstrong. Pero el agrupamiento inesperado que hacía de los acontecimientos para llegar a una imagen tan diferente de lo real y tan espantosa, le había privado del juicio y solamente podía pensar en qué actitud tenía que adoptar para enfrentarse con la nueva situación. Armstrong contaba con esto, y sin dar tiempo a Michael para reunir de nuevo sus fuerzas, continuó, mirándole fijamente.

—Es claro que no aseguro que esta teoría sea correcta; pero es la única que se adapta a los hechos que conocemos hasta ahora. La dificultad desde su punto de vista —en la natural creencia de que *Mrs. Vale* es inocente— es que estuvo sola en el campo de heno durante una parte del período crítico. Por eso le he preguntado a usted si no ha visto a nadie más. Cualquier cosa que nos probara que Wemyss no estaba en el castillo con *Mrs. Vale* haría, naturalmente, que disminuyeran las sospechas sobre ella o las eliminaría completamente. Pero tal como están las cosas...

El superintendente se encogió de hombros con una admirable imitación de pesar y pareció haber terminado la entrevista. El cerebro de Michael giraba en círculos de demencia. ¿Debiera confesarse asesino? ¿O sería eso innecesariamente quijotesco? No, nunca podría acomodar en tan poco tiempo los detalles para que se ajustaran a los hechos en forma convincente. Si decía que había estado con Hero, eso significaría

casi seguramente el escándalo y la ruina de ambos, pero por lo menos eliminaría las sospechas que recaían sobre ella. Sí, tenía que arriesgarse, La mano del superintendente estaba ya en el picaporte de la puerta: su amplia espalda impedía que Michael viera cómo los nudillos estaban blancos y tensos.

—Un momento, superintendente.

Armstrong se dio vuelta lentamente, con una ligera expresión de sorpresa en el rostro. Nadie se podría haber figurado que iba a ganar la baza con una carta tan floja.

—¿Señor?

Michael temblaba sin control. Su misma voz parecía estar fuera de dominio.

—Me ha dicho usted algo en confianza, y ahora le voy a pedir a usted que haga lo mismo. Si resultara que lo que voy a decirle no tiene relación con el caso, ¿me promete guardarlo para usted?

—Bien, señor; eso es bastante difícil de prometer. Pero le puedo asegurar que si resolvemos este problema no daremos a conocer ninguna prueba que no sea necesaria para acusar al criminal.

—Muy bien, yo estuve con *Mrs. Vale* en el castillo desde la una hasta la una y veinticinco. —Le brotaban las palabras como si estuvieran ansiosas de rescatar a Hero.

Por un momento el superintendente quedó con la boca abierta, después se repuso y dijo:

—Comprenderá usted que ese asunto es muy serio, señor. Han estado obstruyendo la labor de la policía, usted y *Mrs. Vale*, con las declaraciones falsas que hicieron al principio.

—Sí, ya sé, ya sé. Pero debe usted advertir que no podíamos dejar que se supiera. El escándalo...

El superintendente ocultó parcialmente la cara con una mano.

—Comprendo, señor; ciertamente parece que esto deja fuera a *Mrs. Vale*, aunque no es tan fácil admitir esta nueva historia cuando usted me confiesa que la primera no era más que una sarta de mentiras —dijo.

—¡Tiene que creerme! —Gritó frenético Michael—. Usted dijo que si alguien hubiese estado con *Mrs. Vale* desaparecerían las sospechas contra ella.

Pudo dominar su voz y habló sobriamente:

—Le juro que *Mrs. Vale* y yo estuvimos juntos y que no vimos a su sobrino.

«Sí, juntos estuvisteis —pensó Armstrong—, pero me parece que visteis al sobrino algo más de lo que a éste le convenía».

—Y si necesita más explicaciones —continuó Michael—, estábamos allí porque nos queremos.

—Eso me pareció —dijo secamente Armstrong.

Sonrió después más amistosamente y añadió:

—Bueno, señor; nos ha hecho trabajar en firme, pero ahora me inclino a creer que nos dice la verdad. No lo haré saber por ahí a no ser que se haga absolutamente

necesario. Y le pido que guarde en secreto esta conversación, salvo con *Mrs. Vale*, naturalmente.

—Pero... Strangeways...

—¡Ah, sí!, me olvidaba de él. Sí —el superintendente parecía extrañamente desconcertado—, creo que lo mejor sería que me deje decirle yo todo lo que crea necesario manifestarle. Después, si así lo desea, puede usted contarle con mayores detalles cómo están las cosas entre usted y *Mrs. Vale*. Ahora un par de preguntas más. ¿Qué hizo usted cuando dejó a *Mrs. Vale*?

—Me fui al bosque y permanecí allí, como le dije, hasta las dos y cuarto.

—¿Y luego qué hizo desde la finalización de los deportes hasta que se pasó lista?

—Estuve en la sala de maestros. En realidad, estuvimos todos tomando el té.

—¿Y luego?

—Bueno, estuve allí leyendo hasta las siete. Tiverton estaba de guardia, de manera que estuvo entrando y saliendo todo el tiempo. Y Griffin salió después de tomar el té para vigilar cómo guardaba Mould los aparatos. El resto permaneció en el cuarto.

—¿Hasta las siete? ¿Está seguro?

—Absolutamente.

Armstrong se declaró satisfecho y se puso en pie. Michael regresó a su clase sintiendo un enorme alivio. Ya estaba afuera el pastel, pero era casi seguro que ello tendría que ocurrir alguna vez. Aun ahora podría quedar oculto algún tiempo, y Hero estaba segura; eso era todo lo que importaba. Después de todo, el superintendente no era tan mal tipo. Michael hubiera tenido razones para alterar esta buena opinión si hubiese oído lo que Armstrong se iba diciendo mientras se dirigía a ver a Hero. ¡El motivo! ¡Y confiado por él mismo!, pensaba entusiasmado, apretando el puño derecho dentro del bolsillo. Por ahora ya será evidente para el lector que el superintendente era un táctico brillante, aunque bastante inescrupuloso. Pero le faltaba la amplia visión del estratega, pues de no ser así se habría preguntado cómo un hombre que había cometido un crimen para ocultar su amor culpable, lo confiesa después tan fácilmente.

Inconscientes de las sospechas que dejaban atrás, Michael y Hero se fueron en el automóvil a Staverton. Era la primera ocasión que tenían de estar juntos por un tiempo después de su loca media hora en el castillo de heno. La mano de Michael descansaba en la rodilla de ella. Se sentían mucho más viejos que entonces; felices pero exhaustos, como si empezasen a ver las luces de la orilla después de una travesía tormentosa. La forma en que Hero conducía el automóvil era un buen índice de su carácter; tranquilo y eficiente hasta cierto punto, pero sucedía que a ratos solía impacientarse con la marcha, que se convertía entonces en una carrera precipitada. En una emergencia perdía algunas veces la cabeza por fracciones de segundo. La suerte de los descuidados la protegía durante esos momentos ciegos, y después volvía a adueñarse de sí misma con gran rapidez y seguía, tranquila y eficiente, hasta la

próxima ocasión. Dirigió el coche por un camino lateral, fuera de la carretera principal, y avanzaron rebotando hasta cruzar un portón. Aquí, ocultos por el seto, tomó la mano de Michael y reclinó la cabeza en su hombro.

—Querido, me alegro que ya lo sepan. Me alegro, de verdad. Pero ¿qué te hizo cambiar de planes y decírselo al superintendente?

—Me forzó. Verás, él creía... —Ni aun ahora podía Michael pronunciar las palabras— creía que lo habías hecho tú.

—¿Yo? ¿Estás seguro? Pero sí me dijo que sospechaba de ti... ¡Eso es terrible, querido! Percy me dijo esta mañana que habían encontrado tu lápiz en el castillo y yo ya te veía en la cárcel con una soga al cuello.

El cuerpo de Hero se sacudió y comenzó a sollozar.

—Hero, preciosa, deja de llorar; si no, voy a empezar yo también. Verte así me hace sentir como si me derrumbara por dentro.

Rió ella trémula y se secó sus ojos con la manga de la chaqueta de Michael.

—Me parece que soy mucho más débil de lo que creía.

Después le contó lo que le había dicho el superintendente: *Mr. Evans* había alterado su historia y tal vez quisiera ella corroborar la nueva.

—Así lo hice, naturalmente, Michael. Es una vergüenza, Michael, decírtelo, pero debo hacerlo. Al principio creí que lo habías hecho porque te asustaste. ¡Por favor, perdóname!

Michael la perdonó con muchos besos.

—Bueno, supongo que me asusté —confesó—; me quedé anonadado cuando me dijo que sospechaba que lo habías hecho tú. Sentí ganas de matarlo.

—Ojalá lo hicieras, Michael. No me gusta nada; esos horribles ojos de cerdo y esos modales untuosos... Le creo capaz de cualquier cosa; seguro que ahora está comprando un par de sogas para nosotros —añadió riendo.

—¡Ah!, no creo que sea tan malo. Después de todo podría haberse puesto pesado con todas las mentiras que le contamos. Y me dio todas las oportunidades para probarle que su teoría estaba equivocada.

—Pues yo no me fiaría. Sabes, Michael —prosiguió cambiando de tema—, me siento como si me acabasen de soltar de la cárcel. La hierba está más verde que nunca y el cielo más azul y los pájaros cantan especialmente para nosotros. Me siento más buena. Creo que debemos ser buenos. Creo que se lo debemos contar a Percy.

—Decírselo nosotros antes de que aparezca en la limpieza general de la ropa sucia. Tus motivos psicológicos son muy discutibles.

Hero se sonrojó y se endureció un poco en el asiento.

—A veces eres un mal bicho. Odio esa charla tuya sobre motivos psicológicos. ¿Qué se gana con andar buscando todas las malas razones por las que se hace algo bueno?

—No dije «malas razones».

—¡Oh, no seas tonto! Sabes muy bien que siempre que hablas de «motivos

psicológicos» te refieres a lo peor. Supongo que también habrá motivos psicológicos detrás de nuestro amor, pero de éstos no hablas. Sin duda empezará cuando te canses de mí.

—No te enfades así conmigo, Hero... No debemos empezar a pelearnos ahora. Es este maldito asesinato que me tiene trastornado. No te puedes imaginar cómo está el cuarto de profesores. Todos parecemos quererle morder el gaznate al vecino.

Gadsby y Wrench ya se han peleado, y Tiverton no hace más que atacar a todos. Griffin parece ser el único que no hace oposiciones para un manicomio. Pero me parece que tienes razón. Debemos decírselo a Percy.

—¡Cuánto me alegro! ¡Alma mía, tú sabes que no quise decir eso sobre la mala persona que eres! Pero vamos a esperar unos días hasta que se le pase el disgusto.

—¿Lo ha tomado muy mal?

—Ya te puedes figurar. La escuela está arruinada y todo lo demás. Ya se ha olvidado de Algernon, creo. Pero no debemos hablar así de él. Pobrecillo, la escuela es lo único que puede sentir.

—*L'école c'est moi*. Bueno, esperemos que Nigel encuentre al asesino fuera de ella.

—Cuéntame de Nigel. Mejor será que sigamos andando. Me lo puedes contar en el camino.

—¿Nigel? ¡Oh, es un buen muchacho! Estuvo en Oxford conmigo... Por caridad, no quites los ojos del camino, casi nos mandas a la cuneta.

—Eres tan guapo que no te puedo quitar los ojos de encima.

—Estuvo en Oxford conmigo, repito. No pudo seguir allí más de dos años porque el espectáculo de tantos jóvenes que prometían, arruinando sus vidas, fue demasiado fuerte para él. Se enteró que en Cambridge las cosas no iban mejor, que los vigorosos eran aún más vigorosos y la inteligencia aún menos inteligente, así que decidió pasarse sin más educación. De esta forma dedicóse a satisfacer sus gustos: escribía los exámenes en verso —y buenas respuestas que eran; tiene un cerebro de primera clase—, pero a los profesores no les hacía ninguna gracia, tal vez no les gustaba la poesía moderna, y le expulsaron. Viajó algo y aprendió idiomas. Después se dedicó a investigar crímenes, pues decía que era la única carrera en la que aún se permitían buenas maneras e investigación científica al mismo tiempo. Ha tenido mucho éxito y ha hecho un montón de dinero. Resolvió el caso de los diamantes de la duquesa de Esk y varios chantajes de copete que han figurado menos en la prensa.

—Pero ¿cómo es?

—¿Cómo es? ¡Ah!, se parece a uno de los bustos malos de T. E. Shaw. Tipo nórdico. Y de paso, está lleno de manías; él diría que se las ha desarrollado su mecanismo protector. Siempre hay que tenerle agua hirviendo, pues bebe té a todas horas del día. Y si no se le dan bastantes mantas como para tres personas, arranca todas las alfombras y cortinas que encuentra para cubrirse.

—Parece un poco loco.

—Pero te va a gustar. En realidad, es una buena persona...

El personaje que emergió de un coche de primera clase y avanzó hacia ellos con pasos de avestruz, no se parecía, pensó Hero, a la fantástica descripción de Michael. Nigel Strangeways la miró con ojos miopes y se inclinó sobre su mano con una cortesía algo deslucida por lo angular de sus movimientos. Hizo algunas observaciones corteses, que su voz fuerte y exuberante redimió en algo de trivialidad, y se dirigieron, a lo largo del andén, hacia el automóvil. Hero esperaba mejorar su conocimiento durante la comida, pero aconteció que tuvieron que posponerla. Su marido le había dado una nota para que la llevara a Urquhart. Cuando llegaron a la casa de éste detuvo el automóvil detrás del Daimler del procurador. Pero cuando estaba a punto de llamar a la puerta, ésta se abrió repentinamente y emergió un hombrecillo regordete, elevando una maleta.

—¡Eh, James!... —exclamó Hero.

Pero el hombre saltó los escalones, chocó con un individuo insignificante que se interpuso en su camino, enviándole trastabillando hasta el centro del camino, y se metió, con su maleta, en el asiento delantero del Daimler. Por las escaleras se oyó descender un tropel de pasos apresurados, pero para cuando el superintendente y el sargento salieron de la casa, Urquhart ya había puesto en marcha su automóvil, arrojando de sí al desconocido hombrecillo que se había repuesto del choque y que trataba de agarrarse al volante, y estaba a diez metros calle abajo. Armstrong miró a Hero y a Michael, dudó un segundo, gritó unas órdenes a su sargento y saltó al automóvil de Hero. Michael había tomado el asiento del conductor, suponiendo que se necesitaría acción.

—Siga a ese coche —gritó el superintendente— no puede escaparse por mucho tiempo, pero cuanto antes le alcancemos, mejor.

Hero saltó al asiento de atrás, donde Strangeways la tomó del brazo de la manera más amistosa y tranquilizadora, diciéndole:

—Por lo que parece, podríamos decir que he caído *in medias res*.

Michael puso el automóvil en segunda, se coló limpiamente entre un autobús y un hombre-anuncio que había en una esquina, y los lanzó en una serie de saltos y latigazos a través del tránsito de la calle principal.

—¡Oh muerte —cantaba Strangeways en un barítono algo ronco—, cuánta es tu amargura para quien vive en paz, para quien goza de sus posesiones y vive libre de inquietud!

La parte posterior del Daimler se escurrió coquetamente alrededor de una esquina, unos treinta metros delante de ellos, con su roja luz posterior guiñándoles un desafío ofensivo. Michael cambió velocidad; iba a ochenta. El automóvil patinó y pareció quedar colgado, como un ascensor que termina su descenso; después entró acelerando en la calle lateral y se encontró con un paso a nivel donde empezaban a cerrar la barrera. Michael, manejando a velocidad un automóvil, era muy distinto al maestro decoroso y ligeramente neurótico de Sudeley Hall. Lanzó el automóvil

contra las barreras como si fuera un jinete en la caza del zorro. Nigel le murmuró a Hero.

—¿Salta este auto?

Después cerró suavemente los ojos mientras rebotaban sobre los rieles, y las barreras raspaban las ruedas de atrás. El superintendente le echó una mirada aprensiva a Michael, pero éste miraba hacia adelante, sonriendo serenamente, sin considerar, aparentemente, ninguna adición más a su historia de víctimas.

Ya estaban fuera de la ciudad rodando en tercera mientras subían una larga cuesta. Los árboles saltaban sobre ellos y se retiraban, los setos se deslizaban hacia atrás como correas sin fin, los neumáticos zumbaron sobre una superficie diferente de carretera, pero el Daimler mantuvo su ventaja. Saltaron por encima de la cumbre y apareció ante ellos una empinada cuesta abajo. Michael se lanzó por ella como un aeroplano en picada. La aguja del contador de velocidades saltó de cien a ciento veinte kilómetros, luego a ciento treinta y cinco. Armstrong, al sacar la cabeza, encontró que le latían los párpados, arriba y abajo, por la presión del viento. El Daimler parecía ya más grande y podían ver a la figura que iba adentro, que rebotando como un pelele, se inclinaba sobre el volante. Strangeways sostuvo a Hero con más fuerza, comentando que aquello era más divertido que el cine y empezó a cantar el aria de «Israel en Egipto». El cabello dorado de Hero flotaba sobre su cabeza como si se hubiese sentado delante de un ventilador eléctrico; sus ojos brillaban y su boca sonreía estáticamente. Hasta el mismo superintendente olvidó su miedo en la excitación general y, ante el asombro de los presentes, comenzó a lanzar gritos de caza en una aguda voz de tenor.

Un triángulo rojo pasó como un relámpago; se acercaba a un cruce ciego de carreteras. El Daimler lo pasó. Un Austin *baby* asomó el motor por detrás de un cobertizo a la derecha; su conductor echó una mirada asustada al proyectil que se le venía encima colina abajo, agitó las manos y se detuvo casi en el centro del cruce. La mano izquierda de Michael cayó sobre el freno y la otra forzó firmemente al volante hacia la derecha. Patinaron por detrás de la cola del Austin: luego, Michael torció el volante bruscamente hacia la izquierda y frenó fuerte. Los neumáticos chillaron y una pared de tierra apareció a la derecha del automóvil; se detuvo en medio del salto cuando Michael volvió el volante otra vez a la derecha y quedó atrás. Habían pasado.

—¡Michael, *querido*! —gritó Hero.

—¡Misericordia divina! —exclamó Nigel.

—Perfecto, señor —dijo el superintendente volviendo a abrir los ojos, e indicó hacia adelante. El Daimler se tambaleaba de lado a lado del camino como un toro enfurecido. Urquhart debió mirar fatalmente hacia atrás, esperando que sus perseguidores se estrellaran en el cruce. Le estalló un neumático. El Daimler saltó por la tangente por encima de la cuneta. Su enorme carrocería giró sobre las ruedas delanteras, saltó en el aire como un juguete, rodó por encima de un seto y cayó devastadoramente en el campo de atrás, haciendo saltar por el aire una pequeña figura

negra, una maleta y varios almohadones que cayeron al suelo, separados y repartidos, como si los hubiera vomitado un volcán. Todos escucharon, esperando oír el espantoso ruido del choque del cuerpo contra el suelo, aunque apenas sí habían podido oír el choque del Daimler por encima del rugido de *su* propio motor. Cuando el cuerpo se perdió de vista por detrás del seto, contrajeron sus facciones, como si esperaran que el viento les golpease fuerte, Michael detuvo el coche y saltó con el superintendente por encima del seto al campo, El Daimler parecía un montón de chatarra. También Urquhart estaba en muy mal estado, pero había caído sobre unos matorrales y no estaba muerto. Le llevaron apresuradamente al pueblo más próximo, donde le asistió un médico, hasta que llegó la ambulancia de Staverton.

Armstrong propuso quedarse a la cabecera de la cama de Urquhart hasta que volviera en sí; si volvía alguna vez, Pero agradeció a Michael, algo torpemente, su ayuda y prometió ir aquella noche a la escuela, si podía, para contarles todo.

—¿Es él..., James..., el hombre, el que usted busca? —preguntó Hero cuando Armstrong se preparaba para dejarlos.

—No, no es el asesino, señora. Por lo menos, me sorprendería mucho que lo *fuese...*; *pero sí se* repone de ésta, le prometo que va a ver el interior de una cárcel.

Tuvieron que contentarse con esto durante varias horas. Después de la cena de esa noche, cuando el director y su esposa, Michael y Nigel, discutían el asunto en el salón, anunciaron al superintendente. Se acercó gravemente a Percival Vale.

—Me temo que tengo muy malas noticias para usted, señor, *Mr.* Urquhart ha muerto. Antes de morir hizo una confesión. Confesión que debo decir que confirma una teoría que yo tenía sobre él. Había estado malversando la fortuna de su sobrino. De cuando en cuando tomaba una parte de ella en su propio beneficio y después especuló, con mal éxito, para tratar de reponer los fondos. Creo que él sabía que yo sospechaba esto, pues cuando fui esta mañana a entrevistarme con él me hizo decir que estaría conmigo en unos minutos y los empleó en recoger todo lo que quedaba y tenía a mano de la fortuna del joven Wemyss. Yo había apostado un hombre de civil en la puerta, pero se le escapó. Por lo demás, tengo que agradecerle a *Mrs.* Vale por el automóvil y a *Mr.* Evans por su magnífica carrera.

El director se hundió en una silla, con la cara enterrada entre sus manos temblorosas, y Armstrong pudo únicamente adivinar qué emociones ocultaba. Continuó:

—Y naturalmente, esto significa que el asesino sigue suelto. *Mr.* Urquhart hubiera sido la última persona en el mundo en querer asesinar al muchacho, puesto que su muerte significaría la inmediata revelación de su desfalco. ¿Supongo que usted, *Mr.* Vale, no sospechaba que estuviera ocurriendo eso, verdad?

El director mostró una cara como de alguien que ve cómo se derrumban los últimos puntales de un mundo agitado.

—Apenas si es necesario que le diga que no tenía la menor idea —respondió desalentado.

—Tengo razones para preguntárselo, señor — dijo Armstrong, y pasó a referir el incidente de la nota anónima que había llevado al procurador al bosque de Edgworth —. ¿Ve usted? —explicó—; no me podía imaginar qué podría haber inducido a *Mr.* Urquhart a acudir a una cita tan poco profesional, a no ser que tuviera él mismo algo en la conciencia y la nota se refiriese a ello. Ahora que sabemos que sí lo tenía, podemos suponer que el que escribió la nota lo sabía también o que lo habría adivinado...

—Puede haber sido un palo de ciego —interrumpió Strangeways.

—Claro que es posible. ¿Sabe usted de alguien que pueda haber descubierto los fraudes de *Mr.*, Urquhart? Es decir, alguien que tuviese alguna relación personal con su sobrino.

—Absolutamente.

—Es lastimoso, señor, porque no parece que quepa alguna duda de que la persona que escribió la nota cumplía esas dos condiciones, y esa persona es el asesino.

Capítulo VII

SOBRE ESTO Y AQUELLO

El día siguiente lo pasó Strangeways tomándole el sabor al lugar, como él decía. En ello tenía una gran ventaja sobre el superintendente; no solamente se le consideraba «de nuestra parte», pues ésta era la opinión de la sala de maestros, sino que tenía la asombrosa virtud de poder adaptarse a los diferentes círculos y sociedades a los que su trabajo le llevaba. Esto lo hacía no como la generalidad de las «gentes que se adaptan bien», cambiándose a sí mismo para acomodarse al ambiente, ni tampoco con un ejercicio consciente de tacto social. Se trataba de su evidente y genuino interés por la persona con quien hablaba —forma de halago más sincera que una imitación— y que le resultaba un pasaporte muy eficiente para tan diferentes tipos de individuos como tenía que tratar. Este interés era en realidad mucho menos halagador para el paciente de lo que parecía en la superficie, pues provenía de una curiosidad científica y en modo alguno sentimental; pero esta naturaleza impersonal, íntima, quedaba oculta por la vital personalidad de Strangeways y por sus buenos modales, y eran pocas las personas que se daban cuenta de que estaban tratando con una especie de microscopio humano.

Sigámosle en su errático rumbo a través de un día escolar. Ha desayunado con los profesores. El trabajo de la escuela ha empezado. Camina lentamente a lo largo del corredor sobre el que dan las clases. En la primera de la izquierda, el director da una clase de latín. Voz auténtica y genuina de viejo pedagogo, madurado en el barril, con chasquidos y zumbidos como de chispas eléctricas en medio de un tenso silencio. «Este hombre —piensa Nigel— no tiene bastante pasión para una clase de crímenes, y su mente es demasiado complaciente y académica para la otra. La escuela es el símbolo y vindicación de su ego. Su reacción ante el crimen —me dicen Hero y Michael— es de dolor ante la lesión que ha sufrido el trabajo de toda su vida; un golpe, no sólo contra su reputación, sino contra sí mismo. Ese sentimiento es real, no simulado; eso lo puedo ver yo. Es increíble que un hombre así, para obtener una riqueza que no necesita, cometa un crimen que perjudica a la escuela y que por lo tanto viola su propio ego».

Siguió andando. «Gadsby, Tipo muy corriente. Bien parecido en tiempos pasados, el alma de las fiestas, un gran éxito en un círculo reducido y confinado mentalmente.

Y luego envejece, pierde su buen aspecto y su interés juvenil, el círculo se deshace y se queda sin defensas. Queda la bebida; las “aventuras amorosas”; alguna clase de droga que le haga olvidar sus pérdidas. Ya casi se ha agotado; es un autómata de buen humor. Casi agotado, pero no del todo. Es de esa clase de gente que podría figurar en algún tenebroso crimen pasional; que cometería un asesinato por miedo, pero no por venganza. ¿Qué tal llevará su vida monástica? No les habla a los muchachos como un homosexual, reprimido o no. Tengo que echar una mirada a las sirvientas; la que nos sirvió el desayuno era una hermosa moza».

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por un alboroto endemoniado. Se acercó a la puerta de su derecha, de dónde provenía, y murmuró: «*Mon dieu, quel huterberlu! quel*, diríamos, *tohu-bohul*». Los pies golpeaban en los pupitres; caían libros, o más probablemente, volaban; gritos, gruñidos y peleas. Una voz chillona e ineficiente gritaba: «¡Quieren callarse! Ustedes dos, siéntense. ¿Qué es lo que pasa?».

—Permítame, señor; se ha escapado el lagarto de Pongo. ¡Huy! ¡Cuidado, señor, se le sube por los pantalones!

—¿Lagarto? ¿De qué diablos me hablas?

—¿No sabe lo que es un lagarto, señor? Es un reptil cuadrúpedo, común en las regiones tropicales, con una cola muy larga y muy mal carácter.

—No seas insolente, Ponsonby, o se lo digo a *Mr. Vale*. Bueno, Bastin, ¿qué es lo que ocurre con ese demonio de lagarto?

—Señor, no es un demonio; se llama Gloucestershire, porque tiene la cola muy larga.

—¡Cállate la boca, Pongo; de todas maneras le ganamos a tu Middlese^[1]!

Volvió a surgir la angustiada voz de Sims. Parecía una oveja perdida en las montañas, se le ocurrió a Nigel.

—El próximo que hable sin permiso no saldrá esta tarde. Y ahora, tú, ¿cómo se te ha ocurrido traer un lagarto a clase? —Silencio de muerte—. ¡Me vas a contestar ahora mismo!

—Disculpe, señor, no se me da permiso para hablar.

Sims se rió con una risa incierta, buscando simpatía.

—Bien dicho, tienes razón. Puedes hablar.

—Pues, señor, estaba tan triste él solito en mi mesa... ¡Oh, corcho! ¡Cuidado, muchachos, que se va por debajo de la puerta!

El escándalo se triplicó, varios cuerpos chocaron contra la puerta, y después se elevó una voz furiosa:

—¡Maldito seas, Stevens; le has arrancado la cola! Te voy a dar un puñetazo.

—Lo siento mucho, Pongo. Se le cayó cuando la agarré. ¿Ah?, conque ésas tenemos, ¿eh?

¡Pum, pam, pim, zas!

Strangeways se alejó rápidamente cuando oyó abrirse la puerta del director y se detuvo a discreta distancia. *Mr. Vale* penetró en el infierno. La misma Medusa no

podría haber tenido un efecto más petrificante.

—Todos los alumnos se quedarán en clase esta tarde escribiendo unas líneas. Ustedes tres. Stevens, Bastin y Ponsonby, vendrán a mi despacho a la una menos cuarto para recibir unos azotes. Una palabra con usted, *Mr. Sims*.

Strangeways se introdujo apresuradamente en el cuarto de profesores cuando el ultrajado director pasaba arrastrando a Sims, pálido como Héctor muerto por las ruedas de su carro de batalla. Strangeways, sin la menor vergüenza, acercó la cabeza a la puerta del despacho del director y escuchó un regaño que le hizo arder las orejas. «¡Pobre hombrecillo! —pensó—. Nadie le ha dado ninguna oportunidad. Tenía que ser Vale el que le hablara así. Sarcasmos, amargo desprecio, habla con él como si fuera uno de los alumnos. Claro que Vale está verdaderamente furioso; la indisciplina no es buena para la escuela; *ergo*, es un insulto que se le hace a él. Pero ¡caramba!, si alguien me hablara así a mí, le rompería la cabeza. Pero Sims está demasiado aplastado para hacerlo; tiene mentalidad de esclavo. Relleno de complejos de inferioridad, sin duda alguna. Sólo como le tratan los muchachos bastaría. ¿Llegará un momento en que se rebelen estos esclavos? Quisiera saber si es cierto que los gusanos pueden darse vuelta alguna vez. Tengo que investigar si Wemyss estaba entre los opresores».

Sims regresó, enrojecido y tembloroso, a su clase, y Strangeways continuó con su paseo. Cuando se detuvo ante la puerta de Griffin no pudo reprimir una sonrisa. Por fin se dio cuenta de que estaba enseñando historia, llena de inexactitudes flagrantes y de grotescas caricaturas de personajes eminentes. Nigel lo dejó haciendo de Enrique VIII, decapitando esposas a diestro y siniestro con una regla. Entre sus discípulos había una intensa competición para conseguir el lugar de honor sobre el tajo. «No, si aquí tenemos un asesino —pensó Nigel— me como el sombrero o me hago nudista». Siguió por el corredor abajo. La clase de Tiverton. En ella había orden, pero mantenido a costa de un constante esfuerzo nervioso. Los alumnos respondían a las preguntas en tono respetuoso, pero se sentía que estallarían si el profesor abandonaba la presión nerviosa por un instante. No existía una simpatía real entre maestro y alumnos; ni siquiera estaban unidos por los vínculos del miedo, como en el caso del director y su clase. «Dudo que Tiverton esté en el trabajo que más le conviene; tiene entusiasmo, pero no hay aquí el canal que lo guíe. Pudiera llegar a ser, incluso, un buen científico si tuviera algo más de cerebro, o tal vez un *connoisseur* experto, si tuviera el dinero. ¿Asesino? Lo dudo. Demasiado solterón y amante de las comodidades. Me imagino que también debe tener sus manías, pero no está del todo loco».

Strangeways cruzó el corredor y se detuvo, completamente asombrado, delante de la puerta de Wrench. ¡Dios mío!, ¿qué pasa aquí? Este hombre tiene algo muy próximo al genio para enseñar, y durante el desayuno creí que sería uno de esos ceros a la izquierda de todas las escuelas preparatorias. El silencio que reinaba en el aula se debía a una atención arrebatada... La voz de Wrench era confidencial y aguda, con el

ligero acento de los Midlands que le prestaba una curiosa distinción. «Paciente, claro, dominando claramente su trabajo», se dijo Nigel a sí mismo. «Evidentemente tiene talento. Talento suficiente para planear un asesinato sutil, y también esa pasión de los muchachos de la más brillante clase media inferior por llegar a ser alguien. Me lo puedo imaginar siendo cruel contra cualquier cosa que se ponga en el camino de su ambición. Pero ¿pasaría eso con Wemyss? Supongamos que hubiese algo que aminorara su carrera de ser conocido; supongamos que Wemyss lo sabía. ¡Detente! Por ahora no queremos más que impresiones; las teorías tendrán que esperar a que conozcamos los hechos».

Al final de la hora sonó la campana. Las puertas vomitaron un torrente de muchachos. Evans salió y arrastró a su amigo hacia su clase.

—Tienes que venir y tomar el papel de Hamlet para que logremos hacer algo práctico. Los muchachos han oído que hay un nuevo sabueso en el local, así que probablemente tendrás que darles una conferencia sobre el crimen.

Pocos minutos después encontramos a Nigel, en mangas de camisa, con una espada de lata en la mano, confrontándose con el Laertes de Anstruther. Nigel no servía para actor; pero sí le faltaba talento dramático, también le faltaba un sentido de represión, y su ruidoso abandono pronto se comunicó a los demás personajes. Tal vez se cortó más el aire, se exageró a Termagant y se sobrepasó a Hero de lo que le hubiese gustado al refinado príncipe de Dinamarca; pero el placer isabelino con que los actores representaban, lo compensaba en parte. Laertes estaba truculento; Hamlet, elaboradamente irónico. Un chiquillo con cara de conejo que representaba al rey, con un tapete de mesa color púrpura y una corona de papel recortado, comenzó a declamar:

«—Sobre esa mesa colocad las copas».

Avanzaron dos alumnos llevando botellas de limonada, mientras la corte hacía insolentes comentarios que tenían una cierta conexión con la debilidad de *Mr. Gadsby*.

If Hamlet give the first or second hit,
Or quit in answer of the third exchange,
Let all the battlements their ordnance fire;
The King shall drink to Hamlet's better breath;
And in the cup an onion shall he throw^[2]...

El rey no pudo proseguir con sus versos. Gritos y rugidos de risa convulsionaban el auditorio. Michael vio que les llevaría el resto de la clase reponerse de ataques de risa, así que insinuó que Strangeways estaba dispuesto a responder a toda pregunta que se le hiciera. La clase se arrojó sobre esta posibilidad y le agobiaron mucho tiempo con esa mezcla curiosa de mundanalidad e inocencia que se tiene a los trece años. Luego le preguntó Anstruther cómo hubiese hecho para descubrir el misterio de

la muerte de su padre si él hubiera sido Hamlet. Esto abrió las compuertas y Nigel habló y habló, manteniendo fascinado a su auditorio. Cuando las agujas del reloj se aproximaban a las diez y media, observó que uno de los alumnos había concebido una idea y quería expresarla. Se interrumpió:

—¿Quería preguntar algo especial?

—Perdone que le interrumpa, señor... —Era Stevens, mayor, el jefe de la escuela, el que hablaba—. Pero ¿no sería estupendo que pudiésemos descubrir quién ha dado muerte a Wemyss representando otra vez el crimen, como hizo Hamlet con sus actores delante del rey?

Strangeways recibió esta proposición con perfecta gravedad.

—Sí, es buena idea. La recordaré. Y de paso —añadió, golpeando mientras el hierro seguía caliente—, si alguno de ustedes tiene alguna idea sobre este asunto, estaré en la habitación de *Mr. Evans* después del almuerzo. Recuerden, cualquier cosa sobre Wemyss, cualquier detalle ínfimo que hayan notado o que les haya parecido extraño, por poco importante que parezca, puede ayudarnos mucho.

Sonó la campana y Nigel salió de la clase, dejando detrás de él a doce adoradores, doce aliados y, probablemente, doce ayudantes demasiados celosos.

Michael y su amigo entraron en la sala de maestros donde se les recibió con amistosas inclinaciones de cabeza. Tiverton ofreció cigarrillos a Strangeways, con una mirada penetrante. Nigel tomó uno, lo encendió y dijo:

—¿Tiene algo raro? No son de opio, ¿verdad? ¿O es que tengo una mancha en la punta de la nariz? —Tiverton sonrió—. ¡Otra ilusión que se desvanece! No he leído ninguna novela de detectives en la que el gran hombre no «seleccione cuidadosamente un cigarrillo de la pitillera», y siempre me ha preocupado cómo y por qué lo hacía cuando generalmente estaba llena de *Players*.

—Relleno, nada más —dijo Wrench—; nunca pueden alargar un solo crimen sobre trescientas páginas, de manera que o rellenan la novela con bebidas y cigarrillos cuidadosamente seleccionados o tienen que hacer que su criminal cometa un par de crímenes más.

Sims miró por encima del *Daily Mirror*.

—Esperemos que nuestro asesino local no adopte su segunda alternativa.

Se oscureció el rostro de Wrench, que, irritado, exclamó:

—¡Oh, por Dios! ¿Es que vamos a estar siempre hablando de eso? ¿Tenemos que volvernos todos monomaniacos porque sospechemos que uno de nosotros está loco?

Hubo un silencio molesto. Era la primera vez que salía a luz la verdad, y recibió la bienvenida que suele recibir la verdad cuando aparece por primera vez. Nigel miró nariz abajo, haciéndose el desentendido, absorto aparentemente en sus propios pensamientos; pero en realidad escuchaba atentamente el tono de las voces. Griffin empujó para atrás su asiento y dijo:

—Una profunda depresión avanza desde Islandia. Se anuncian tormentas locales en las almas para mañana.

—Mire, Wrench, eso que ha dicho no tiene ninguna gracia —exclamó Sims—. Es decir, ¿cree usted realmente que el asesino es un loco? No es un pensamiento muy agradable.

—No se preocupe, Sims, nadie le hará daño — replicó Wrench sin casi molestarse en ocultar el desprecio de su voz. Sims volvió a esconderse detrás de su periódico. Gadsby, que había estado intentando en vano meter la cuchara, carraspeó, recogió para sí las miradas, como la dueña de casa en una reunión, exceptuando marcadamente la de Wrench, y dijo:

—Tema algo morboso ése. Hablemos de otra cosa. Y bien, Strangeways, ¿se progresa?

—Eso no es hablar de otra cosa —dijo beligerante Wrench.

Gadsby ignoró la objeción y siguió mirando a Nigel en forma expectante, con su impresionante animación sombría, bastante semejante a la de un cadáver galvanizado.

—Todavía no es el momento, *Mr. Gadsby* —dijo Nigel—. Por ahora estoy tan interesado en la marcha de este lugar, que casi he olvidado para qué vine.

—¿Y cuál es su opinión al respecto? —preguntó Wrench un tanto a la defensiva.

—Creo que sus alumnos son muy afortunados con poder asistir a la escuela ahora y no hace treinta años. Tienen aquí una hermosa sala de maestros. Tengo un vago recuerdo de la de mi escuela privada; sin ventanas, con una claraboya polvorienta en el techo, un florete sin botón en uno de los rincones, y en otro un palo de golf roto; sobre la mesa, una gramática latina sin cubierta y una botella de Oporto aguado. He aquí un magnífico cuadro impresionista de la educación a principios del siglo veinte.

Hubo una carcajada general, a la que Gadsby añadió su contribución, un tanto desconcertada:

—Algo hay de cierto en lo que dice —comentó—. Hablando de educación, eso me recuerda que no puedo encontrar mi libro de lectura francesa.

Se levantó y empezó a mirar en los armarios que cubrían la pared más alejada.

—Supongo que no se habrá metido por equivocación entre sus libros, Tiverton — dijo.

Tiverton se dio vuelta abruptamente en su silla.

—No, no se ha metido. Y hágame el favor de sacar las narices de mi armario. Sabe usted perfectamente que tenemos una ley no escrita sobre la exclusividad de nuestras pertenencias en el cuarto de profesores.

Sims levantó la vista, preocupado, y Strangeways volvió a mirar nariz abajo. Gadsby, vejado, exclamó:

—¡Oh, muy bien, muy bien! Parece que volví a «meter la pata». Tendrá guardado *Lady Chatterley* ahí, ¿no?

La entrada del director impidió una nueva explosión de Tiverton.

—¡Ah!, está usted ahí, Strangeways. Trabando conocimiento con... ahh... el *genius loci*, ¿eh? Bueno, ¿hay algo que necesite? ¿Le puedo ayudar en algo?

—Sí, hombre. Me gustaría mucho una taza de té.

—¿Té? ¡Ah!, sí, claro. En seguida le haré mandar una taza al salón.

Nigel, con cierta expresión de timidez preguntó si no podría ser una tetera, a lo que el director asintió, aunque con el aire derrotado del que tiene que participar en un juego de sociedad del que no conoce las reglas. Acababa de servirse Nigel la tercera taza cuando entró Armstrong. Cambiaron uno o dos comentarios preliminares, lo que hizo ver a Nigel que el superintendente estaba buscando un gambito verbal. Por lo tanto, decidió hablar él primero.

—Como usted sabe —dijo—, he venido con el encargo, un tanto vago, de investigar este caso en interés de la escuela. Quisiera asegurarle desde el principio que lo haré sin ningún antagonismo para con usted. Naturalmente que espero llegar a una solución que ayude a restaurar la reputación de la escuela o que, por lo menos, no la dañe más. Pero si me veo forzado a concluir que el criminal está relacionado con la escuela, haré todo lo que pueda para ayudarle a probar su culpa.

—No se puede esperar nada más correcto, señor.

—¿Una taza de té? ¿No? Un cigarrillo, entonces. Bueno, ahora mi línea de acción. Sé muy bien que los profesionales están hartos de las teorías de los aficionados. Por lo tanto, sugiero que compartamos los hechos de que nos enteremos, pero que nos guardemos las teorías hasta disponer de un caso perfectamente armado.

Armstrong estudió la puntera de sus zapatos durante unos minutos. Estaba algo resentido porque Strangeways había tomado la iniciativa y tampoco se sentía muy dispuesto a aceptar el compartir los hechos, sobre todo cuando hasta el momento era él el que tenía que proporcionarlos. Por otra parte, el aficionado estaba en mucha mejor posición que él para conseguir nuevos descubrimientos. De manera que, en general, parecía ser un buen negocio. Por lo tanto, pasó a dar a Strangeways un resumen claro y detallado del curso de sus investigaciones hasta el momento.

—Y como podrá ver usted, señor —concluyó, — aunque hayamos decidido guardarnos las teorías para cada uno, estos hechos indican todos en una dirección.

—¿Mrs. Vale y Evans?

—Sí —dijo Armstrong algo sorprendido por la facilidad con que el otro lo admitía—, aunque no hubiera esperado que lo aceptara tan fácilmente.

—¿Y por qué no? Evans es uno de mis mejores amigos, pero no le ayudaré mucho cerrando los ojos ante todas las pruebas que se presentan contra él. Si me permite resumir mi propia posición, aquí la tiene. Este crimen lo ha cometido o alguien de fuera de la escuela o alguien que pertenece a ella. Los movimientos de todos los vagabundos que se sabe que están en el distrito se ha comprobado que eran satisfactorios, y además, no había signos de que el móvil hubiese sido el robo. Esto, junto con la completa ausencia de motivos posibles, pone a la primera alternativa prácticamente fuera de juicio, aunque no debemos dejar completamente fuera de consideración al hombre con quien dice Wrench que habló al comenzar los deportes. Tomemos la segunda alternativa. Parece que los límites del tiempo quedan comprendidos entre la una y las dos y media de la tarde. Desde las dos menos cuarto

hasta las dos y media no había nadie afuera, pero el criminal no podía contar con ello y hubiese sido extremadamente peligroso llevar al muchacho al castillo o acarrear su cadáver en un momento en que podía haber salido alguien de la escuela. Nos queda entonces desde la una y media, cuando sabemos lo que hacía todo el mundo, salvo Evans y *Mrs. Vale*, que admiten que estaban precisamente en el lugar donde se encontró el cadáver.

—Eso es, señor; el caso contra ellos es el único que parece posible. Pero...

—Pero usted no cuenta con un solo hecho que lo apoye, salvo un pedazo de cordelillo que puede provenir de millares de ovillos, y un lápiz de plata, que, a su vez, no parece ser mucha prueba.

—Es extraordinario, *Mr. Strangeways*. Nunca he oído de un caso en que haya menos pruebas materiales. He buscado en ese campo y en todos los demás hasta ponerme enfermo. He perseguido a los sirvientes. He registrado los cuartos de los profesores, aunque preferiría que no se lo diga. No he encontrado nada. Y ahora, el motivo: *Mr. Evans* y *Mrs. Vale* son los que lo tienen más fuerte.

—¡Ah!, de paso, superintendente, me sorprende que le haya sido tan fácil el obtener confirmación de ese motivo.

Armstrong pareció incómodo, pero no podía ignorar la pregunta implícita en la observación de *Strangeways*, por lo que se vio obligado a explicar la estratagema de que se había valido en su entrevista con Michael. Nigel miraba, pensativo, nariz abajo, durante esta explicación. Luego dijo:

—Bueno, ciertamente que no emplea usted guante de cabritilla. No crea que lo critico. No creo que tendrían ustedes muchas probabilidades de dar con los criminales si guardaran las normas que ellos rompen. Pero hay un par de puntillos que podría remachar un abogado defensor...

Armstrong, que había comenzado muy a la defensiva contra este aficionado, ya estaba perfectamente tranquilo y le pidió que se explicase.

—En primer lugar me parece poco probable que un asesino admita desde el principio que estuvo en el lugar mismo donde se cometió el asesinato. Se podría esperar que se hubiera preparado una coartada, o que pusiese el cadáver en otro sitio.

—Puede ser una estratagema atrevida, señor, para desviar las sospechas, poniéndose ellos desde el principio en la posición más evidentemente sospechosa.

—Puede ser. Ya se ha hecho, ya sé, pero... Bueno, de todas maneras, mi segundo punto es éste. Suponiendo que el crimen responda a los motivos que usted sugiere, no es natural que se induzca tan fácilmente al asesino a descubrirlos. No se entrega, la posición llave de la defensa sin pelear por ella, sin pelear más de lo que parece haber hecho Evans, por lo menos.

—Entiendo, señor. Sí, admito que no se me había ocurrido. Claro que tal vez se haya asustado; aunque después de la aventura de ayer, mi opinión sobre el valor de *Mr. Evans* ha subido considerablemente. Bueno, tengo que marcharme. Ya veo que no necesita muchos consejos míos, pero he aquí una sugestión que le hago. No parece

que yo vaya a conseguir nada de los muchachos...

—Apuesto que son unos presumidos, ¿no? — interrumpió Nigel.

—Exactamente, señor —dijo agradecido Armstrong—, y me parece que son los únicos que nos pueden llevar a...

—¿A lo que hizo que Wemyss se escondiese con tanto éxito hasta que el asesino se vio libre para asesinarle a su gusto?

—¡Caramba, *Mr.*, Strangeways! O usted lee el pensamiento o tendría que estar llevando el caso en mi lugar —exclamó el superintendente, realmente admirado.

Y rechazando otra oferta de té de Nigel —con el alivio consiguiente de éste, pues ya quedaba poco y quería tomar una sexta taza— se marchó.

Hasta la hora de comer, Strangeways vagó por los campos de la escuela. Intentó, con poco éxito, visualizarlos como estaban el día de los deportes; la pista de carreras, las banderas, el público y los castillos de heno. Metió la nariz en el cobertizo de Mould y meditó sobre la cuestión de los sacos. Alguien debía haberlos movido. ¿El asesino? Entonces, ¿por qué llevarse el cadáver al campo de heno? En la cabaña estaba igualmente bien escondido. Pero ¡estúpido!, fue porque quería ganar tiempo. Sabía que probablemente visitarían la cabaña antes de los deportes, mientras que lo más probable era que no lo hiciese con el campo de heno Sabía. «Ya estás suponiendo que el asesino está familiarizado con la marcha de la escuela. Pero, aceptándolo todo, todavía está sin resolver la dificultad mayor. ¿Cuándo se hizo todo eso? Crees que Michael y su amiga son inocentes; pues bien, eso nos deja desde la una y media hasta las dos menos cuarto, a no ser que se cometiera el crimen mientras Griffin y Mould estaban en el campo grande. Se supone que eso es imposible. ¿Lo es? Me dice Armstrong que los muros del castillo eran lo bastante altos para ocultar a un hombre que se agachara adentro; por lo tanto, podría haber cometido el crimen sin que se le vieran. Pero queda el hecho de que el asesino, la víctima o ambos estaban expuestos a ser vistos al dirigirse al castillo. Claro es que Griffin y Mould podían estar vueltos de espaldas por un momento; pero el asesino no podía contar con ello; no era lo mismo que cruzar una cubierta entre dos olas. Un asesino que ha ocultado tan bien sus rastros, no es seguramente hombre para confiar a la suerte el punto crucial de su obra.

»Prueba otra vez. Esas dos y media ¿están determinadas? La evidencia médica fija las cuatro como límite extremo. Después de todo, ¿no se habría cometido el crimen durante los deportes? Pero si no es razonable suponer que el asesino se arriesgase a dejarse ver por dos personas, lo será mucho menos que lo haga ante doscientas. Supongamos que no se cometió el crimen en el castillo y que después se puso allí el cadáver, por ejemplo mientras todos estaban tomando el té Esto significaría que lo ha hecho alguien de afuera, porque se conocen los movimientos de alumnos y profesores desde la hora del té en adelante. Todo eso está muy bien, pero ¿por qué, en nombre de todos los santos, se tomaría alguien el trabajo de volver a cargar con el cuerpo para meterlo en el castillo? Eso es lo más fantástico de todo. El castillo de heno. ¿Por qué elegir el castillo? Seguro que ahí está la solución. Si

podiera comprender por qué se cometió el crimen, o, en cualquier caso, por qué se puso el cadáver en un lugar tan extraordinario, tan público, tan extrañamente paradójico, tendría en las manos la llave del problema».

Nigel volvió lentamente a la escuela, y enterró deliberadamente esta cuestión crucial entre otras de menor importancia, esperando que con eso pasaría a su subconsciente para emerger, en el momento oportuno, con la solución del caso. Efectivamente, no tardaron en aparecer otros problemas que distrajeran completamente su atención. Estaba sentado en la habitación de Michael después de comer, cuando sonó un golpe impetuoso en la puerta y penetró en el cuarto un cuerpo, con esa prisa involuntaria y poco elegante que, en una escuela preparatoria, suele indicar la propulsión trasera de un asociado avergonzado. La primera figura se precipitó algunos metros dentro del cuarto, y reveló ser la de Anstruther, Le siguió Stevens con un aspecto elaboradamente inconsciente de la entrada poco ceremoniosa de su compañero.

—Con su permiso, señor —dijeron al mismo tiempo ambos muchachos, y se detuvieron en un sonrojo común.

—Sigue tú, Stevens —dijo Anstruther.

—Con su permiso, señor; ¿podemos decir una palabra a *Mr. Strangeways*?

—Sí, pueden.

Michael sonrió afectuosamente al jefe de los alumnos, comparando in mente la sincera cortedad del muchacho con la arrogancia natural y contenida de su esbelto cuerpo.

—Creíamos que debíamos decirle, señor —dijo el muchacho a *Strangeways*—, que por la mañana del día en que se asesinó a *Wemyss* tuvimos una conversación sobre él en la mesa de los prefectos.

Nigel reprimió una sonrisa ante esta altisonante apertura, y Stevens continuó:

—Verá usted, señor; se estaba volviendo una amenaza, quiero decir, era un tío pesado, y pensamos que había llegado el momento de eliminarlo.

Michael se agitó incómodo. ¡No permita el cielo que se trate de una broma llevada demasiado lejos! Y con Stevens complicado.

—Naturalmente, nosotros no podíamos hacerlo. Percy, *Mr. Vale*, no nos permitiría que informáramos sobre un alumno porque hace rabiar a los maestros. De manera que decidimos que mi hermano y su banda se encargaran de él.

—¿Y lo hicieron?

—Yo le hablé a mi hermano durante el recreo y me dijo que reuniría a algunos miembros de la banda para darle una paliza a *Wemyss* después de los deportes. Se llaman a sí mismos «*La Mancha Negra*»; una especie de sociedad secreta, señor, Cosa de niños, pero que parece divertirles.

Stevens hablaba en tono indulgente, como un hombre de mundo hablando con otro, pero en ese tono había también una juvenil nota de aprensión. Fue precisamente en este punto cuando *Strangeways* pudo perder la batalla. Si hubiese adoptado una

rígida actitud moral o, peor aún, si hubiese tratado de no darle importancia al asunto, el sensitivo Stevens se hubiera retirado para siempre dentro de su caparazón, y la serie de acontecimientos que finalmente llevó a la solución del crimen no se hubiera iniciado. Pero Strangeways no era ni un moralista ni un hombre torpe.

—Ya veo —dijo—, eso no les habrá facilitado las cosas ni a ti ni a tu hermano, pero me parece que han hecho perfectamente bien en decírmelo. Y, naturalmente, no necesitan preocuparse por ello. Estoy seguro que ninguno de los dos es el asesino. Pero sí me pueden pasar cualquier información que tengan, les estaré extraordinariamente agradecido, y les prometo no hacerlas circular a no ser que sea absolutamente necesario comunicárselo a la policía.

Stevens le sonrió con gran dulzura.

—Eso está muy bien, señor. Claro que mi hermano no hizo nada, Pero tal vez sería mejor que se lo diga a usted él mismo. No es que tuviese miedo de venir, ¿sabe?, pero... bueno... Pero temió que fuese usted un atontado como ese Fulano de la policía.

—Me gustaría mucho hablar con tu hermano. ¿Qué te parece esta tarde?

—Bueno, está castigado, pero podría venir antes del té, a eso de las cinco y media, si a usted le conviene.

—¿Le gustaría tomar el té conmigo? ¿Se podría arreglar así?

—Estoy seguro que le encantaría. Pero no sé si se lo permitiría *Mr. Vale* —añadió dudoso Stevens.

—Me parece que podré conseguir su permiso — dijo Strangeways con toda gravedad.

Stevens y Anstruther se fueron arrojándole miradas arrobadas. Ninguno se percataba de que habían puesto en manos de Strangeways un extremo de la larga y enredada pista que llevó a la solución del misterio.

Capítulo VIII

INICIACIÓN DE UN DETECTIVE

Strangeways esperaba con cierta curiosidad la realización de su té. Se fue al pueblo y compró los bollos y pasteles más apropiados y gran cantidad de chocolates. A la vuelta se detuvo un rato en los campos de críquet, con ese agradable humor compuesto de arrobamiento estético y de atención de experto que el devoto del críquet comparte con el amante de la música y el pescador. En el centro del campo grande el primer equipo de la escuela jugaba contra un segundo equipo reforzado con Griffin y Tiverton. El chico de la cara de conejo tiraba a Griffin tiros lentos, con efecto a la pierna. El enorme jugador de *rugby* manejaba su *bat* como si fuera un palo de golf, así que sus tiros tenían el carácter correspondiente. Uno de ellos, después de un vuelo portentoso, aterrizó en el campo de heno. El segundo golpeó fuertemente contra el piso superior del edificio de la escuela. El chico de la cara de conejo, sin cambiar para nada la expresión de su rostro, volvió a tirarle la pelota, pero un poquito más corta. Griffin pegó otro golpe extravagante y la pelota salió del borde del *bat*, alta, alta, y cayó de nuevo, con un espantoso efecto, en las manos extendidas del *wicket keeper*. Se terminó el *over* y le correspondió a Tiverton, en el otro extremo, responder al *bowling* de Stevens. Nigel sintió un espasmo de entusiasmo al ver correr al muchacho hacia el *wicket*. Corría con la facilidad de una ola de verano; giró su brazo con la inevitable gracia de la ola que rompe, la pelota giró en el aire, descendió y rebotó perversa fuera de la pista, hacia el *stump* de adentro de Tiverton. El corazón de Nigel volvió a entusiasmarse al ver cómo giraba el profesor sobre sus pies y cómo, con un movimiento soberbio, fácil y casi despreciativo, mandaba la pelota hacia afuera del campo. Por segunda vez desde que estaba en la escuela, Nigel reconoció la calidad primero, en la forma de enseñar de Wrench, y ahora en el *batting* de Tiverton. Éste era un jugador nato de críquet. Nigel observaba cómo respondía con su estilo despreocupado a un *bowling* nada despreciable, y se encontró, con cierta irritación, tachándole de su lista de sospechosos. No era posible que un hombre que jugaba así cometiese un asesinato tan vil y cobarde. A Nigel no le parecía haber estado allí más que un momento, sumergido como estaba en el trance sin tiempo del cielo brillante, de la verde hierba y de graciosos movimientos, cuando miró el reloj y comprobó que no le quedaba más de diez minutos para preparar su té.

Se apresuró a entrar en la escuela, hizo calentar agua, distribuyó los alimentos por la mesa y esperó a su huésped. Ocurrió que fueron dos en realidad. La cabeza de Stevens II apareció en la puerta, echó una mirada franca sobre Strangeways y preguntó:

—¿Puedo invitar a otro?

—Naturalmente, naturalmente, hazlo venir.

—Está bien, señor, lo tengo aquí.

Desapareció el rostro. Detrás de la puerta tuvo lugar un coloquio fácilmente audible.

—Vamos, entra; dice que puedes venir.

—Pero oye: ¿qué va a decir Percy?

—¡Déjale a Percy! Tendrá que hacer lo que quiera el detective.

—¿Cómo es?

—Tiene buena figura. ¡Vamos, entra! En la mesa hay chocolate con leche.

—¡Oh!, bueno. No tienes por qué arrancarme la oreja.

En la pieza entró Stevens II, arrastrando detrás de sí a un chicuelo *regordete* y colorado, a quien presentó:

—Éste es Ponsonby, mi teniente. No tropieces con la mesa, estúpido.

Ponsonby, bajo la influencia de bollos y chocolates, pronto recuperó su serenidad habitual. El dictador no tenía reservas de qué despojarse; discutió los méritos de diferentes clases de bebidas heladas, le contó a Nigel todo lo referente a su colección de modelos de aeroplanos, y, entrando más en confianza, le relató diversas anécdotas de las más escandalosas sobre los profesores. Cuando no quedó ni una miga en ninguno de los platos, resumió sus impresiones.

—¡Estupenda merienda, señor! Mucho mejor que el cartón con grasa de tren que nos dan a nosotros.

—¿Cartón y grasa de tren?

—Quiere decir tostadas con mantequilla, señor. Ése es el té que nos dan los sábados —explicó Ponsonby.

—¡Mantequilla! —exclamó, siniestro, Stevens—. ¡No seas tonto! Cualquier idiota sabe que es margarina a lo sumo.

Nigel interrumpió lo que parecía irse a transformar en una conferencia sobre dietética.

—Bueno, me parece que lo mejor es que nos dediquemos a nuestro asunto. Me iban a contar algo sobre Wemyss.

Stevens frunció el entrecejo. Ahora se parecía mucho a su hermano, pero mucho más hombre de acción, un perfecto diamante en bruto, un dirigente en potencia.

—Bueno, pues es difícil —dijo—. Verá usted; realmente no se trata de Wemyss. Y si se lo contamos traicionamos un secreto de la Mancha Negra...

—Cuyo castigo es la expulsión y el ostracismo —añadió pomposamente su teniente.

—Así que pensamos que... bueno, que si usted se hiciera miembro de la Mancha Negra...

Apenas pudo evitar Strangeways el decir: «Sería un gran honor», al darse cuenta que Stevens no aceptaría fácilmente las cortesías de personas mayores.

—Comprendo lo que quieres decir.

—Pero lo que pasa es que todo el mundo tiene que pasar por una prueba antes de que le permitamos ingresar —continuó, dudoso, Stevens.

—¿Una prueba?

—Sí, una especie de ordalías. Para probarle el valor y todo lo demás.

—¿Y no podría yo pasar las ordalías?

—Bueno, señor, les hacemos hacer cosas raras. Bueno, ¿sabe?, eso está muy bien para chicos, pero no creo que esté muy bien para mayores —dijo Stevens, el realista.

—¿No le podríamos hacer miembro honorario? —preguntó Ponsonby.

—Calla la boca, Pongo; eso lo he pensado hace rato, de manera que a callar.

—Preferiría ser un miembro ordinario, si no les importa —dijo Strangeways; con lo que, según supo después, estaba tomando una decisión que le llevaría al asesino.

—¡Corcho y recorcho! ¡Magnífico! ¿Está seguro que no le importa, señor? Podría pasar la prueba mañana. La pensaremos esta noche.

—¿Me harán pasar la misma prueba que a todos los demás?

—Verá, hacemos una diferente para cada candidato. Así es más divertido... Pero siempre se trata de cosas parecidas. Mañana por la mañana recibirá usted sus instrucciones y se presentará a mí cuando las haya cumplido, bueno, pues...

El muchacho se interrumpió con alguna confusión, El campo de dictados de un dictador tiene sus límites.

Strangeways simuló no darse cuenta de ello y se arregló el lugar y el momento para la próxima reunión. Después de lo cual, hasta que llegó el momento de marcharse, Stevens descartó su dignidad oficial, y finalmente abandonaron la habitación él y Ponsonby, entre andanadas de: «¡Muchas gracias, señor! ¡Muchísimas gracias, señor!», que le hicieron sentir a Nigel como si les hubiese regalado la mitad de los reinos de la tierra. Apenas se habían ido cuando volvió de nuevo Stevens y, metiendo la cabeza entre la puerta, murmuró:

—Oiga, señor, no le diré nada a nadie de la prueba, ¿verdad? Se supone que se trata de un secreto espantoso.

Nigel lo tranquilizó, aunque *él* no se sintiera nada tranquilo. Le había dicho el muchacho que lo que tenían que decirle no tenía nada que ver con Wemyss. Eso ya era malo, y luego tendría que desperdiciar un tiempo valioso mañana sufriendo una iniciación seguramente muy poco digna. Sin embargo, su intuición, que ya le había ayudado más de una vez, le decía que empezaba a estar «caliente».

Si se metió en la cama aquella noche vagamente intranquilo, un papel que le deslizaron en la mano a la mañana siguiente cuando se dirigía a la sala de maestros le sumió en un miedo auténtico. «Realmente, esto es demasiado», pensó releendo sus

instrucciones. «Para esta tarde, seguro que estoy en la cárcel». Se trataba de una hoja arrancada de un cuaderno, con suficientes marcas de dedos para convertirla en el paraíso de un experto en dactiloscopia. Había un borrón redondo de tinta en la parte alta; sin duda la Mancha Negra; debajo, en trabajosas mayúsculas, estaba la siguiente leyenda:

«SI DESEÁIS SER MIEMBRO DE LA ANTIGUA Y HONORABLE SOCIEDAD DE LA MANCHA NEGRA, DEBÉIS EJECUTAR Y COMETER, ANTES DE LAS DOS DE LA TARDE, LAS SIGUIENTES HAZAÑAS. A SABER:

»1. Dibujar con tiza un bigote blanco en la ninfa de la fuente de la plaza de Sudeley.

»2. Pedir a Higgins, residente en la mencionada aldea, que os enseñe sus famosas balanzas, y traer una descripción de los susodichos instrumentos.

»3. Traer una trampa para conejos del coto de faisanes de lord Edgworth y conservarla hasta que la Sociedad os la demande.

»N. B. Las hazañas se cumplirán en el orden mencionado.

»P. S. Si falláis u os retiráis, dejaréis de ser elegible para la Sociedad.

»P. P. S. Quemad este papel. Y si divulgáis su contenido, o alguna parte de su contenido, o cualquier cosa pertinente a la Sociedad de la Mancha Negra, a cualquier alma viviente, la Mancha Negra será puesta sobre vos y no recibiréis gracia,

»R. I. P.

»(Firmado). LAS AUTORIDADES DE LA SOCIEDAD».

Esta jerigonza, que atestiguaba tanto las amplias lecturas de su autor como su espíritu inventivo, fue causa de que aparecieran gotas de sudor en la frente de su destinatario. «Parece que será la cárcel o el manicomio más cercano la próxima residencia de un seguro servidor sí “ejecuta y comete” esas fantásticas hazañas», pensó Nigel. Pero su espíritu aventurero, que a tantos lugares extraños le había llevado, fue quien le decidió. Prendió fuego al siniestro documento y salió en busca de una bicicleta, de informes sobre el «coto de faisanes» de lord Edgworth y de un pedazo de tiza. Eligió una bicicleta —la más vieja que pudo conseguir—, pues era evidente que haría falta disponer de alguna forma de escape, y en cambio un automóvil sería demasiado conspicuo. Los cotos de lord Edgworth estaban a un par de millas de la escuela, en dirección opuesta del pueblo y separados con una tapia del bosque en que Urquhart había pasado su estéril vela. El coto, también le dijeron, era campo de caza de todos los cazadores furtivos de la localidad y posiblemente de muchos de los caballeros del Rev. Vale, y estaba celosamente vigilado por guardacazas. «Bien pueden decir R. I. P.», pensó Nigel.

Eran más de las diez cuando salió. Una densa niebla matutina que iba cediendo ante la mirada bronceada del sol, prometía que sus ordalías serían tanto física como mental. También la bicicleta crujía reumáticamente, y Nigel se sentía consciente de la

marcada discrepancia entre aquel plebeyo armatoste y sus ropas usadas, pero indudablemente señoriles. Por fin apareció a la vista el pueblo y Nigel se encontró pedaleando aún más lentamente. En el calor del momento, las bromas y exhibiciones más descabelladas parecían adecuadas, pero esta locura a sangre fría era asunto muy diferente. La aprensión se transformó en el más puro de los horrores cuando llegó a la plaza, en el centro del pueblo. La «ninfa» era una robusta dama de edad incierta, con los encantos parcialmente ocultos por el musgo y que estaba en actitud eurítmica, en el centro de un enorme y poco atrayente estanque lleno de agua. Además, tenía toda una corte de galanes pueblerinos, con sus mejores prendas dominicales, sentados en el parapeto del estanque. El valor de Nigel estuvo a punto de desmayar. Ya iba a retroceder, cuando la imagen de Stevens II se le apareció antes los ojos de la mente: ¿qué diría ese joven intrépido si el gran detective resultaba un fracaso? Apretó los dientes y se dirigió al grupo.

—¡Buenos días! ¡Espléndida mañana!

—Sí.

—¿Vive por aquí *Mr. Higgins*?

—Sí. Tiene una tienda en aquella calle.

—Me dijeron que habían tenido ustedes un crimen en la vecindad. Mal asunto, ¿verdad?

—¡Demonio, Bert, escucha eso! El detective de Londres dice: «Me dijeron que han tenido un crimen en la vecindad». Ésa sí que es buena.

Toscas carcajadas se escucharon. Uno de los mozos expectoró descortésmente sobre la ninfa eurítmica. Nigel insistió. Su cerebro trabajaba furiosamente.

—No sabía que hubieran oído de mí.

—¿Ha encontrado ya alguna pista, señor?

—Un par de ellas. Adelantamos despacio.

—El detective va y nos pregunta dónde vive Higgins. El detective va y arresta a *Mr. Higgins*, ¿ven? —Hizo notar uno con espíritu de lógico.

—Más vale que el detective se fije en lo que hace. *Mr. Higgins* está borracho todos los sábados. *Mr. Higgins* está de un humor de mil diablos el domingo por la mañana.

—No, no voy a arrestar a *Mr. Higgins* —les aseguró Nigel ante su visible desilusión—. Y hablando de pistas sí que hay algo que ando buscando. Me hace mucha falta. En realidad, daría cinco chelines al que me lo encontrara.

Desde este momento se vio claramente que dominaba a su auditorio.

—¿Saben ustedes de alguien que se quiera ganar cinco chelines? —preguntó.

—¡Oiga usted! ¿qué es lo que busca? Tal vez le pudiéramos ayudar.

—Sería demasiada bondad por parte de ustedes. Bueno, tengo la teoría que el jovencito fue asesinado en la carretera, entre el pueblo y la escuela. No encontramos su pañuelo, y, si mi teoría es correcta, estará por alguna cuneta, o por el camino, o tal vez del otro lado de un cerco. —Nigel mentía a conciencia—. Me llevaría mucho

tiempo buscarlo yo y no quiero pedírselo a la policía, que está tan ocupada. Ese pañuelo vale cinco chelines para mí. Siempre se me puede encontrar en la escuela, sí alguien lo encuentra.

Sus últimas palabras fueron dichas al aire, pues el grupo se había disuelto como el rocío y ya casi salía del pueblo.

La plaza parecía ahora estar desierta; Nigel pasó las piernas por encima del parapeto y chapoteó en el agua verdosa hasta llegar a la ninfa. Echó una mirada por encima del hombro, sintiéndose como quien va a cometer un delito en Hyde Park. Felizmente era demasiado corto de vista para ver las ventanas que rodeaban la plaza, en cada una de las cuales aparecían, semiocultas, una o más caras, profundamente interesadas en lo que hacía el «caballero detective de Londres». Arduas y tempestuosas fueron las discusiones que se entablaron en los días siguientes, en el umbral de las puertas o en la taberna, sobre el significado exacto de las actividades de aquel señor. Una escuela mantenía que estaba buscando más cadáveres en el estanque; otra, que la desvergonzada ninfa le había revelado un importante misterio. El ancho mostacho blanco que se encontró, después de la húmeda partida del detective, en el labio superior de la ninfa —y que, según Nigel, tanto mejoraba su apariencia—, se conservó celosamente y se mostraba a los visitantes con orgullo como una de las curiosidades locales. Los alumnos de Sudeley Hall, que pasaron media hora después camino de misa, lo contemplaron con un regocijo incontrolado. Y allí quedó, misterioso para todos, salvo para tres personas, hasta mucho después de que se resolviera otro misterio mucho mayor; hasta que llegaron las lluvias y lo afeitaron lentamente y restauraron a la ninfa su apropiada femineidad.

Nigel volvió a guardarse la tiza y se dio vuelta. Veinte caras desaparecieron detrás de las cortinas. Subió en su bicicleta y se dirigió hacia la nueva aventura: «*Mr. Higgins*, residente en la mencionada aldea». Estaba tan aliviado de haberse podido alejar de la ninfa sin que se lo arrestase, que no pensó en hacer las correcciones evidentes entre la naturaleza de la residencia de *Mr. Higgins* y el objeto de su segunda aventura. «Balanza —pensaba para sí—, una descripción de la misma». Esto es simplemente para probar las facultades de observación del candidato, no será más difícil que tomarse una taza de té. Golpeó en la puerta. Ésta se abrió después de un largo intervalo, y dejó ver a un enorme hombre calvo, de ojos sanguíneos, en un estado de perfecto mal humor y poco vestido.

—¡La tienda no está abierta los domingos! — Ladró este personaje—. Ustedes los excursionistas son una vergüenza para el país, profanando el día del Señor y correteando medio desnudos por todas partes.

—Se equivoca conmigo, *Mr. Higgins* —le dijo amablemente Nigel—; no soy un excursionista, y si me mira más atentamente, observará que estoy lejos de estar desnudo. Y estoy seguro que me sería imposible corretear por ahí en esta espantosa bicicleta que me han prestado.

—¿Qué es lo que quiere entonces?

—Resido en estos lugares y se me dijo que no los dejara sin echar una miradita a su famosa balanza. Le quedaría muy agradecido sí...

Nigel tuvo que interrumpirse considerablemente alarmado. Toda la cabeza de *Mr. Higgins* estaba pasando por una serie de gradaciones de color que iban desde el rojo tomate, pasando por el remolacha, hasta el tinte de las ciruelas negras. Su respiración se transformó en una especie de ronquido y luego se arrojó sobre Nigel, rugiendo:

—¿Conque es otro inspector, eh? Ya te voy a inspeccionar a ti.

Nigel dejó dos botones y algunos jirones de tela en las manos crispadas de *Mr. Higgins*, saltó sobre su bicicleta y pedaleó rápidamente por donde había venido, jurando vengarse de Stevens por llevarle de las narices a encontrarse con un comerciante tan poco honesto. Cuando, fuera del alcance de los gritos, moderó la velocidad, empezó a comprender que no se trataba de una broma pesada por parte del muchacho. La aguda pero limitada imaginación propia de un niño de esa edad le había hecho suponer a Stevens que *Strangeways* estaría al tanto de todos los escándalos locales, y la segunda prueba requería, por lo tanto, tanto valor como la primera para su mente infantil.

Nigel había pasado ya a los frenéticos cazadores de pañuelos y estaba trepando la última colina antes de que apareciera a su vista el bosque de *Edgworth*. En su mente se iba formando lentamente una idea tan extraña, que casi se avergonzaba de aceptarla. Deliberadamente se planteó el problema más inmediato que tenía que encarar. «Trampas para conejos». Nigel se había criado en la ciudad. «¿Cómo será una trampa para conejos?» —pensaba—. «Sé cómo es un conejo, pero eso no me servirá de mucho, a no ser que encuentre uno entrampado. ¿Qué pasará si traigo una trampa de otra clase?». No se le ocurría sorprenderse por estar tomando tan en serio esta aventura, pues su naturaleza era tal, que le permitía concentrarse en lo que estuviera haciendo por poco importante que fuera. «Apliquemos nuestra educada mente a los problemas de la vida ordinaria —murmuró—; los conejos viven en madrigueras; cierta cantidad de madrigueras forman una conejera; una persona inteligente colocaría las trampas cerca de la boca de las madrigueras. Moraleja: busca una conejera». Sintiendo absurdamente orgulloso por el alto vuelo de su lógica, empujó la bicicleta dentro del bosque, la recostó contra el alto alambrado que separaba la zona neutral de la tierra de nadie, mejor dicho, de la tierra de lord *Edgworth*; se inclinó para sacarse las pinzas de los pantalones, se enderezó con una mano en el alambre... y se encontró cara a cara con un hombre muy robusto, con pantalones de pana y una escopeta en la mano.

El hombre robusto le miraba en esa forma sombría y acusadora que suelen adoptar los guardacazas, los guardaparques y los policías. Pero Nigel no se sintió intimidado. Su sangre bullía, se sentía dominar el mundo. Sí Stevens II hubiese podido contemplar su conducta subsiguiente, no cabe la menor duda que el dictador habría abdicado en su favor. Nigel pasó la mano entre los alambres y exclamó cordialmente:

—¿Lord Edgworth?

—No —dijo el hombre robusto, desviando un poco su pétrea mirada.

—¿Un guardacaza, entonces?

—Puede ser.

—Bueno, creí que sabría usted sí es un guardacaza o no. De todos modos, eso no le importa más que a usted. Lo dejaremos de lado de momento. Sabe usted...

—Grrr —le interrumpió el hombre robusto, mientras indicaba un cartel que tenía detrás—: Prohibido el paso. ¿Lo ve? De manera que no pase ese alambre.

—Precisamente de eso le iba a hablar a usted. ¿Ustedes permiten pasar a los chicos de Sudeley Hall? Porque acabo de ver a dos que se han colado por el alambrado unos cincuenta metros más abajo.

—¡Malditos chicos! —Exclamó el guardacaza—. Les voy a despellejar.

Y se alejó en la dirección que Nigel le indicaba, dejando a este caballero colarse en el coto con toda tranquilidad. Ésta fue toda la tranquilidad de que gozó Nigel durante el próximo cuarto de hora. No había hecho más que penetrar cinco metros en el bosque, cuando surgió a sus pies un faisán que daba bocinazos como un motorista asustado, Nigel se dirigió como una flecha hacia la acogedora penumbra de una plantación de abetos. No hacía más que llegar a ella cuando otro faisán lanzó sus trompetazos de alarma delante de él, y el ruido del guardacaza cambiando de nuevo de dirección llegó claramente hasta él. Los próximos cinco minutos le parecieron a Nigel una película surrealista. Una especie de procesión de pesadilla zigzagueaba por el bosque. En el centro, Nigel Strangeways; delante, miles y miles de aves, saltando en el aire como corchos, emergiendo de los árboles, corriendo fácilmente delante de él como otros tantos Elías; detrás, el pesado e intencionado tamborileo de los pies del guarda. Nigel empezó a pensar cómo le sentarían unos cuantos perdigones en la carne. La espalda le escocía. Después de todo, es de suponer que los guardacazas no llevan las escopetas como mero adorno, y desde luego que no se les permitiría disparar contra los pájaros cuando les venga en gana, de manera que no podían ser más que para tirar contra los cazadores furtivos. O contra los conejos, supongo; son una plaga, creo. Sintiendo algo más tranquilo, Nigel buscó una manera de eludir la persecución. La mejor manera de escapar parecía ser dejar de correr, así que se ocultó en un macizo de helechos que estaba a su izquierda y se acostó anhelante debajo de su espesa fronda.

Él alboroto que le precedía cesó. Apareció el guardacaza, miró suspicazmente a su alrededor, y acercándose al macizo de helechos comenzó a hurgarlos con el cañón de la escopeta. Nigel estuvo a punto de recibir un golpe en la cabeza, pero luego retrocedió el peligro, y pocos minutos después surgió de su escondrijo y cautelosamente reanudó la búsqueda de trampas de conejo. Esta vez anduvo más lentamente. Los pájaros ya se habían acostumbrado a él o se había ido a otra parte o algo así, y pronto se vio recompensado con la vista de una arenosa barranca cubierta de hierba, perforada por innumerables madrigueras. Se acercó, buscó de un lado para

otro y, ¡oh!, un lazo de alambre atado a un palo. Seguro que es una trampa. Se inclinó y la arrancó del suelo. Oyó por encima de sí un murmullo de hojas. Por segunda vez se enderezó para encontrarse con el hombre robusto que le miraba.

—Te agarré esta vez, ¿eh? —Gruñó el monstruo. Y se lanzó hacia él.

—Casi, casi, ¡pero aquí tiene una de las trampas que ponen esos diablillos!

Nigel miró hacia los árboles y gritó súbitamente: «¡Caramba, ahí están! Rápido, ¡esta vez sí que los pescamos!». Se guardó la trampa y se lanzó a correr, arrastrando tras de sí al asombrado guardacaza. No había corrido mucho cuando dejó atrás al guarda y pronto estaba volviendo a saltar el alambrado. No podía encontrar la bicicleta, pero se orientó por el sol y comenzó a caminar por el sendero cubierto de hierba en dirección al camino. No había andado cincuenta metros cuando oyó voces delante de sí. Creyendo que el guarda podría haberse adelantado con refuerzos se acercó lentamente hacia el ruido. Luego se detuvo de repente. Había reconocido una de las voces; era la de Wrench; estaba hablando con una mujer.

—Te digo que no hay nada de qué asustarse. Te callas la boca y estamos tan seguros como un banco —decía Wrench.

—No lo puedo remediar. Le tengo miedo a ese Armstrong. Estoy segura que sospecha algo. ¡Me mira con una cara! Sé que me lo hará decir.

—Y si lo haces antes de que yo te lo permita, te retuerzo el pescuezo. ¿No ves que me arruinas si sales con el cuento? Ese cerdo de Gadsby ya anda con indirectas, y Dios sabe si no llegarán a oídos de Vale tal como estamos. De manera que te vas a estar quieta. Ya habrá tiempo de salir con el cuento sí empiezan a sospechar... la otra cosa.

—No me quieres ni un poco, Cyril. No soy más que un juguete para ti. Todo lo que te importa es tu maldita reputación. ¡Oh Señor!, ¿por qué...?

—¡Calla la boca! —Le interrumpió Wrench—. No hables como en el cine. Cualquiera creería que eres una pobrecilla inocente y pura seducida por un villano, y en cambio...

—¡Maldito seas! ¡Te odio!

Nigel había empezado a acercarse cautelosamente deseando identificar a la mujer; su voz le sonaba conocida. Un vestido rojo vivo; ropa dominguera de sirvienta, maldita sea mi corta vista. ¿Para qué demonio sirve un detective miope? Se acercó aún más. “Sí, es esa chica, Rosa”. Resbaló y cayó pesadamente de costado. La chica gritó. Wrench saltó sobre sus pies y corrió, arrastrando detrás de sí a la muchacha. Nigel se hubiese querido pegar. ¿Qué se habría perdido? “Bueno, por lo menos no me han visto. De eso estoy seguro”. Dejó transcurrir un tiempo prudencial y se alejó; encontró la bicicleta y se dirigió lentamente hacia la escuela, sumido en sus pensamientos.

Michael le había contado el alboroto entre Wrench y Gadsby, y el superintendente le había mencionado sus sospechas de que Rosa sabía más de lo que decía. Wrench, un luchador, impetuoso por salir adelante, uno de los hijos de este mundo. Rosa, la

carne, y probablemente también el demonio. Vamos a poner las cosas en claro. Ella no tiene que contar la historia a no ser que la policía comience a sospechar de «la otra cosa». Sí ella lo dijera, Wrench quedaría arruinado. ¿Qué clase de cosa podría arruinar a Wrench? Evidentemente, el descubrimiento de su intriga con Rosa. Pero ¿bajo qué circunstancias llegaría Wrench a permitir que esto se hiciera público? Seguramente, sólo si amenazase otro peligro mucho peor... la «otra cosa», en resumen. ¿Y qué otra cosa podría ser sino la sospecha de que hubiese cometido el asesinato? ¿Cómo podría la confesión de la intriga eliminar las sospechas de asesinato? Tendría que ser una coartada. Nigel recordó el resumen que Rosa había hecho de sus actividades al superintendente. No se había sentido bien y se fue a su cuarto a eso de las dos, habiendo permanecido allí hasta unos minutos después de las dos y media. El «cuento» sería, pues, que Wrench había estado con ella durante este tiempo. ¿Y no podía ser así? Wrench era dado a emplear expresiones populares. Podría haber querido decir «contar la verdad», pero también pudiera no ser así. Su coartada desde las dos a las dos y media era bastante mala: leyendo en su cuarto. Pero ¿por qué de las dos a las dos y media? ¿Cómo podría ayudarle Rosa diciendo que había estado con ella en su cuarto, cuando todas las pruebas parecían indicar que el crimen se había cometido antes de eso? Mirémoslo desde el otro lado. Si Wrench cometió el asesinato, lo tiene que haber hecho entre las dos y las dos y media, pues para entonces se está reservando su coartada más fuerte. No, no las dos y media, más bien unos minutos después. El superintendente dice que nadie vio a Wrench durante la primera carrera. Pero el mismo Wrench le ha contado un cuento sobre un hombre de traje marrón para dar la impresión que estaba en los campos cuando comenzaron las carreras. Eso, probablemente, es parte de su primera coartada, la más floja. Dirá que la inventó para no confesar que estaba con Rosa. Entonces, sí él cometió el crimen, fue entre las dos y unos minutos después de las dos y media. Pero Griffin y Mould estuvieron en el campo desde las dos a las dos y cuarto, y después empezó a entrar cada vez más gente. Nigel empezó a aturdirse con tantos argumentos asidos por el rabo, y se alegró de verse de vuelta en la escuela, preparado a escuchar lo que tuviera que decirle Stevens II.

Los dos muchachos subieron inmediatamente después del almuerzo. Nigel estaba ansioso por empezar a interrogarles, pues la idea que había concebido después de su segunda hazaña había sido enormemente reforzada por la tercera. Pero tuvo que sufrir primeramente la ceremonia de su iniciación en la sociedad secreta. Informó de sus aventuras y entregó la trampa de conejos. Después se le vendaron los ojos, mientras el dictador leía una especie de servicio de confirmación, en el curso del cual se vio obligado a pronunciar gran número de juramentos de los más solemnes y grandilocuentes. Finalmente, se le quitó la venda de los ojos, se le pintó en la muñeca una gran mancha de tinta negra y pasó a ser miembro de la sociedad. El dictador y su teniente pasaron a ser de nuevo Stevens II y Ponsonby. Había terminado la caza.

—Señor, se trata del día en que asesinaron a Wemyss. Durante el desayuno yo y

Ponsonby acordamos encontrarnos en la cabaña de Mould para tratar importantes asuntos privados de la sociedad —el dictador pronunció en carácter, la última frase, y se volvió a transformar inmediatamente en Stevens II—. Nos largamos tan pronto se terminó la comida... Es muy fácil, ¿sabe, señor?, y nos escondimos...

—Detrás de los sacos, contra la pared de la mano derecha de la cabaña, según se entra —interrumpió negligente Nigel.

Se agrandaron los ojos de los muchachos. Ponsonby dijo:

—¡Caray, señor!, ¿cómo lo sabía? Tiene que ser usted un detective estupendo. ¿Es el jefe de Scotland Yard?

Nigel no estaba acostumbrado a las alabanzas directas de los niños y se sonrojó un poco.

—No, lejos de eso. Pero continúa, eso es muy interesante.

—Pues, realmente, casi no hay más. Conversamos unos minutos. Verá usted, mi hermano me había pedido durante el recreo que le diéramos una buena paliza a Wemyss con la banda, de manera que también teníamos que arreglar eso. Luego nos colamos de nuevo en la escuela justo antes de la hora de cambiarse de ropa.

—Pero Stevens quería decirle, señor... —interrumpió Ponsonby.

—¡Cierra el pico, Pongo! Pensamos que debíamos decírselo, señor, porque el policía nos preguntó si alguien había estado fuera de la escuela después de comer, y, claro, no se lo podíamos decir porque se trataba de la Mancha Negra y de un secreto mortal.

—Comprendo —dijo Nigel, pensando que habían sido muy afortunados con no confiar su secreto a Armstrong, pues eso les hubiese puesto necesariamente bajo sospecha oficial—. ¡Entonces me figuro que no vieron a Wemyss cuando salían o entraban en la escuela!

—No, señor, me temo que no le hemos sido de mucha ayuda —dijo Stevens con una patética ansiedad.

—Han aclarado ustedes una dificultad, y me parece que si contestan a una serie de preguntas que voy a hacerles, habrán hecho más que nadie para resolver el misterio.

—¡Eh! ¡Viva! ¡Pregúnteme a mí, señor! ¡Pregúnteme a mí!

—Bueno. Para empezar: supongo que Wemyss no era miembro de la Mancha Negra, ¿verdad?

—Desde luego que no lo era, ¡gusano infecto! —Stevens claramente no apoyaba la doctrina de *mortuis*.

—¿Es posible que creyera que tenía alguna oportunidad de ser elegido?

—¡Oh!, supongo que sí; de cualquier manera, ya era bastante tiralevitas.

—Bueno, ahora quiero enterarme bien de esto. ¿Cómo hacen para decidir quiénes serán los nuevos miembros?

—Generalmente lo decide Stevens —intervino Ponsonby con cierto tonillo de rencor. Nigel podía figurárselo muy bien.

—¡Córtate el gaznate, Pongo! Celebramos asamblea general de la banda, señor; somos seis, además del dictador y del teniente. Luego, si todos estamos de acuerdo sobre alguien, le hacemos pasar una prueba, como hicimos con usted.

—¿Y suponiendo que la persona elegida no quiera ser miembro? Porque ¿cómo descubren ustedes que tiene deseos de serlo? ¿Le preguntan algo antes?

—Algunas veces, señor. Generalmente le damos las instrucciones sin más ni más.

—Pero ¿conoce mucha gente en la escuela a la Mancha Negra? Lo que quiero decir es que cuando le dan sin más las instrucciones a alguien, sin hablarle antes, ¿cómo sabe él que no es una tomadura de pelo? ¿Estaría ya enterado de los métodos de iniciación en la sociedad?

—¡Oh, sí!, creo que sí. Por lo menos habría oído hablar de la Mancha Negra. Claro que se supone que es absolutamente secreta, pero espero que toda la escuela sabrá la clase de cosas que hacemos. —Hablaban de nuevo Stevens el realista.

—¿Así que si un muchacho recibe unas instrucciones, y quiere ser miembro de la sociedad, las llevaría a cabo sin hablar con nadie?

—¡Hum! Así es.

Nigel se recostó en su silla y encendió un cigarrillo. Por ahora todo parecía confirmar su extraña teoría. Siguió hablando, acercándose a la pregunta crucial.

—Ayer me dijeron que someten a una prueba diferente a cada miembro. ¿Qué clases de pruebas han sido?

—¡Oh!, de todas clases. Gastarle bromas a los profesores, alterar los relojes de la escuela, esconder la campana de Sweeny, andar por todas partes como hizo usted, señor, y cosas así.

—Stevens tuvo una idea colosal en el trimestre pasado, señor —dijo Ponsonby—; solamente que nos falló. Le iba a decir a uno que desapareciese durante una hora. Podía ir a cualquier parte que quisiera de la escuela o de los campos, pero nadie debía verlo.

El corazón de Nigel pegó un salto. Así que había tenido razón después de todo. Se había vindicado su fantástica teoría. Pudo controlar su voz y decir descuidadamente:

—Sí que era buena. ¿Por qué les falló?

—Pues pasó esto, señor. Escribimos las instrucciones, las doblamos y las hicimos pasar en clase, pero nos vio el maestro y las confiscó.

«¡Cielo santo! —pensó Nigel—; es demasiado bello para ser verdad». Luego siguió hablando.

—Pero ¿no hizo el maestro un alboroto sobre ello? Me parece que eso tenía que ser el fin de la Mancha Negra. ¿O lo rompió simplemente sin leerlo?

—No, señor, Simmie fue muy decente. Después de todo no sería mal tipo si no fuera tan tonto. No lo vi que rompiera el papel, pero no debe habérselo dicho a Percy, pues nos hubiesen dado una tunda. A Percy no le gustan nada estas cosas. Simmie no hizo más que darnos unas líneas por pasar notas en la clase y no volvió a hablar del asunto.

—¡Sims! ¡Dios mío! ¡Sims! Bien, bien, bien.

—¿Por qué le hacen rabiar todos a *Mr. Sims* sí es tan buena persona?

—¡Oh, bueno, es tan idiota! No sé. No se puede hacer otra cosa. Además, es de lo más seguro; nunca hace nada más que dar unas líneas, y generalmente se le olvida pedir las; o por lo menos, así hacía antes; pero ahora las apunta en ese cuaderno negro que lleva con él a todas partes. Lo llama el «Libro del Juicio Final».

—No parece siempre ser muy seguro el hacerle rabiar en clase —les hizo notar Nigel significativamente.

Stevens y Ponsonby se agitaron inquietos en sus asientos.

—Eso fue mala suerte. Nos olvidamos que Percy tenía clase a esa hora. ¡Caramba! Todavía me duele el trasero. ¿Y a ti, Pongo? El Viejo Pedante sabe darle a la vara.

—Bueno, ahí tienen un chelín para comprar medicinas. El chocolate, aplicado internamente, es un remedio colosal, creo.

—Muchas gracias, señor.

—Muchísimas gracias, señor. Y dígame: ¿le hemos ayudado en algo?

—No digan a nadie una palabra de nuestra conversación. Pero me acaban casi de decir quién es el asesino.

—¡Caray!

Capítulo IX

REVISIÓN DEL PASADO Y PERSPECTIVAS

Tan pronto como lo dejaron los muchachos, Nigel salió a buscar a Sims. El problema era cómo plantearle a Sims el asunto del papel que había confiscado sin hacerle sospechar. «No —pensó Nigel—, así no iremos a ninguna parte. Sí es él el asesino, y ha obrado como estoy seguro que ha obrado el asesino, no hay duda de que sospechará. Y si es inocente, estará también automáticamente a la defensiva; seguramente debe padecer de una manía persecutoria de primera clase, y eso lo habría vuelto morbosamente sensible a cualquier probable dificultad, por mucho que yo trate de disimularla. No sirven ni el tacto ni la táctica. Estará más tranquilo si se lo planteo de igual a igual, y directamente».

El cuarto de Sims era como él mismo: descolorido, ineficaz y bastante patético. Había tratado de animar el ambiente escolar ordinario, pudo advertir Nigel, con algunos toques propios. Otra alfombra, un par de reproducciones de maestros flamencos, una enorme y elaborada mesa; pero eso no hacía gran diferencia; esas cosas parecían haber absorbido el aire de fracaso de su propietario; parecían tan fuera de lugar y tan perdidas entre los muebles habituales como el mismo Sims entre sus colegas. También los libros, notó Nigel, mientras Sims trotaba de un lado para otro buscando cigarrillos, estaban completamente mezclados... Novelas, representantes de toda la gama de gustos posibles, con lo que se veía la absoluta ausencia de gusto de Sims; todo un estante lleno de místicos cristianos y voluminosos tomos de sermones evangélicos; los poetas modernos más aburridos junto con los más respetables clásicos; libros de texto elementales de casi todas las ramas concebibles del conocimiento humano, como si Sims hubiera saltado de materia en materia, esperando encontrar su oficio, y siempre hubiese fracasado. La biblioteca era un museo de falsas partidas y rotas esperanzas. Llenó a Nigel de lástima. Le hizo sentir como si fuese a practicar la vivisección de un perro perdido.

—¿Me permite preguntarle cómo le va? —preguntó Sims.

—¡Cómo no! Hoy he averiguado mucho, aunque por puro accidente. Estoy empezando a creer que ya tengo la explicación de la dificultad que ha estado deteniendo el caso.

—¿De verdad? ¡Vaya, vaya! ¿Y eso es...?

—Bueno, sin duda se habrá usted preocupado sobre qué puede haber inducido a Wemyss a desaparecer ese día tan misteriosamente después de las clases.

—Yo... pues sí, sí, me pareció inexplicable, a no ser que le asesinaran casi en seguida. Eso debe haber sido. Si no le hubiese visto alguien, ¿verdad?

—Realmente, parece probable. Pero todavía queda el problema de por qué le hizo ir a Wemyss como un cordero al matadero. Por ejemplo, ¿qué le hizo faltar a la comida? Y aunque usted no lo hubiese supuesto, usted tenía la respuesta en sus manos.

Sims pestañeó y pareció incomodarse:

—¿Yo? ¡Caramba, Strangeways!, ¿qué me dice?

—¿Se acuerda usted de haber confiscado el trimestre pasado una nota que pasaban en clase? Escrita con mayúsculas, con un borrón redondo de tinta y que decía algo de la Mancha Negra...

—¡Dios mío! ¿Cómo se ha enterado usted de eso? Sí, era una tontería ridícula relacionada con una sociedad secreta; decía a alguien que desapareciera por una hora. ¡Desaparecer! —Los ojos de Sims relampaguearon detrás de sus lentes—. ¡Caramba, Strangeways! Ya veo dónde va. Quiere decir que uno de los muchachos escribió una nota igual al pobre Wemyss... Pero eso implicaría que ese muchacho lo ha muerto. No, no puedo creerlo. Tal vez sean un poco bruscos a veces; pero un asesinato... No, no, es imposible.

—En eso me siento otra vez inclinado a estar de acuerdo con usted, aunque no sé cómo lo tomará el superintendente. Dígame: ¿qué hizo usted con la nota? ¿Es posible que alguno de los sirvientes se la apropiara?

—¡Oh, no!, la destruimos. Verá usted: sucedió que yo comenté sobre ello en la sala de maestros, y... en resumen, decidimos destruirla.

—¿Decidimos?

Sims pareció más incómodo que nunca. Incluyó pensativo la cabeza y preguntó:

—Dígame, Strangeways: ¿tiene usted que contárselo al superintendente?

—Todavía no le he dicho nada sobre esto, pero, naturalmente, tendré que hacerlo.

—Comprendo. Odio la idea de ocasionarles a otros un disgusto, pero...

Nigel dijo bondadosamente:

—Si el conocimiento de la existencia de esa nota tiene alguna importancia, me temo que, técnicamente, también cae usted bajo sospecha.

—¡Dios mío; sí, es verdad! ¡Qué terrible asunto! Pero eso parece mejorar algo las cosas. Bueno, veamos; Wrench vio la nota. ¿Quién más había? ¡Ah!, sí, claro, Evans. Lo recuerdo porque fue él quien sugirió que lo dejáramos pasar. Dijo algo relacionado con esas sociedades secretas: que eran un signo de vitalidad e inventiva y que sería lástima suprimirlas. Creo que tiene razón. Sabe mucho sobre los muchachos; pero, claro, ellos lo quieren. Parecería que yo no tengo la misma facilidad que él.

—Acabo de oír a dos de ellos, hace un momento, cantando alabanzas de usted.

—¡Ah!, ¿sí? —El rostro de Sims se iluminó—. ¡Cuánto me place! Me temo que usted se formará una muy pobre opinión de mí por sacar tanto placer de una cosita así. Pero ése es el aire que respiramos los maestros: encontrar que alguna vez se aprecian todos nuestros esfuerzos.

Nigel logró cortar con todo tacto esa conversación, de corazón a corazón, que parecía inminente, y después de asegurarse de que la nota de la Mancha Negra solamente la conocían Sims, Evans y Wrench, se despidió. Ya era tiempo de hacer conocer al superintendente Armstrong todos estos secretos que había descubierto. Éste había visitado solamente una vez la escuela durante los dos últimos días, aunque siempre había por allí un agente, «para asegurarse de que ninguno de nosotros logre escaparse», como dijo Griffin, ante la consternación general de todo el cuarto de profesores. Evidentemente, Armstrong confiaba en que Nigel le procuraría la oportunidad de su próximo movimiento. Nigel le preguntó a *Mrs. Vale* si no le importaría llevarlo en el automóvil a Staverton antes del té. Fiero estaba muy dispuesta. Solamente había podido hablarle delante de gente hasta ahora y sentía un recurrente impulso celoso, de medir su influencia sobre Michael contra la de él.

Nigel sentía un cierto antagonismo oculto bajo la actitud despreocupada de Hero —«no le gusta el que yo pueda hacer más por Michael que ella, *pensó*»—, y se dispuso a eliminarlo.

—¿Cómo toma las cosas ahora su marido? — preguntó.

—No hay cambios en su condición. Se le ha desfondado su mundo, pero pronto encontrará un fondo nuevo, a no ser que los padres empiecen a retirar a los alumnos.

Habló con amargura. Nigel tuvo un respingo interior. No le gustaba el cinismo superficial en las mujeres, así como apreciaba su ironía natural y profunda. Por lo tanto, en su respuesta hubo una evasiva evidente cuando ella le preguntó cómo progresaba el caso. Las manos de Hero se crisparon sobre el volante e hizo girar bruscamente el automóvil alrededor de una esquina.

—Veo que le molesta la ligereza de la mujer de postguerra. ¿No se da cuenta que mi marido no me importa nada? Amo a Michael y no me importa lo que pueda ocurrir mientras él sea feliz.

—Ya sé que ama a Michael y que nadie podría hacerlo tan feliz como usted. Pero me imagino que el que su marido no le importe a usted nada ahora, es más un deseo que una realidad. No se puede vivir varios años con una persona sin que se establezca alguna relación con ella, y las relaciones personales no se desvanecen así como así. La verdad es que usted está furiosa con usted misma por no poder romper esos vínculos que la unen con su marido.

—Gana usted, *Mr. Strangeways*. Nigel —dijo ella tocándole la mano—, parece usted saber tanto sobre mí, que estoy segura de que olvidará mi exhibición de mal humor. ¡Oh!, es terrible. Es como una pesadilla. Ahí está Michael, alargando hacia mí sus brazos, queriéndome tanto, y yo trato de correr hacia él y es como correr sobre arenas movedizas. Dígame: no sospechan de él, ¿verdad?

—Me temo que sospechan de ustedes dos. Verá usted: el caso contra ustedes es el único posible con los datos que hasta ahora conoce el superintendente. Sin embargo, ahora sé yo algunas cosas que pueden hacerle cambiar de idea. De paso, es posible que tenga que quedarme unos minutos, de manera que lo mejor será que no me espere. Volveré en el ómnibus.

—No, lo espero. Pero ¿cómo sabe usted que no lo hicimos nosotros?

Se rió Nigel.

—¡Bah!, es que no soy muy buen detective. Si yo fuese el Sabueso Inhumano, científico, de sangre fría, que debiera ser, probablemente sospecharía de ustedes. Pero siempre estoy más dispuesto a creer a mis amigos que a los hechos.

—¡Qué bueno es usted, Nigel! Ya no le tendré más celos.

Pronto llegaron a la estación de policía de Staverton, de donde les enviaron a la casa particular de Armstrong. Hero quedó en pasar a buscar a Nigel dentro de tres cuartos de hora y éste entró a ver al superintendente. Guardando una discreta reticencia sobre los acontecimientos que le llevaron a conocerla, relató la conversación que escuchó en el bosque de Edgworth, y luego le habló al superintendente de la nota confiscada, de los procedimientos de la Mancha Negra y de su conversación con Sims. Armstrong no tardó en sacar las mismas conclusiones que Nigel.

—Bueno, señor, siempre había sospechado que algunos de los muchachos sabían más de lo que querían confesar. Pero ha sido usted el que lo ha probado, y se lo agradezco. El jefe de policía está bastante impaciente, aunque no me ha podido sugerir ninguna línea de trabajo nueva. Ahora podré moverme. Iré esta tarde a la escuela y charlaré con esa Rosa. Una vez que sepamos de ella la verdadera historia, podremos tratar con Wrench. Parece que está claro que, o estuvo con Rosa hasta después de las dos o anduvo por ahí cometiendo asesinatos. Pero aún nos queda el problema de cómo se cometió el hecho. Más o menos hemos decidido que no pudo ser después de las dos menos cuarto, cuando salieron Griffin y Mould.

—Bueno, pues no tenemos más que encontrar un agujero en nuestra teoría, eso es todo.

El superintendente cambió de posición y se puso a manosear el botón superior de su guerrera.

—También Sims y Evans conocían esa nota — dijo con alguna vacilación—. Supongo que estamos de acuerdo en que el asesino le escribió una parecida a Wemyss, diciéndole que permaneciera escondido desde la una menos cuarto hasta pasada una hora, o hasta que la Mancha Negra le dijese, o algo así, y que, se me ocurre, se le diría que se escondiese en el castillo de heno —concluyó firmemente Armstrong.

—No se pudo esconder allí inmediatamente porque lo ocupaban Evans y Mrs. Vale —respondió Nigel con la misma firmeza.

El superintendente alzó los hombros.

—Puede usted tener la opinión que quiera, señor, pero no puede alterar las mías. Evans conoció el contenido de las instrucciones de la Mancha Negra. Aún más: fue él quien sugirió primeramente que Sims y Wrench no dijeran una sola palabra...

—Lo que no prueba absolutamente nada —interrumpió áspero Nigel.

Se frunció el entrecejo de Armstrong.

—No hace falta que me lo diga, *Mr. Strangeways*. Pero tampoco el que *Mr. Evans* sea su amigo prueba que no haya cometido el asesinato. De cualquier manera, le era fácil esconder una nota, en la mesa de *Wemyss*, digamos, diciéndole que se escondiera en el castillo inmediatamente después de las clases, salir después él a la una y estrangularlo...

—¡Con *Mrs. Vale* aplaudiendo alegremente en la primera fila de butacas!

—Usted siempre con sus bromas, señor. Bueno, por lo menos me concederá que ella y *Mr. Evans* tenían una oportunidad infinitamente mejor de cometer el crimen que cualquier otra persona, por no decir nada del motivo.

—¡Oh, sí!, eso lo concedo —dijo fatigado Nigel—; pero no me hará creer que ninguno de los dos haya estrangulado a ese jovencuelo a no ser que saque de alguna parte por lo menos tres testigos de vista independientes. ¿Y qué hay de la nota anónima a *Mr. Urquhart*? ¿Y cómo iba a saber Evans que había estado malversando los fondos de *Wemyss*?

—Es posible que se enterara *Mrs. Vale*. O, como dijo usted, pudiera tratarse de un palo al azar.

—No me parece muy sensato. A no ser que el asesino estuviera muy seguro de que *Urquhart* estaba haciendo algo malo, no podía confiar en que quemara la nota.

—Bueno, en cualquier caso, *Urquhart* fue al bosque. Su criado confirma su ausencia y mis hombres me informan que se vio su automóvil fuera del bosque a las dos menos diez. Y de paso, *Tiverton*, *Wrench*, *Evans* y *Mr. Vale*, todos poseen máquinas de escribir.

Nigel se inclinó seriamente hacía adelante.

—Mire, *Armstrong*, vamos a suponer, aunque más no sea para discutir, que *Mr. Evans* y *Mrs. Vale* no cometieron el crimen hasta después de la una y media. ¿Qué pasa? Primero, que *Wemyss* no podía estar en el castillo de heno. Lo que indica que se le dieron instrucciones para hacer algunas travesuras más. Ahora ocurre que estoy enterado —Nigel habló bastante de prisa aquí— de la clase de cosas que la banda de *Stevens* ordena: principalmente bromas pesadas. ¿Sabe usted de alguna broma de éstas que ocurriera ese mismo día?

—No, no creo que se averiguara... ¡Caramba! Espere: ¿qué hay de ese juego de vallas de más para las carreras? *Mould* jura que él puso las que debía.

—¡Magnífico, *Armstrong*! ¡Ahí lo tiene! Una broma pesada de la mejor clase, que hubiese resultado si *Griffin* no hubiese salido a comprobar que *Mould* no cometía alguna de sus torpezas habituales.

—Tal vez fuera una de sus torpezas habituales —dijo, astuto, el superintendente.

—Y tal vez no. Suponga que no lo fue. Así podemos empezar a hacernos una idea de los movimientos de Wemyss. No podía ponerse a trastear con las vallas antes de la comida, porque algunas de las ventanas del aula común miran hacia el campo. Por lo tanto, lo tiene que haber hecho durante la comida, ya que las ventanas del comedor miran en dirección opuesta. Luego, según mi teoría, se escondió en alguna parte desde la una menos cuarto hasta la una, colocó después las vallas y se volvió a esconder hasta que entró en el castillo, o es posible que hiciera alguna otra travesura mientras tanto. O también que se le dijera que entrara en el castillo tan pronto terminase con las vallas, pero se encontró con que estaba ocupado y tuvo que esperar hasta que salieron *Mrs. Vale* y *Evans*. Tenía otros cinco castillos en que esconderse.

El superintendente agitaba su maciza cabeza lenta y pesadamente.

—No muy sólido, señor; no muy sólido, y todo basado en lo que probablemente fue un simple error del cuidador. Además, señor, no puedo tragarme tanta coincidencia: el asesino y sus amigos eligen el mismo castillo; el asesino y la víctima esperando a que se marchen sus amigos para poder cometer el hecho. ¡Eh, señor! ¿Se siente mal?

Nigel había palidecido y sus ojos parecían a punto de saltarle del rostro. Se sacudió.

—No, gracias; estoy bien. Acaba usted de ponerme en la cabeza una idea asombrosa. Pero voy a poner en práctica nuestro acuerdo y me guardaré mis teorías, por un tiempo, en cualquier caso. No son muy sólidas, ¿comprende?, no muy sólidas.

Agitó la cabeza imitando impertinentemente la actitud del superintendente, lo que hizo que este personaje cloqueara con su garganta de toro y opinara que *Mr. Strangeways* era una buena pieza. Después sugirió que *Mrs.*, *Vale* podría llevarlo a la escuela con Nigel. Todavía no habían transcurrido los tres cuartos de hora, así que *Armstrong* gritó a «su vieja» que les preparara una tetera de té. Para cuando vaciaron la mayor parte llegó *Hero*, y el superintendente tuvo que arrastrar a su huésped hasta el automóvil.

Cuando llegaron a la escuela, *Armstrong* llevó aparte a Nigel y le preguntó si quería estar presente en la entrevista con *Rosa*. Se envió por la muchacha. Nigel la observó curiosamente cuando entró en el salón. Todavía llevaba el vestido rojo, que dejaba ver la división de sus pechos y el torneado contorno de su cintura y muslos. Se acercó a una silla con un contoneo arrogante que había copiado indudablemente de su actriz de cine favorita; un refinamiento sintético se adhería, precario, a su amplio rostro y robusto cuerpo de mujer de campo. Cuando pasó ante Nigel le lanzó la mirada firme y desafiadora de la prostituta nata. Luego se volvió hacia el superintendente con una expresión muy diferente en su rostro. Nigel se preguntaba qué línea de ataque tomaría *Armstrong*. Observó cómo se imponía sobre la muchacha la poderosa pero cruda personalidad de aquel hombre. *Armstrong* la miró pensativo algunos instantes.

—¿Sabes, jovencita? Una temporada en la cárcel no te haría daño —comenzó

súbitamente, Rosa se sobresaltó y volvió a tranquilizarse aparentemente.

—¿Cómo dice? —dijo, arreglándose despreocupadamente un rizo.

—Y además, me parece que tengo ganas de meterte allá.

Los ojos de ella relampaguearon.

—¡Dios mío! ¿Y qué he hecho ahora? ¿No tiene otra cosa que hacer los domingos que venir a abusar de una pobre muchacha?

—Nada más que un asuntillo de declaraciones falsas, eso es todo.

—No sé de qué me habla.

El superintendente se recogió sobre sí mismo, como un rinoceronte a punto de cargar, y dijo suavemente:

—Entonces, ¿decías la verdad cuando me contaste que habías estado sola en tu cuarto desde las dos a las dos y medía el día del crimen?

En la palabra «sola» puso un ligero acento. Rosa retorció un pañuelo entre sus gruesos dedos y contestó:

—Pero, *Mr. Armstrong*, no sé qué quiere... Claro que estuve.

Armstrong se levantó apenas de su asiento y rugió:

—¡Ajá! ¡Así que *después de todo Mr.*, *Wrench* no estuvo contigo!

—Sí, digo, no. ¡Oh, déjeme en paz!

El dominio que Rosa tenía sobre sí misma se había derrumbado. Le temblaban los labios. El *rouge*, destacándose sobre sus pálidas mejillas, le hacía parecer una muñeca. El superintendente insistió en su ataque:

—¿Sí? ¿No? Sabrás sí estuviste sola o no, ¿no es así? Vamos, muchacha, habla.

—Usted me hace confundir. Sí, le digo que estuve sola.

Armstrong se recostó en su asiento y lanzó una mirada significativa a *Nigel* mientras decía suavemente:

—Mala cosa para *Mr. Wrench*, ¿no le parece, señor?

—¿Mala cosa para...? ¡Dios mío!, ¿qué quiere decir usted? No querrá...

—Bueno, si no estaba en tu cuarto, nos podemos imaginar dónde estuvo. Eso es todo.

Rosa ahogó un gemido; crispó los dedos. Luego dijo con voz apagada:

—Estuvo en mi cuarto. —Y rompió a llorar histéricamente.

Nigel estaba violento. No le gustaban las matonerías, ni siquiera en interés de la justicia; y bajo la expresión del superintendente le parecía ver una especie de sadismo. *Armstrong* esperó a que se le pasara el ataque a Rosa. Finalmente, dijo:

—Así que *Wrench* estaba en tu cuarto, ¿eh? ¿Se puede saber qué es lo que te ha hecho cambiar tan pronto de canción?

—¡Oh señor, no me trate así! *Cyril*... *Mr. Wrench* me dijo que no se lo dijera, a no ser...

—¿A no ser qué?

La muchacha ocultó la cara en las manos. Apenas pudieron oír lo que siguió diciendo.

—A no ser que... A no ser que ustedes sospecharan que él había tenido algo que ver con el crimen.

—¿Y cómo sé yo que esta vez me cuentas la verdad? —Le preguntó bruscamente Armstrong—. ¿Cómo voy a saber que no han tramado entre los dos esta historia para ocultar el hecho de que Wrench realmente estaba...?

—¡Tiene que creerme! ¡Tiene que hacerlo! ¡Juro que es verdad! —dijo Rosa súbitamente.

Su cara ardía. Le temblaba el cuerpo como si pasara por él una corriente eléctrica. Ahora estaba hermosa. Luego, volviéndose hacia Nigel con un tenso movimiento no estudiado de las manos, exclamó:

—¡Por misericordia, señor, hágale que me crea!

—¡Vamos, vamos! —Exclamó el superintendente—. Si quieres que te creamos nos lo tienes que contar todo; pero esta vez que sea la verdad. ¿Cuándo subió a verte?

—Exactamente después que yo. Nos habíamos puesto de acuerdo. Hice como que estaba enferma.

—¿Y te dejó a las dos y medía?

—No sé la hora exacta. Sonó un disparo afuera y Cyril dijo: «¡Caramba! Eso debe ser la primera carrera. Llegaré tarde». Y se marchó corriendo.

—¿Estuvo en tu cuarto todo el tiempo?

—¿No le digo que sí?

—¿Qué ropa llevaba?

—No sé si me acuerdo. Tenía un traje azul, creo, y esa corbata rosa suya; de eso sí que me acuerdo.

—Y ahora piensa con cuidado. ¿Qué hizo exactamente cuando llegó a tu cuarto?

—Bueno, señor. Preferiría no hablar de eso, señor —dijo Rosa, volviendo a asumir algo de su anterior coquetería.

—Eso ya lo sabemos. Pero, además de hacerte el amor, ¿dijo o hizo algo, alguna cosa que recuerdes y que pueda probar que estuvo contigo?

—Pues... Fue a la chimenea, cogió un retrato de mi hermano que tengo encima y me preguntó quién era. Y no hacía más que decir lo peligroso que era estar en mi cuarto... Estuvo muy asustado la mayor parte del tiempo.

—Muy bien, por ahora no tengo más que preguntarte.

La muchacha se levantó y se dirigió aceleradamente hacía la puerta.

—¡No tan de prisa, no tan de prisa! —dijo Armstrong. Tocó el timbre y mandó llamar al agente, a quien ordenó que no perdiera de vista a Rosa durante cinco minutos—. Vamos a ver qué nos cuenta *Mr. Wrench* de todo esto. —Cuando se dirigían por el corredor y escaleras arriba hacia el cuarto de Wrench, Armstrong comentó—: Parece que su historia es clara, ¿no?

—¿Quiere decir que la cree?

—O es verdad, o esa muchacha es una actriz formidable.

—Y si ella dice la verdad. ¿*Mrs. Vale* es una artista formidable?

El superintendente se encogió de hombros.

Wrench les recibió con su mezcla habitual de defensa y agresividad. Mientras Armstrong iniciaba una ligera escaramuza en la conversación, Nigel se formó una impresión mental del cuarto. Se trataba del retiro corriente de un maestro de escuela con un pequeño barniz de esteticismo. Se dirigió descuidadamente hacia las bibliotecas: novelas francesas: los más brillantes poetas jóvenes; escritores políticos de izquierda, pero no extrema, y una cantidad de tratados pedagógicos que, claramente, habían prestado mucho más servicio que sus compañeros. Sospeché Nigel que las extravagancias estéticas y políticas de Wrench no eran más que exhibiciones para expresar su personalidad entre sus compañeros, manifestación bastante común de un sentimiento de inferioridad, y que la corriente principal de su personalidad era su trabajo escolar, su carrera. Nigel volvió a su sillón y se miró despreocupadamente la punta de la nariz. Wrench estaba diciendo:

—... Pero supongo que no me vienen a ver para conversar un momento.

El superintendente recogió esta insinuación y pasó a preguntar a Wrench sobre la nota de la Mancha Negra que había confiscado Sims. ¡Ah, sí!, se acordaba de la cosa y del contenido de la nota. Sí, Evans estaba presente y fue él quien sugirió que no se tomara en cuenta oficialmente. Pero ¿qué tenía esto que ver con el caso? Armstrong explicó la teoría de Nigel, con lo que los ojos de Wrench se dilataron y dejó escapar un silbido entre los dientes. Luego descubrió el superintendente su batería de cañones pesados.

—Entonces, señor —dijo con una voz que repentinamente era áspera y poco amistosa—, tal vez me pueda explicar por qué me dio un resumen de sus movimientos en el día del crimen tan absolutamente falso.

El rostro de Wrench se contorsionó en un espasmo, pero dijo con la mayor tranquilidad:

—Así que ha estado aplicando el tercer grado a Rosa, ¿no? Bueno, conmigo no irá a ninguna parte así. Consultaré con un abogado. ¿Tengo que recordarle acaso las reglas del juez?

—¡No me hable así, jovencito! Si no me cuenta rápido la nueva historia lo voy a detener por obstruir la labor de la policía.

El acento que puso Armstrong sobre «nueva» no se le escapó a Wrench.

—¡Ah, vaya! —Dijo—, no podría obstruirle más. ¿Qué dijo Rosa?

—Vaya, vaya, vaya, *Mr.* Wrench; no trate de pescarme con eso. Soy yo el que le pregunto a usted cuáles fueron sus movimientos entre la una y media y las dos y media el día de los deportes.

—Fueron tal como le dije, salvo que estuve en el cuarto de Rosa desde las dos a las dos y media. ¿Mal hecho, no le parece?

El tono de Wrench erizó los nervios de Nigel.

—¿Las dos y media? Estuvo en el campo para la primera carrera, ¿no?

Los ojos de Wrench se estrecharon y dijo tras una pausa:

—Exactamente, no. Sonó la pistola mientras estaba en el cuarto de ella. Bajé inmediatamente y estaba en el campo para el final de la carrera.

—¿Y para qué esa historia de haber hablado con el padre de un alumno? ¿Por qué no nos dijo que había estado leyendo en su habitación hasta las dos y media?

—Eso pensaba, pero durante los deportes, uno de los muchachos, Smithers, me dijo que había subido a mi cuarto un par de minutos antes de empezar, para entregarme una composición, y que no me encontró allí, así que me pareció más seguro inventarme al hombre del traje marrón.

—¿Y espera que nos creamos esto? —dijo duramente Armstrong.

—Bueno, claro; ¿no les ha contado lo mismo Rosa? No esperaría usted que yo admitiera lo que estuve haciendo de verdad. Tal como están las cosas, éste es el fin para mí... Diga, superintendente, ¿no necesitará irle con todo esto al director, verdad?

—No me ha entendido, señor. Le pregunto que cómo espera que creamos este nuevo cuento cuando el primero que nos contó no era más que una colección de mentiras. ¿Cómo voy a saber que no se lo han inventado entre usted y Rosa?

—¿Y por qué habíamos de inventarlo? ¿Es que cree que quiero arruinar mi carrera?

—Pudiera ser, bajo ciertas circunstancias.

—¿Qué quiere este hombre? —exclamó Wrench con una sonrisa nerviosa para Nigel.

Este último se estaba ya cansando con la táctica de acción retardada de Armstrong y habló secamente, sin mirar a Wrench:

—Quiere asegurarse de que no estaba usted mandando en esos momentos al joven Wemyss a la tumba fría, eso es todo.

Wrench se sobresaltó; las palabras que pronunció a continuación sonaban a indignación y a alarma. Pero a Nigel le pareció que tanto el sobresalto como la alarma y la indignación eran falsas; Wrench sabía adónde iba la conversación. Armstrong le dejó enfriar y luego le preguntó cómo podía confirmar la historia de Rosa. «De ninguna manera», dijo al principio. Pero por medio de preguntas inteligentes el superintendente le fue sacando los detalles que Rosa había dado de su ropa y lo de la fotografía de la chimenea. Lo dejaron conservando todavía el aire despreocupado que había adoptado, pero bastante maltrecho. El superintendente estaba evidentemente molesto por la intervención de Nigel y dejó de invitarle a su próxima visita, que estaba destinada a Sims, También Nigel estaba cansado de la compañía de Armstrong y quería hablar con Michael. Esa idea que le había sugerido Armstrong tenía que ser verificada inmediatamente, pues todo parecía concordar perfectamente.

Michael miró a su amigo con interés manifiesto cuando entró en la habitación.

—¿Dónde estuviste toda la tarde? —preguntó. — ¿Escribiendo palabras feas por los caminos?

—Peor. Me estaba haciendo elegible para la Mancha Negra.

—¿La Mancha Negra? ¡Ah, sí!, la Mancha Negra; todavía funciona, ¿no? Me alegro. Stevens II es un dirigente nato. Aparece uno cada diez años en una escuela y cada cien en un país si se tiene suerte. Lo que ocurre con los otros, no lo sé. Tal vez se metan en alguna oficina, o se arruinen en una escuela, supongo. Pero dime; ¿qué haces tú con éstos?

—Nosotros, los miembros de la Mancha Negra, no traicionamos nuestros secretos, Pero hoy he estado consiguiendo bastantes informaciones. En realidad se podría decir de hoy que es el principio del fin, el filo de la cuña, o lo que quieras.

—¿Quieres decir que ya sabes quién es? —Preguntó excitado Michael—. ¿Ya no estamos bajo sospecha?

—En lo que a mí concierne, nunca lo estuviste. Pero me temo que todavía el superintendente no se ha convencido. Naturalmente que piensa diferente de ti después de aquel paseíto detrás de James Urquhart, que en paz descansa; no es posible compartir esa experiencia con nadie sin que se afecte la actitud para con él, pero todo lo que sabe Armstrong, lo dirige hacia ti y hacía Hero; realmente no les detiene porque las pruebas que tiene son pocas.

La tensión que se había dejado ver en los ojos de Michael desde hacía varios días, volvió a aparecer.

—Bien, creía que ya habíamos pasado lo peor. Tal vez me haya estado creando un paraíso de tontos —dijo amargamente—. Lo siento. No suena eso muy agradecido. Dime qué encontraste hoy.

—¿Me puedes dar té primero?

—¿Todavía no lo has tomado?

—Sí, pero quiero más.

—¡Dios mío! Preferiría que te diera por las hipodérmicas como a Holmes, Sería mucho menos molesto.

Mientras su amigo hacía hervir agua y preparaba el té, Nigel le fue resumiendo las informaciones que había ido obteniendo, omitiendo solamente la conversación del bosque. Michael se asombró de no haber visto antes la conexión entre la desaparición de Wemyss y aquellas instrucciones confiscadas a la Mancha Negra.

—Y vamos ahora al asunto —dijo Nigel mirando ansiosamente dentro de la tetera vacía—. Te quiero hacer algunas preguntas. Primero haremos las más embarazosas.

—Pegue, señor. Nunca nos sentimos avergonzados.

—¿Cómo arreglaban sus entrevistas Hero y tú? ¿De palabra?

—A veces. Pero últimamente le dio por dejar notitas detrás de un ladrillo suelto de la tapia del jardín. Mucho más romántico.

—¿Faltó alguna vez alguna?

—No... Creo que no.

—¡Hum! Probablemente no lo sabrías. ¿Dónde se encontraban? Quiero decir, ¿no era todo muy peligroso?

—Mucho. Pero, ya sabes, uno se va volviendo atrevido. Supongo que es porque

realmente medio queríamos que se supiera y llevar las cosas a la crisis. Al principio del curso nos encontramos una o dos veces en el bosquecillo; entonces acababa de comenzar nuestro asunto; después era en el campo. Nunca fue ninguno a la habitación del otro.

—Y por lo que sabes, ¿nunca les vieron?

—No es posible que se nos haya visto. De otro modo ya hubiese explotado la bomba. Todo el mundo por aquí conoce a Hero de vista; y más cerca de la escuela. Los maestros vienen a estar en el mismo nivel que los sacerdotes en lo que concierne a escándalos. No te puedes hacer una idea de los chismes que corren por la sala de maestros. Supongo que nunca se nos vería de puro atrevidos que hemos sido, como aquellos que querían que les mataran en la guerra y que no recibieron ni un arañazo.

—¿Cómo concertaron esa reunión en el castillo de heno?

—Con una nota en la pared del jardín. Hero la puso allí la noche antes después de cenar, y yo fui a buscarla por la mañana. Tenía libre la segunda hora.

—Supongo que la rompiste.

—Claro. Y, de paso, ¿a qué viene todo esto?

—Todavía no te lo puedo decir. Pero por ahora todo es enteramente satisfactorio. Lo que más me preocupaba era por qué eligió el asesino un sitio tan raro para trabajar.

Nigel echó una mirada inquisitiva a su amigo. Michael parecía desconcertado.

—¿Y bien...?

—Ahí tienes —dijo Nigel—. Ya te he dado todos los hechos que conocía. Con eso podrás pensar un rato.

—El manto de Holmes no te queda muy bien, si me permites que te lo diga —hizo notar agriamente Michael.

—Y ahora —dijo Nigel dejando pasar esa impertinencia— llegamos al segundo capítulo. Quiero que trates de recordar todo lo que se dijo o se hizo en tu presencia por parte de los profesores el día de los deportes. Después empezaremos con el resto de la semana.

—¡Eh! Pero ¿qué te crees que soy: un dictáfono?

—Desgraciadamente no serás tan exacto. Pero ya nos arreglaremos.

Resultó ser una tarea mucho menos sobrehumana de lo que temía Michael. Estimulado por las hábiles preguntas de su amigo, fue reconstruyendo poco a poco aquel malhadado día. Las conversaciones durante el desayuno, durante el recreo, en el campo, después del almuerzo y, luego, en el cuarto de profesores; los comentarios de Sims y Wrench junto al castillo; no se dejó pasar prácticamente nada por poco importante que pareciera. De aquí le llevó Nigel a los días siguientes; pareció interesarse especialmente por la atmósfera de la sala de maestros e hizo todo lo posible por conseguir todos los detalles de la escena entre Gadsby y Wrench. Cuando terminaron, se recostó un momento en la butaca con los ojos cerrados. «Tiverton parece tener buena cabeza», dijo para sí. En seguida se dio cuenta del punto

neurálgico de la cuestión: «Ese lápiz tuyo... ¿no será...? Abrió luego los ojos: Michael, asombrado, vio que en ellos había algo muy parecido al miedo».

—¿Sabes? No me gusta esto nada. Ese asesino es peor que inteligente: es... ¡oh!, bueno.

—¿Quieres decir que sabes quién es el asesino? —preguntó Michael con un latido de aprensión en el corazón.

—Sí —dijo gravemente Nigel—. Sé quién es el asesino. Pero no sé si podré probarlo. Se trata de una cuestión de pruebas —buen título éste para una novela de detectives si se me ocurre escribir una—, y no tengo pruebas bastantes para llenar un dedal. No importaría tanto si no hubiese el peligro de que... —se interrumpió Nigel con una sacudida—. Ese Gadsby parece un buen portavoz. ¿Te importaría decirle, inmediatamente y en la más estricta confidencia, que estás bajo gravísimas sospechas por el crimen?

—Gadsby está lejos de ser el recipiente habitual de mis inocentes confidencias.

—No importa. No tiene suficiente espíritu crítico para darse cuenta. Lárgate, muchacho, y haz tu papel. Por el momento estarás más seguro sí se te declara sospechoso públicamente.

—¿Más seguro?

—Más seguro, dije.

Son las ocho menos cinco, cinco minutos antes de esa cena fría, un tanto desagradable," que es la única relación social que existe entre el Reverendo *Mr. Vale* y su cuerpo de profesores. Michael ha hablado ya con Gadsby que, aun en estos momentos, está pasando las noticias (en la más estricta confidencia) a *sus* colegas. Michael se apresura hacia el salón esperando encontrarse sólo con Hero durante unos minutos antes de que entren los otros.

Allí estaba ella esperándole; su cuerpo, vestido de negro, se movía sutil como el viento; el increíble oro rubio de su pelo brillaba en el crepúsculo, y sus brazos, tan vivos, se extendían hacia él. El sol, antes de descansar, detuvo su marcha mientras se besaban.

—Hero, queridísima mía. ¡Eres tan hermosa! Eres el manantial de purísima agua y la flor en el desierto. Amadísima, no puedo vivir más sin ti.

Separó ella la cabeza, curvándose deliciosamente su cuerpo. Pasaron por ellos las tormentas eléctricas del amor y volvieron a besarse. Se embelleció la boca de Hero con el beso de él; sus ojos lo miraron, asombrados con el amor. Suspiró —un pequeño sollozo como el viento que muere en las copas de los pinos—, y sus labios se aquietaron, como un capullo cuando el viento se detiene.

—¡Ah Michael, no puedo! —murmuró—. Te quiero demasiado. Daría toda mi alma y todo mi cuerpo para evitarte un solo minuto de pena o de tristeza. Y no puedo. No soy libre para darlos. Tienes que tratar de comprenderme, Michael. Y no te enojas conmigo ahora... Hazlo luego, si quieres. Prométeme que no te vas a enojar conmigo.

—Te lo prometo.

Michael oyó su voz como si llegara desde muy lejos, desde una gran altura o profundidad de ternura.

—¡Eres tan bueno, Michael! Escucha. Todas estas cosas que han pasado me han hecho diferente. Te quiero infinitamente más que antes, pero entonces hubiese dejado a Percy sin pensarlo dos veces, y ahora no puedo. ¡Oh querido, no me mires como si te hubiese golpeado! Te quiero ahora tanto como nunca te he querido, y por eso empiezo a sentir también los lazos que me unen con Percy.

¿Ves? No puedo hacerle nada. Parte de mí está unida a él, y no puedo soltarla.

—¿Entonces no quieres que se lo diga?

—Todavía no. Mientras él tenga estas preocupaciones no soy libre, no del todo. Y cuando yo vaya a ti, tiene que ser para siempre y enteramente.

En las palabras de Michael hubo un sentimiento profundo y melancólico.

—Sí, Hero, tienes razón. ¿Y estarás ahora libre del todo alguna vez hasta que... él se muera?

—¡Ay, alma mía! No lo sé... no lo sé.

El intenso dolor de su voz hizo que Michael olvidara el suyo. Iba ya a besarla, quizá por última vez, cuando oyeron voces en el corredor.

—¡Hola, superintendente! ¿Todavía por aquí? ¿Dándole duro? ¿La nariz sobre el rastro? —dijeron los tonos joviales de la voz de Gadsby.

—Por aquí andamos, señor; por aquí andamos.

Mr. y Mrs. Vale, Nigel Strangeways y los maestros se sientan alrededor de la mesa de la cena. Gadsby, con un vaso de insípida cerveza en la que con anterioridad se ha introducido algo mucho más potente, se siente el animador de la reunión. Nigel mira a Hero y casi lanza una exclamación de asombro. En su cara hay una expresión casi ultraterrena de dolor definitivo, casi imposible de contemplar. Mira hacia Michael; en su rostro también se retrata la misma tristeza inefable. «Parece tallado en piedra —piensa Nigel—: una roca situada en el último borde del mundo, con la luz agonizante del último día reflejándose en ella». Su alada imaginación cayó muerta a sus pies ante una explosión de risa de Gadsby, que anunciaba la conclusión de uno de sus chistes.

—... Y ella dijo: «Pero ése no es mi billete».

Es el de mi hermana. ¡Ja!, ¡ja!, ¡ja! Era el billete de la hermana. ¿Se dan cuenta?

Un leve eco de la risa de Gadsby dio la vuelta a la mesa. Mostró sus dientes alrededor, como una *prima donna* que agradece una ovación; luego, adoptando un tono menor más apropiado, comentó:

—Bueno, director, supongo que tendremos que olvidar el partido de críquet contra los padres este año, después de... lo que ha pasado.

Vale tomó un sorbo de agua, gesto que era en sí censura bastante, antes de replicar.

—Al contrario, *Mr.* Gadsby. He meditado sobre el asunto y he decidido que no serviría los intereses de la escuela pasar por alto el acontecimiento. *Mrs.* Vale está completamente de acuerdo conmigo, y como somos los parientes más próximos del pobre muchacho... En resumen; el partido tendrá lugar el martes, como se había dispuesto.

Sims se frotó las manos.

—¡Muy bien! ¡Excelente! Tiene razón, director. Es un acontecimiento muy popular, tanto entre los muchachos como entre los padres. Sería una lástima perderlo.

Mr. Vale inclinó la cabeza aceptando graciosamente la aprobación de su subordinado, bebió otro sorbo de agua y tosió con una tosecilla seca.

—Tendrá usted la bondad, *Mr.* Tiverton, de dirigir a los hombres de Strang cuando vengan a instalar la tienda de campaña mañana. Ya he avisado a la firma.

Era Vale uno de esos hombres que tienen siempre que estar encima de sus trabajadores, bien en persona o por delegación. Continuó pomposo:

—He enviado las invitaciones, y el coronel Fairweather ha consentido en seleccionar y capitanear el equipo de los padres.

—¿Para qué es la tienda? —Se oyó un murmullo de Wrench.

—Té —dijo Michael.

Mr. Vale fijó un ojo helado sobre el interruptor.

—¿Ya hemos seleccionado nuestro equipo, *Mr.*, Griffin?

—Sí —replicó el profesor de juegos. Y añadió en un aparte retumbante a Michael —: Y si ese viejo idiota de Fairweather se queda en el *wicket* por más de cinco minutos, le diré a Stevens que adopte una táctica de agresión directa.

Capítulo X

ELIMINACIÓN DE UN MAESTRO DE ESCUELA

A la mañana siguiente, lunes, exactamente a las siete y dieciocho, se despertó Nigel Strangeways con las palabras «castillo de heno» en la boca. Se sentó en la cama bajo una montaña de mantas y edredones, y pasó revista al problema. Sí, su instinto había estado en razón: el castillo de heno era el eje y centro de todo el misterio. Como había dicho Armstrong, eran demasiadas las coincidencias; o Michael y Hero habían cometido el crimen, o el crimen se había cometido allí para incriminarlos; por lo tanto, por eliminación... También estaba seguro de cuál era el motivo que tenía el asesino para incriminarlos, y de ahí, por eliminación psicológica, de quién era el asesino... Pero aquello parecía ser un punto muerto. El motivo que él sospechaba no era suficiente para convencer a Armstrong, y cualquier abogado un poco inteligente podría ponerlo en ridículo en medio minuto ante un tribunal, Y sin embargo, había que hacer algo; no se podía dejar a un asesino suelto por allí; no es que se fuera partidario incondicional de la venganza legalizada de la justicia, sino simplemente que era preferible no hubiese un asesino suelto; había demasiadas tentaciones para el pobre hombre. Naturalmente que, después de haber estado en erupción por un tiempo, podría extinguirse por sí solo; pero los volcanes que uno imagina extintos tienen una muy antipática costumbre de estallar de nuevo cuando los habitantes de la localidad empiezan a sentirse seguros. No, era imprescindible tener pruebas, pruebas visibles, tangibles, de sentido común; y ésa era la clase de pruebas que, desgraciadamente, menos esperanzas tenía de conseguir. ¡El castillo de heno! ¿Le habría sacado ya todo el jugo? Si uno puede sacarle algo de jugo a una paja, es de suponer que con el tiempo se pueda sacar el jugo a un montón de heno. Pero, dejando de lado esa cuestión puramente dialéctica, ¿no tenía el castillo de Heno más secretos? Estaba muy bien decir que se lo había empleado para incriminar a Hero y a Michael. Pero era seguro que un asesino como aquél, con una capacidad tan desagradable, hubiese podido encontrar otros medios más seguros para conseguirlo. Después de todo, era él el que iba a cometer el crimen. ¿Por qué elegir un lugar tan público? ¿Y cuándo, cuándo se cometió? Tenía que haber una conexión lógica entre el lugar y la hora. Nigel encendió un cigarrillo y pasó de nuevo revista al informe de Armstrong sobre el día de los deportes, detalle por detalle. Súbitamente levantó la cabeza, apagó el

cigarrillo nerviosamente en el edredón superior, y exclamó:

—¡Dios mío! Sí, sí. Tiene que ser así. ¡Pues estamos buenos!

Después del desayuno emprendió Nigel la tarea de preparar el terreno. Había muchos cabos sueltos todavía, y creyó que no podría seguir adelante hasta que no los eliminara. Primero acudió a *Mrs. Vale*.

—Empiezan a moverse las cosas —le dijo respondiendo a una pregunta no formulada—. No quiero de usted más que tres cosas: una petición y dos preguntas. La petición es ésta: ¿quiere usted decirle a quienquiera le pregunte que Michael está bajo las más fuertes sospechas?

—Pero no lo está, ¿verdad?

—Sí que está. Lo siento. Y también usted. Pero ya no va a durar mucho. ¿Alguno de los profesores tenía amistad con Urquhart?

—Todos le conocían. Tiverton el mejor de todos, creo. Pero tenía la costumbre de invitar a cenar a cada uno por lo menos una vez al año.

—¿Y a Wrench?

—Cenó con James el mes pasado. James invitaba a los maestros nuevos en su primer curso.

—Tercera pregunta: ¿puede decirme qué hizo su marido en todo el tiempo que él dice empleó en cambiarse de ropa?

Hero lo miró curiosa y pareció tener un debate mental. Finalmente dijo:

—¿Es absolutamente necesario que usted lo sepa? Si se lo digo, Percy se va a querer divorciar.

—Tengo mucho interés en saberlo. A no ser que estuviera cometiendo el crimen, o algo así, tendré cuidado en no hacerlo público.

—Pues bien, se estaba cambiando de ropa.

—¿Qué? ¿Qué? —tartamudeó Nigel completamente asombrado.

—Cambiándose de ropa. Probándose diferentes trajes y cosas y estudiando su efecto en el espejo. Venían los padres, ¿se da cuenta? Claro que él no sabe que yo lo sé, pero, bueno, después de todo, todos tenemos nuestro vicio, y el de Percy es la vanidad.

Nigel le dio las gracias y se alejó meditando sobre lo curioso de la naturaleza humana, particularmente la del Reverendo Percival Vale. Buscó a Stevens II y le dio ciertas instrucciones. Luego fue a ver a Griffin. Le pidió que saliera al campo, y una vez allí estuvieron reconstruyendo sus movimientos entre las dos menos cuarto y las dos y media del día del crimen. Estaban en plena tarea cuando el profesor de juegos gritó:

—¡Eh! ¿Qué haces por ahí, Stevens? ¿No sabes que no puedes salir ahora?

Se dirigía ya hacía el culpable cuando Nigel le detuvo por el brazo.

—Está bien. Yo le dije que lo hiciera. Quería asegurarme si el asesino podía entrar en el castillo sin llamarle la atención. Sí Stevens no pudo hacerlo, apostararía que tampoco pudo el criminal.

Cuando volvían a entrar en la escuela, una pequeña mano sucia tiró de la manga de Nigel. Era Ponsonby. El muchacho lo llevó aparte y le murmuró, misterioso:

—¿Me prometes que no se lo va a decir a nadie, ni aun al dictador?

—Lo prometo.

—Bueno, él sabe quién es el asesino; por lo menos así dice, pero ni a mí me lo ha querido decir, Supongo que cree que lo puede cazar él.

El amotinado teniente se alejó, no sin antes lanzar por encima del hombro siniestras miradas a Nigel.

«Probablemente no es nada —pensó Nigel—; no se puede contar con la suerte para todo, pero tampoco hay que dejar piedra sin volver, por pequeña que sea». Así que volvió otra vez a buscar a Stevens. Tuvo que emplear bastante tacto para no traicionar a Ponsonby, pero al fin consiguió los informes sin excesiva dificultad. Stevens II no había querido acusar a lo que el superintendente había llamado un «compañerito», ni siquiera ante su amigo el gran detective. Y dijo:

—Pero tengo mis sospechas sobre ese palurdo de Smithers. Verá, parece que Wemyss le había estado molestando durante el desayuno aquel día. Todo el mundo lo hace, claro, Pero oí cómo le decía Smithers durante el recreo: «te voy a matar». Y bastante sanguinario que parecía. Desde entonces ha estado muy raro, desde el momento del crimen, quiero decir. Supongo que debía habérselo dicho a usted antes, pero no me pareció decente, aunque Smithers sea un palurdo así.

Nigel le tranquilizó e hizo una nota mental de entrevistarse con Smithers durante el recreo. Sonó la campana anunciando la primera hora. Nigel entró en la sala de maestros, donde Tiverton estaba con un montón de ejercicios delante; tenía esta hora libre.

—Supongo que no le interrumpo —le dijo Nigel.

—De ninguna manera. Puedo hacer esto en cualquier momento. Dígame: ¿es cierto que la policía sigue sospechando de Evans?

—Me temo que sí. En realidad está en una posición muy incómoda. Se trata de ese lápiz... —añadió Nigel.

—Pero creía que eso ya estaba explicado... Nos dijo que lo había perdido durante la batalla.

—Sí. Pero parece que el superintendente tiene la idea de que seguía en su posesión al día siguiente, el del crimen.

—Bueno, debo admitir que yo mismo creí habérselo visto usar esa mañana. ¡Caramba! Espero que no haya estado haciéndole las cosas más difíciles. No, no puede ser. Solamente estaban en la habitación Griffin y Evans entonces.

Nigel le miró interrogante.

—Cuando mencioné que me parecía haberle visto usar el lápiz al día siguiente de la batalla —explicó Tiverton.

Siguió alguna conversación sin importancia y Nigel se dirigió al teléfono situado en la parte privada del edificio. Llamó a la estación de policía de Staverton.

—¿El superintendente Armstrong?... Muy bien, espero... Buenos días, Armstrong. Strangeways había. Siento molestarle. ¿Le importaría volverme a contar lo del lápiz de Evans que encontraron en el castillo de heno? ¿Únicamente sus huellas digitales? ¡Hum! En el suelo, me dice, ¿no? ¿Dijo que se le debía haber caído durante la batalla? Sí, ¿por qué no?... Sí, claro, no hay pruebas de que no fuese así... Sí, claro, muy molesto para ustedes. Supongo que no lo sabe más que la policía y sus amigos... ¡Ah!, de paso, ¿viene usted hoy por aquí? ¿Esta tarde? Muy bien. Sí, es posible que tenga que contarle algo. ¡Ah!, me olvidaba decirle; ya sé quién es el asesino. Hasta luego entonces.

Y Nigel colgó, dejando al superintendente bailando de rabia y curiosidad insatisfecha en el otro extremo de la línea. La clase de Sims, cuando entró Nigel, tenía un aspecto extraordinariamente ordenado; era posible que todavía no se hubiese pasado el efecto de la última visita del director, o que tal vez la tácita desaprobación de Nigel por la forma en que trataban al hombrecillo, se hubiera filtrado a través de Stevens II y de Ponsonby al resto de la clase. Esos dos caballeritos estaban, para ellos, extraordinariamente silenciosos, y cuando la clase se levantó al entrar Nigel, devolvieron la mirada de su compañero conspirador con una expresión tan excesivamente rígida, que hubiese levantado las sospechas más considerables en cualquier observador imparcial. Nigel se adelantó hasta la mesa del maestro y miró, vagamente los libros que estaban sobre ella. Sims hizo un pequeño gesto protector. Nigel le preguntó si podría hablar con él afuera. La puerta era afortunadamente bastante gruesa y no pudieron oír el teatral murmullo de Ponsonby: «¡Eh! Va a detener al pobre Simmie», y la respuesta de Stevens: «¡Anda y colúmpiate! No llevaba las esposas... Le harían bulto en el bolsillo».

—Siento mucho interrumpirle así, pero se trata de algo urgente. La policía, como tal vez sepa usted, tiene la ridícula idea de que Evans está complicado en este crimen. Tenemos que librarle de sospechas antes que tomen medidas contra él. Naturalmente, la dificultad está en ese lápiz.

Sims le miró intrigado y dijo:

—¿Lápiz?

—Sí, ¿no lo sabía? Encontraron un lápiz suyo en el castillo de heno. Realmente se le cayó el día antes jugando en el heno, pero no puede probarlo. Supongo que usted no notaría si lo tenía en la mañana del crimen.

—No, no sabría decirle. No recuerdo habérselo visto emplear. Me temo que eso no le servirá a usted de mucho.

—Bueno, ¡qué se le va a hacer! Muchas gracias.

Volvió a vagar Nigel por la escuela y leyó los diarios en la sala de maestros. Ya no ocupaba en ellos ningún espacio el asesinato de Sudeley Hall; durante dos o tres días los editores habían estado anunciando que la policía hacía progresos y mostraban el convencional optimismo de que pronto se detendría a alguien; se había informado de la encuesta aplazada y se publicaron noticias en uno o dos diarios de los funerales

del muchacho, llenos del morboso sentimentalismo que los editores llaman «interés humano». Hasta se habían apagado los ecos de las discusiones sobre la tan mentada «ineficacia policial». ¿Y qué podía hacer Armstrong después de todo? —Pensó Nigel—. Las investigaciones policiales se alimentan solamente con hechos, lo que está muy bien. A veces los hechos pueden desorientar a uno, pero por lo menos son mucho más seguros que la teorización psicológica de aficionados o que las confesiones obtenidas con cachiporras de goma o con tornos de dentista. El superintendente había interrogado a todo el que pudiera estar complicado, y era bastante inteligente para resolver un crimen ordinario. Pero éste no lo era; lo que explicaba, entre otras cosas, la extraordinaria falta de pruebas materiales.

Cuando sonó la campana para el recreo, Nigel salió al patio para preguntar por Smithers. Le indicaron un bullicioso anillo de muchachos. Estaban dedicados a la modalidad local de persecución, conocida por «chub-chub». Consistía en precipitarse sobre la víctima, darle un violento pellizco en la mejilla y volverse a fundir en el coro de los opresores. La víctima, inútil es decirlo, era Smithers, Tenía la cara colorada y los ojos cargados de dolor y humillación; retrocedía lentamente tratando de alejarse de sus perseguidores, golpeándolos ciegamente con la mano abierta; una vez había pegado a alguien con el puño y nunca se le permitió olvidar aquella violación del código de la caballería. Cuando retrocedía, pies malintencionados le empujaban por detrás y le volvían a introducir en el círculo de sus opresores. Nigel se acercó al grupo. Se alegró de ver que ni Stevens II ni Ponsonby figuraban en él. Se sentía rabiosamente furioso. Los muchachos se contuvieron y quedaron avergonzados cuando le vieron. Les fustigó furiosamente durante unos minutos. Nigel podía ser terrible cuando se lo proponía. Hizo con ello mayor impresión de lo que se figuró por entonces, pues sabía lo insensibles que son al regaño los muchachos en masa. Varios maestros habían protestado alguna vez públicamente por la persecución que se hacía de Smithers, pero habían producido poco efecto; los muchachos sabían que esas cosas eran de esperar de los maestros, pues para ello se les pagaba. Pero la intervención de una persona independiente, por así decir, y además, del heroico detective, era cosa diferente. Les produjo reacción y creó desde entonces una vida mucho más descansada para Smithers.

Si Nigel había producido una impresión en aquellos bárbaros —los torturadores de Smithers—, el efecto de su acción sobre el mismo Smithers fue colosal. Al principio el muchacho se sintió un poco desconcertado de puro alivio; un poco desconfiado, también, como se siente desconfiado el animal de quien lo rescata. Pero pronto, para seguir con la metáfora, estaba listo para comer de su mano. Se encontró caminando hacia el campo al lado de este hombre, bondadoso y casi divino, de un hombre que le hablaba como no recordaba que nadie le hubiese hablado en muchos años. Nigel fue suficientemente prudente para no referirse a la escena que acababa de tener lugar ni a la muerte de Wemyss. Este chico no era un asesino, y lo que pudiese decir podría esperar algunas horas hasta que se calmase por dentro. Así que se

contentó con dejar que se desahogase hablando de su casa y de aficiones; fue muy fácil, porque Smithers resultó ser una autoridad en animales y pájaros del campo, y Nigel nunca tenía que aparentar interés en ninguna cuestión en que fuese ignorante. Habían estado hablando cerca de un cuarto de hora cuando el chico le miró en una forma que no acabó de comprender; sin embargo, se imaginó que trataba de expresarle su gratitud, pues dijo:

—No te preocupes por eso. Ven a tomar conmigo el té, hoy o mañana. Ya te diré más tarde. Y, claro, sí hay algo en particular de que quieras hablarme, siempre me tienes ahí.

Abrió Smithers la boca, pero la campana sonó llamando a clases, y Nigel se vio libre de cualquier manifestación de gratitud por parte del muchacho. Apenas había entrado de nuevo en el edificio cuando recibió un mensaje: el superintendente Armstrong estaba en el cuarto de mañana y deseaba verle. Ciertamente Armstrong no dejaba crecer la hierba bajo los pies. Nigel había hecho una tontería con aquella exhibición de adivinación por el teléfono. Y pronto se lo hizo ver el superintendente.

—Bueno, señor, ¿qué es eso de que sabe quién es el asesino?

Nigel se molestó un poco por el tono agresivo de la pregunta.

—Nada más que eso —dijo—, pero todavía no es para ser publicado.

—Vamos, vamos, *Mr. Strangeways*. Mi tiempo es muy valioso. Me figuro que no se tratará de una broma. Si tiene usted alguna prueba de quién es el asesino, le pido que me lo diga inmediatamente.

—Nunca dije que tuviese pruebas; lo que dije es que sé quién es el asesino. Todas las pruebas que conozco las sabe usted también. Acordamos que no nos diríamos nuestras teorías hasta que tuviésemos el caso completamente terminado.

—Me parece que no le comprendo, señor. Me dice que sabe quién es el asesino, pero que no tiene pruebas. Eso me parece una tontería.

—No poseo las pruebas que podrían satisfacerle a usted o a un tribunal —se apresuró a añadir Nigel—. No he encontrado ningún testigo presencial, ni ninguna confesión firmada, ni nada por el estilo. Mis pruebas son invisibles, intangibles.

—¡Cielos! —Bufó el superintendente—. Eso es lo que llaman inducción psicológica... ¿O es que ha estado usted consultando con un médium?

Nigel sonrió con paciencia.

—No. He estado hablando con uno de los sospechosos... Y de paso, *Mr. Evans* no es el asesino. Le daré a usted un resumen de todo lo que pueda ser significativo, y usted puede irse a su casa a digerirlo.

Pasó a relatarle parte de los recuerdos de Michael y ciertas -conversaciones en las que él mismo estuvo presente. Como ya las hemos relatado nosotros, no es necesario volverlas a repetir. Cuando terminó, Armstrong exclamó, irritado:

—¡Pero, caramba, señor, si no conociera su reputación creería que...!

—¡No lo diga! No caigamos en insultos personales.

—¿Y se propone no decirme el nombre de ese... —El superintendente se

atragantó—... de ese sospechoso psicológico suyo?

—Por el momento no se lo diré. ¿De qué serviría? Usted vaya por arriba que yo iré por abajo, y le veré en Escocia si es que llega allí^[3].

—¡Le veré a usted en...! —exclamó el superintendente con un esbozo de sonrisa.

—Vamos, vamos... ¡Sin recriminaciones! Pero, en serio, deme otro día más. Venga mañana por la tarde, va a haber un estupendo partido de críquet. Si para entonces no tengo yo algo sólido que ofrecerle, le manifiesto mi teoría, cualquiera sea su valor.

Armstrong se tuvo que dar por satisfecho. Pero estaba irritado. ¿Qué vería Strangeways en aquellas conversaciones que él no podía ver? Y para librarse de esta irritación, tomó el camino de arriba con todas sus fuerzas, como lo atestiguaron en el curso del día las caras de Hero y Michael, de Wrench y Rosa, aquellos dos pares de enamorados tan extrañamente yuxtapuestos. Pero sus historias siguieron siendo las mismas. El camino de arriba no parecía llevar a ninguna parte.

—Se trata de un gesto, es cierto, pero desde el punto de vista de Percy, es bien seguro —replicó Michael.

Era el martes por la tarde. Él y Nigel paseaban por el campo de deportes, donde algunos padres estaban ya entrenándose en las redes de práctica.

—Después de todo —continuó—, el lema de «Negocios como siempre» es el que ha llevado a la clase media británica al lugar que ocupa; es la combinación justa de un valor de «bulldog» con la espalda contra la pared y de savoir-faire comercial. En este caso anulará a un único rival, a esa tontería del «respeto por los muertos». Esos padres que ocuparán ahora el campo se sentirán reconfortados al sentir que «siguen adelante»; como en los viejos tiempos de la huelga general y de la guerra mundial. «Di mis hijos y mantuve ardiendo los fuegos del hogar»; solamente que en este caso Percy dio a su sobrino. Gracias a Dios que los chicos no piensan así. Dos equipos tratando de demostrar la capacidad de la clase media para «seguir adelante» sería más de lo que podría soportar.

Todo el cuerpo de Michael temblaba, como le ocurría siempre que tomaba parte en una controversia.

—Tomas las cosas demasiado en serio —le dijo Nigel ligeramente—. Admito que la mayor parte de ese «Negocios como siempre» no es más que hipocresía. Pero siempre hace falta un poco de hipocresía para engrasar las ruedas de la sociedad. Son pocos los que tienen la capacidad o la educación suficiente para comprender sus propios motivos, y muy bien que está. El *Nosce te ipsum* está muy bien para los filósofos, pero poco sirve para el hombre práctico; nunca podría hacer nada si apreciase todos los motivos de sus actos. Solamente puede un gran hombre ser un protestante consistente; los demás debemos tener nuestras sanciones externas, lemas, sí quieres, y vivir bajo la autoridad. Me parece que la tarea real de ustedes los maestros debe ser educar a los chicos en la elección de los mejores lemas que

obedecer.

—Y sí lo hiciera, no duraría en la escuela diez minutos. Los mejores lemas que he conocido son los del *Sermón de la Montaña* y el de «a cada uno según su necesidad y de cada uno según su capacidad». Además estoy seguro de que estaré en la cárcel antes de poder hacer algún prosélito. Ese maldito superintendente me hizo pasar ayer otro mal rato. ¡Ah!, ahí está. Quisiera que sacase de una vez las esposas y terminásemos.

Se acercó Armstrong y los saludó; a Michael imperturbablemente, y a Nigel con una impaciencia mal oculta.

—No hasta que termine el partido —le advirtió Nigel en respuesta de su muda pregunta—; no mezclemos los negocios con el placer. El criminal no se nos va a escapar. —Y miró significativamente hacia el agente de civil que estaba cerca de la puerta de entrada.

Dieron una o dos vueltas siguiendo la línea exterior del campo. Los muchachos se estaban situando en bancos o sobre la hierba en la parte más alejada de éste. En el otro extremo, entre la línea de demarcación y la escuela, estaban los sillones de los espectadores más privilegiados, con la tienda del té inmediatamente detrás. A la derecha del campo, mirando desde la escuela, estaba el pabellón de vestuarios; más allá, las redes de práctica. Michael veía al mayor Fairweather sorteando el campo con Anstruther; era evidente, por el exagerado palmoteo de espaldas que siguió, que los padres habían ganado. Nigel invitó al superintendente a ocupar con él uno de los bancos; quería ver el partido y no que le distrajeran la inquietud y los comentarios de aficionado de las madres orgullosas de sus hijos. Michael se apresuró a cruzar al otro lado; entre dos males, prefería mezclarse con los padres a mezclarse con el superintendente; además, allí estaba Hero. Estaba sentada al lado del director, y cuando se aproximaba, acarició a Michael con una triste mirada. Luego se acercaron a ella algunos padres y Michael se dedicó a ser sociable.

Salieron los árbitros; Griffin con sus largos pasos de atleta y Tiverton con un aspecto recortado y profesional. Los siguieron un padre larguirucho y de anteojos y el vicario de Sudeley, antiguo miembro del equipo de Cambridge. Había una tradición entre los sucesivos equipos de padres de la mejor clase, de que no se debían hacer más de veinticinco carreras, y de hacerlas lo más rápidamente posible. Desdichadamente, siempre parecía haber un par de padres más interesados en conseguir una buena puntuación que por las tradiciones y el interés del partido. Cuando había un capitán de equipo con talento, generalmente los ponía en mala posición o decía a alguien que lo hiciese. Pero el mayor Fairweather no pertenecía a este tipo de capitanes, Michael estaba inquieto: el vicario estaba bien, se podía contar con él para gozar de una vida corta y pintoresca, pero aquel padre, largo y con lentes, le daba mala espina.

Este último, cuando tomó su guardia y jugó las primeras pelotas con una precaución infinita, se reveló como un *cricketer* de la escuela por correspondencia:

concienzudo, torpe y lento. Las primeras cinco pelotas las jugó prudentemente hacia el *bowler*, metió la última con un golpe afortunado por detrás de uno de los guardas y se lanzó con una prisa indecente pista abajo.

—¡Despacio, señor, despacio! ¡Tenemos toda la tarde ante nosotros! —le gritó el vicario con una voz perfectamente audible fuera del campo, y se negó perentoriamente a correr tres carreras evidentemente posibles.

Ahora le tocó a él enfrentarse con el *bowling* de Stevens. El muchacho lo atacó una y otra vez, y el vicario le repelió como una roca. Fue un *over* interesante. El *batsman* se inclinó sobre la primera pelota y la envió entre los guardas por cuatro carreras, Envió la segunda como un relámpago por encima de éstos; la primera noticia que se tuvo del paradero de la pelota fue un agudo grito de uno de los alumnos que estaba en la línea, cuando le golpeó violentamente en una pierna. Las tres pelotas subsiguientes las dirigió el vicario deliberadamente, fuerte, pero no demasiado, a las manos de los guardas. Se acercó a la sexta, la última del *over*, y con una media bolea, con un movimiento cerrado, sin esfuerzo, la envió por encima de la cabeza del *bowler* y del pabellón.

Ahora le tocó al alumno con cara de conejo arrojar la pelota contra el padre larguirucho, el que vigiló cautelosamente cómo se acercaban seis pelotas en sucesión a la pala y las envió hacia uno de los guardas. La expresión de Griffin, se dijo Michael citando al profesor Housman, era la del Pecado contemplando a su primogénito; la Muerte. El vicario consiguió una tranquila carrera, con lo que dejó a aquel padre desnaturalizado al cuidado de Stevens. Por cinco veces se inclinó el padre sobre la pelota, empujándola correcta y estúpidamente hacia los guardas. La expresión de Tiverton era evidentemente despreciativa; Griffin parecía haberse comido un huevo podrido. El vicario pudo divertirse con el *bowler* lento. Hizo cuatro carreras; permitió casi que la pelota siguiente tirara su *wicket*; agitó enojado la cabeza como un Woodfull incapaz de entender la Verdad, e hizo tres carreras más. El padre concienzudo lanzó la pelota siguiente hacía afuera y se precipitó pista abajo; el vicario se adelantó un poco, pero retrocedió gritando: «¡No! ¡Vuélvase!». Le hubiesen cazado fuera de *wicket* sí el *wicket-keeper*, nervioso, no hubiera dejado caer la pelota, permitiendo al *batsman* regresar a su lugar. El vicario hizo un guiño a Tiverton. No había podido hacer más.

Cuando Griffin se acercaba al *wicket* observó Michael que le hacía una señal a Stevens. Pronto se hizo evidente el resultado. El *bowler* rápido envió una pelota bastante larga. La siguiente fue ridículamente corta; aquel hombre quedó inmóvil para dejarla pasar, pero la pelota golpeó en alguna irregularidad del terreno y no solamente rebotó, sino que dio hacia el *wicket*, golpeando al *batsman* en su flaco y pálido pecho.

—¡Cuánto lo siento, señor! —exclamó Stevens con una expresión de intensa preocupación.

Se oyó murmurar a la víctima que eran gajes del juego. Stevens volvió a

encontrar la puntería, pero ahora parecía haber perdido la noción de distancia. Dos pelotas silbaron rozando la cabeza del *batsman*. La tercera le golpeó en la espalda y fue a caer sobre el *wicket*, derribándolo. La salva de aplausos subsiguientes ahogó lo que hubiese podido decir el *batsman* cuando se retiraba hacia el pabellón.

El vicario consiguió seis estupendas carreras con un golpe. Se adelantó después maliciosamente al tiro del *bowler* lento, falló miserablemente y retrocedió rápido, pero no lo demasiado, hacía su *wicket*, con lo que se dejó eliminar. Partió con una expresión de intensa pena en el rostro, Nigel se sorprendió de que los alumnos se dejasen engañar tan fácilmente, sin caer en la cuenta de que los niños creen que todos los adultos son jugadores de gran clase, a no ser que se les den pruebas manifiestas de lo contrario, y que con todo buen jugador siempre tratan de jugar lo mejor posible. Siguieron al vicario varios padres del tipo mejor, que vivieron una vida corta y gloriosa y se dejaron eliminar en forma poco evidente o que fueron eliminados genuinamente por una buena pelota. Las carreras obtenidas eran ahora noventa y cinco contra cinco eliminados.

Ahora le tocó el turno al mayor Fairweather; un hombre de aspecto estúpido, con el pelo corto y bigote rubio, y una expresión en la cara de tener la espalda bien firme contra la pared y de estar dispuesto a no permitir tonterías. Resistió el *bowling*, no tanto por la habilidad, sino por una obstinación bruta. Los *batsmen* que le acompañaban en el otro extremo hicieron todo lo posible por eliminarle o por eliminarse, pero él se negaba a comprometerse en ninguna carrera corta a no ser que le proporcionase la oportunidad de recibir la pelota, Pronto se desanimaron los muchachos y empezaron a arrojar la pelota con menos precisión o a cubrir el campo sin entusiasmo, así que con la mejor voluntad del mundo se hizo difícil no hacer carreras, Nigel, fuera del campo, súbitamente avergonzó al superintendente al lanzarse a cantar desentonadamente unos versos de una canción escolar:

En el gran juego de la vida no nos
esperan más jugadas
cuando hemos pasado los cincuenta.

Fue completamente impremeditado. Nadie había logrado suprimir en Nigel esta desdichada costumbre de cantar en público. El mayor lo miró ligeramente desconcertado. La pelota siguiente rebotó, como hubiese podido jurar Michael aun desde donde estaba, unos quince centímetros por afuera del *stump* de adentro y fue a golpear las polainas del *batsman*. Hubo una leve protesta. Los dedos de Tiverton se alzaron como un cohete para indicar que el *batsman* había estado protegiendo el *wicket* con la pierna y que por lo tanto quedaba eliminado. Griffin giró sobre sus talones, con una estupenda sonrisa dirigida hacia la hierba. El mayor mantuvo su posición unos minutos, e indicó con la mirada la posición de sus piernas, miró terrible a Tiverton, lo que el profesor no quiso ver, y se dirigió hacia el pabellón.

Pronto se terminó el *inning* de los padres, pero éstos habían conseguido doscientas tres carreras, gracias a las indecentes cincuenta y seis del mayor. Los alumnos se dirigieron a tomar el té llenos de malos presentimientos.

Los acontecimientos que siguieron después del té parecieron justificar aun los más negros presentimientos. Griffin seguía haciendo de árbitro en un extremo, pero el lugar de Tiverton lo tomó uno de los padres. En la segunda pelota, el mayor Fairweather, que jugaba de *square leg*, agarró en el aire una pelota baja y difícil, un tiro que cualquier padre bien pensado hubiese dejado pasar a la línea de afuera. Stevens I, el otro *batsman* inicial, excesivamente preocupado por esta catástrofe, se dejó eliminar por una pelota malísima. Habían perdido dos *wickets* por diez carreras. Salió entonces el chico con cara de conejo a *juntarse con* Anstruther, y el carácter del juego empezó a evolucionar desde el escolar y poco serio hasta lo épico. Anstruther, defendiendo el *wicket* era un espectáculo difícil de olvidar; tenía toda la robusta solidez, los simpáticos manierismos y la fluencia y confianza de su profesional favorito.

Cierto es que algunas veces jugaba, como aun el muchacho más prometedor lo hace, un tiro tan asombradamente torpe, que uno tenía que frotarse los ojos preguntándose si no habría estado soñando. Pero, aparte de esos casos, era un jugador estupendo e invulnerable. El muchacho de la cara de conejo, con la tensa expresión de quien está dispuesto a vender cara su vida, mantuvo obstinadamente su extremo, venciendo a Fairweather de puro tozudo, mientras que Anstruther tenía a los padres corriendo por todos los extremos del campo.

Cuando hubo llevado la puntuación a cincuenta y cinco carreras, hizo uno de sus desastrosos tiros; una pelota alta y lenta fue a caer en las manos del vicario. Este clérigo admirable no pudo evitar el recibir la pelota en sus manos, pero consiguió, en cambio, tropezar y caer de boca, con lo que la pelota volvió al suelo. El muchacho de la cara de conejo relató después estupefacto a sus compañeros, cuando volvió media hora después al pabellón, qué palabra estaba seguro de haberle «oído decir al vicario cuando se le escapó aquel globo». A las noventa y una carreras, el padre larguirucho, exacerbado por cómo trataba Anstruther a sus tiros, se enojó de repente y arrojó la pelota a una velocidad muy superior a la aceptada. «¡No *ball!*!», gritó Griffin. Al vicario le dio un ataque de tos. Y Anstruther, masticando impasible su goma de mascar, dio su habitual paseíto alrededor del *wicket*, mientras el *wicket-keeper* lo recomponía. Anstruther y el muchacho de la cara de conejo llevaron el puntaje hasta los cien antes que el último cayera valiente y correctamente.

Cayeron más *wickets*, pero la puntuación siguió subiendo; ciento veintiuno por cuatro *wickets*; ciento cincuenta por cinco; ciento cincuenta y ocho por seis; ciento setenta por siete; ciento ochenta y cuatro por ocho; ciento noventa y cuatro por nueve. Anstruther todavía seguía adentro, imperturbable ante buenos y malos tiros; en el otro extremo estaba el último *batsman*, un jugador de tipo robusto y pegador, experto en tiros altos. Los padres estaban ahora dispuestos a ganar. Aun el mismo almirante,

conocido generalmente por el Anciano Marinero, no tanto por su profesión, sino porque dejaba pasar por culpa del volumen de su vientre una de cada tres, empezó a ejecutar verdaderos prodigios de agilidad.

Los espectadores dejaron de estar aburridos o interesados a medias. Cada pelota venía precedida de una expectación nerviosa y seguida con suspiros de alivio y entusiastas ovaciones. «¡Ésa es la cosa! ¡Ésa es la cosa!», gritaban los alumnos (una frasecita del momento) cada vez que se hacía una carrera. Hasta los niños más pequeños, que se habían pasado casi todo el partido retozando por fuera del campo, unieron sus chillidos de murciélago al aplauso general. Fue un final de novela escolar; uno de esos finales que ocurren verdaderamente con bastante frecuencia en los partidos escolares. Nigel se encontró escuchando a un muchacho, de grandes orejas protuberantes, que hacía el comentario radial del juego.

—Seis para empatar y siete para ganar. Anstruther va a recibir el *bowling* de Mr. Tod. Mr. Tod corre hacia el *wicket*. ¡Caramba! ¡Un hermoso tiro con efecto! Anstruther envía la pelota hacia la línea de fuera, cuatro carreras. ¡Dos para empatar y tres para ganar! ¡Termina el over! Lo que oyen es el aplauso de las masas. Una masa respetable de público. ¿Cuántos espectadores calculas que habrá, Blake? ¿Cincuenta mil? Cerca de los sesenta mil, diría yo. ¡Atención todo el mundo! El mayor Fairweather está a punto de arrojar la pelota a Giffard. ¡Dele Giffard! ¡Eh, no tire tan fuerte, viejo loco! ¡Viva! Una carrera. ¡Corren que se las pelan! ¡Dos carreras! ¡Corre, Anstruther, animalote! ¡Diablo, le ha cazado! No, no le dieron. ¡Bravo, hemos ganado! ¡El público enloquece! ¡Eh, miren, muchachos: Percy se ha dormido!

Capítulo XI

«NO TE TENGO...»

—Va a ser un final excelente, Hero —dijo *Mr. Vale*.

—Sí, está muy interesante, ¿verdad?

Hero se inclinó hacia adelante. La primera pelota de un *over* nuevo. Giffard estaba perdido. Vio cómo la pelota esquivaba al *wicket* y al *wicket-keeper* y cómo uno de los guardas corría para atajarla antes que saliera del campo. Anstruther se dio vuelta e inició la tercera carrera.

—¡No podrá conseguirlo! —gritó Hero.

Oyó un gruñido de su marido. Anstruther llegó al *wicket* sano y salvo.

—¡Viva! ¡Lo consiguió!

Hero se volvió hacia su marido, con los ojos brillantes de entusiasmo y dijo:

—¿No es...? ¡Despierta, Percy! ¿Te sientes mal?

Lo sacudió. Y cuando Vale cayó lentamente de costado, al llegar al suelo le dejó ver un agujerito con un diminuto reguero de sangre en la espalda de su chaqueta. Era demasiado. Hero lanzó un gemido y se desmayó.

Michael oyó ese gemido que casi le destrozó el corazón. Se precipitó hacia Hero, la extendió en el suelo y le tomó la cabeza en el regazo. Se reunió alrededor de ellos un grupo de gente. Tiverton y Sims se inclinaban sobre el cuerpo del director. Wrench, pálido como un muerto, estaba algo apartado, El superintendente y Nigel llegaron corriendo del otro lado del campo dispersando a los jugadores. «Hero se ha desmayado. ¡Corran y traigan agua!», dijo alguien, Michael partió como un rayo; oyó, como en un sueño, un grito furioso del superintendente que le ordenaba se detuviera, pero para detenerlo hubiese hecho falta una alambrada electrizada. Armstrong se abrió paso entre el público, miró al cuerpo y llamó a voces al empleado de policía. Le ordenó que llamase primero al doctor Maddox y luego al cuartel de policía de Staverton. Mientras daba estas órdenes, no miraba a su subordinado; sus ojos recorrían vigilantes el campo de un extremo a otro.

—¿No ha entrado nadie en la escuela, Jones? —preguntó.

—Solamente *Mr. Evans*, señor. Dijo que iba a buscar agua para *Mrs. Vale*, así que le dejé pasar.

—Está bien. ¡Váyase! ¿Me hace el favor de pararse en la puerta de la escuela, *Mr.*

Strangeways, y no dejar pasar a nadie bajo ningún pretexto? ¿Está ahí *Mr. Griffin*? Muy bien. Quiero que se ponga en el sendero del bosque. Sí alguien trata de escaparse por ahí, deténgalo.

El superintendente estacionó a dos de los padres más robustos, de los que habían tomado parte en el partido, en otros dos lugares estratégicos. Ya estaba seguro que nadie podría salir del campo y que solamente Evans lo había hecho desde que se cometió el crimen. Luego Armstrong se dirigió a los espectadores y empezó a gritar una orden; pero había un fuerte murmullo de conversaciones y bastante gente estaba fuera del alcance de su voz.

—Le traeré el megáfono —dijo Wrench—; y se dirigió rápidamente hacia el pabellón.

Armstrong empezó a alzar la mano, pero la volvió a dejar caer y siguió a Wrench con la mirada hasta que lo vio salir del pabellón con el megáfono en la mano y dirigirse de nuevo al grupo. Mientras tanto, llegó Evans con un vaso de agua. Ya habían aflojado los vestidos de Hero y se le había puesto más cómoda. Michael le levantó la cabeza, le salpicó agua en la frente y, cuando empezó a volver en sí, le llevó el vaso a los labios. Armstrong le dirigió una inquisitiva mirada y luego gritó, elevando el megáfono.

—Señoras y caballeros, nadie debe dejar el campo. *Mr. Vale* ha sufrido un accidente y hemos enviado por el médico. ¿Está ahí *Mr. Tiverton*? Quiero que recoja a todos los alumnos en aquellos bancos del otro lado del campo y los tenga allí. Los caballeros que acaban de jugar harán el favor de quedarse delante del pabellón.

Bajó el megáfono y se dirigió a los padres y maestros que le rodeaban:

—¿Hacen el favor, caballeros, de separar estas sillas? Las señoras pueden sentarse; tendremos que esperar un momento. Nadie debe acercarse a *Mr. Vale*.

Volvió el policía y le informó que el médico y los refuerzos estaban en camino. Armstrong le envió a ocupar el lugar de Nigel en la puerta, y cuando éste volvió, empezó a interrogar a quienes tenía más cerca.

—¿Vio alguno de ustedes lo que ha ocurrido? ¿Quién estaba más cerca cuando tuvo lugar el... accidente?

Sims, Wrench y Gadsby se adelantaron. Resultó que Sims había estado a medio metro a la derecha de la silla del director, detrás de ella; Wrench y Gadsby, detrás, a la izquierda. Gadsby dijo que Tiverton había cambiado unas palabras con él, medio minuto antes de desmayarse *Mrs. Vale*, y que se había alejado. Los visitantes, que ocupaban las sillas a ambos lados de *Mr. y Mrs. Vale* no se habían movido durante ese minuto fatal. Desde el momento en que el *bowler* había iniciado la carrera para arrojar la primera pelota del último over hasta que se desmayó *Mrs. Vale*, nadie había tenido ojos más que para el juego.

—¿Y usted, *Mr. Evans*? —repitió Armstrong la pregunta con alguna aspereza.

Michael, que había dado vuelta a la silla de Hero de manera que volviera la espalda al cuerpo extendido en el suelo y la había sentado en ella con toda dulzura, le

acariciaba la mano, sin darse cuenta de las miradas del público ni de la pregunta del superintendente.

Levantó la vista vagamente, indicó con la mano por encima del hombro y dijo:

—¿Yo? Yo estaba allí.

—Vamos, señor, sea más explícito.

—Allí estaba, le digo. Cerca de Sims.

—Es cierto, superintendente. Estaba a mi lado al final del último over —dijo Sims, orgulloso de ocupar por un momento el primer lugar.

—¿Y después?

—¿Después? ¡Ah, sí! Bueno, es decir, no noté nada una vez que empezó el over —tartamudeó Sims.

Armstrong indicó al público que se había acercado a ellos por curiosidad que se alejara. Luego se acercó a *Mrs. Vale*. Ésta le miró con el horror todavía fresco en los ojos.

—Señora, siento tener que molestarla en estos momentos. Pero usted comprende que cuanto antes conozcamos todos los hechos, antes encontraremos al asesino de su esposo.

Levantó ligeramente la voz al decir «asesino» y miró con atención alrededor. Todas las caras estaban inmóviles y pálidas, rígidas por el asombro. Como una brisa que pasa sobre un campo de trigo para morir en sus límites, la palabra «asesino» pasó entre la gente y produjo un estremecimiento visible hasta en los que esperaban en el otro lado del campo.

Hero se humedeció los labios exangües.

—No sé. Me habló poco antes de que comenzara el over. Y cuando ganamos el partido lo volví a mirar. Creí que se había dormido. Le sacudí y se cayó de la silla. Y entonces vi...

Le tembló y se le cortó la voz.

—¿Está segura que ni vio ni oyó nada más? Lo siento mucho, *Mrs. Vale*, pero tengo que preguntárselo. ¿No vio ni oyó nada, por poco importante que parezca?

—Cuando corrían en el campo le dije que no creía que pudieran llegar, o algo así, y él día una especie de gruñido... contestándome. ¡Dios mío! No me estaba contestando. Estaba...

Hero había estado hablando en un tenso murmullo, pero era tal el silencio de los espectadores, que todas las palabras les llegaron. El cuerpo de Hero se puso tenso y se derrumbó en los brazos de Michael, que estaba al lado de su silla. Él la sostuvo, acariciando sus dorados cabellos.

Armstrong se llevó el megáfono a los labios y gritó:

—¡Si alguien ha visto algo fuera de lo ordinario después del principio del último over tenga la bondad de comunicármelo inmediatamente!

Otra vez el público se agitó incómodo, pero nadie se acercó.

—¿Tocó alguien el cuerpo antes que viniésemos? —preguntó Nigel a los que le

rodeaban.

Hubo un breve silencio y luego Sims declaró:

—Tiverton y yo le dimos vuelta, para ver... —Su voz se fue extinguendo.

—¿Y quién llegó primero?

—Tiverton; yo llegué justamente detrás de él.

El superintendente interrumpió bruscamente:

—¿Y por qué sacaron ustedes el arma? No sabe que nunca...

—¡Ah!, pero no fuimos nosotros. De verdad que no. Quiero decir, no había ninguna arma, le interrumpió a su vez Sims.

El superintendente echó una mirada enigmática a Nigel y se volvió hacia Evans, diciendo:

—¿Le importaría a usted preguntarle a *Mrs. Vale* si había alguna arma en el cuerpo cuando ella lo vio caer al suelo?

Nigel se dijo que, aunque Armstrong trataba de demostrar tacto y consideración, parecía no perder una palabra del coloquio murmurador de Michael y Hero.

—Dice que está segura de que no había ninguna arma —informó finalmente Michael al policía; y luego, en un estallido de indignación, añadió—: Si ya ha terminado con sus huronearías, tal vez quiera dejarla irse a casa, donde no puedan mirarla más estas ovejas humanas.

—Nadie puede salir del campo hasta que no le hayamos registrado. Si quiere, puede llevarla a la tienda de campaña.

Allí llevó Michael a Hero, a plena vista de cien pares de ojos. No podía ver otra cosa más que sus lágrimas desesperadas; no podía oír más que los sollozos que la sacudían. La tienda estaba vacía, pues media hora antes habían retirado las cosas del té. Hero abrazó a Michael como una niña; por encima del hombro de ella podía ver gran parte del público, esperando, tenso y silencioso, pero no al superintendente, que estaba cerca de una de las paredes de la tienda, con el oído atento.

Fuese lo que fuera lo que esperaba oír, Armstrong no tuvo mucho tiempo para escuchar. Llegó el doctor Maddox, conteniendo algo su paso saltarín por respeto a la triste ocasión. Saludó a Armstrong con la cabeza y se inclinó sobre los restos de Percival Vale.

—Está muerto, claro. Instantáneo. ¿Se le puede mover?

—Sí, ya no importa. ¿Quieren tener la gentileza, caballeros, de ayudarlo a llevar el cadáver detrás de la tienda?

Los restos de Percival Vale fueron transportados. El doctor Maddox se inclinó sobre el cuerpo; un minuto o dos más tarde se incorporó y se sacudió las rodillas.

—¿Qué ha encontrado, señor? —le preguntó, interesado, Armstrong.

—Se le ha apuñalado. Con un arma muy delgada, como un estilete, por ejemplo. La punta penetró en el cuerpo por debajo del hombro izquierdo y la hoja atravesó el corazón. Diría que el movimiento vino casi desde la izquierda, pero lo comprobaremos en la autopsia. La muerte, como digo, fue instantánea. Prácticamente

no hubo hemorragia.

Nigel miró al superintendente. Era fácil imaginar hacia dónde se dirigían sus pensamientos. Hero había estado sentada a la izquierda de su marido. Se acercó a la silla donde había estado sentado Vale; la lona estaba perforada en el respaldo, poco más abajo del travesaño. Cerca había un grupo de maestros que hablaban en voz baja.

—¡Cielo! —Decía Gadsby—. ¡Es asombroso..., increíble! ¡Muerto a la vista de todo el mundo! Pero ¡maldito sea!, eso es imposible...

—Lo será, pero lo hicieron —dijo Wrench—. Apostaría a que el asesino no se siente muy bien.

—¿Por qué dice eso? —le preguntó Sims.

—La policía va a registrar a todo el mundo. Y es de presumir que todavía tiene la sangrienta hoja oculta entre su ropa interior.

—Vamos, Wrench —protestó Gadsby—, no es ésta la hora ni el lugar para su asqueroso cinismo.

—Ni tampoco el momento ni el lugar para cometer un asesinato —replicó Wrench—, una perfecta barbaridad, delante de todos los padres.

No tardó mucho en llegar la policía de Staverton; el sargento Pearson, varios agentes, una enfermera de la policía y con ellos el jefe, con un aspecto incómodo y ansioso. Armstrong se dirigió directamente a este último, saludó y le habló rápidamente. Nigel se aproximó; solamente pudo escuchar las últimas palabras, pero ya era bastante:

—... una orden de registro para las habitaciones de Evans, señor.

—¿Está seguro de que es absolutamente necesario?

—Es esencial, señor; y cuanto antes, mejor.

—Muy bien, Armstrong.

El superintendente envió algunos policías a relevar al policía de civil y a los centinelas improvisados. Cuando el primero se acercó a él, le preguntó en un murmullo:

—¿Llevaba algo *Mr. Evans*?

—Sí señor, un vaso de agua.

—¡No sea estúpido! Cuando salió del campo, digo.

—Disculpe, señor. No, no parecía llevar nada.

Armstrong se dirigió ahora al sargento y a la enfermera. Primero le dijo a ésta.

—Quiero que registre a todas las mujeres presentes en esa tienda. Puede empezar por *Mrs. Vale*; ya está ella allí. Debe buscar una hoja aguda muy delgada. También, en el caso de *Mrs. Vale* únicamente, buscará en sus vestidos cuidadosamente manchas de sangre.

Y dirigiéndose al sargento:

—Pearson, su tarea es registrar a todos los muchachos y a todos los caballeros que jugaban en el partido. No encontrará nada, pero hay que hacerlo. Tome para ello el vestuario de visitantes en el pabellón, Yo me encargo del resto de los hombres.

Armstrong fue hacia el público y gritó por el megáfono las instrucciones necesarias. La multitud se dividió en dos corrientes: las mujeres hacia la carpa y los hombres hacía el pabellón. Muchos estaban demasiado asombrados para protestar, pero también muchos se resistían y hacían escenas. El jefe de policía se mordía el bigote, incómodo; veía ante sí una pila de cartas desagradables en la correspondencia de la mañana siguiente. Sin embargo, Armstrong, como un enorme perro ovejero, ladraba y maniobraba y amenazaba con morder, reuniendo a los recalcitrantes y poniéndoles en su lugar.

Se dejó a un agente haciendo guardia en el lugar preciso del crimen y Armstrong comenzó su registro.

—*Mr. Evans*, por favor...

Michael entró en el vestuario acompañado por Nigel, al que no se había invitado, y que mostraba una ligera expresión de asombro.

—Desvístase, señor.

Michael levantó una ceja, pero obedeció. «Extraño el uso que se está dando a este vestuario», pensaba. El superintendente registró minuciosamente todas las vestimentas según se las fue quitando. Cuando terminó, la expresión de su rostro distaba mucho de ser agradable.

—¿No hay manchas de sangre, después de todo? —le preguntó suavemente Nigel.

Armstrong le miró disgustado y se paseó por la habitación.

—Un momento, *Mr. Evans* —dijo cuándo Michael estaba por marcharse—. Le llevó mucho tiempo traer el agua, ¿no?

—No más de lo que me fue necesario.

—¡Hum! ¿De dónde la trajo?

—De mi cuarto.

—¿Quiere decir que no hay otro grifo más cerca?

—Sí, hay muchos. Pero no había vasos.

—¿No hubiese sido más rápido ir a buscar un vaso a la cocina?

—No creo. Tal vez fuera. Pero sabía que había uno en mi cuarto; naturalmente, allí fui a buscarlo.

—Bueno; por el momento eso será todo. Tengo que pedirle, sin embargo, que no vuelva a su cuarto hasta que le demos permiso para hacerlo.

Michael le miró interrogante; no tenía idea de por qué se tomaban tantas precauciones, lo que no dejaba de ser afortunado para su paz de espíritu. En el momento que salió, Armstrong llamó a un agente y le dijo que no dejase a Evans salir del campo hasta que no le diera otras órdenes. Comenzó entonces Armstrong la tediosa tarea de registrar al resto de los hombres. Empezó con los maestros que habían estado cerca de la víctima; sus ropas también fueron registradas en busca de manchas de sangre, y a la vez del arma homicida. Nigel permaneció durante esta operación extraordinariamente quieto. Era demasiado esperar, pensaba. Dios sabría lo

que había hecho con ella el asesino, pero desde luego que era bastante inteligente para no dejar sobre sí el menor rastro del crimen, Y Nigel tuvo razón. Después de lo que pareció un tiempo interminable, se registró a la última persona; y no se había descubierto ni un centímetro de acero ni la menor gota de sangre. La enfermera entró en el pabellón para informar a Armstrong que no había encontrado nada.

—¿Y Mrs. Vale? —preguntó éste, áspero.

La mujer hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—Muy bien —dijo Armstrong—, no la podemos dejar aquí fuera más tiempo. ¿Quiere llevarla a la escuela, Miss Gilray, y no perderla de vista?

El sargento Pearson entró para informar.

—¿Nada? —Le preguntó Armstrong—. Llévase a Jones y registre las habitaciones de Mr. Evans. El coronel Humphries les dará las órdenes de allanamiento; es posible que encuentre algún pañuelo manchado de sangre, o algo parecido; de alguna manera tiene que haber evitado mancharse las ropas de sangre.

Levantó Nigel las cejas, pero no dijo nada. Estaba ocupado con sus propios pensamientos. Michael y Hero no lo habían hecho —he aquí la premisa mayor—; por lo tanto, el arma tenía que estar todavía en el campo. No se la había encontrado encima de nadie, luego tenía que estar escondida en alguna parte. Tendrían que registrarlo todo por fin, pues no se encontraría el arma en la habitación de Michael, pero el retraso era intolerable.

Salió del pabellón. El superintendente ya había dado sus órdenes. Los alumnos habían entrado en la escuela con Griffin. Los visitantes salían del campo, en una especie de procesión fúnebre silenciosa. Se había dicho a los maestros que no salieran todavía del campo; estaban reunidos alrededor de Tiverton, sobre cuyos hombros se suponía que había caído la responsabilidad de continuar con la labor de la escuela. En alguna parte del imponente edificio yacía su antiguo dueño y señor; ya no era un erudito, ni un caballero, ni un dictador; no era más que un cadáver con un agujero en la espalda.

No tardó mucho en salir de la escuela el sargento Pearson. En los desnudos cuartos de los maestros no había muchos escondrijos posibles. Había registrado el de Evans de arriba abajo y no encontró nada. El superintendente se mordió los labios, pero no se dio por vencido. Dividió en dos sus reducidas fuerzas y envió la mitad a registrar la escuela.

—La sala de maestros primero, Pearson; cuando terminen, díganmelo y enviaré allá a estos caballeros. Y cuide también de que permanezcan en ella. Después registren todo el edificio; esa arma no se puede haber evaporado. Interrogue usted mismo a los sirvientes y averigüe si alguno vio a Mr. Evans después de que entró a buscar el agua, o si sabe algo sobre el asesinato. No es de esperar que hayan visto mucho, pues esa maldita tienda está justo entre la ventana y el sitio que ocupaba Mr. Vale. ¡Vamos, rápido!

Cuando Armstrong se volvía para dar órdenes a los hombres que quedaban bajo

su mando, Nigel le insinuó en voz baja:

—También tiene a Wrench con el megáfono.

—No lo he olvidado, *Mr. Strangeways*. ¿Quiere ayudarme a registrar el pabellón?

Los policías recibieron sus instrucciones y empezaron a deambular por el campo, en forma radial, desde el lugar donde estaba el cadáver. No parecía que se les podía escapar un alfiler. Nigel y el superintendente cruzaron la pista desierta y penetraron en el pabellón. *Strangeways* dejó todo el peso y el calor de la búsqueda a su compañero. *Armstrong* es un hombre metódico, reflexionó; puede ser que salte demasiado de prisa sobre conclusiones, pero no deja posibilidad sin investigar. Después de un cuarto de hora habían dado vuelta el pabellón de arriba abajo y no se encontró nada que pudiese tener relación con el crimen.

—Supongo que el asesino no podría haber escondido algo aquí y habérselo llevado después que usted le registrara... —le sugirió Nigel.

—No. Tenía un hombre vigilando a todos los que salían del vestuario. Y éstos tenían que moverse a toda marcha.

—Piensa usted en todo —le dijo Nigel, no sin admiración.

En este momento entró *Pearson*.

—Hemos revisado toda la sala de maestros, señor, y no hemos encontrado nada.

Armstrong frunció el entrecejo y dijo:

—Muy bien; ahora revisen la escuela. En seguida voy a ayudarles.

Pearson se alejó rápidamente y *Armstrong* se dirigió al grupo de maestros.

—Ya pueden entrar, señores. Pero siento tener que pedirles que no salgan de la sala de maestros por el momento. Ya hemos registrado allí y sólo nos queda hacerlo en el resto del edificio.

El aspecto de los maestros era bastante cariacontecido. La cara enjuta y tostada por el sol de *Tiverton* tenía un tic espasmódico; *Evans* estaba apartado, mirando hacia la escuela, como si esperase de un momento a otro una llamada de auxilio de *Hero*; *Gadsby*, *Sims* y *Wrench* formaban un grupo y conversaban nerviosamente en voz baja; *Gadsby* tenía la cara congestionada; *Sims* y *Wrench* parecían pálidos y enfermos.

—¿Registró la sala de maestros? —repitió tartamudeando *Sims*.

—Sí, señor. El arma tiene que estar escondida en alguna parte. Pero por el momento no hemos encontrado nada.

Sims se humedeció los labios y miró al superintendente como si no le comprendiera.

—No ha encontrado nada —repitió.

Armstrong creyó que *Sims* se iba a desmayar y le puso la mano bajo el codo.

—¡Cuidado, señor! Esta tragedia ha sido demasiado para usted. Entre en el edificio que yo le enviaré un *whisky*. ¿Alguno de ustedes, señores, tendría la bondad...?

—Seguramente que hay una botella debajo de la cama de *Gadsby*. Voy a buscarla

—murmuró Wrench.

Se congestionó más que nunca la cara de Gadsby.

—Wrench, *es usted un bicho*. ¿No puede hacer otra cosa *que* querer parecer gracioso? Si fuese usted un caballero, sabría que hay ocasiones en que uno trata de dominarse un poco.

Wrench enrojeció como el fuego y le miró furiosamente.

—Cuando hayan terminado de insultarse el uno al otro, podremos entrar —dijo Tiverton con un tono ni tan displicente ni tan desinteresado como trataba de conseguir.

—Si tiene algo de *whisky* por casualidad, señor, no creo que nos hará daño a ninguno —le dijo suavemente Armstrong a Gadsby—. Iría yo a buscarlo.

—Encontrará una botella en la estantería —le dijo Gadsby.

—Vacía —replicó Wrench.

Una hora después. Nigel y el superintendente están en la sala. Delante del superintendente, un vaso de *whisky* bien cargado. Nigel se ha conseguido en alguna forma una tetera y, según hablan, va y viene por la habitación, llevando con él la taza y el platillo y depositándolos en cualquier parte en precario equilibrio, cuando se detiene.

—Bueno, esto me ha vencido —gruñó Armstrong dándose una palmada en la frente—. El campo, la tienda de campaña, el pabellón, el camino que lleva a la escuela y la escuela misma; hemos buscado y buscado por todas partes y no encontramos ni el olor de esa daga maldita, ni siquiera algo que se parezca a una daga.

—«No te tengo, y sin embargo, te veo todavía —recitó Nigel—; solamente que no te vemos».

—Y eso ¿qué es?

—Poesía. Del Bardo.

Armstrong golpeó una y otra vez la mesa con el puño cerrado.

—¿Me estoy volviendo loco, o no me estoy volviendo loco? Apuñalan a un hombre. Registramos todo y a todos; a cincuenta metros de él no se puede haber escapado nadie, pero, ¡*presto!*, desaparece el arma.

Nigel fue hasta otro rincón de la habitación y dejó la taza en el borde de un banquillo.

—Tendríamos que haber averiguado si no había ningún tragasables. En estos momentos puede estar vomitándola por ahí.

—¡Bah!

—Bueno, pues sugiera algo mejor.

—Pero si es tan claro como el agua; o debiera serlo. *Mrs. Vale* lleva el estilete escondido entre la ropa, espera el momento en que los ojos de todo el mundo estén fijos en el juego, y le apuñala en la espalda. Muy fácil desde donde ella estaba; el arma entró casi de la izquierda; todo va bien por ahora. Luego lo empuja y pretende

desmayarse. Ésta es la señal para Evans. Se precipita sobre ella, la abraza un instante y ella le pasa el arma. La pone él dentro de su chaqueta, va a buscar agua, y esconde el puñal en algún lugar de la escuela. ¡Maldito sea! ¡Tiene que ser así! Debe de haber un escondite que se nos ha pasado.

—La sangre, querido, la sangre. Tendría que haber algo en la ropa.

Armstrong guiñó pesadamente un ojo.

—Está bien, señor. Se me olvidó decírselo por todo lo que tenía que hacer. Después de que usted se fue con los maestros hace un momento, volví a echar una mirada cerca de la tienda. Había en la hierba dos manchas de sangre, cerca de donde se desmayó *Mrs. Vale*. Uno de los dos debe haber limpiado la hoja.

—Desde luego que eso es un tanto para usted. Pero dígame: ¿para qué se tenía que desmayar *Mrs. Vale*? Lo más natural es que quisiera que todos mirasen a Vale mientras le pasaba el ama a Evans. Desmayándose atraería cierta atención sobre sí.

—Cierto, señor. Pero tenían que tener un pretexto para que Evans se le acercara.

—¿Y el motivo? Según su teoría, Evans asesinó a Wemyss para impedir que sus relaciones con *Mrs. Vale* llegaran a oídos de su esposo. No era muy fuerte que se diga. Y ahora *Mrs. Vale* asesina a su esposo, aunque sabe que tanto ella como Evans están bajo sospecha por el primer crimen. ¿Para qué? ¿Para conseguir una separación? No tenía más que pedirle el divorcio a Vale, ¿verdad? Es concebible un asesinato si no hay otra salida, pero ella ni siquiera le había pedido el divorcio a su marido todavía.

—¿Puede usted probarlo?

Nigel quedó algo desconcertado.

—¿Probarlo? No. Pero uno de los dos me lo hubiera dicho si hubiesen decidido dar ese paso.

—Lo siento, señor, pero no puedo tomar eso como prueba. Verá; pasaba por casualidad por delante del salón el domingo por la noche, antes de la cena, y le oí a Evans preguntarle a *Mrs. Vale* si no estaría definitivamente libre de su marido hasta que éste muriera. Me temo que eso sería mucho más convincente en el tribunal que nada de lo que pudiesen haberle dicho a usted.

—Tiene gracia esa «casualidad».

Armstrong se movió en la silla y dijo secamente:

—Esto no es un juego de críquet; es la investigación de un asesinato. Alguien tiene que faltar a las reglas.

—¿Así que esta vez va a detenerlos?

—Buscaremos otra vez el arma mañana por la mañana. Si la encontramos, les arrestaré. Si no, tendré que pedirle al jefe que llame a Scotland Yard.

—Sí, no hay duda que tiene usted bien preparado su caso. Pero piense un poco. Una mujer podría usar un arma así. Pero ¿cree usted que alguien que no esté loco iría a cometer un crimen delante de doscientas personas, cuando tiene dos mil oportunidades de hacerlo tranquilamente y posee suficiente cerebro para pensar en

otros métodos más seguros, desde que tuvo la inteligencia necesaria para concebir, según usted cree, el primer asesinato?

—¡Hum! Hizo falta talento para ocultar el arma de esa manera. Parece que hay una notable similitud entre los dos crímenes. En ambos casos los criminales se hicieron sospechosos deliberadamente, primero, admitiendo que estuvieron en el castillo de heno, y luego, permaneciendo en evidente proximidad de la víctima cuando la asesinaron, y en ambos casos arreglaron las cosas de manera que no hubiese pruebas. Le digo que es un *bluff* doble. Y muy inteligente, además. ¿No querrá usted sugerir que no hay relación entre los dos asesinatos?

—Desde luego que no. Lo que sugiero es que hay más relación de la que ven sus ojos de águila. ¿No se le ha ocurrido que hay por lo menos la misma probabilidad de que *otro* haya cometido los dos asesinatos para incriminar a Evans y a Mrs. Vale que de que lo hayan hecho ellos para incriminarse a sí mismos?

Armstrong dio un respingo y se manoseó inquieto el botón más alto de su guerrera.

—Y, en segundo lugar —siguió Nigel—, ¿no le sugiere nada lo eminentemente público de ambos crímenes?

Armstrong pareció intrigado.

—No entiendo lo que quiere decir. Este último asesinato sí que ha sido público. Pero ¿el de Wemyss? Sí, el castillo de heno estaba muy a la vista, lo concedo. Pero no veo cómo puede llamar «público» al crimen en sí.

—No... No. Claro que no —dijo Nigel mirando inquisidoramente a Armstrong.

—Diga, señor, ¿de qué se trata? Usted sospecha algo. ¿Cuál es esa teoría que tiene? Me dijo que me la diría esta tarde, pasara lo que pasase.

—Sí, ya sé. Pero desde entonces han ocurrido muchas cosas. Este asunto de Vale ha venido a complicar bastante las cosas. ¡Maldito sea! —continuó hablando como consigo mismo—. Yo podría haberlo detenido. Sabía todo lo que tenía que saber. Me debía haber figurado... pero bueno, agua pasada... Necesito un día más. No se pueden escapar, ¿verdad? De paso, déjeme saber cuándo los va a detener, y ya verá lo que hace éste su seguro servidor.

Nigel se levantó pausadamente. Cuando abrió la puerta se dio vuelta y dijo por encima del hombro:

—E incidentalmente, Armstrong, le apostaría veinte contra uno que encontrará mañana el arma en la habitación de Evans.

—¿A-q-que? —Gorgoteó el superintendente. Pero la única respuesta fue el rechinar de la puerta.

«Pero —se decía Nigel al otro lado— me gustaría saber dónde está ahora».

Capítulo XII

SORPRESAS POR TODAS PARTES

El día siguiente fue tal vez el día más ocupado y más rico en acontecimientos de toda la vida de Nigel Strangeways. Antes que transcurrieran doce horas, toda la estructura de engaños y trampas que había erigido el asesino cayó como un castillo de naipes. Fue un día terrible para Michael y Hero. Michael, al despertarse temprano de un sueño inquieto, sintió en el corazón una vaga opresión de pesadilla; recordó que había pasado exactamente una semana desde que se había despertado a la luz del sol para besar a Hero en el castillo de heno; una semana desde que alguien había atado un pedazo de cordel en el cuello de un niño. Pero no era eso lo que le oprimía. Luego recordó; se había despertado sobresaltado en mitad de la noche para darse cuenta del significado de las actividades del superintendente aquella tarde. Sospechaban que Hero había asesinado a su esposo y que él había ocultado el arma. Evidente, cuando uno se detenía a pensar. Ante sus ojos apareció el rostro de Hero, bello y patético; luego descendieron las brumas del miedo, cegándolo todo, salvo el traicionero y peligroso sendero que tenía bajo sus pies; un sendero que tenía muchas probabilidades de terminar en una brusca caída. Nigel decía que él sabía... Ésta era la única esperanza. Hero yacía en la cama, pálida y desvelada. Dondequiera que mirase, no veía más que un cuerpo con un agujerito diminuto en la espalda y un pequeño reguero de sangre en una chaqueta gris. No cruzó por su mente la idea de que ya por fin estaba libre para casarse con Michael, ni tampoco la de que por lo menos una persona la creía culpable del asesinato de su marido. La oscuridad del horror físico la envolvía demasiado íntimamente. Para el superintendente Armstrong y la mayor parte del personal a sus órdenes fue un día emocionante. Y además, fue notable este día porque tuvo lugar en él tal vez el único triunfo de la vida de Hugo Sims.

Se levantó Michael de la cama y estudió curiosamente su cara en el espejo. Parecía exactamente la misma de hacía una semana. Sin palidez, ni ojeras, ni ninguno de los rastros convencionales de la angustia. Se sintió vagamente resentido; por lo menos debía tener algo que la mostrara. Se vistió y abrió la puerta para ir al piso bajo. Cuando la cerraba detrás de sí, otro recuerdo salió de su subconsciente. En algún momento de la noche pasada, en el golfo sombrío entre el despertar y el dormir, había oído ese mismo sonido, aparentemente desde muy lejos. Naturalmente que no podía

haber sido desde muy lejos, pues si no, no lo hubiese oído. Tal vez no fuera más que un sueño. Dejó de pensar en ello.

Michael buscó un lápiz y un papel para escribir una nota a Hero.

«Amada Hero, te quiero. Recuérdalo. Te querré siempre, ocurra lo que ocurriere. Cuando me necesites, iré a ti. Ten valor. Michael».

La dobló, golpeó en la puerta de Hero y la deslizó por debajo. Después bajó a desayunar. Allí estaban todos, inclusive Nigel. Vio cómo se movían los labios de éste. «No pasará nada. No temas», parecían decir. Los maestros le trataban con una extraña mezcla de temor, pena y embarazo, como si se estuviera muriendo de peste. Claro, le habían visto a él y a Hero, Todos debían saberlo ya, y todos debían pensar lo mismo que el superintendente. Solamente Griffin permaneció constante en su amistad. Michael no vio en su actitud más que cariño y fidelidad. Después de presentar sus respetos al moribundo, por decir así, los maestros volvieron al tema que estaban discutiendo cuando entró.

—No, no —decía Tiverton—; aun suponiendo que alguno de nosotros tuviera bastante dinero para comprar la escuela, ya no conseguiremos los alumnos. ¿Creen ustedes que los padres van a enviar a sus hijos a un lugar donde han ocurrido dos crímenes?

—Así que adiós a nuestro pan con manteca, ¿eh, Tiverton? —Dijo Gadsby—. Me parece que es demasiado pesimista. Claro que no sabemos —aquí bajó la voz discretamente con una mirada hacia Michael, un ejemplo de tacto inoportuno— qué planes tendrá *Mrs. Vale*, pero me supongo que se alegrará de librarse de la escuela. Yo le aconsejaría, Tiverton, que sondeara entre los padres para ver quiénes nos mandarían sus hijos si nos fuéramos a otra parte. No se pierde nada con probar, ¿no?

Sims se inclinó hacia Tiverton con expresión preocupada.

—Estoy de acuerdo con Gadsby, Es decir, que para algunos de nosotros las cosas no van muy bien. Ahora hay muy poco trabajo, especialmente para los más viejos. Estoy seguro que los padres comprenderían. Después de todo, no es culpa nuestra que pasara todo esto.

—No es culpa nuestra, pero sí de uno de nosotros —dijo Wrench—. ¿O es que atribuyen ustedes estos crímenes a alguien de afuera?

Hubo un silencio helado de escándalo. Esa clase de silencio que se produce en una sala de maestros cuando alguien tiene el mal gusto de introducir en la conversación a Rusia o a la religión, pensó Michael. Miró a Nigel. Su amigo estaba sentado muy quieto, mirando nariz abajo despreocupadamente y escuchando con mucha más atención de lo que se pudiera haber pensado. Parecía un maestro auxiliar escuchando respetuosamente a sus superiores. Griffin rompió el silencio.

—Estoy de acuerdo con la idea. Dejemos que las cosas se calmen un poco, y empecemos de nuevo en otra parte. Me parece que me gustaría usted de jefe, Tiverton.

—Sí —exclamó Wrench entusiasmado—; de esa manera podríamos tener algo

que se pareciera a una escuela. Terminaríamos con esas menudas restricciones ridículas y podríamos enseñar a los chicos a pensar en inglés y no en latín.

Wrench no tenía mucho éxito esa mañana. Su última frase implicaba una crítica, no sólo al desaparecido director, sino a toda la escuela. Y lo primero que tiene que aprender un maestro es a no aventurar ninguna crítica sobre su escuela hasta que no ha estado en ella por lo menos dos años. Por mucho que los maestros estén disgustados unos de otros o con el sistema bajo el que trabajan, el hecho de trabajar juntos los une en oposición a la crítica de los recién venidos. Esta vez fue Sims el que rompió el hostil silencio.

—Muy bien. Podríamos hacer mucho, ¿no? — dijo con los ojos brillantes.

Todos quedaron sorprendidos. Luego Tiverton dijo, con el tono animoso y ligeramente protector que todos parecían emplear para hablar con Sims cuando no le estaban desairando o humillando:

—¿Y qué nos sugiere usted?

Sonrojado y tartamudeante, el hombrecillo pasó a dar una conferencia sobre cómo dirigiría él una escuela. «Realmente estaba muy bien», pensó Michael. Era evidente que Sims había meditado mucho sobre el tema; lástima que fuera un fracaso en la práctica. Sims se dio cuenta súbitamente de la atención que todos le prestaban y su voz se fue apagando, más sonrojado que nunca. Wrench parecía enojado por este robo de su iniciativa. Gadsby dio a Sims unas palmaditas en la espalda.

—Muy bien, amigo —dijo efusivamente. Luego, buscando la mirada de todos y luciendo a Sims como si fuera un niño prodigio: —Este Simmie tiene mucho dentro de la cabeza. Debiera de ser director. Siempre digo que no se puede saber cómo es un tipo hasta que...

—La última vez que nos obsequió con esa expresión se refería a la capacidad para el crimen — interrumpió agriamente Wrench.

Todo el mundo empezó simultáneamente a hablar de otra cosa. Cuando se terminó el desayuno, Nigel llevó aparte a Griffin y a Evans y les dijo:

—Hay un par de cosas respecto al día de ayer que quiero aclarar. Usted, Griffin, me podrá decir cómo se arregló la cuestión de los árbitros; quiero decir, ¿es lo corriente que se cambien los árbitros en medio del partido?

Griffin le miró sostenidamente.

—Ya entiendo... Sí. Generalmente hacemos como ayer, los tomamos por períodos.

—¿Cuándo pidió Tiverton que se le reemplazase?

—No lo hizo. Lo sugerí yo durante el té. Tiene una pierna algo estropeada, la guerra, ¿sabe usted?, y no puede estar mucho tiempo de pie.

—¿Fue idea tuya el ir a buscar agua cuando se desmayó *Mrs. Vale*, Michael?

—Sí, claro, ¿qué otra cosa iba a hacer? Habían sacado todo de la tienda del té.

—¿Nadie lo sugirió?

—Bueno, creo que oí decir: «traigan agua», Pero de todas maneras hubiese ido.

—¿Quién fue?

—No tengo idea. No estaba como para advertirlo.

Nigel los dejó y penetró en el cuarto de maestros. Allí estaban Tiverton, Wrench y Sims.

—Quiero tener bien claro dónde estaba cada uno inmediatamente después del crimen —dijo Nigel.

Todos lo explicaron.

—¿Y fue mientras estaban inclinados sobre *Mr. Vale* cuando notaron que se había desmayado la señora y dijeron a Evans que fuera a buscar agua?

Nigel miraba imparcialmente a los tres; era difícil saber a quién hacía la pregunta.

—Yo no lo dije —explicó inmediatamente Tiverton.

—Me pareció que lo dijo usted, Sims —dijo Wrench.

—No creo. Claro, es posible que lo hiciera. Hubiese sido natural. Tal vez lo dije. Todo ocurrió tan rápidamente... Sin embargo, no lo recuerdo.

Sims sacudió la cabeza intrigado.

Nigel hizo algunas preguntas más y los dejó. Entró luego en el aula común, separó a Stevens II de un grupo de muchachos que discutía ruidosamente la muerte de su director, y le sacó al campo.

—Stevens —le dijo—, ¿hay escondites en la escuela, difíciles de encontrar?

—¡Eh, señor! ¿Se quiere esconder en alguna parte?

—No; quiero decir un lugar donde se pueda esconder una cosa, una cosa muy pequeña.

Stevens meditó.

—Pues sí, señor, creo que hay algunos. Pero todos muy fáciles de encontrar. Muchas veces hemos jugado a esconder cosas, pero siempre las hemos encontrado en seguida. Es una casa muy vacía ésta. Me hubiese gustado que hubiera pasajes secretos y cosas así.

—¡Hum! Ya me lo temía. ¡Ah!, de paso, ¿no tienen aquí prácticas de alarma de incendio?

—¡Claro que sí! Y muy divertidas que son. Hay una campanota enorme justo delante del dormitorio número uno. Cuando suena, todos tienen que salir del edificio y reunirse en el patio, es decir, si es de día. Por la noche, en cambio, formamos en los dormitorios, y los maestros vienen a buscarnos y nos dejamos resbalar por esos toboganes. Una vez se la hicimos tocar a uno como prueba para ingresar en la Mancha Negra, pero se armó un jaleo terrible; le dieron una buena paliza y Percy nos dijo que el que lo volviera a hacer sería expulsado, porque si se seguía haciendo, cualquier día podía haber, en verdad, un incendio y nadie haría caso, pensando que sería una broma más, y todos se dejarían asar como chicharrones —recitó Stevens, falto de respiración.

—¡Es una lástima —dijo Nigel lentamente—, pues yo quería que la tocaran hoy! Bueno. ¡Qué le vamos a hacer!

Relucieron los ojos de Stevens.

—Yo la tocaré, señor.

—¿Hablas en serio? ¡Eres un tipo formidable! Quiero que sea cinco minutos antes del almuerzo. Y además, que te dejes pescar.

Stevens se quedó perplejo.

—¿Que *me deje pescar*? ¿Cómo es eso, señor?

—*Mr. Griffin* será el que te encuentre. Eso es parte del plan. Pero no te preocupes por eso; ya tendré yo cuidado de arreglar las cosas. Ahora que debes jurar no decírselo a nadie hasta que te haya pescado *Mr. Griffin*.

Stevens se comprometió por el más espantoso de los juramentos de la Mancha Negra y fue enviado a buscar a Smithers. No esperaba Nigel que el muchacho le dijera algo importante, pero quería atar todos los cabos sueltos antes de disponer su ataque final. Estaba ahora más seguro que nunca de que su teoría era la única posible, pero no tenía pruebas más concretas que cuando la formuló por vez primera. Había una probabilidad, una probabilidad de uno en cien de que... Pero, el arma... Para su teoría no importaba nada que se la encontrase o se la dejara de encontrar, pero le tenía molesto su rotundo y total fracaso al no poder imaginar cómo se había librado de ella el asesino. Smithers lo despertó de sus meditaciones.

Michael y Griffin, que se dirigían hacia la escuela desde el otro extremo del campo, presenciaron esta reunión de Smithers con Nigel. Vieron cómo los dos caminaban hacia ellos, despacio, por el sendero; el muchacho mirando directamente a la cara del hombre y sujetándole con un afecto tímido por la manga. Vieron cómo Nigel caminaba más lentamente aún y cómo se detenía súbitamente, como si hubiera aparecido ante él una serpiente cobra; echó la cabeza hacia adelante; Michael estaba lo bastante cerca para ver cómo se iluminaba su rostro. No parecía ser de asombro ni de satisfacción; más bien una mezcla de ambos, Michael se apresuró hacia ellos. Estaba seguro que había ocurrido algo muy importante; y también, acababa de recordar otra vez el ruido oído durante la noche y pensó que valdría la pena contárselo a Nigel. Cuando se aproximaba a ellos, oyó como Nigel decía:

—... decírselo al superintendente. No tengas miedo. Yo se lo explicaré.

Smithers se alejó.

—Parecería que se te ha aparecido el arcángel Gabriel en persona —dijo Michael.

—Un ángel disfrazado, diríamos. Acabo de enterarme cómo fue muerto Wemyss. Lo que le va a poner azul a Armstrong. Lo malo es que nunca se va a creer que yo lo había adivinado hace ya tiempo.

—¡Dios mío! No quieres decir que Smithers... —le interrumpió Michael.

—¡Oh, no! No ha sido él el perpetrador del bestial delito. Ha hecho falta mucho más talento del que dispone el pobre muchacho. Bueno, me voy a decirle al superintendente que aquí es donde se baja del tren.

—Un minuto. Probablemente no tiene importancia, pero quiero decirte algo que ocurrió anoche...

Ahora le tocó interrumpir a Nigel:

—Sí, que oíste abrirse la puerta de tu cuarto.

—¿Así que fuiste tú?

—No, a no ser que sea sonámbulo sin saberlo.

—Entonces, ¿cómo demonios...?

—Elemental, querido Watson. Te lo explicaré después. Y de paso, es posible que Armstrong les detenga esta mañana a Hero y a ti, Pero no dejes que eso te quite el apetito. Antes de la noche estarán fuera.

Nigel se dirigió hacia la escuela dejando a Michael con la boca abierta de una manera no muy estética.

—Tu amigo parece de buen humor —le dijo Griffin, que se había acercado.

—Sí, me acaba de decir que probablemente me detendrán antes del almuerzo.

Ahora fue Griffin el que abrió la boca. Al cabo de un momento dijo pensativo:

—Supongo que no querrás que le rompa las narices a ese policía, ¿verdad?

—Por ahora no. Gracias de todas maneras...

Nigel entró en la parte privada del edificio y descubrió a Armstrong en el salón, mirando complacidamente un objeto que estaba sobre la mesa. Nigel se aproximó para examinarlo. Era una barrita delgada de acero a la que se había hecho punta en uno de los extremos con una lima.

—¿Es ésta la daga? —preguntó.

—Ésta es, *Mr. Strangeways*. —El superintendente sonrió—. La encontramos en la habitación de *Mr. Evans*, encima de la varilla de colgar cuadros. Pearson jura que anoche no estaba allí: pero yo creo que no miró bien. Buen regaño que le he dado. No fue mal barrunto el suyo, señor.

—Era evidente. El asesino ha estado tratando de incriminar a Evans todo el tiempo. Por la noche sacó eso de donde lo había escondido y lo puso allí.

En la cara del superintendente apareció una expresión de escepticismo casi teatral.

—Evans creyó oír que abrían la puerta de su cuarto esta noche —continuó diciendo Nigel.

—¡Eso dice él!

—Está usted travieso esta mañana, superintendente. Ya sé, de ahora en adelante, la cara que pone el pájaro madrugador cuando se encuentra al primer gusano.

—Bueno, señor. No debo perder más tiempo. Lo siento; muy desagradable para usted. Aquí tengo la orden de arresto —se golpeó el bolsillo—; los voy a detener ahora y a terminar con el asunto.

—¡Eso dice usted!

El superintendente, que se había empezado a levantar de la silla, se volvió a dejar caer con gran deliberación.

—Bueno, ¿de qué se trata, *Mr. Strangeways*? Aquí me tiene, a punto de detener a un amigo suyo y a usted parece que se le va a partir la cara con esa sonrisa. Si usted

sabe algo de verdad, ¿no será mejor que me lo diga?

—Le voy a presentar un muchacho llamado Smithers y quiero que me prometa no atolondrarlo. Ha estado reteniendo informaciones valiosas, pero completamente sin querer. Si empieza a regañarle, probablemente no dirá nada. Es un muchacho muy sensible, aunque no lo parezca.

Armstrong trató de parecer herido.

—Vamos, señor, bien sabe usted que yo no presiono a los testigos.

Nigel elevó calladamente los ojos al cielo. Luego salió para volver con Smithers. El niño se sentó rígidamente en una silla de alto respaldo, mirando aprensivamente al superintendente.

—Está bien —le dijo Nigel—, no te va a comer; es un buen hombre en el fondo. —Armstrong se pasó el dedo alrededor del cuello de la guerrera—. Y ahora —siguió Nigel— al superintendente le gustaría saber lo que me acabas de decir. Empieza cuando subiste al piso alto.

—Pues poco antes de que empezaran los deportes subí a ver a *Mr. Wrench*. Acababa de terminar un ejercicio, ¿sabe, señor? No estaba en su cuarto, así que le esperé un ratito.

—¿Y luego? —le animó Nigel a seguir.

—Miré por la ventana. Desde ella se puede ver el campo de heno. Vi a Wemyss en el castillo —dijo interrumpiéndose.

—Bueno, ¿y qué? Ya sabemos que estaba entonces en el castillo. Acababa de ser asesinado —dijo impacientemente Armstrong.

—¡Ah!, n-n-no —tartamudeó el muchacho—. Quiero decir que estaba vivo, claro. Vea usted, me saludó.

—¿Qué hizo? —berreó el superintendente, y saltó de la silla.

Smithers se mordió los labios. Parecía que iba a llorar.

—Está bien, hombre —le dijo Nigel—. Armstrong está un poco sorprendido, eso es todo.

—¿Has dicho que te saludó? —preguntó el superintendente con un esfuerzo hercúleo por dominar sus emociones.

—Sí, señor. Supongo que me oyó abrir la ventana. Estaba sentado contra mío de los muros del castillo y me saludó con la mano.

—Poco después de las clases de la mañana, Wemyss le insinuó a Smithers que se le iba a probar para ingresar en la Mancha Negra; una espantosa violación de confianza, dicho sea de paso, pero tal vez quisiera presumir ante Smithers. Éste le dijo que no creía que la Mancha Negra fuese a elegir a un gusano como Wemyss, o algo así. De manera que Wemyss le dijo que era un espantoso *secreto* y que a él (Smithers) le asesinarían si decía algo. Por eso se calló Smithers cuando usted preguntó si algún alumno sabía qué estaba haciendo Wemyss después de las clases —amplió Nigel.

—¿Y cuándo saliste de la habitación de *Mr. Wrench*? —preguntó el

superintendente con una voz ominosamente tranquila.

—Inmediatamente después, señor. Llegué al campo justo a tiempo para el principio de la primera carrera.

Viendo que Armstrong estaba a punto de estallar, Nigel despidió al muchacho. Armstrong golpeó lentamente la mesa con el puño cerrado.

—Esto quiere decir que Wemyss no fue asesinado hasta después de las dos y media —dijo incrédulamente.

—Su deducción es inexpugnable.

—¡Cielos! Ahora tenemos que empezar de nuevo. Dígame, ¿era ésta su colosal idea? —preguntó Armstrong con mirada sospechosa.

—Sí, créamelo o no, yo había decidido hace tiempo que Wemyss no había sido asesinado cuando usted creía. Pero no tuve pruebas hasta esta mañana.

—Bien. ¿Y no sería mejor que me contara exactamente cómo fue muerto y por quién?

Nigel agachó la cabeza.

—Me parece que no. Necesito otra cosa para probar definitivamente mi caso. Si no la consigo, tendré tantas pruebas materiales como tiene usted contra Evans y *Mrs. Vale*... Muchas menos, en realidad. Pero, sin embargo, podemos ofrecerle un hermoso surtido de sospechosos. Ahí está Wrench que dice que sale corriendo cuando oye la pistola; podría haber pasado por el castillo en el camino. Todos los maestros estaban en el campo durante las pruebas y todos tienen hermosas coartadas para después. Y luego, todos, excepto Griffin, estaban bastante cerca de Vale durante el partido de críquet para asesinarle. Va a tener usted una hermosa mañana de trabajo.

Gruñó el superintendente y dijo:

—A pesar de todo, señor, *Mrs. Vale* y *Mr. Evans* son mis favoritos para el segundo crimen. Y si cometieron el segundo, es de presumir que, por lo menos, uno de ellos cometería el primero.

—Así que todavía piensa detenerlos.

—Eso ya es harina de otro costal.

Nigel le guiñó amistosamente un ojo a Armstrong.

—¿Sabe una cosa? Me gustaría que lo hiciera. En realidad, le prometí a Evans esta mañana que lo haría.

Armstrong quedó boquiabierto.

—Compréndame —siguió Nigel—, el asesino quiere que los ahorquen. Todos están esperando que usted los detenga. Si no lo hace usted, el asesino sabrá que ha encontrado nuevas pruebas y me temo que se impacienta y trate de ahorcarles él mismo.

Armstrong titubeó.

—Eso es sólo una teoría suya, señor.

—¡Por favor! Deteniéndolos no va usted a hacer ningún daño. Y no queremos más asesinatos en un par de días —Nigel hablaba con ligereza, pero en su mirada

había mucha fuerza—. ¿No ve usted? —añadió—. También hará que baje la guardia el asesino. Sabiendo que están en la cárcel, puede ser que se descuide y traicione cuando usted le interrogue con las nuevas directivas.

Armstrong extrajo su inmensa masa de la butaca.

—Está bien, señor, como bien dice, daño no haré.

—Y de este estilete, ¿qué deduce usted? —preguntó Nigel.

—Es algo raro, señor. Es una herramienta ordinaria de carpintero a la que se ha sacado punta, como puede ver. La han limpiado, naturalmente; no hay ni huellas digitales ni manchas de sangre. Pearson está averiguando qué maestros emplean aquí herramientas de carpintería en el taller, y si falta alguna. ¿Hay algo que le llama la atención en ella? —dijo Armstrong, mientras dirigía a Nigel una mirada astuta.

—Pues no sé. Sí, claro, ¿por qué le han quitado el mango?

—Eso es. Y le puedo decir por qué ha sido. Lo han hecho para poder esconder el arma. He probado con una herramienta del mismo tamaño y con mango y se la ve por encima de la varilla de colgar cuadros. Y ¡caramba, señor! ¿Qué le parece esto? Si, como usted sugiere, el criminal la puso allí para incriminar a *Mr. Evans*, hubiera dejado el mango para que la viésemos sin falta. Por lo tanto, insisto en que fue Evans el que la ocultó.

—Piense otra vez. No fue más que una casualidad el que Evans no entrara en su habitación antes que usted esta mañana. Si el asesino tenía el menor sentido, no dejaría el mango puesto para que Evans lo viese y ocultase a su vez el arma antes que usted fuera. Estaba bien seguro de que usted buscaría otra vez, así que la dispuso de manera que se la pudiera encontrar en un registro minucioso, pero no por una mirada casual.

—¡Hum! No tiene usted mala cabeza, *Mr. Strangeways*. Bueno, con mango o sin mango, *tengo* que seguir trabajando. Le veré después.

Cuando Armstrong salió de la habitación dejó a Nigel murmurando:

—El mango, el mango; ¿por qué? Seguro que hay algo en eso.

Salió para buscar a Griffin. Le contó lo de la falsa alarma de incendio programada para la una menos cinco.

—Bueno, en primer lugar quiero que todos salgan de la escuela, alumnos y maestros. Si es necesario, encárguese de crear pánico en la sala de maestros. Y luego, cuando todos han estado afuera unos cinco minutos, tiene que pillar a Stevens II, que tratará de escapar sin ser visto, y hacer gran escándalo por la broma. Hágale confesar públicamente, delante de todos los maestros.

—Yo me encargo de ello.

—¡Magnífico! Espero que esos cinco minutos me den la llave de todo el asunto.

Sin embargo, sentado otra vez con el superintendente a la una menos diez, Nigel se sentía tan nervioso como un autor novel la noche del estreno de su obra. Una cosa es hacer deducciones psicológicas y otra seguirlas con los ojos cerrados a través del

campo de minas de la realidad. Se agitó inquieto mirando el reloj, y se dio cuenta que Armstrong le estaba hablando.

—... Como un gato caminando sobre ladrillos calientes, como se dice. No creo que me haya escuchado, *Mr. Strangeways*. ¿Es que el asesino tarda en llegar a la cita, o qué?

—¿Escuchado? Sí, sí, he estado escuchando. «La campana me invita. No la oigas, Duncan; pues es la llamada que te cita al cielo o al infierno». O, en este caso, podríamos decir: «A mí al cielo y a ti al infierno». ¿Decía usted...?

—Hemos adelantado un poco. Todos estaban presentes en los deportes. Nadie puede jurar, naturalmente, dónde estaba cada uno en cada momento. Se podría decir una coartada perfecta, o ausencia absoluta de coartadas. Pero ¿qué significa? ¿Quién se atrevería a cometer un asesinato con tanta gente delante?

—No se le podía ver en el castillo de heno.

—Pero tenía que entrar, ¿no? ¿Y a la vuelta? No, la única esperanza es la hora del té. He vuelto a hablar con ese Mould. Mal testigo, pero admite que puede no haber tenido a Griffin a la vista durante todo el tiempo que estuvieron poniendo en orden el campo. Ya sé que se estableció las cuatro como límite máximo de tiempo, pero acabo de hablar con el doctor Maddox por teléfono y dice que la rigidez puede retrasarse algo en casos de muerte súbita. Suponiendo que Wemyss...

La discusión de Armstrong fue interrumpida por un terrible estrépito en el piso alto. Stevens II se estaba portando como, un hombre. El badajo de la enorme campana de alarma golpeaba y martillaba como si se incendiase todo Londres, llenando los oídos con aquel espantoso ruido. Armstrong pareció sorprendido por un momento y luego hizo un guiño astuto a Nigel.

—Mencionó usted una campana, ¿no?

—Sí. Ésta es la hora cero. Salga a estimular el pánico, ¿quiere? Deseo quedarme sólo en la escuela durante unos minutos.

Nigel fue a la puerta que separaba la parte privada del resto de la escuela para mirar por la rendija. El puchero parecía hervir admirablemente. Por las dos salidas principales del edificio salían los muchachos en corriente ininterrumpida. Del lado de las cocinas y del comedor, a su izquierda, le llegó un murmullo de aprensión y gritos de mujeres reprimidos a medias. De la sala de maestros empezaron a salir los profesores; Gadsby, tratando de no correr; Sims, casi volando, a su lado; Tiverton, caminando calmadamente hacía una de las puertas y regañando en tono agrio a cuatro chicos que trataban de salir a un tiempo. Por último salieron Griffin y Wrench. Griffin tenía firmemente agarrado el codo de su compañero, Nigel oyó cómo decía Wrench:

—¡... es fantástico! ¿A quién se le habrá ocurrido tener una práctica de incendios hoy? Algún imbécil ha prendido fuego a la comida. Vamos, Debemos salir afuera.

Nigel esperó hasta que se apagaron todos los ruidos de la escuela y pudo oír a Tiverton, en el campo, pasando lista. Luego se precipitó a la sala de maestros, se dirigió a uno de los armarios, lo registró, sacó algo, lo estudió medio minuto y corrió

a través del privado hasta salir al campo. Había sido más fácil de lo que esperara: pero no, todo estaba de acuerdo con su teoría.

—¿Qué era ese escándalo? —Preguntó al grupo de maestros—. Sonaba como si fuera el fin del mundo.

—Algún idiota que ha tocado la campana de incendios. Griffin ha ido a averiguar. Stevens II no estaba cuando pasé lista; así que supongo que él es el culpable —dijo Tiverton.

—Buen día ha elegido para sus bromas —gruñó Wrench—. ¡Ah! Ahí viene.

Se dirigió Griffin al campo llevando a Stevens por la oreja. Tiverton se adelantó hacía ellos.

—¿Fuiste tú el que tocó la campana?

Su voz restalló como un látigo.

Stevens II se agitó y miró dudoso hacia Nigel, quien no le devolvió la mirada.

—¿No lo niegas? No tienes por qué parecer tan satisfecho de ti mismo.

En realidad, Stevens no lo parecía, pero Tiverton estaba «echando humo», como decían los muchachos, pálido de cólera.

—Ha sido una niñería estúpida. Entra en la escuela, que ya me encargaré de ti después del almuerzo.

Los alumnos volvieron a entrar otra vez en el edificio. Nigel y Armstrong se quedaron atrás por un momento.

—¿Y está contento ya, señor?

—¡Hum! No está mal.

El aspecto de Nigel, en realidad, era un tanto abstraído y melancólico. Manoseó algo que descansaba en uno de sus enormes bolsillos.

—Y ¿qué va usted a hacer esta tarde, Armstrong? —preguntó.

—Seguir trabajando, señor, hasta que el oráculo se digne hablar; dando estacazos de un lado a otro; así es como se resuelven los crímenes.

—Sí, estacazos. Realmente no sé de dónde habremos sacado esa frase. Hay estacas de todas clases, hasta en las tiendas de campaña... —Sus ojos relampaguearon—. ¡Cielos, cielos piadosos! ¡Pero qué estúpidos somos! ¡Las estacas de la tienda de campaña! ¡Vamos, rápido!

Y arrastró al superintendente hacía el lugar donde murió y cayó el cuerpo de Vale.

Capítulo XIII

«DADME LUZ PARA MIS OJOS»

Aquella mañana, temprano, se habían llevado la tienda del té. Pero aparentemente Nigel no estaba interesado en la tienda misma. Se arrodilló, cerca del lugar donde había caído el cadáver, mientras el superintendente lo observaba tolerantemente, como un oso las cabriolas de su cachorro, introdujo un palo largo en un agujero del suelo; avanzó luego medio metro y volvió a meter el palo en otro agujero: se incorporó después y llamó al superintendente.

—Mire ese agujero y éste.

Armstrong se inclinó y miró dentro de la segunda cavidad. Agitó la cabeza intrigado. Luego fue a la primera, miró, se puso rígido y se incorporó de un salto.

—¡Dios mío, *Mr. Strangeways*, ahí está! ¡Este agujero es mucho más profundo! Es..., bueno, que me...

Y el superintendente inició una larga retahíla de reflexiones sobre sus antepasados.

—Vamos, vamos, no es para tanto —le dijo Nigel para tranquilizarle—; cualquiera se hubiese dejado engañar. Este asesino es infinitamente sutil, pero su atrevimiento es muy superior a su sutilidad. Hace falta buena cabeza para pensar cómo esconder las claves más vitales bajo nuestras mismas narices, pero hace falta aún más atrevimiento al hacerlo. El valor de la desesperación —siguió medio para sí— no, no del todo de la desesperación; llámelo...

Armstrong le interrumpió.

—Todo eso está muy bien, señor. Pero no me puedo perdonar tan fácilmente. ¡Pensar que esa maldita daga estuvo clavada en el suelo todo el tiempo mientras nosotros nos dedicábamos a dar vuelta a todos y a todo! Le juro que me alegraré de hacer ahorcar a ése —dijo vengativo.

—Es un ejemplo de la teoría de la seguridad en la cantidad. Una estaquilla de tienda de campaña hubiese atraído la atención; ¡pero una docena de ellas, tan tranquilas, cumpliendo con su deber y con el aspecto más respetable!... No, habría sido lo mismo empezar a arrancar todas las plantas para ver si tenían la hoja escondida entre las raíces.

—¿Y cómo supone usted que fueron los detalles, *Mr. Strangeways*?

—Me imagino que el asesino se procuró una estaquilla corriente, le cortó la punta y adaptó en su lugar ese cincel. Luego esperó su oportunidad y sustituyó con su aparato una de las estacas que habían puesto en la tienda. Las disposiciones que se adoptan en todas estas funciones escolares son siempre las mismas de año en año, así que podría saber exactamente cuál sería el sitio más probable en que se sentaría Vale —probablemente le daría la primera idea la proximidad de la tienda— y elegir la estaca más próxima a ese lugar. O tal vez lo hiciera una vez instaladas las sillas. Pregúntele a Tiverton sobre el tiempo; fue él el que se encargó de la distribución de los asientos.

—Sí, claro —le interrumpió Armstrong, entusiasmado—, y solamente tenía que permanecer detrás de la silla de Vale, esperar hasta el momento crucial del partido, arrancar la estaca de la daga, apuñalarle y volver a colocarla en su sitio. No sé, parece demasiado fácil, Mecánicamente, podemos decir que era fácil. Pero, diga usted, señor, ¿nos atreveríamos nosotros a hacerlo? Advierta que ni en el momento más crítico de un partido podía estar seguro de que todo el mundo tenía los ojos fijos en el juego.

—Ni usted ni yo, ni la mayor parte de la gente, nos atreveríamos a hacerlo. Pero es que somos personas normales. El asesino es anormal, o tal vez sea mejor decir que todo el mundo es anormal cuando comete un asesinato. O bien está cegado por el calor del momento, o se ha ido forjando poco a poco el estado de espíritu en que uno se ve obligado a aprovechar las circunstancias y los preparativos que se han hecho. Y hasta ese momento estaba nuestro hombre perfectamente seguro. Si no se le hubiese presentado la ocasión, no tenía más que dejar la estaca en su sitio para retirarla cuando pudiera. Ése es otro de los puntos de similitud entre este crimen y el de... — se interrumpió bruscamente. Pero el superintendente estaba siguiendo su propia línea de pensamientos.

—El asunto ése de los asientos... Me parece que el asesino no podía contar con que *Mr. Vale* estuviera lo bastante cerca de esa estaca para estar seguro. Y no parece ser del tipo que deja las cosas a la casualidad. ¿Dice que fue Tiverton el encargado de disponer las sillas? —continuó después de una pausa —Tiverton dejó de hacer de árbitro después del té, y Tiverton fue el primero en acercarse al cuerpo de Vale. ¡Hum!

Nigel lo miró especulativamente.

—Para ser completamente exactos, fueron Tiverton y Sims al mismo tiempo. Y de paso, ¿averiguó usted algo sobre el arma? —preguntó.

—En efecto, la sacaron del taller de la escuela; por lo menos Gadsby dice, que falta una herramienta idéntica del taller de carpintería; él es el que está encargado, pero todos los maestros pueden entrar en él.

—¿Y su caso contra Evans y *Mrs. Vale*?

—Pues sigue como estaba. Desde donde ella estaba sentada, pudo muy bien alcanzar el arma. Pudieron hacerlo, claro. Pero si lo hicieron, ¿por qué dejar el arma

en el dormitorio de Evans para que la encontrásemos? En este caso, lo difícil es establecer el motivo. Evans y *Mrs. Vale* tienen uno muy bueno para el segundo crimen y otro aceptable para el primero. Wrench podría haber muerto a Wemyss si el chico sabía su asunto con Rosa; pero ¿por qué había de asesinar a Vale?

—Para salvar su carrera. Vale podía haberse enterado de sus relaciones con la muchacha. Nunca le hubiesen admitido en una escuela si el asunto se hacía público.

—Puede ser así, señor. Tendré que volver a verme con Rosa. Luego tenemos a Sims. Tenía algo contra Wemyss, evidentemente. Pero, otra vez, ¿por qué Vale?

—El otro día tuvo una pelea de primera con el director —respondió Nigel, y le dio los detalles.

—¡Ah!, ¿sí? Perdóneme, señor, pero creí que íbamos a compartir todos los informes, —le dijo Armstrong bastante enojado.

—No crea que lo he estado traicionando. Este hecho no podía tener importancia mientras Vale no fuese asesinado. No nos decía nada sobre el caso de Wemyss, es verdad. Aunque tal vez nos hubiese servido para evitar el segundo asesinato. Pero otra vez nos encontramos con el motivo. No es corriente asesinar a nuestros superiores porque nos hayan dado un rapapolvo. Y ahora veamos a Tiverton. Puede haber muerto a Wemyss, y es todavía más sospechoso en el caso de Vale. Pero ¿por qué?

Nigel relató parte de la conversación que tuvo lugar esa mañana durante el desayuno.

—Así que, como ve, podía contar con la buena voluntad de los maestros y de parte de los padres. Sacándose a Vale del camino tenía una probabilidad de llegar a ser director, suponiendo que continuase funcionando la escuela.

—Pero no tenía razón alguna para asesinar a Wemyss. Luego está Griffin. Para el primer asesinato es prometedor, pero no hay motivo; y es imposible que haya cometido el segundo. Supongo que los dos crímenes los haría la misma persona.

Armstrong se agarró, dudoso, de la barbilla.

—Es evidente, me parece. ¿Y qué hay de Gadsby?

—¡Ese borracho! No tendría valor. ¿Y qué motivos tiene, además?

Nigel miraba al suelo. El superintendente dio un puntapié de irritación en el suelo.

—Aquí me tiene, charlando como un gramófono, mientras usted sabe quién ha sido. Parecería que lo quiere ocultar.

—Lo siento mucho, pero ha sido una situación muy difícil. Estaba seguro, para mí, de saberlo, pero no tenía pruebas; y en cualquier momento podrían haber surgido para negar mi teoría.

—¿Y lo han hecho?

Nigel no atendió la pregunta.

—Ya tengo en mi poder la clave. Pero todavía no he tenido tiempo de... examinarla a mí gusto. Quiero que esta tarde a las dos y media reconstruyamos el primer crimen. Creo que puedo prometerle, que con ello podré entregarle al criminal.

No necesitaremos a los muchachos; bastará con los maestros. Ahora me voy a comer y se lo diré a ellos.

—¿Necesita usted a Evans?

—No, podemos pasarnos sin él. En realidad, creo que es mucho mejor que no venga.

—Muy bien, señor. Volveré a las dos y cuarto. Primero tengo que ponerme en contacto con la casa que proporcionó la tienda de campaña. No porque nos vaya a servir de algo. Es de suponer que el asesino salió por la noche y volvió a poner en su sitio la estaca que había cambiado por la ya preparada, pero no creo que haya dejado huellas digitales por ninguna parte. Sin embargo, es posible que los hombres hayan visto a Tiverton cambiando las sillas. Tengo que hacer algo: no me puedo estar quieto mientras usted me resuelve el caso.

El superintendente se llevó la mano a la gorra y se fue. Nigel fue despacio a su cuarto, y sacando el objeto que había tomado de la sala de maestros, procedió a examinarlo minuciosamente. Luego lo metió debajo del colchón; ahora no podía jugar con la suerte: sí volvía a la posesión de su propietario, podría éste reírse de Nigel. Casi lamentaba no habérselo mostrado a Armstrong. Pero no; eso le hubiera privado de su triunfo. Nigel tenía debilidad por terminar sus casos todo lo espectacularmente que podía; era una especie de pago extravagante que se cobraba por todo el pesado trabajo anterior a la solución. Volvió a pensar. No, esta vez tendría que dejar de lado parte del espectáculo. Si uno de los observadores hipotéticos, tan queridos de Thomas Hardy, hubiese estado presente en el dormitorio de Nigel Strangeways en aquellos momentos, habría visto en su rostro ciertas emociones muy poco apropiadas para un detective que está en el umbral del éxito; lástima, pena, indecisión, una cavilación pesarosa, y por -último, una determinación. Al cabo de un momento miró el reloj y se apresuró a bajar. Una breve búsqueda por la escuela le proporcionó un objeto similar al que había sacado de la sala de maestros, que puso cuidadosamente en el lugar que había ocupado el otro. Luego esperó que los maestros volviesen del almuerzo.

Cuando entraron en la sala se hizo evidente que habían estado discutiendo durante la comida el caso de Stevens II.

—Darle una buena paliza al pilludo —decía Gadsby—. No hay nada mejor para enseñarle la lección. Pero yo no pasaría de ahí, Tiverton. No pasaría de ahí.

—Ciertamente que ya no podemos permitirnos más escándalos —hizo notar Wrench.

Gadsby se dirigió algo inquieto a Nigel; claramente se veía que no sabía qué hacer.

—Mire, Strangeways, usted no es parte interesada en este asunto. Tiverton cree que hay que expulsar a Stevens por esa falsa alarma. Ya ha ocurrido otra vez antes y Vale dijo que sí volvía a pasar expulsaría al culpable, pero...

—Parece una tontería hacer tanto escándalo por una niñería así cuando... bueno,

quiero decir que un asesinato deja a lo demás a la sombra —tartamudeó Sims.

—Eso es evidente, sin duda —dijo Tiverton agríamente—, pero nuestro deber es hacer funcionar la escuela y mantener la disciplina; no podemos dejar que los alumnos hagan lo que mejor les parezca simplemente porque se ha cometido un crimen.

—Lo único que hacemos es sugerir que es un tanto excesivo expulsar a un muchacho cuando, de todas maneras, los padres nos van a retirar la mitad de los alumnos —dijo Wrench con su voz más irritante.

—Como arrojar las ratas del barco que se hunde —dijo Griffin, sonriente.

Nigel, mirando modestamente hacía abajo, meditaba sobre las curiosidades de la naturaleza humana. Aquí tenía un grupo de hombres de lo más ordinario, discutiendo seriamente la travesura de un niño, mientras otro hombre yacía a pocos pasos, asesinado, apenas frío, como dirían los periódicos. Se trataba del funcionamiento normal de sus mecanismos de defensa, naturalmente. Se podría estimar la profundidad de sus reacciones ante el asesinato en proporción con la seriedad con que cada uno tomaba la travesura de Stevens. Evidentemente, era Tiverton el que lo sentía más agudamente; Wrench le seguía, probablemente, pues el cinismo y la impertinencia eran su forma de protección contra las emociones del alma. Nigel se dio cuenta de que Gadsby le hablaba a él. Era una de las características más irritantes de Gadsby el hacer una pregunta retórica y elegir a alguien para que la contestase.

—Pues bien, realmente no estoy calificado para expresar una opinión. Pero creo que se lo podría dejar hasta esta tarde. Escuchen, quiero hacer una reconstrucción del crimen, del primer crimen, a las dos y media.

En la atmósfera de la sala se sintió una nueva tensión, la sensación de que volvía a estar en la puerta el fantasma que habían estado tratando de exorcizar, Gadsby fue el primero en hablar.

—¿Una reconstrucción del crimen? ¿Quiere decir que todavía no han encontrado...?

—¡No sea estúpido! —le dijo Griffin. No va usted a creer que lo hicieron Evans y Mrs. Vale, ¿verdad?

Gadsby reaccionó.

—Nunca dije que lo creyera. Pero ¡maldito sea!, alguien tiene que haber oído. Y les han detenido a ellos.

—Es una estratagema esa detención, ¿verdad? —preguntó lentamente Tiverton, Su tensa cara morena aparecía sin expresión alguna.

—No exactamente —le contestó Nigel equívoco—; la policía tiene un caso fortísimo contra ellos, me temo. Ya sabe usted que nunca actúan si no lo tienen. Claro que es posible que le hayan obligado a Armstrong a hacerlo; me supongo que el jefe de policía debe estar bastante impaciente.

Griffin sonrió.

—No le veo a nadie obligando a Armstrong a hacer algo que no quiera.

Wrench se inclinó hacia adelante.

—¿Y qué es eso de la reconstrucción del crimen?

—Les voy a pedir a todos ustedes que hagan exactamente lo mismo que hicieron al comenzar los deportes.

—¿Y qué va a sacar de ahí?

—No mucho, me temo —dijo suavemente Nigel—, pero quiero tener bien claras las posiciones relativas de cada uno, y siempre hay la probabilidad de que encontremos algo que se nos había escapado.

—¿No se trata de hacer algo a lo Hamlet, con el asesino pidiendo luces y todo lo demás? —Preguntó despreciativo Wrench—. Es usted bastante ingenioso para ser detective, Strangeways.

—¿Van a tomar parte los alumnos en esta rec... reconstrucción? —preguntó Sims.

—No, no será necesario.

—Lo que quiere decir —dedujo Tiverton— que usted sospecha que el asesino es uno de los que estamos reunidos en esta sala.

Nigel lo miró fijamente a los ojos por un momento, y luego dijo:

—Ésa es una suposición completamente gratuita. Espero que con la reconstrucción revelaré el método por el que se cometió el crimen. No hay duda de que el asesino es alguien que conoce perfectamente el funcionamiento de la escuela. Por ahora no le puedo decir más que eso.

Hubo un silencio incómodo que rompió finalmente Gadsby.

—¿No está usted asustado, entonces, de rozarse todo el día con un asesino? Me extraña que no se dedique a usted —dijo con una jocosidad siniestra.

—Tal vez lo considere innecesario —dijo Wrench.

Nigel dejó pasar esta insinuación descortés.

—No puedo decir que esté muy asustado, aunque debo admitir que tengo un revólver bajo la almohada. Ya me he rozado antes con criminales y generalmente han sido ellos los que han sufrido más.

La mención del revólver causó cierta sensación. Les hizo ver claramente a todos en qué estado de bloqueo espiritual habían estado viviendo durante una semana. Aunque no lo tenían ante los ojos, parecía más sólido y más concreto que el cadáver de Percival Vale con el agujerito en la espalda. Gadsby, con su falta de tacto habitual, fue el que expresó este sentimiento general:

—Es curioso cómo eso hace ver las cosas, ¿no? Me refiero al revólver de Strangeways...

—No todos vivimos en paraísos de tontos —le interrumpió, áspero, Wrench.

Gadsby se hizo el desentendido.

Es asombroso cómo se graban en uno los pequeños detalles, ¿no le parece, Tiverton? Recuerdo que una vez...

Wrench volvió a interrumpirle:

—Como espinas de pescado en la garganta. —Sacó el reloj—. Ya son casi las dos. Más o menos a esta hora, hace una semana, uno de nosotros se estaba preparando para cometer un asesinato. Me pregunto cómo se sentirá ahora.

Tiverton dio un respingo:

—¡Por Dios, Wrench! Trate de portarse como un ser humano y no como un coro de tragedia griega.

Nigel se levantó.

—¿Puedo pedirles entonces que desde las dos y cuarto en adelante hagan exactamente lo que hicieron el miércoles pasado? —Miró impasible hacia el rincón donde estaba sentado Wrench—. *Exactamente* lo mismo —Wrench desvió algo la cara—. Yo desempeñaré el papel de Evans, Esto me hace recordar... ¿Me da el cronómetro que tenía Michael, Griffin? ¿Cuánto tiempo llevó la primera carrera?

Griffin le dijo el récord, y después de buscar en uno de los armarios sacó el *cronómetro*. Nigel se volvió hacia Sims.

—¿Podría hablar con usted?

Cuatro pares de oídos se esforzaron en lo posible, cuando salieron los dos al corredor, pero todo lo que pudieron oír fue:

—Mire, Sims, Quiero que usted...

Cuando sus voces se desvanecieron, hubo silencio por un momento, Gadsby trató una o dos veces de resucitar la conversación y luego salió él también de la sala, para prepararse para las ordalías, según la expresión de Wrench.

—¿Y qué piensan ahora de nuestro investigador particular? —preguntó Griffin.

Tiverton meditó un momento.

—Bueno, pues no parece haber hecho mucho hasta ahora; se supone que está investigando el caso en interés de la escuela y ahí lo tenemos acusándonos prácticamente en nuestras caras de tener un asesino entre los maestros.

—¿Quiere decir que si ha encontrado aquí el asesino debe abandonar el caso llevándose la solución en el bolsillo? Una sugerencia bastante inmoral a mi parecer —comentó Griffin.

Wrench interrumpió:

—Me pregunto qué querrá ahora el superintendente. Ya vieron ustedes todas las preguntas que nos hizo esta mañana respecto a donde estábamos durante las pruebas y qué hacíamos después. Es inquietante —Griffin rechinó los dientes—. Me parece evidente por demás que el crimen fue cometido antes de las pruebas.

—Aparentemente, no —observó Tiverton, ceñudo—. Si no, ¿para qué esta reconstrucción de Strangeways?

—Me pregunto qué querrá con el cronómetro —comentó Griffin.

—¿Y con Sims? —dijo Wrench.

A las dos y diez Armstrong encontró a Nigel en el campo de heno. El superintendente estaba evidentemente lleno de noticias, pero las contuvo para

comentar.

—¿Qué está usted haciendo con todas esas sillas de lona? ¿No se irá a establecer en una playa?

Nigel se dio por enterado cortésmente de la broma.

—No, estoy construyendo algo que represente el castillo de heno. Parece usted muy alegre, ¿no?

—Acabo de tener otra charla con Rosa —hizo provocativamente una pausa, pero Nigel rechazó el gambito, así que continuó sin tantas ínfulas: —Primero fui a la casa Strangs. Naturalmente no había nada útil en las estacas de la tienda. Pero uno de los obreros notó que Tiverton acercaba un poco dos de las sillas a la tienda.

Nigel dejó de trabajar un momento.

—¿Qué sillas?

—Las que habían de ocupar *Mr.* y *Mrs.* Vale, por lo que puedo deducir de su descripción. Vendrá esta tarde para verificarlo.

—¿Y Rosa?

El superintendente se frotó las manos.

—¡Ah! Ahí creo que le llevo ventaja, señor. Usted podrá darles vuelta a estos chicos; pero con ese tipo de muchachas... Las conozco como la palma de mi mano.

—¡Qué vergüenza, *Mr.* Armstrong, qué vergüenza!

Armstrong emitió un sonido que si hubiese venido de alguien menos elefantino se hubiera podido tomar por una risita de colegiala.

—Como quiera, señor, pero ahora sí que ha dicho algo.

—Supongo que no habrá sido usted brutal con la pobrecilla, ¿verdad?

—No, no. No hizo falta mucha presión. Verá usted. Conozco bien esa clase de muchachas. Me dije que el joven Wrench se estaría cansando de ella, o que la estaba dejando de lado por otras razones y que éste sería el momento para que ella me dijera todo lo que sabe. Es rencorosa, ¿sabe?, y no le importaría lo que dijera de Wrench si creía que éste había terminado con ella.

—¿No podemos abreviar la psicología? No hay mucho tiempo.

—Bueno. Pude sacarle que Wrench creía que Wemyss estaba enterado de su asunto; que le había visto una vez espiando por allí cuando acababa de dejar a Rosa. ¡Está hecha ascuas, *Mr.* Strangeways! Prácticamente sugiere que Wrench se ha cargado al niño Wemyss para silenciarle. No es mala confirmación de motivo, ¿no le parece?

—¡Hum! No me suena como una testigo de confianza. Rencor más una fantasía alimentada a películas; igual, todas las mentiras que usted quiera. Sin embargo... ¿qué le estará diciendo ahora?

Armstrong se sobresaltó.

—Sí, les he dicho a todos que hagan exactamente lo mismo que hicieron el día del crimen desde las dos y cuarto. ¡Embarazoso para nuestro *Mr.* Wrench cuando se piensa en ello! Pero es posible que no lo tome literalmente. Ya veremos. ¡Ah! Ya

empiezan las cosas.

Podían ver a Griffin, en el centro del campo, con un enorme revólver y haciendo una pantomima sobre un juego imaginario de vallas. A su lado, Mould, el cuidador, se rascaba alternadamente la cabeza y el asiento de los pantalones. Nigel terminó con las sillas y se dirigió con el superintendente hacía donde había comenzado la carrera.

—Tenga los ojos abiertos —dijo—, vigile cuidadosamente. ¿Ve usted? Nada en esta mano, nada en la otra...

Armstrong hizo un ruido ofensivo.

—¿Vigilar? ¿Qué tengo que vigilar?

—A todo el mundo.

Pasaron cinco minutos. Del edificio de la escuela empezaron a surgir los maestros. Griffin se aproximó a Nigel.

—Está usted retrasado con su papel —le dijo—: me tiene que decir «a quién piensas matar».

—¿A quién piensas matar?

—Ese cretino de Mould ha puesto un juego más de vallas para la carrera. Ahora viene lo del revólver. El galán joven y el otro caballero tratan de retirarse por la izquierda, pero los intercepta Gadsby. Y, de paso, ¿dónde está Gadsby?

—Tiene usted buena memoria. Ahí está, acaba de salir.

—Ha fallado completamente en el tiempo. Mejor será que suprima usted esa partecita y vaya a continuar su diálogo humorístico con Tiverton, a la derecha.

Allí fue Nigel.

—¿Cómo llaman ustedes a esto en la profesión? —Siguió el irreprimible Griffin—. Un ensayo *post-mortem*, me parece. ¿Sabe usted? Para nosotros esto es un tanto macabro. Pero no puedo desilusionar a mi público y me parece que ustedes los policías ingleses son estupendos.

En este momento se unió Sims al grupo.

Armstrong murmuró algo.

—Le diré que esto es una reverenda tontería si me pregunta, señor. No sé qué espera sacar de ello *Mr. Strangeways*. De todas maneras, no parece prestar mucha atención.

Indicó hacia donde Nigel conversaba distraído con Tiverton.

—¡Hum! —Dijo Griffin—, parecería que está escuchando algo, voces de ángeles tal vez. De todas maneras, apuesto lo que quiera por su distinguido ayudante; para mí es el favorito. Y ya es hora de que empecemos la carrera; ya estamos todos. No, no estamos. ¿Dónde diablos anda Wrench?

Nigel se acercó a ellos. Armstrong y Griffin se llevaron la mayor sorpresa de su vida cuando le vieron la cara. Dios sabía que se podía esperar ver en ella buen número de expresiones, pero no lo que veían: no, en estos momentos, ese asombro tan puro. El asombro cedió el paso a un aspecto de consternación. Luego se corrió un velo sobre él y Nigel estaba a su lado tan impasible como siempre.

Griffin le tocó suavemente, como se tocaría a un sonámbulo.

—Le estaba diciendo al superintendente que ya debemos iniciar la carrera.

Nigel pestañeó.

—¿La carrera? ¡Oh, sí! Sí. Tenemos que empezar con la carrera.

Parecía despertar de un sueño. Su rostro tomó de repente una expresión severa y formidable. Luego sonrió a Armstrong y, separándole de los demás, sacó del bolsillo un librito.

—Parece usted aburrido, Armstrong. ¿Qué le parece un poco de literatura ligera? Aquí encontrará un resumen del crimen, de ambos crímenes. Está en taquigrafía; espero que no le importe. Pero le será útil si... si algo no funciona bien en este pequeño *tableau vivant* mío. No, no lo lea todavía. Aguante su indecente curiosidad unos momentos más.

Elevó la voz para dirigirse a los grupos dispersos.

—Señores, la carrera de las 440 yardas está a punto de empezar. Hagan el favor de ocupar los lugares donde estaban cuando se corrió la carrera y traten de imaginarse que se está corriendo realmente. Deben seguir todos los episodios de ella. Tienen que ver a los corredores...

—¡Eh! ¿Dónde está Wrench? —preguntó Tiverton.

—No se preocupe por Wrench. Estará en su sitio cuando deba. Vamos, Griffin.

El profesor de deportes se adelantó hasta el lugar de salida. Sacó una lista imaginaria y colocó en sus puestos a los seis alumnos imaginarios. Luego elaboró un encasquillamiento dramático de la pistola. Para entonces el público había llegado a sentir una emoción mucho más intensa que la que había sentido durante la carrera auténtica. Solamente Armstrong, en pie, entre el grupo de maestros y la escuela y vigilando como un gato la puerta por la que había de salir Wrench, estaba fuera de la esfera de influencia emocional.

—¡En sus puestos! ¡Listos! —gritó Griffin. El revólver estalló como el trueno anunciador del fin del mundo.

—¡Adelante, Anstruther! —exclamó Nigel.

El óvalo blanco marcado sobre el césped, las banderas pendientes en los mástiles, los corredores poniéndose en fila después de la primera vuelta. Todos volvieron del pasado; imágenes soleadas que fascinaban la mirada interior de los espectadores. Aun el mismo superintendente, con el oído atento como para oír los pasos de Wrench bajando la escalera, miró involuntariamente hacia el espacio de césped que tenía delante. Y, de repente, se rompió el encanto. Detrás de ellos alguien se reía; una risita fresca y divertida; un sonido que al principio tenía algo de desafío y que fue pasando a otro tono triunfal más tranquilo, como si el actor hubiese vencido su miedo a público y supiera que dominaba al auditorio. Y lo dominaba, sin duda. Todos ellos se dieron vuelta al unísono. Por un momento no pudieron ver nada; nada excepción hecha del sendero y el rastrojo aplastado del campo de heno. Luego se enfocaron sus ojos en la estructura de sillas que ocupaba el lugar del castillo; por encima de ella

sobresalían una cabeza y unos hombros. Allí estaba Sims mirándolos benigno, riéndose como de una broma interior. Parecía un clérigo diminuto y confiado. Colocó las manos encima de las sillas, como si fueran la almohadilla de un púlpito, y echó sobre su público esa mirada preliminar, medio atractiva y medio competente, del predicador popular. Luego comenzó a hablarles. Su tono era uniforme y fluido; una expresión de alegría interior parecía iluminar su rostro ordinario. Se podía olvidar sus dientes de conejo y su ridículo bigote ralo.

—Era muy fácil, ¿ven? —dijo—. Todos estaban tan atentos a la carrera... El asesino no tenía más que meterse en el castillo, como acabo de hacer, estrangular a su víctima y volver a salir. Había tiempo de sobra. Lo mismo pasó con el partido de críquet. Una de las estacas de la tienda era realmente una daga, ¿saben? No tuvo más que esperar el momento, sacarla, apuñalar una sola vez y volverla a poner en su sitio. Solamente necesitó un par de segundos. ¿Se dan cuenta que en los momentos de gran emoción la atención de todos está enfocada en un punto y que toda la fuerza de la emoción colectiva está fija en ese punto? Los carteristas trabajan sobre ese mismo principio, naturalmente.

Hizo una pausa. Brotó un suspiro de asombro, mitad por sus palabras, mitad por su extraña transfiguración, Casi esperaban verlo levantar un vaso de agua a sus labios. Empezaron a oírse murmullos incrédulos, Sims alzó la mano en un gesto inefable de autoridad. En el nuevo silencio, volvió otra vez a hablar. Su voz crecía en potencia y en volumen.

—Sin duda están ansiosos por saber quién fue el asesino. No los mantendré más en suspenso. Para concebir esos esquemas hacía falta talento, genio podría decir; para ponerlos en ejecución se necesitaba un atrevimiento y una resolución muy fuera de la capacidad de la mayor parte de los hombres. Pero había alguien a quien siempre habían ustedes despreciado; alguien que parecía insignificante, incapaz de genio o resolución. Lo ignoraban o lo despreciaban, según las propensiones propias de ustedes. Lo que era muy tonto. Y él hizo algo que ninguno de ustedes se hubiese atrevido a pensar o a realizar. Verán ustedes, caballeros: yo maté a Wemyss y a Vale. Los odiaba y los maté, delante de las propias narices de ustedes. Eso es todo, me parece.

Hubo un momento de absoluto y angustioso silencio. Luego Armstrong se precipitó hacia adelante. Pero Sims, sin apresurarse, metió la mano en el bolsillo, ofreció a todos una última sonrisa arrogante, sacó un revólver y se mató de un tiro. Había tenido su momento de triunfo.

Capítulo XIV

RECUERDOS Y COMENTARIOS

Sí, odio. Justamente como en el famosísimo caso de Caín y Abel, Pero el motivo era demasiado simple, demasiado primitivo para nuestro sofisticado Armstrong. Asesinatos por amor; asesinatos por dinero; asesinatos para ocultar un secreto culpable; éstos son los asesinatos comunes y corrientes hoy en día. Pero matar a alguien simplemente porque se le odia, eso ya nos es casi incomprensible. ¡Por lo que casi se escapa el pobre Sims! Y lo hubiese logrado, si no hubiera tratado de descargarse de dos odios independientes al mismo tiempo.

—¿Wemyss y Vale? ¡Pero no puedes decir que eso sea «simultáneo»!

—¡Oh!, no. Quiero decir, Wemyss y Vale por un lado y ustedes dos por el otro.

Era después de la cena del día en que Hugo Sims tuvo su primero y último triunfo. Nigel, Hero y Michael hablaban en el salón. Se sentían exhaustos y felices. Nigel tenía detrás de sí un nuevo éxito y, delante, una enorme tetera de barro. Hero estaba sentada en el suelo al lado del sillón de Michael, con una mano en la de él y su dorado cabello brillando sobre sus rodillas; todavía estaba pálida, como Eurídice al salir del reino de las sombras, pero ya había desaparecido la tensión; Michael la miraba con infinita ternura. Era como si hubiese tenido Hero un parto feliz; luego dirigió una mirada de asombro hacia Nigel.

—¿A nosotros dos?

—Ajá. Mordió ahí un poco más de lo que podía masticar.

Nigel se dedicó un momento a su té. Michael se agitó inquieto y Hero lo miró: una mirada soñolienta, que parecía venir de grandes profundidades, casi ahogada en amor.

—No dudo que en tu infinita sabiduría te dignarás concedernos alguna explicación. ¿O es que es una de esas cosas que no podemos comprender?

Michael empleaba aquel tono amistoso, desafiante y ligeramente áspero, que él y Nigel empleaban en sus controversias nocturnas en Oxford. Su amigo, sonriente, respondió en la misma vena.

—¿Quieres hacer una pregunta? Adelante. Te concedo un oído.

—Son docenas. Pero, primero, ¿qué es eso de que Sims nos odiaba a Hero y a mí? Ya sé que todos lo trataban como si fuera un niño mentalmente deficiente, pero

seguramente nosotros no éramos peores que los demás, ¿verdad?

—¡Oh, no! No se trata de eso. En realidad, no he sido muy exacto al hablar de odio puro. En el caso de ustedes, por lo menos, el motivo es más complicado. Me parece que si investigáramos encontraríamos que Sims descende de una larga línea de misioneros evangélicos —añadió, inconsecuentemente, Nigel.

Michael se le quedó mirando.

—Pero... ¡Si su padre fue misionero en China! ¿Y qué tiene eso que ver?...

—Cae dentro del cuadro. Los misioneros son, y siempre han sido, las gentes más intolerantes del mundo. Tienen que serlo, supongo —Nigel se interrumpió y volvió a caer aparentemente en sus ensueños.

—¿Sabes? Si hubieses vivido en la antigua Grecia, el oráculo de Delfos se habría tenido que retirar de los negocios. Haz el favor de suprimir ese misterio; estamos impacientes por saberlo todo. Empieza por el principio, ve hasta el final, y allí te permitiremos que recobres el aliento.

—¿El principio? Eso nos llevaría demasiado tiempo. Empezó mucho antes que naciera Sims. —Nigel hurgó en sus bolsillos y sacó unas hojas de papel—. Los primeros padres de la Iglesia sembraron un nuevo instinto en el corazón del hombre, que fue regado por sus herederos espirituales: los puritanos. Instinto no es la palabra exacta, ya sé; pero el miedo y el odio por el cuerpo humano es tan fuerte y tan generalizado, que apenas puedo darle otro nombre. Aparece en todos nosotros, a veces en las formas más curiosas, y en Sims era como un volcán dormido. Hemos encontrado un diario secreto que fue escribiendo estos últimos dos meses; el superintendente me ha dejado extractar algunas partes. Es extraordinariamente interesante para el fichero de un alienista —dijo, mientras agitaba vagamente en el aire las hojas de papel.

—¿Cuándo termina la conferencia? Me voy a beber algo.

—Vamos, vamos; ¿quién lleva este caso; tú o yo? Domínate, muchacho, domínate —dijo fríamente Nigel.

—Es usted una maravilla —exclamó súbitamente Hero, en plena cara de Nigel. Éste pareció asombrarse y luego sonrió deliciosamente.

—¡Eh! ¡Eh! ¡Acaben con eso! No puedes hablarle así a cada hombre con que te encuentras —protestó Michael.

—Cada hombre lo será usted. Y eso es exactamente lo que escribió Sims en su diario: «Esto tiene que acabar». ¿Ven? Les había visto a Hero y a ti haciéndose el amor; los siguió deliberadamente, y muy pronto se dio en vigilarles. Para él era una especie de tortura, me figuro, pero siguió agitando así su sangre puritana hasta que llegó a creerse un instrumento de Dios para castigar a los pecadores. Por eso trató de echar sobre ustedes la culpa de los crímenes. Todo está en su diario, pero no creo que les vaya a leer esas partes; es terriblemente sincero sobre ese tema, y no hay nada tan odioso como el horror fascinado por el sexo de un puritano, cuando encuentra palabras para expresarlo.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Pobre hombre! — dijo lentamente Michael con una extraña compasión en la voz.

—Pero ¡no lo entiendo! —Exclamó Hero—. ¿Cómo pudo habernos espiado? Lo hubiésemos visto, ¿verdad? Y no éramos tan descarados como pretende.

—De todas maneras, lo hizo. Dentro de un momento verán cómo lo logró. Es un pensamiento aterrador: ese hombrecillo suave e insignificante, con un verdadero infierno de repugnancia dentro de sí y alimentando las llamas con las imágenes de su imaginación desencadenada..., es horrible. Pero no sirve de nada que también nos pongamos morbosos. Les voy a leer algunas partes del diario.

Nigel empezó a leer:

«Mayo 9. Otra vez en los bosques de Batford. Tordos, una codorniz, petirrojos, los pinzones, los verderones terminaron el nido. Un día hermoso... Pinzones y alondras en pleno canto... como el Edén... “*donde todo a la vista place y sólo el hombre es vil*”... y su prostituta otra vez allí... la serpiente del pecado en el jardín... asqueroso, sucio... Y sigue una sarta de palabras llanas y de... detalles, que podemos omitir». Terminó Nigel.

—De modo que así fue cómo lo supo —murmuró lentamente Michael — buscando pájaros... claro, los anteojos de campaña...

—Sí —replicó Nigel—. Y así es cómo lo supe yo, o mejor dicho, cómo me vino la idea a la cabeza.

—¿De qué manera?

—Esa conversación de que me hablaste. En la habitación de Tiverton, después del crimen. ¿No te acuerdas? Sims vio un pájaro cualquiera, y nosotros tuvimos que esperar mientras lo seguía... «Y hablando de pájaros, ¿dónde está Wrench? Siguiendo a la bella Rosa, me figuro». Y luego la escena que hizo Sims sobre esa... gente que se comportaba como animales... un estallido bastante militante, por lo que me contaste.

—Pero sí estaba borracho... Acababa de tomarse unos vasos con Gadsby.

—Exactamente. *In vino veritas*. Al suprimir la represión, al eliminar la timidez, apareció el hombre real y su pasión dominante, o, mejor dicho, una de ellas.

Hero se agitó y miró a Nigel.

—Pero todavía no veo cómo pudo ponerle eso sobre la pista.

—Pues ahí va, aunque esto sea sacar las cosas de su orden. Cuanto más miraba los hechos, más fuerte me parecía una interpretación de ellos. Todo el asunto del castillo de heno olía a teatro. Era demasiada coincidencia el que lo visitaran, dentro de un período de dos horas, ustedes dos y un cadáver. Armstrong hizo la suposición más natural, es decir, que el cadáver era la causa de que ustedes estuviesen allí. Pero yo, con una confianza tal vez inmerecida en la ausencia de tendencias homicidas en el carácter de Michael, me negué a seguir ese camino. Solamente había una explicación:

que ustedes eran la causa de que el cadáver estuviese allí; en otras palabras, que se les había tendido una trampa.

—Y fuimos dos excelentes ratones —interrumpió Michael.

—Ni una palabra más de usted. Bueno, para abreviar, tenía, pues, que encontrar quién la tenía tomada con ustedes y por qué. El gran error de Sims fue tratar de matar dos, o mejor dicho, tres pájaros de un tiro, pues eso me sirvió de guía. Sims tropezó al tratar de comprometerles a los dos a un tiempo. Con eso reducía el caso a alguien que supiera que ustedes se amaban y se opusiera. A juzgar por la forma alocada en que se comportaban, no había nada que impidiera que cualquiera estuviese enterado. Pero no parecía haber nadie, excepción hecha del marido de Hero, que pudiese tener razones para objetar. Es decir, para dejarse llevar tan lejos por una mera objeción.

—No está mal para un principiante, ¿verdad, Hero?

—Así que el sospechoso más natural era Percy Vale. Y yo no podía aceptarlo; por dos razones. En primer lugar, el que el marido injuriado asesinase a un niño para vengarse de su mujer y del amante de ésta es demasiado tortuoso, demasiado melodramático. No es una cosa que se hace. Y en segundo lugar, Percy tenía bastante dinero y una posición asegurada; por tanto, el motivo de venganza no estaba suficientemente reforzado con el de provecho económico. Y en cualquier caso, Percy no era el tipo apropiado. Podía imaginármelo matando por miedo, como una rata acorralada. Pero no por interés ni por pasión. Si estaba enterado de la conducta de ustedes, su reacción hubiese sido de compasión por sí mismo, seguida de rencor, de crueldad, como el gato con el ratón; negarse al divorcio, pero no el asesinato. Nigel se interrumpió con una expresión de disculpa en su rostro.

—Escuche, Hero, lo siento mucho. Debe creerme un autómatas de sangre fría hablando así de estas cosas.

—Está bien —dijo Hero, sonriéndole—. No es así. Es más bien... bueno... como si hablásemos de un sueño, de una existencia anterior. Continúe, por favor.

—Bueno; con este razonamiento me quedaba con X. Con alguien que tuviese un motivo para matar a Wemyss, y otro, igualmente fuerte, para despacharlos a ustedes. Tenía que ser esto o, si no, una coincidencia de lo más increíble. Además, tenía que ser algo más fuerte que la convencional objeción natural por la «inmoralidad»; ésa podría haber sido satisfecha exponiéndoles ante Vale. Tenía que tratarse de una especie de indignación moral frenética, que tantas veces está arraigada en la perversión o en la frustración sexual. Cuando me enteré de la explosión de Sims en la habitación de Tiverton lo adopté inmediatamente como una posibilidad. Y más todavía por su aspecto tímido y poco asertivo. Naturalmente que seguí con los ojos abiertos, dispuesto a admitir otro candidato; por un tiempo pensé en Tiverton y en Wrench; especialmente en Wrench, pues era el que tenía los motivos más aceptables para ambos asesinatos. Admito que, al principio, la sencillez de los motivos de Sims me tenía tan vencido como al superintendente. Pero aquí nos será útil de nuevo el diario.

Empezó otra vez a leer.

«*Junio 12.* Hoy ha ocurrido una cosa rara en clase. Wemyss me había hecho víctima de una broma de lo más cruel e imperdonable. Todos están contra mí: alumnos, maestros, todo el mundo, Siempre lo han estado. Pero él es el peor, Y ahora ya sé por qué. Ya sé lo que tengo que hacer. Creí que me iba a desmayar; que me iba a estallar la cabeza. Luego fue como si desapareciera un obstáculo en mi cerebro, como cuando se rompe una represa. Todo quedó clarísimo; extraño que no lo haya visto antes. Ese chico, naturalmente, tiene un demonio adentro. Contamina todo lo que le rodea. Ya sé lo que tengo que hacer. Mata y no tengas compasión, dijo el Señor. Y yo soy su instrumento».

En la habitación hubo un largo silencio, como si hubiese entrado un visitante de otros mundos. Luego habló Michael, con una especie de espanto en su voz:

—¡Dios mío! Era... Tiene que haber sido un maníaco religioso. No sabía que existieran... en esa forma, digo.

—Eran bastante comunes no hace tanto tiempo —dijo Nigel—, y nadie, pensaba en llamarles maníacos. Muchos de los profetas del Antiguo Testamento y todos los inquisidores eran así. —Volvió al diario—. Me saltaré unas cuantas anotaciones. No son una lectura agradable. Se puede ver en ellas cómo convergen su odio por Wemyss y su odio por ustedes, hasta que se unen y ocurre la explosión. Pero aquí hay un párrafo interesante que muestra otro aspecto de su estructura psicológica.

«*Junio 16.* ¡Si solamente supieran a quién tienen entre ellos! ¡Lo que yo soy realmente! Gadsby, el borracho; Evans, el lascivo; Tiverton, con sus malditas ínfulas protectoras... ¡Si supieran! Y tú, Percival Vale, pedante y cornudo, ¡cómo cambiarías de tono! Pero ya les enseñaré. ¿Cuál de ellos se atrevería a contemplar lo que yo contemplo o a hacer lo que voy a hacer? Y lo haré delante de sus propios ojos. Pero debo esperar la guía, debo esperar el momento propicio. Seré paciente, pues puedo permitirme esperar. No se me escaparán. Ya no me importa que no lo sepan nunca, hasta que esté yo muerto y se dé a luz mi Libro del Juicio Final. Habré dado la vida y me la habré llevado conmigo. Habré gobernado en secreto sus vidas. Ésa será mi satisfacción por el momento».

Nigel hizo una pausa.

—Realmente, eso lo explica todo. No estaban presentes cuando nos pronunció su propia oración fúnebre; seguía estas mismas líneas. ¿Lo ven ustedes? Ni siquiera su manía religiosa era lo fundamental. En realidad, no era más que una racionalización, la forma que su condición de asesino tenía de justificarse ante sí misma. No; en la base de todo este complejo encontramos a nuestro viejo amigo el complejo de inferioridad. Tema para un resumen de prensa. «¿Puede darse vuelta un gusano? Mr. Nigel Strangeways, el insigne vermicólogo, dice que sí». Pero en serio. ¿No llamó

Cleopatra gusano a su víbora? Y la serpiente es el símbolo perfecto del sentimiento de inferioridad; siempre humillada en el polvo, aplastada por los pies, despreciada, criando en secreto su veneno, mortal cuando se la irrita.

Hero habló conmovida:

—Me parece que no podría resistir más ese diario. ¿No podría contarnos su parte en el asunto, en cambio?

—Muy bien. Sims era, pues, mi sospechoso principal. Coincidían perfectamente la opinión que empezaba yo a formarme de su carácter y el método seguido en el asesinato de Wemyss. A poco se me hizo evidente, por un proceso de eliminación, que Wemyss tuvo que ser muerto mientras se corría la carrera de las 440 yardas. Es perfectamente cierto que en los momentos de gran tensión emocional —por ejemplo, durante una carrera interesante—, lo más probable es que la atención de todos esté totalmente absorta en el espectáculo que tienen ante sus ojos. Pero ningún criminal ordinario aceptaría el riesgo de que no hubiese excepciones a la regla. Ergo, el criminal era extraordinario, era un trastornado mental. En segundo lugar, aparte del riesgo, teníamos la naturaleza fantástica de la escena. Tiene que haber habido cientos de otras formas en que el criminal pudiese asesinar a Wemyss e incriminarles al mismo tiempo. Pero eligió la más pública, la más teatral. Se trataba de un evidente caso de exhibicionismo, y quien tiene un complejo de inferioridad suele ser exhibicionista en la acción. Otros puntos en favor de mi teoría —inútiles, naturalmente, para un jurado—, el que Sims pidiera que se le dispensase de tomar el tiempo y su conducta después de la carrera,

—¡Dios mío! —Le interrumpió Michael—. ¿Así que cuando se me acercó todo excitado y falto de aliento era porque...?

—Sí. No era lo que te supusiste. Había entrado en el castillo y estrangulado al infeliz muchacho, le ató el cordel alrededor del cuello para asegurarse, y Volvió. Una acción rápida y capaz de producir en su agente un aire emocionado, pero no imposible de realizar. En realidad, no es tan atrevida como suena. Probablemente se acercó al castillo andando de espaldas, de manera que podría notar si alguien del público se daba vuelta, y además estaba al cubierto desde todos los demás lados. Si alguien se hubiese vuelto y le hubiera visto, no tenía más que entrar en el castillo, sacar al muchacho y preguntarle qué demonios hacía ahí dentro. Como en el segundo asesinato, no había en ninguno de sus actos nada que pudiese levantar sospecha hasta el mismo momento de matar.

—¡Un momento! Todavía no dominamos el primer problema. ¿Cómo sabía que Hero y yo íbamos a ir al castillo y cómo consiguió que Wemyss estuviese allí?

—Muy fácil. Tienen que recordar que les andaba siguiendo hacía tiempo. Descubrió que Oro empleaba el ladrillo flojo como buzón de correos; la vio poner allí una nota aquella noche —la noche de antes de los deportes—, la sacó y la leyó. Eso le daba la entrada. Envió a Wemyss la nota de la Mancha Negra a la mañana siguiente.

Nigel explicó el procedimiento y les hizo un resumen muy sucinto de cómo lo había descubierto por casualidad; todavía le daba vergüenza recordar el episodio de la «ninfa» de bronce.

—¿Y mi lápiz de plata?

—No lo menciona el diario. Probablemente fue mala suerte tuya y no otra decoración más en su escenario. De paso, les pregunté a varios maestros sobre él. Tiverton creía que te lo había visto usar después de la batalla del heno, pero estaría equivocado. Sims no se comprometió; supongo que eso fue astucia; hubiese sido un poco demasiado evidente el jurar que te había visto usarlo poco antes del crimen. Pero aparentemente no era más que ignorancia. ¡Ah!, y se me olvidaba. También anuncié mi descubrimiento de cómo funciona la Mancha Negra a algunos de tus compañeros. Sims estableció casi inmediatamente la relación entre ello y el procedimiento para meter a Wemyss en el castillo de heno. Wrench, que es mucho más inteligente, fue mucho más lento. Eso fue un tanto para Sims; desvió parte de mis sospechas temporalmente sobre Wrench. Un magnífico bluff doble.

Nigel hizo una pausa para mirar patéticamente a la tetera vacía. Hero hizo como que no lo notaba y le dijo:

—De paso, ¿encontró algo sobre la nota a James Urquhart?

—¿Ah, sí? Está todo en el diario. Era una segunda línea de defensa para el caso de que se librasen de sospechas en alguna forma, Sims había ido a cenar con él varias veces, notó la disparidad entre sus gastos aparentes y sus supuestos ingresos, e hizo la misma deducción que Armstrong, Escribió la nota en la máquina de Michael, de manera que las sospechas recaerían sobre él o sobre Urquhart. Sí Urquhart guardaba la nota, Michael estaba en mal lugar; si la destruía, automáticamente pasaba él a ser sospechoso; la policía podría dudar que hubiese existido realmente. Claro que todo el plan tuvo que ser concebido como un relámpago. Encontró la nota de Hero el diecinueve por la noche, la leyó inmediatamente después que ella la puso detrás del ladrillo suelto y en seguida envió la nota a Urquhart, para que le llegase en el correo de la mañana, Tiene que haberse quedado despierto hasta la madrugada para pulir los otros detalles.

—¿Así que marcaste a Sims desde muy pronto?

—Sí. Realmente no dudé mucho. Sobre todo, después de oír de su perorata sobre el sexo y de ver la clase de literatura a que era afecto: predicadores evangélicos, el fuego del infierno y todo lo demás, para reforzarlo. Pero tampoco tenía pruebas, ni un mero harapo de ellas, para cubrir el desvergonzado esqueleto de mis teorías. En realidad, habría estado vivo todavía si no hubiese sido tan vanidoso...

—¿Cómo?

—¿No lo adviertes? Era un carácter reprimido, encerrado en sí mismo, sin confidentes. ¿Qué hace una persona así? Lleva un diario noventa y nueve veces de cada cien. Esta persona comete un asesinato brillante y exhibicionista; por fin logra imponerse, pero no puede hacer que nadie se lo reconozca. ¿Qué hace ahora? Lo

escribe en el diario. Es un genio no reconocido; en cualquier caso se lo publicará después de su muerte. La posteridad podrá admirarle. ¡Oh, sí! Yo contaba con ese diario, pero no se me ocurría dónde podía guardarlo. La policía había registrado los cuartos de los maestros después del primer crimen, y no se le suele pasar nada por alto. Y claro: se trataba otra vez de la vieja trampa del mimetismo. Me tenía vencido. ¿Se acuerdan de ese cuento de Poe, ése de la importante carta que está escondida en el tablero de cartas, riéndose en la cara de todo el mundo, mientras rasgan alfombras y arrancan los entarimados...?

—¿Quieres dejar de divagar? —Le interrumpió Michael—. No queremos una conferencia sobre la literatura americana. Si no nos dices inmediatamente dónde estaba, tendrás un par de cadáveres a tus pies.

—¡Tranquilidad! ¡Tranquilidad! Ahí van las noticias. Se trataba de un cuaderno escolar ordinario: su Libro Negro. También tenía en él la lista de las imposiciones que hacía a sus alumnos.

—Pero ¿no me vas a decir que llevaba constantemente con él ese barril de dinamita, que lo llevaba a clase, a la sala de maestros? ¡Pero si es una locura!

—Bueno, es que él estaba loco. Hay otras cosas además del amor perfecto que eliminan el miedo. Y todo concordaba con los dos asesinatos. Aparentemente son riesgos terribles; pero realmente, salvaguardados de todos lados menos de un ataque frontal, de que le sorprendieran con las manos en la masa. Y claro, el que lo llevara en taquigrafía lo hacía más seguro en su mal instruida comunidad. Me di cuenta por primera vez cuando entré en su clase para preguntarle sobre el lápiz. Hizo un movimiento involuntario hacía su pila de libros, como si quisiera ocultar alguno, lo que me dio una impresión de culpabilidad. Luego me acordé de la pelea entre Gadsby y Tiverton, sobre lo sacrosanto de los armarios de los maestros en vuestra sala, y se me ocurrió que no sería ése mal lugar para guardar el diario. Demasiado bueno era, en realidad. No podía ponerme a mirar en ellos durante el día, pues siempre parecía haber alguien en la habitación, y él tenía el buen sentido de llevárselo por la noche a su cuarto y, de todas maneras, solamente se trataba de una idea vaga en el fondo de mi cabeza. No estuve seguro de que tenía razón hasta poco después del asesinato de Vale. Dijo Armstrong que había registrado la sala de maestros, lo que fue un terrible choque para Sims: se puso enfermo de verdad. Todos creímos que era la reacción del asesinato, pero principalmente era su reacción ante el terrible pensamiento de que podrían haber encontrado a su callado amigo. Si hubiese pensado dos veces, no tenía por qué preocuparse tanto. La policía estaba buscando un arma y no una confesión total firmada.

—¿Y cómo lo consiguió?

—Eso lo verá en seguida, señora —dijo Nigel, y pasó al crimen del director y el descubrimiento final del arma—. Debo confesar que yo podía haberlo evitado. Pero es que estaba esperando su próximo movimiento en otra dirección. Creí que si hacía algo, sería directamente contra uno de ustedes. Y sin embargo, tuve todo el tiempo el

motivo ante mis narices. Le oí a Vale darle el más devastador de los rapapolvos. Recuerdo que hasta pensé: «Sí me hablase a mí así, le rompería la cabeza». Eso es lo que todos decimos, pero que solamente realiza un Sims. Vale llevaba años persiguiéndolo y despreciándolo, pero probablemente fue esto lo que sacó de madre a Sims. Probablemente también temía que Vale lo despidiera por incompetencia. Pero no hubiese llegado a asesinarlo si no le hubiera sugerido eso una maravillosa ocasión para incriminaros. Sí, ahí estuvo en la cumbre de su obra —añadió entusiastamente Nigel.

—Me alegro de que te gustara —murmuró Michael con el tono con que una dama de sociedad se dirigiría a sus huéspedes.

—Fue mucho más genial que el primer asesinato y absolutamente seguro excepto en el momento del impacto. En el momento culminante del partido se agachó como si fuese a atar el zapato, arrancó con la mano izquierda la estaca-estilete, la empujó a través del respaldo de la silla —una hoja tan delgada produce muy poca sangre—, limpió la hoja en la hierba y volvió a meterla por el anillo de la cuerda. Todo el asunto no le llevaría tres segundos. Si no hubiese habido en el partido un momento realmente emocionante que atrajera la atención de todos, simplemente no actuaría, solamente *tendría* por la noche que cambiar la estaca y nadie se hubiese enterado de nada. Como dice en el diario, podía permitirse esperar. Sabía, claro está, dónde se sentarían Hero y su marido. Podía contar con que Michael estuviese cerca. No sabía, por otra parte, que Hero se podía desmayar; y *ése* fue su mayor triunfo de táctica. Originalmente tenía el plan de atraer la atención de la policía, en forma disimulada, sobre la estaca de la tienda. Su proximidad a la silla de Hero más el motivo que tenía para eliminar a su marido serían bastante para que la policía se diera por satisfecha. Cuando se desmayó, alteró el plan instantáneamente. Gritó: «Traigan agua», que es una exclamación perfectamente inocente, sabiendo que el caballero andante de Evans saldría corriendo a buscarla y se haría sospechoso ante la policía de haberse llevado el arma. Sí la policía le hubiese detenido y registrado sin encontrársela, Sims podía recurrir de nuevo al plan primitivo. ¡Ah, sí! Todo ello era perfecto. Su locura le había aguzado la inteligencia extraordinariamente.

Nigel hizo una pausa. Hero se estremeció ligeramente y se aproximó más a Michael. Aun retrospectivamente todo ello conservaba su horror. Miró a Nigel. Su admiración científica y desapasionada por el método del asesino la asustaba. En este momento la cara de Nigel le parecía inhumana, como una máquina inteligente, en reposo después de una jornada de labor. Se sacudió a sí misma. No era así como debía ver a quien le había salvado la vida y la de Michael.

—Todavía no ha contestado mi pregunta —dijo.

—¿Cuál? ¡Ah!, ¿el diario? Sí, era muy difícil. Todavía no tenía yo ni un vestigio de prueba de que Sims fuese el asesino. Y Armstrong empezaba a tirar fuerte de la cadena. No podía darle yo ninguna razón que le satisficiera para detener a Sims. Así que le pedí que les detuviera a ustedes para aquietarle, y también para aquietar a

Sims. El diario era una hipótesis, y decidí probarla. Lo peor es que Sims podría muy bien pensar que no podía permitirse esos lujos y que lo quemara. Si no lo hacía, era seguro que lo guardaría cuidadosamente. Por eso, Griffin, Stevens el joven y yo fabricamos una alarma de incendio. Hicimos salir a Sims y a todos los demás de la sala de maestros sin despertar sus sospechas. Allí estaba el diario; en su armario. Cuando lo tuve medio minuto me di cuenta que había ganado. —La voz de Nigel sufrió un cambio—. ¡Pobre diablo! Ninguno de nosotros puede tener la más remota idea de la agonía que tiene que ser el que lo desprecien y lo rechacen todos; es como un cáncer en el alma. Y luego, la locura; el sentimiento de que hay una cortina, más invisible que la gasa y más fuerte que el hierro, entre uno y el resto de los humanos. Gritar en el abismo, y saber que no va a haber respuesta, que se está enterrado vivo.

Hero murmuró involuntariamente:

—Así que es usted humano, después de todo.

Nigel se sobresaltó y la miró intrigado.

—¿Qué demonios...? —dijo lentamente.

—Creo que comprendo —dijo Michael. Luego, aparentemente fuera de sentido, preguntó:— ¿Guardas siempre tu revólver debajo de la almohada? Muy descuidado por tu parte. Debías tener más cuidado.

—Ya veo que no puedo ocultarles nada —contestó Nigel—. Y, ¡por Dios!, no dejen que esto se sepa. Quedaría arruinado si Armstrong se llegara a enterar. No le cabe en la cabeza cómo un detective de mi calibre pudo cometer una equivocación tan enorme como la de manifestar, delante del asesino, dónde guarda su revólver...

—¿Cómo es eso? —Preguntó Hero—. ¿Se suicidó con tu propio revólver?

—Sí, pueden creerme que a Armstrong no le ha gustado nada. Y le gustaría mucho menos si supiera... Bueno, mejor será que les explique. Armstrong cree que Sims se dio cuenta que le faltaba el diario, comprendió que se sabía todo y aprovechó mi supuesto descuido con las armas de fuego para su apoteosis final. En realidad, no fue todo tan sencillo. No estoy tan cansado de la vida como para dejar mi revólver por ahí, al alcance de asesinos. Y Sims no notó que faltaba su diario, mientras no le dije que lo había leído; coloqué un cuaderno igual en su armario cuando me llevé el diario, y no tuvo tiempo para comprobar la sustitución. Por entonces no tenía yo intención de dejar que se escapara con un suicidio, al menos hasta que leyera el diario; luego, bueno, cambié de manera de pensar. Vi que no le ahorcarían con esas pruebas ante un juez, sino que le enviarían a Broadmoor. Y no creo que se debe conservar a los locos vivos, sean criminales o no. Así que conversé con Sims; le dije que sabía todo y dónde guardaba mi revólver —que no era debajo de la almohada—, y así le dejé. Él... No, no creo que les vaya a dar detalles de la entrevista. Así que saqué a todos de la escuela para la reconstrucción del primer crimen. Realmente, lo hacía por satisfacción propia. Quería probar que el asesino podía haber entrado y salido del castillo durante la carrera sin que nadie se diese cuenta y... pues... me gusta exhibirme de vez en cuando. Naturalmente que pensaba tomar yo el papel del

asesino. Pueden imaginarse mi sorpresa cuando vi, justo cuando íbamos a empezar, que Sims estaba entre nosotros. Yo había dejado solamente una bala en el revólver; pero parecía que podía tener el propósito de emplearla con otro. Estaba a punto de hacerle detener cuando se me ocurrió que no había venido por mi vida, sino para tener su apoteosis final. Fue bastante atrevido por mi parte, lo admito, pero aposté por mi conocimiento del proceso de su mente y, afortunadamente, gané. Seguimos adelante; Sims volvió a desempeñar su propio papel, tuvo su breve momento de vida gloriosa, y aquí estamos todos.

—Bueno, realmente eres atrevido —dijo Michael.

—No sé por dónde empezar a agradecerle —dijo suavemente Hero.

—Pues no sería mal principio otra tetera de té fresco.

FIN



Nicholas Blake es seudónimo de Cecil Day-Lewis o Day Lewis. Nació en el Condado de Laois, Irlanda el 27 de abril de 1904 y falleció el 22 de mayo de 1972. Descendiente, por línea materna, de Oliver Goldsmith y padre del conocido actor Daniel Day-Lewis y de la chef Tamasin Day-Lewis.

Fue poeta británico y autor de novelas policíacas. Comenzó escribiendo prosa radical de izquierdas, de acuerdo con el compromiso con el grupo de escritores marxistas reunidos en Oxford, donde estudió, en torno a Wystan Hugh Auden y Stephen Spender. Tras la Segunda Guerra Mundial se alejó de la ideología marxista y centró su poesía en temas de la vida privada.

Entre 1951 y 1956 fue profesor de poesía en la Universidad de Oxford.

En 1968, la Corona británica le nombró «Poeta Laureado», cargo que obliga a quien lo ostenta a escribir poemas con ocasión de las festividades de la corte o del Estado.

Notas

[1] Referencia a dos rivales tradicionales de *cricket*. <<

[2] Si es el golpe primero o el segundo —de Hamlet, o da el golpe tercero, — de las murallas los cañones truenen; — que el Rey ha de brindar porque de Hamlet, — se aumente luego el ardoroso brío; — y en la copa echará más grande cebolla... (De la traducción de G. Macpherson). En el original inglés dice *union*, «perla» en el inglés de Shakespeare. De ahí las carcajadas de los alumnos ante el error de su compañero. (N. del T.). <<

[3] Alusión a una canción popular escocesa. (N. del T.). <<